

CATALINA DEL AMO, SEVERO (1832-1871)

LA VERDAD DEL PROGRESO

ÍNDICE:

PRÓLOGO

CAPÍTULO I

Ideas generales: punto de partida: Dios

CAPITULO II

Del progreso en las sociedades antiguas

CAPITULO III

El cristianismo como elemento de progreso

CAPITULO IV

De cómo el cristianismo ha realizado el progreso

CAPITULO V

El pontificado y la revolución

CAPITULO VI

El pontificado y la civilización moderna

CAPITULO VII

El pontificado y los judíos de Europa

CAPITULO VIII

De la llamada escuela neo-católica

CAPITULO IX

La fe.- El dogma.- Las ciencias

CAPITULO X

Progreso científico

CAPITULO XI

La esperanza.- Belleza.- El arte

CAPITULO XII

Progreso artístico

CAPITULO XIII

La caridad.- La justicia.- La sociedad

CAPITULO XIV

Progreso social

PRÓLOGO

El autor de este libro se atreve a pedir a todos y cada uno de sus lectores una leve ofrenda de calma y de imparcialidad. Este libro no se escribe ni para halagar ni para herir a escuelas determinadas, y mucho menos a partidos militantes. Tan imperfecto y baladí como es el desempeño de la obra, es grande el sentimiento que la inspira y noble el fin a que se dirige. Si el autor fuera capaz, que no lo es, de levantar un monumento científico y literario, hubiera escogido la materia de este libro para levantar un monumento científico y literario a la diosa *Verdad*, en un siglo que construye templos de sofismas y tinieblas para la diosa *Razón*, y alcázares de lodo y sangre para la diosa *Fuerza*.

No busquemos la fórmula del progreso como Pelletan, en el acrecentamiento de la vida: de la vida física por la multiplicación de fuerzas; de la moral por la multiplicación de sentimientos; de la intelectual por la multiplicación de ideas: tanto valdría admitir que el progreso es en último resultado una operación aritmética. No reduzcamos la idea del progreso a los estrechos límites de nuestras contiendas actuales, enlazándola con el doloroso tenia de los intereses políticos, o de las formas, de gobierno: el verdadero progreso puede realizarse con todas las formas de gobierno, porque la cuestión no es de formas. Así, pues, no ha de buscarse la realización del progreso ni en la democracia, ni en la libertad, ni en los derechos imprescriptibles, ni en las evaporadas teorías de ciertos filósofos soñadores, ni en los cálculos materiales de otros filósofos utilitarios; el progreso no es ninguno de estos principios, a no empequeñecerlo de una manera deplorable. Los espíritus elevados, los corazones generosos aman y reverencian el progreso como término de un gran destino, y realización de un gran mandato: «*Stote perfecti sicut et Pater vester caelestis perfectus est.*» Pero el perfeccionamiento que ponderan los optimistas del siglo no es el perfeccionamiento que la humanidad necesita para ser feliz. ¿Qué proponen para resolver el perpetuo problema del progreso? ¿Por ventura multiplicar los manantiales del placer, embriagar a las sociedades en la atmósfera de la molicie y del lujo? Así lo hizo Babilonia, y pereció: el medio es poco original y por demás funesta. ¿Acaso convertir el Estado en una inmensa cátedra, donde todas las opiniones tengan sus defensores y todos los absurdos sus partidarios? Así lo hicieron Alejandría y Grecia y también sucumbieron; el medio es antiguo y desdichado. ¿Será tal vez proclamar a todo trance el reinado de la materia; tener sed de riqueza y aplacarla; querer imposibles y vencerlos; tener más sed y seguir luchando; anhelar dominios y conquistar una tras otra todas las naciones; delirar por la gloria y ceñirse la corona del universo? Alejandro el Grande y César Augusto vieron realizado este sueño, y sus imperios también se hundieron: el medio es pobre y

evidentemente desastroso. ¿Querrán en su locura traer a un tiempo sobre las modernas sociedades, todas, absolutamente todas las plagas que en tiempos diversos asolaron a las sociedades antiguas? Bien puede sospecharse al ver cómo cunde el error, cómo brota de los labios el horrible *más allá*, grito de rebelión en todas las esferas; desde el soberano que lo pronuncia mirando a las fronteras de sus Estados, hasta el seducido labriego que lo murmura mirando con pena el último surco de su labor y el primero de la ajena. *Más allá* dice el que aprende y quiere enseñar; *más allá* dice el dirigido y quiere dirigir; *más allá* dice el que obedece y quiere mandar; *más allá* dice el artesano y quiere ser clase media; *más allá* dice la clase media y quieren ser aristocracia: y las ondulaciones crecen y crecen, y se agrandan y amenazan invadirlo todo y envolverlo todo en horrorosa inundación. En tanto, los hombres pensadores y discretos anuncian con dolor de su alma los estragos de esta borrasca moral que asoma en los horizontes de lo porvenir, y la aturdida generación presente les responde: «perdonad, no puedo ocuparme en eso; tengo en construcción millares de kilómetros de ferrocarriles, y muchos navíos, y cañones sin cuento; no puedo detenerme a hablar con vosotros, los que pensáis; voy a todo vapor; voy *más allá*.»

He aquí el progreso de la materia en todo su apogeo. ¡Triste progreso, que se acaba en el sepulcro! El progreso católico, aceptando todo lo bueno, todo lo útil, todo lo fecundo y saludable de progreso material, guarda para el sepulcro un *más allá* tan dulce y solemne y augusto, como no lo pronunció jamás la voz de la ambición humana. ¿Por qué no ha de ser explicado y defendido este progreso, que armonizando todos los intereses legítimos, es el único que conduce a la humanidad al término venturoso de su viaje?

En otros tiempos normales eran los teólogos los únicos, puede decirse, a quienes incumbía escribir ciertos libros y sustentar ciertos principios: el clero no falta hoy de su puesto de honor: el venerable Episcopado, sabia y santamente difunde la buena doctrina; pero además es fuerza que considerando la cuestión, no como religiosa tan sólo, sino como científica y social, salgamos también en pro de nuestra madre todos los que nos llamamos hijos de la ciencia, y en pro de la civilización y del derecho, todos los que tenemos una patria que servir y un hogar que proteger.

No somos enemigos de los adelantos modernos, antes los aplaudimos; pero queremos que los adelantos modernos no ahoguen la fe antigua; que el progreso no se convierta en la idolatría de la materia: que haya, en fin, la justa *continencia*, el *modus in rebus*, que equidista de todas las exageraciones y de todos los peligros.

Este libro, que no es de partido, ni de escuela, ni engendro de la pasión, ni producto de la industria, tiene por principal objeto combatir errores que nacen del espíritu de soberbia, ahora como nunca impetuoso y audaz, y enemigo irreconciliable del progreso; y antes de llegar al primer capítulo, el autor, no por alarde de humildad, sino a título de escritor leal y honrado, debe hacer una protesta: habrá en estas páginas mucho que corregir y mejorar, como humana y flaca que es la inteligencia que las produce; pues a flaqueza de inteligencia o a defecto en la expresión ha de atribuirse si apareciere algún término inexacto en materia religiosa, no a propósito deliberado; el cual de nada está más lejos

que de apartarse un ápice siquiera de la verdad católica, principio fundamental de LA VERDAD DEL PROGRESO.

CAPITULO I

Ideas generales: punto de partida: Dios

I

El progreso es ley de los individuos, ley de las sociedades, ley del mundo. Dios Criador formó al hombre inteligente y fuerte, y le bendijo y le otorgó el dominio de todo lo criado: Dios Redentor se acercó al lecho del paralítico y le dijo: «levántate y anda». El paralítico es la humanidad vuelta a la vida por la muerte del Dios hombre; y la humanidad se mueve, anda. Dios Criador mandó a Adán que impusiera nombre a todos los animales creados: el hombre de la antigüedad, sacado del inmenso sepulcro de la nada, tuvo ciencia: el hombre de la ley nueva, sacado del sepulcro de la culpa, tiene movimiento. ¡La humanidad se levantó diez y nueve siglos hace, y la humanidad se mueve durante el período: ¿de dónde parte el movimiento de la humanidad, por dónde camina, adónde se dirige? He aquí los tres grandes problemas que los sabios reducen a la fórmula concreta de «ley del progreso». La ley del progreso, especie de Termópilas del mundo moral, será un logogrifo, o cuando más una bella teoría de escuela, ínterin a su examen no presida un espíritu de exquisita imparcialidad y de bien entendida despreocupación.

II

Para observar la marcha de las sociedades en el desierto de la vida, es preciso apartarse de la multitud; dejar el llano y subir a la cumbre: ¿es áspera la senda y difícil la ascensión? Por eso no la acometen los espíritus vulgares; por eso los espíritus vulgares en las magníficas jornadas de la humanidad, ven solamente lo que está al alcance de las estaturas ordinarias. Dos caminos hay que guían a la codiciada cumbre: las sanas doctrinas, que iluminando el entendimiento disponen el corazón; y las virtudes evangélicas, que abrasando el corazón iluminan con sus resplandores el entendimiento. Desde la altura donde en fraternal abrazo se estrechan la fe y la ciencia bajo las alas de un ángel, contempla el alma extasiada cómo se mueven las sociedades; cómo camina la humanidad precedida, cual otro ejército israelita, de una columna de nube, mientras el sol alumbra, y de una columna de fuego en las serenas horas de la noche. Cuando la humanidad se extravía y pierde de vista la columna de nube, que es la ciencia, o la columna de fuego, que es la fe, ¡qué horrible confusión, qué imponente anarquía! Perdida la columna de nube, queda al fin la luz del sol, queda la razón: el mundo ve y puede volver al camino; pero perdida la columna de fuego, perdida la fe, extraviada a media noche la mísera humanidad en el desierto de la vida, el mundo no ve, porque se le extingue la luz de la razón, y el mundo se hiela porque le falta el calor vivificante de la fe. En el horizonte se vislumbran millares de puntos luminosos a manera de estrellas

pálidas y apenas perceptibles: son millares de razones individuales que no logran constituir la razón universal; que entre todas no darían tanto resplandor como una chispa desprendida de la columna de fuego que guiaba por las noches al pueblo de Israel en el desierto del Sur.

III

Corramos uno por uno los eslabones de la cadena de oro que se llama historia, y asida al último eslabón veremos con los ojos del espíritu la mano inmortal que suspendió sobre ejes de zafiro la mole del universo, y bordó las maravillas de su omnipotencia en los diáfanos espacios del vacío: subamos una por una las gradas del altar donde se adora la ciencia; y si a medida que nos acercamos al tabernáculo no nos hieren los destellos de la sabiduría infinita que formó con una sola palabra piélagos de luz donde flotasen los mundos, retrocedamos con pavor, pues toda ciencia que encierre en su tabernáculo otra divinidad que la divinidad cuyo santo temor es el principio de la sabiduría, es ciencia formada al nivel de la humanidad, vaciada en el estrecho molde del orgullo humano. Leamos en el libro siempre abierto y siempre nuevo de nuestro propio espíritu, de nuestro yo; y en ese libro encontraremos escritas páginas cuyo principio no es obra de mano mortal, y cuyo fin no acertaremos nunca en esta vida; pues tan pobres y tan ignorantes somos, que haciendo muchos libros para las bibliotecas, ninguno de nosotros podrá jamás concluir el libro perpetuamente incompleto de nuestro destino. Lancemos una ojeada desde el interior de nuestro pequeño mundo al exterior que nos rodea, al mundo grande de la naturaleza; y desde el movimiento trémulo de la hoja hasta el soberbio mugir del Océano descubriremos una especie de palpitación, un hálito universal como si el mundo de la materia reposara en el álveo que le señaló desde la eternidad el dedo del Omnipotente.

IV

Los hombres de este siglo han levantado una horrible gritería, en la cual se entreoyen las voces de *adelante, adelante*; y como rara vez las griterías han tenido razón, ni las razones se han expuesto en gritería, los hombres de este siglo se equivocan: no hace falta caminar hacia *adelante*; hace falta caminar hacia *arriba*; hacia *arriba*, como caminaba el pueblo escogido desde las abrasadas orillas del Nilo a la tierra que fluía leche y miel.

Progresar no es correr; progresar es subir; y cuesta arriba no se puede correr; basta con andar: «levántate y anda» dijo Jesucristo al paralítico, y no le dijo: «levántate y corre». Desde el Paraíso hasta Jerusalén la humanidad descendía: desde el Calvario hasta el cielo se verifica ascensión de la humanidad.

Consecuencia del correr es la fatiga: Roma corrió mucho, y se cansó. Necesidad de la fatiga es el reposo: Roma se recostó a la fresca sombra de sus laureles. Hijos, si no de la ociosidad son los vicios: Roma perezosa, sibarítica, prostituida, sucumbió al valiente impulso de los invasores septentrionales. Las sociedades que corren como Roma hasta César, se embriagan en Calígula y espiran en Augústulo.

La ley del progreso es ley de ascensión continua.

Para que la tierra sea alumbrada por un sólo centro de luz, es fuerza que ese centro de luz brille e irradie a gran altura, se halle colocado lejos de la tierra: el principio generador y regulador de lo visible ha de ser buscado por la sana filosofía en el mundo de lo invisible.

La razón humana, aunque destello de la divinidad, no basta por sí sola para iluminar los inmensos espacios de lo infinito. Creer que no hay más verdades, que no hay más ciencia, que no hay más mundo moral que el mundo, la ciencia y las verdades a que alcanza la razón, tanto valdría como presumir que no hay más cielo ni más tierra que el que descubren los ojos de la materia: caminar con la razón sola es ver sólo la parte de camino a que alcanza el fulgor de la linterna. La razón de Sócrates y la razón del campesino más tosco son dos luces de diversa intensidad, de brillo muy diferente, pero luces cuyos átomos luminosos no pueden sumarse, luces que juntas no alumbran más: así la razón de todos los hombres que han vivido desde Adán hasta hoy, no se ha desarrollado en el tiempo ni en el espacio como copo de nieve que rodando de la montaña al valle forma una mole gigantesca: la razón de todos los hombres que han vivido en el mundo desde Adán hasta hoy, es para nuestro estudio la razón de un solo hombre. La vida, elemento, contra el cual se estrella el poder del hombre, pues la recibe sin esperarla y la pierde sin querer perderla, es una serie de tesis y antítesis cuya síntesis podemos estudiar en un mortal cualquiera, desde Sócrates hasta el último campesino.

Dios inspiró al hombre con su hálito soberano el conocimiento de todas las cosas; el alma de Adán, expandiéndose en un tesoro de maravillosas dotes, era la obra maestra del Criador, lo mismo que el alma del último negro de Hannobon: sin embargo, los que midan el progreso con el compás de la cronología, más claro, los que la ley de la historia reputen ley del progreso, comparen la inteligencia de los negros de Hannobon con la inteligencia de Adán en los días que precedieron al pecado.

Prevaricó el primer hombre, y su alma cayó en las tinieblas de la ignorancia; pero quedó siendo alma racional hecha a imagen y semejanza de Dios: en Adán, expulsado del Paraíso, no brilla la omnisciencia ni la impecabilidad; Adán lleva consigo las ruinas del alma, ruinas magníficas que revelan toda la grandeza del omnipotente autor del edificio. El alma, combatida por la carne, enferma por la culpa, vive en perpetua aspiración hacia lo infinito de donde procede, hacia lo perfecto, a cuya imagen fue formada: ese continuo movimiento del alma, ese fenómeno del mundo invisible, se traduce y trasciende al mundo visible en otros movimientos, en otros fenómenos que constituyen este ordenado desorden que llaman armonía universal.

Dedúcese, pues, que estudiar a las sociedades por esos fenómenos y movimientos del mundo exterior, es tomar la segunda parte por primera, es confundir los efectos con las causas; es el empirismo de las ciencias morales, como lo sería de las ciencias médicas querer curar las enfermedades sin conocer la organización interna y externa del cuerpo humano -anatomía- y la manera cómo los órganos funcionan -fisiología-. La vida exterior

de las sociedades puede considerarse como la esfera de un reloj: cuando en la esfera no se marcan bien las horas, es inútil mover y regular las manos; la dislocación está dentro: cuando el reloj adelanta mucho, no se halla la máquina en su estado normal; y tanto puede el reloj adelantar, que atropellando el inmutable curso de las horas, llegue a producir y determinar un verdadero retraso: que no olviden este símil los que, mirando sólo la esfera de la humanidad, quieren que los pueblos corran y corran, como si cada hora no tuviera sesenta minutos; como si las sociedades fuesen cual las manos del reloj que no se cansan; como si el mecanismo interior no padeciera; como si el excesivo adelanto no se alcanzara y tocara con el retraso excesivo; por último, como si progresar fuera correr, ¡como si progresar no fuera andar!

VI

Tomando nosotros por primera parte la que en rigor debe serlo; fijándonos en el mundo invisible para que *a posteriori* salten a nuestra vista con su natural explicación los fenómenos del mundo visible, hagamos de la doctrina revelada, de la verdad católica, el sol que ilumine los ámbitos del mundo visible. Pues hay Dios, autor de todo lo criado; Dios, a quien saluda diariamente el universo; Dios, que nadie niega en el fondo de su alma, porque en el fondo del alma de los ateos está escrito también el nombre de Dios; pues existe un Supremo Ser, que es sin deber a nadie el ser, y son por Él todas las cosas; no queramos, pues no podemos ni debemos, considerarlo abstraído de sus criaturas, convertido en un eterno y glorioso morador de los cielos, que ve impasible el giro de la humanidad; antes bien lo acatemos ordenando, disponiendo y permitiendo todos los acontecimientos, desde el soplo en que se mece la violeta hasta el cataclismo en que se arruinan los imperios. Si acertamos a exponer cómo se relaciona el alma con su Criador, a encontrar los misteriosos anillos de la existencia, tendremos ya asegurado el punto de partida del verdadero y legítimo progreso.

VII

En Dios residen la suma Verdad, la suma Bondad, la suma Belleza: Ser eterno y necesario, es el que es, según la magnífica frase que Moisés oyó al salir de la zarza; y en Él, como en vasto Océano, confluyen todas las verdades; y de Él, como de manantial inagotable, fluyen y parten las verdades todas: la inteligencia divina, contemplándose en la eternidad y la necesidad del divino Ser, realiza la verdad infinita. Dios revela su bondad en su querer soberanamente perfecto: autor sapientísimo y providentísimo de todo lo criado, lo halló bueno, se complació en su obra, y por su soberano querer la obra de la creación subsiste. El amor perfecto es un fluido celestial que vivifica constantemente al universo, manteniendo la dulce atracción entre los mundos, las místicas relaciones de la criatura con el Criador. La verdad del ser de Dios y el infinito querer de Dios, producen una armonía admirable, infinita, que se llama Belleza: Dios es la belleza absoluta; belleza, como dice un sabio, que sólo Dios goza por completo, poseyéndose a Sí mismo por su omnipotencia.

Verum, bonum, pulchrum: he aquí los tres vértices del gran triángulo en que se contiene el augusto *tetragrámmaton*, el inefable nombre de Yhowáh. De cada vértice de ese

triángulo brota un torrente de luz que llega hasta la humanidad, y juntos alumbran, purifican y animan el mundo del espíritu, como la luz del sol alumbra y purifica y anima el mundo de la materia.

Verum. Dios es la soberana Verdad; soberana verdad que sólo comprende en absoluto la soberana Inteligencia; pero un rayo de luz que desciende de lo alto y llega a la inteligencia humana, permite a ésta ver si quiera un vislumbre de la inteligencia divina: esta visión se llama FE.

La fe, rayo de luz que desciende de lo alto, comunicación de la limitada inteligencia humana con la infinita Inteligencia de Dios, es, por sí un elemento más poderoso que los ejércitos, más grande que las montañas, más vasto que los mares, más rápido y más sutil que el ambiente que llena los espacios y respira la naturaleza, como que es el ambiente que llena la inmensidad de lo invisible, la atmósfera única en que puede vivir y respirar el alma. La fe es, pues, la llama purísima que alumbra las inteligencias.

Bonum. En virtud de la atracción de la ley del querer que mantiene el equilibrio de los mundos y la mística relación de las criaturas con el Criador, e iluminado el espacio con el rayo inextinguible de la fe, el cristiano se eleva hasta la fuente del eterno amor, asociándose a alguno de los misterios de bondad que de lo alto brotan sin cesar, y esta asociación se llama CARIDAD.

La caridad es la tierna amistad de los espíritus, lazada de rosas que une a los hombres entre sí, y eleva a los hombres hasta Dios: por la caridad, el Señor es padre y los mortales todos somos hermanos. Si la fe es llama que alumbra las inteligencias, la caridad es llama que abrasa y acendra los corazones.

Pulchrum. La belleza absoluta que reside en Dios, belleza absoluta que proviene de la armonía admirable entre su ser necesario y eterno y su querer perfecto y soberano, no puede franquearse igualmente a la humanidad: si desde aquí, desde la tierra, se pudiera contemplar la infinita belleza que resplandece al otro lado del firmamento, la tierra dejaría de ser valle de lágrimas y camino de peregrinación: el inefable goce de la visión beatífica no lo alcanzan los escogidos hasta que, libre el alma de las ligaduras que la oprimen, entra en el seno de la divinidad, purificada en la llama del amor perfecto; pero desde aquí, desde la tierra, aunque presa el alma en la estrecha cárcel del cuerpo, se deleita dulcemente, vuela en deseo, en aspiración constante al infinito goce del infinito premio; y ese dulce y puro deleite, esa aspiración constante, ese deseo es LA ESPERANZA.

La esperanza es para nosotros la mística escala que vio Jacob en Bethel, cuyo pie toca en la tierra, cuya cabeza llega al firmamento, y por cuyas gradas suben y balan los ángeles del Señor: el mundo sin la esperanza sería un vasto desierto, y la humanidad un ilustre proscrito, habitador de una isla rodeada por mares solitarios y desconocidos; con la esperanza, las amarguras del mundo se mitigan, y la humanidad da por ganadas las horas que el tiempo da por perdidas: si la fe es llama que ilumina, y la caridad llama que abrasa, la esperanza es llama que vigoriza y alegra.

VIII

La verdad conocida por la fe, es el dogma: la caridad, realizando los designios de la bondad, se dilata en derredor, y se traduce en buenas obras: la esperanza para volar al término de sus ansias, toma por impulso los sacrificios, y por alas la oración; representa lo que no ve, y crea los símbolos: oración, sacrificios y símbolo constituyen el culto; fe, esperanza y caridad forman los indestructibles cimientos de la Religión. La fe, dice un insigne pensador de nuestros días, se explica por la interpretación sucesiva del dogma: la caridad se explica por la multiplicación de las buenas obras, y a medida que el culto se desarrolla, la esperanza se fortifica.

Resulta, pues, según estas nociones brillantemente amplificadas por el insigne Ozanam, que la fe, la caridad y la esperanza son los tres puntos, digámoslo así, que brillan al influjo de los tres eternos torrentes de luz, que hemos llamado VERDAD, BONDAD y BELLEZA. Pero acontece que al tocar en el alma humana la luz de esos torrentes, desenvolviendo en ella hacia Dios, esto es, de abajo arriba, el germen de tres magníficas virtudes, fundamento de la Religión, acontece, repetimos, que de esos tres puntos, así iluminados, irradia desde el hombre hacia la creación una trinidad de relaciones correspondiente a la trinidad de atributos esculpidos por Dios en el espíritu humano, a imagen y semejanza de la misma Divinidad. Son estos atributos LA INTELIGENCIA, EL AMOR y EL PODER: la inteligencia lleva al hombre al conocimiento de lo verdadero; pero adviértase que la inteligencia, partiendo desde el hombre falible a Dios verdad absoluta, es *la fe*: la inteligencia, partiendo desde sí misma a todo lo que no sea la verdad absoluta, eterna e inmutable de Dios, es *la ciencia humana*. Por el amor se establece la dulce comunicación del hombre con Dios y con el universo: el amor, que partiendo del alma se encamina hacia la Suma Bondad, es *la caridad*: amor que partiendo del alma se dirige hacia todos los demás hombres, es el fundamento de la vida social. Por el poder, el hombre que comprende, pues tiene *inteligencia*, y que ama, pues tiene *amor*, la verdad de lo creado, sus relaciones y la armonía en que existe, aspira a reproducir esas relaciones maravillosas, esa magnífica armonía de la creación: y he aquí EL ARTE.

Fe, esperanza, caridad: inteligencia, poder, amor, ciencias, artes, sociedad: tales son las invisibles preseas que enlazan al hombre con la humanidad, que acercan al hombre, aunque finito, hasta el centro inmortal de la verdad, de la belleza y la bondad, hasta el trono esplendoroso del tres veces Santo.

IX

Estas mismas admirables relaciones que respecto al Supremo Ser descubrimos en el hombre, pequeño mundo, se reflejan también en el mundo considerado como la suprema unidad creada: en la gigantesca obra de los seis días, testimonio solemne de la grandeza del Creador, hay también verdad, bondad y belleza: la verdad es el conjunto de todas las cosas que eran en el seno de Dios antes de que fuesen; es la variedad absoluta resolviéndose en la absoluta unidad. La bondad está en el fin para que todas las cosas fueron creadas, pues para algo fueron creados el aerolito y el sol, el musgo y el cedro, la hormiga y el elefante, la arista que vuela en el ambiente y las montañas que desafían al

cielo, el vasto firmamento y los inmensos mares. La belleza está por último en la conformidad de lo creado con su fin, en el concertado enlace y armonía feliz del universo.

Refléjense, pues, en el mundo la verdad, bondad y belleza de Dios, como se dejan sentir en el hombre produciendo la fe, esperanza y caridad, tres virtudes que dominan las facultades, inteligencia, poder y amor, y presiden las acciones humanas en la ciencia, en la vida y en el arte.

Queden sentados y fijos estos principios, sobre los cuales hemos de volver cuando entremos de lleno en la doctrina práctica del progreso en las diferentes esferas de la humanidad.

X

Que por la fe, la esperanza y la caridad, átomos desprendidos de la verdad, la belleza y la bondad de Dios, virtudes que dominan la inteligencia, el poder y el amor del hombre, vive el alma humana en relación con el Supremo Ser que la formó a su imagen y semejanza, queda indicado, y hasta donde es posible, esclarecido en las precedentes páginas. De qué manera se han determinado las relaciones, la comunicación de Dios con la humanidad, con el universo todo en quien a su vez se reflejan la verdad, la bondad y la belleza del eterno Autor, punto es que merece examen, y que ha de servir de mucho en el estudio que nos proponemos.

La humanidad, que es una en Adán, una en Noé⁽¹⁾, se divide, a poco de verificarse la dispersión de las gentes, en dos grandes grupos, en dos inmensas familias, que comparten el campo de la historia como compartieron el dominio de la tierra: estos dos grupos se forman con los pueblos monoteístas el uno, y con los pueblos politeístas el otro; son, como si dijéramos, los dos hemisferios del mundo moral. El monoteísmo, principio culminante en los pueblos semíticos, es base y fundamento de tres religiones que representan lo pasado, lo presente y lo porvenir; los recuerdos, los sentidos, la esperanza, El judaísmo, el islamismo y el cristianismo son esas tres religiones. Moisés habla a los hijos de Israel recordando siempre la grandeza de los patriarcas, y sobre todo recordando la historia de las maravillas que Dios obraba con su pueblo: su tema principal es lo pasado. Mahoma, avasallando por la fantasía y por la fuerza mejor que por el convencimiento, materializa los premios de la otra vida, y enseña que los buenos vivirán entre perfumes y delicias, en jardines amenísimos habitados por mujeres de peregrina hermosura: el tipo de Mahoma es lo presente. Jesucristo habla a todos los hombres un lenguaje que nunca oyeron las sociedades antiguas: mi reino, dice, no es de este mundo: dichosos los que aquí lloran, bienaventurados los pobres, felices los que padecen, porque ellos serán consolados, gozarán de dicha eterna: la doctrina de Jesucristo, mejorando la condición presente, anuncia y predica como punto principal la recompensa futura, la salvación del alma. En el Sinay, en el Calvario y en la Meca resplandece la idea de Dios único: Jhowáh, Cristo y Alá son tres nombres que corresponden a la idea única de Ser Supremo que rige los destinos de la creación. El politeísmo, forma religiosa de los pueblos índicos, aparece en la serie de los siglos como elemento enemigo del progreso

científico y social; como germen de horribles trastornos en el mundo de la razón y en el seno de las sociedades.

Para los antiguos pueblos monoteístas la vida exterior es poco: Dios es punto de partida, y Dios es término de todas las aspiraciones, de todos los pensamientos: la tierra es camino; la vida es peregrinación: estas ideas de unidad y de inmensidad tienen su mejor emblema en el desierto. Para los pueblos politeístas la vida exterior es mucho, la grandeza del mundo es todo: se asombran ante los rayos de luz que el sol envía, y adoran al sol: se conturban con la imponente majestad de los mares, y adoran al mar engendrando en sus aguas el Brahma de los indios; se deleitan a la fresca orilla de una fuente o a las márgenes de un claro arroyo, y fingen ninfas y náyades que jueguen con la espuma y se retraten en el cristal de las aguas; en tanto el pueblo monoteísta adora a Dios *único* que encendió por su querer soberano la llama vivificante del sol; al Dios único que encerró los mares en anchos límites y distribuyó las aguas según su voluntad libérrima, ora empujándolas con hálito poderoso para que formen la catarata del Niágara y las tempestades del Océano, ora encaminándolas con blando soplo para que formen las fuentes y los arroyos donde, como en palacios de líquido aljófara, moran las soñadas divinidades de griegos y de romanos.

No busquemos en los antiguos pueblos monoteístas organización de ejércitos ni gran desarrollo de las artes, ni derecho político propiamente tal con sus aristocracias, sus democracias y sus feudos: David, como los fenicios, y como los cartagineses, y como los califas, se vale de ejércitos asalariados. Entre los hebreos la pintura y la escultura están prohibidas; la poesía de estos pueblos tiene un carácter marcadamente subjetivo; ni cultivan el drama, ni estudian las maravillas de la naturaleza más que para alabar en ellas a su inmortal autor. Los pueblos politeístas, para quienes la tierra no es en rigor lugar de tránsito y valle de destierro, ni la vida periodo de peregrinación, crean y desarrollan instituciones puramente humanas, cultivan las artes, adoran la naturaleza en sus accidentes exteriores, y ora deifican la humanidad como el paganismo griego, ora la filosofía como el paganismo alejandrino, ora la ciudad como el paganismo romano. El Brahma, Siva y Vishnú del Indostán; el Osiris, Tiphon y Horus de Egipto; el Ormuzd, Ahriman y Mithra de la Persia; el Urano, Saturno y Júpiter de Grecia; los genios del bien y del mal, padres de la luz y de las tinieblas, que disputaban el imperio de una gran parte del mundo antiguo, forman admirable contraste con el Dios de los hebreos, que envuelto en nubes sobre el monte Sinay, promulga en el idioma de los truenos su código inmortal; y con el Dios de los árabes, Rey, Santo, Poderoso y Sabio, cuyas alabanzas cantan los cielos y la tierra; y por último con el Dios de los cristianos. Uno en sustancia y Trino en personas, magnífico en santidad, inmenso en poder, esplendente de gloria, infinito en la sabiduría, inagotable en la misericordia. El politeísmo hace dioses de sus hombres; el monoteísmo hace un hombre de su Dios.

De las tres grandes ramas religiosas a que sirve de tronco la unidad de Dios, el cristianismo es la más alta, la más lozana, la más florida. Moisés dijo: «venid a mí los hijos de Israel». Mahoma dijo: «venid a mí los hijos del desierto». Jesús ha dicho: «*venite ad me omnes*»: el judaísmo se nos ofrece como religión de raza, el islamismo como religión de clima, el cristianismo como religión de amor; para el cristianismo no hay

razas ni climas; su lenguaje es inteligible para los descendientes de Japheth, moradores de la Media y de la Persia; llega hasta los hijos de Sem que habitan entre el Eúfrates y el Tigris, y se escucha por último en los abrasados arenales del África, por donde vagan los nietos de Cham de negra tez y espíritu melancólico. Para el cristianismo no hay colores, ni condiciones, ni edad, ni sexo. El Apóstol lo ha dicho: ya no hay judíos, ni infieles, ni siervos, ni señores, ni hombres, ni mujeres: no hay más que hermanos redimidos con la sangre del Cordero. La unión en Jesucristo es más fuerte que la unión en Adán: ésta identifica a los hombres por la carne y por la sangre; aquélla los acerca e identifica por la gracia: el primero es lazo de la tierra; el segundo es lazo del cielo. Una y mil veces bendigamos este lazo.

XI

Hecha la división, y determinadas rápidamente las diferencias entre pueblos monoteístas, y politeístas, es más fácil indicarla manera cómo se ha dado a conocer y se ha dejado sentir, en especial de los primeros, el Ser Supremo, el Dios Verdad, Bondad y Belleza infinita, no destinado como el Brahma de los indios a un reposo eterno jamás interrumpido, sino atento siempre a la marcha de las sociedades, providentísimo ordenador de todo, eterno generador y regulador del progreso de la humanidad.

La cruz del Salvador levantada sobre el Gólgota diez y nueve siglos hace, es una gran piedra miliaria que separa los confines de dos mundos: al lado de allá bullen pueblos poderosos, dentro de cuyos templos bullen a su vez dioses de todas condiciones y para todos los usos de la vida; a la vertiente de acá comienza el reino imperecedero de la verdad sellada con la sangre de Jesús.

Entre los pueblos que caen al otro lado del Gólgota, sólo hay uno depositario de la revelación y providencial custodio del Testamento de Dios: en el inmenso campo de un politeísmo de cuarenta siglos se desliza silencioso el pueblo hebreo, como arroyo escondido entre los bosques, para venir después con el huracán del deicidio a deshacerse en gotas de lluvia que se pierde en toda la superficie de la tierra. En tan largo período solamente la raza escogida conoce al verdadero Dios; los pueblos politeístas que por todas partes la rodean, viven y se agitan a la sombra de una verdad que no descubren; a la sombra de una verdad que únicamente brilla esplendorosa para aquel pueblo feliz que veía y saludaba al sol mientras los egipcios palpaban las tinieblas; para aquel pueblo que anduvo a pie enjuto por entre las aguas del mar, del mismo mar cuyos hirvientes abismos dieron vasta sepultura a Faraón y su ejército. La historia del pueblo de Israel, escrita en un libro de oro que nunca oxidarán los siglos, es la historia del cielo y de la tierra; y en ella se descubre cómo Dios, la suprema verdad, se ha dignado señalar el camino de la dicha sin fin; cómo Dios, la suprema bondad, ha sostenido a los hombres con su amor; cómo Dios, la suprema belleza, ha hecho brotar los manantiales perennes de lo bello en todas las esferas de la creación. Si el pueblo hebreo es desde Vespasiano hasta hoy, y seguirá siendo hasta la consumación de los tiempos, el cenobita de la humanidad, desde Abraham hasta los Macabeos, fue el aristócrata de la humanidad, el mayorazgo en la gran herencia, el primogénito de Dios: cuando Dios se reveló a la humanidad, reveló por medio de su primogénito.

Mientras los pueblos de la tierra entretenían a la infantil humanidad con juguetes de piedra como las pirámides de Egipto y los templos de Tebas, el pueblo hebreo la enseñaba a leer en las páginas que escribía Moisés: aquellas pirámides y las ruinas de aquellos templos son hoy fósiles apreciables de una civilización que murió porque no progresó; que no progresó porque le sobraron dioses y le faltaba Dios. En cambio la importancia de los libros mosaicos es cada vez más gigantesca, como es más gigantesca la sombra a medida que se aleja el cuerpo que la produce: los siglos pasan, Moisés se aleja, y la sombra de Moisés no se extinguirá ínterin haya sol a cuya luz se proyecte: él, por divino espíritu inspirado, nos enseña que en los primeros albores de la humanidad, Dios se dejó conocer y sentir con maravillas; cuando toda carne corrompió su camino y sólo maldad se albergaba en todo corazón, Dios lavó la tierra que había formado, con un diluvio cuyos imponentes vestigios hoy estudia atónita la ciencia; borró la creación viviente, como si borrara una palabra que se arrepintió de haber escrito, en el libro de su omnipotencia; y un justo y su familia sirvieron de retoño al árbol de la humanidad, tronchado y arrastrado por las aguas.

Moisés nos enseña que la majestad de Dios omnipotente comunicó con Noé, inculcándole nociones de justicia universal y estableciendo con él una alianza donde a la vez resaltan toda la misericordia del Criador y toda la excelencia de la criatura; pues con ella se digna pactar el Señor de lo visible, lo invisible, dueño de la tierra y de los abismos que hay debajo, y del vasto firmamento de los cielos. Más tarde Dios habla a sus siervos por medio de ángeles; así detuvo el cuchillo de Abraham; así mandó volver a la desconsolada Agar: y por apariciones; así mandó a Jacob restituirse a tierra de su parentela; así mandó a Moisés partir a Egipto para ser libertador del pueblo. Más tarde, muerto ya Moisés, cambiada la organización de los hijos de Israel, reemplazados los patriarcas por los jueces primero y por los Reyes luego, Dios habla a reyes y a súbditos, por medio de sus profetas: el profetismo representa el poder de la virtud y de la verdad gravitando sobre todos los poderes. Después de los grandes prodigios, grito de la omnipotencia, después de las apariciones, voz de Dios modulada en el viento del mediodía como aquella que pidió cuenta al primer hombre del primer crimen cometido; después de los ángeles, embajadores incorpóreos enviados para misiones especiales; después de los profetas, embajadores corpóreos y permanentes, sólo cabía que condensando todos estos portentos del poder y de la misericordia, viniese al mundo la Majestad Divina con forma humana; y así sucedió: el que reina en la inmensidad de los cielos, bajó a la tierra; el que había enviado los profetas, vino a ser el mismo profeta de la nueva más feliz que han escuchado los siglos; el que había enviado los ángeles, vino a ser ángel de paz; el que se había aparecido a Abraham en visiones, a Jacob en sueños, a Moisés en la zarza, se dejó ver del mundo en figura corporal como nosotros; el que había hablado por prodigios a la humanidad, vino a consumir los prodigios; pues vive pobre siendo Rey de los reyes, y muere entre tormentos siendo el autor de la vida.

El último hálito de la vida mortal que exhala el Cristo, es soplo de vida que impele a la humanidad por la senda del progreso; el Cristo muere en una altura que se ve; en otra altura que no se ve está el término codiciado: la humanidad está entre las dos; está en el valle de lágrimas: Jesucristo, en la piscina de Bethsaida, ha dicho al paralítico: «levántate y anda»; y el paralítico es la humanidad postrada por la culpa y vuelta al movimiento por

la muerte del justo: «dejadla andar», diremos a los espíritus soberbios que se oponen a su marcha: *sinite abire*, como dijo Jesucristo al sacar a Lázaro de la tumba por el influjo de su palabra: «dejadla andar; dejadla que llegue al término glorioso de su destino *sinite abire*: quitadle las ligaduras del error con que la tenéis aprisionada: *dejadla andar*: no desencadenéis los huracanes, que la empujan y precipitan hacia el abismo: no turbéis su marcha tranquila y sosegada con el aguijón de unos bienes que fingís, y de una ventura que sois incapaces de darle: no la atormentéis con la idea de un progreso falaz y demoledor: dejadla andar, dejadla hacer su camino; *sinite abire*». Dios Redentor sanó al paralítico que treinta y ocho años yacía inmóvil en el lecho del dolor; Dios Redentor vino a sanar a la humanidad que más de treinta y ocho siglos yacía miserablemente en el lecho de los errores y de la culpa: «levántate y anda», ha dicho al paralítico: «levántate y anda», ha dicho a la humanidad: la humanidad se levanta y anda: probemos a seguirla; pero lancemos antes una ojeada rápida, una ojeada de despedida hacia ese mundo antiguo que la humanidad deja detrás; hacia esa tumba de cuatro mil años de donde la humanidad se levanta para emprender la peregrinación, la vida, la cruzada de la gloria.

CAPITULO II

Del progreso en las sociedades antiguas

I

Nacer, crecer, desarrollarse y morir; he aquí la escala del progreso en la materia: sentir, pensar, elevarse, tocar, lo infinito, vivir vida inmortal; he aquí la escala del progreso en el espíritu. ¿Cuál de estas dos escalas recorrió principalmente el mundo de la antigüedad?

El monte Calvario es el punto de vista más elevado, más culminante, que se descubre en el camino de la historia: subamos a la cima de ese monte; al lado de allá cae el mundo antiguo: examinemos. ¿Qué altura es aquélla, en las regiones donde nace el sol; qué altura es aquella rodeada de nubes misteriosas, y coronada de luz, donde parece que, como en inmenso sarcófago, se guarda alguna verdad, se depositan las invisibles cenizas de algún suceso magnífico? Es el monte Ararath, el puerto donde descansó una nave, cuyas trazas dio el mismo Dios, y en cuyo recinto se salvó del universal naufragio el germen de la creación animada.

Al pie de las montañas de la Armenia, cuyas purísimas auras mecieron la cuna de la humanidad, se extiende la llanura de Senaar; no lejos de allí nace el Jordán, de limpia corriente y deliciosos márgenes. Desde la llanura de Senaar, correspondiente al Asia central, partieron un día en dirección del Indus y del Ganges los descendientes de Kus, y formaron las dos grandes penínsulas del Indostán. Allí se alcanzan a ver las opulentas ciudades que daban mercancías de oro a los reyes de Judá; allí Lahora y Madura con su industria y con sus templos; allí la isla de Ceylán, donde se crían los elefantes; y al otro lado del Ganges el Kersoneso de oro, la célebre península de Malacca.

Diríase que el Indostán aparece como un gran gigante dormido entre dos ríos: sus habitantes, hijos de Brahma, adoran al mundo, porque para ellos, bajo la figura del mundo, el Dios se hace hombre; y el Dios hombre, o más bien el Dios mundo, mira por la pupila del sol, respira huracanes, tiene rayos por cabellos, y habla por los libros sagrados; pero enfrente del dios creador hay otro dios destructor; el dios que seca las hojas de los árboles y trae el invierno, estación de la tristeza, para que reemplace al estío y al otoño, estaciones de la alegría y del placer; el que acerca los mares para que en ellos mueran los ríos; el que empuja a la juventud en las sombras de la vejez. Por el dios creador de los indios, todo vive; por el dios destructor, todo moriría: mas hay en su teodicea un dios mediador que se transforma para reparar, a medida que el dios del mal se transforma para destruir: Brahma, Siva y Vishnú. Más adelante el Brahma, que es la luz en el sol, el resplandor en la luz, el perfume en las flores, la eterna semilla del universo, el espíritu de la creación, su principio, su medio y su fin; el Brahma, que es lo más noble en cada especie, «entre los astros el sol, entre los elementos el fuego, entre los montes el Himalaya, entre las aguas el Océano, entre los ríos el Ganges, entre las serpientes la eterna serpiente que se enrosca alrededor del universo»; más adelante ese Brahma se perderá en el laberinto de la mitología: de las espumas que alzan las flotas de Bengala no ha brotado aún la Venus india; el dios del mal que destruye lo que edifica el dios del bien, no es aún el Saturno que devora a sus hijos; el genio de la fuerza no se llama todavía Marte: ni Bahar, la ciudad de los filósofos, está consagrada a Minerva; el politeísmo en todo su desarrollo, amanecerá: ya se escuchan los poemas Ramayana y Mahabharata, Ilíada y Odisea del indostán; Valmiki, su Homero, canta por orden de Brahma las glorias de Rama el guerrero; Brahma le ha dicho: «canta las glorias de Rama, y mientras los montes descansan en sus cimientos, mientras los ríos sigan su carrera, el Ramayana será repetido por boca de todos los hombres; y mientras el Ramayana dure, mis mundos infinitos te servirán de asilo: el poema de Rama da ciencia al sacerdote, al noble mayor nobleza, riquezas al comerciante, y si por acaso le oyese un esclavo, el esclavo queda al punto ennoblecido.»

Pasará el período épico de la India; sus cuatro castas, la de sacerdotes, salida de la boca de Dios; la de guerreros, salida de los brazos; la de comerciantes, de los muslos y la de artesanos de los pies; sus cuatro castas, repetimos, sometidas a un panteísmo religioso, serán germen de una desorganización social fomentada por la poligamia. La filosofía india, el Budismo, enseña que el bien, la salud suprema, se encuentran en la inacción, en el sueño perpetuo, en el insondable seno de la eterna sustancia. Es inútil que en el pueblo índico busquemos individualidad, moral, conciencia, actividad ni libertad; es inútil que busquemos progreso: su progreso consiste en venir de su independencia ascética al poder de Ciro; de Ciro a Alejandro, de Alejandro a los parthos, luego a los tártaros, y más tarde a otros dominadores habitantes del África o de la Europa.

II

Allá a la opuesta ribera del Ganges, en la parte más oriental del Asia, hierve la China; inmenso taller de sutiles industriales, al que aíslan por el Este y el Sur un vasto Océano, por el Norte las magníficas murallas que dan vista a los desiertos de la Tartaria, y por el Oeste altas e inquebrantables cadenas de montañas; carece ya en su origen de alianzas y

de relaciones con sus hermanos de infancia, con los demás pueblos del Asia: sus ciudades, sus templos, sus fortalezas y sus puentes se cuentan por millares: es el agricultor, el artesano, el pueblo de los detalles, no el de las concepciones; el pueblo de las manos, no el de los cerebros. Parece que los siglos no le han enseñado ni le han servido: es un viejo con accidentes de niño por la movilidad constante, por la ineducación de su inteligencia. Con sus libros clásicos; con la filosofía práctica de Confucio; con sus leyes, donde se descubre una hipocresía sistemática y una doctrina de obediencia ciega; con su forma de gobierno democráticamente despótico; con su religión ridículamente idolátrica, la China es, según frase de un filósofo alemán, momia embalsamada, envuelta en seda y cargada de jeroglíficos: circunscrita a su territorio esa antiquísima raza, encerrada como en una jaula dentro de los límites que determinan el Océano, la muralla y las montañas, se mueve en derredor como ave cautiva, pero no puede volar: no preguntemos por el progreso de la China.

III

Si del Ganges apartamos la vista para acompañar con ella el majestuoso curso del Tigris, pronto se detendrá deslumbrada ante la magnificencia de Nínive, la ciudad fundada por Asur, la corte del gran imperio asirio, la corte del oro y los perfumes, la populosa, la rica, la soberbia rival de la que más tarde ha de ser corte de Nabucodonosor y Baltasar; allí no lejos está Arbela, testigo un día de una batalla decisiva para el Oriente y aun para el mundo, testigo de la victoria de Alejandro sobre Darío. ¿Será cierto que estos centros de comercio, de poder, de ilustración y de riqueza hayan de hundirse más o menos pronto en el abismo de lo que fue, sin que de ellos quede ni una piedra, sin que de ellos quede más que un recuerdo vago y melancólico? ¿Y habrá de perecer también esa otra masa gigantesca que se levanta a las orillas del Eúfrates? Es Babilonia: hela allí. Sentada como reina del Oriente sobre un trono de flores que besa y riega el gran río, aspira locamente a realizar en la tierra el ideal de la belleza: sus torres desafían a las nubes; en sus templos agola los tesoros la magnificencia; sus murallas son maravilla del mundo; sus palacios son dignos de un soberano a quien otros soberanos sirvieran de escuderos; sus jardines, donde juguetean cascadas caprichosas y crecen flores de vivo color y delicado aroma, quieren copiar la amenidad del Edén. Allí cerca se alza un montón de ladrillos, como ruinas de un monumento secular: es la comenzada torre de los hijos de Noé; son páginas, rasgadas del libro a medio escribir de la soberbia humana: en esas páginas rotas se leen todavía las palabras *vanidad e impotencia*: sobre esos escombros del orgullo, y sobre las torres de la ciudad, se sientan los caldeos a contemplar las estrellas, y a ojear en el giro de los astros el libro inescrutable del destino. Mas ¡ay! que no leen muy bien los caldeos en la página azul del firmamento, si no leen que ha de romperse el cetro de Babilonia fundido con el que se derritió en el incendio de Nínive en tiempo de Sardanápalo, incendio que no quiso aplacar el Tigris que besaba los pies de la ciudad Babilonia ha de oír la voz de los profetas del Señor, y no ha de entenderla: cuando tenga sometida a su yugo a la extirpe de Jacob, Daniel descifrará la misteriosa leyenda; y así el imperio asirio, que comienza con un tirano llamado Nemrod, progresa en la idolatría hasta un déspota llamado Baltasar, y por término de ese progreso caerá en poder de Ciro, y será más tarde una joya de la corona de Alejandro:

IV

Si por ventura hiere nuestros ojos el resplandor de una formidable hoguera que se enciende en el camino de nuestra peregrinación, apartemos la vista: es Persépolis, la capital de Persia, la adoradora del sol, la idólatra del fuego; la rica Persépolis, uno de los relicarios artísticos y monumentales del Asia, arde a impulso del fuego que le ha aplicado el vencedor de Darío, sin duda para probar la crueldad de un dios que devora y consume a sus adoradores.

Si el humo de Persépolis nos impide registrar los confines del Asia, volvamos la vista a otro país un poco más apartado del nacimiento del sol, pero arrancando siempre del valle de Senaar, de la gran mesa del Asia: entre el mar Rojo y el Atlántico, entre el Mediterráneo y las tierras que abrasa el sol, se extiende y reposa la Libia: sírvenle de confines el istmo de Suez y las columnas de Hércules: al Oeste del istmo, y limitado al Norte por el Mediterráneo, se asienta el Egipto, hijo de la Etiopía, que un tiempo brilló en el Sur y Occidente de la Libia: Meröe, su antigua e insigne capital, fue centro mercantil de toda el Asia y de gran parte del África: por ser pródiga la Etiopía con la naciente colonia, le envía su gran río, el caudaloso Nilo, que hace ruidosa entrada en Egipto por las cataratas de Syene y después de fecundarlo benéficamente, se arroja por siete bocas en el seno del Mediterráneo.

Marchando desde la Armenia por la Arabia feliz, fijándose en las montañas del Sur y siguiendo las corrientes del río, llegaron los primeros pobladores, el Mitsráyim de la Biblia, a constituir sociedades que no tarde se simbolizaron en Tebas, Menfis y Elefantina. ¡Qué magnificencia se descubre en estas ciudades donde se elevan soberbios edificios y a las cuales sirven de inmuebles centinelas pirámides que desafiarán a los siglos, y que los siglos mirarán con respetuosa admiración! Allí está Alejandría, la gran cátedra del mundo antiguo, con sus filósofos y sus sabios, con sus bibliotecas y sus templos, con sus vergeles deliciosos y con su alegre puerto: más allá está Heliópolis la del obelisco; más arriba Arsinoe con su grandioso lago y su laberinto admirable. Aquél es el Egipto, centro de las ciencias y manantial del paganismo. Por más averiguaciones que intente el espíritu moderno, por más descubrimientos que haga, por más esfuerzos de ingenio, de erudición y de crítica a que se entregue, el Egipto seguirá siendo uno de los grandes enigmas del mundo primitivo, esfinge que ofrecerá siempre a la humanidad un problema pendiente de resolución: su progreso se verifica desde Mitsráyim a los reyes pastores; desde éstos a los Faraones; de los Faraones a Sesostris; de Sesostris a Psamético; de Psamético al hijo de Ciro el Grande; esto es, de vasto y poderoso reino a provincia de la Persia, y más tarde a trofeo de Alejandro. No importa que en tiempo de los Ptolomeos recobre su independencia; al exhalar Cleopatra el último suspiro, Roma atará al carro de sus conquistas el abrasado país de las pirámides.

V

Si cansados de mirar desiertos y rocas, ciudades e ídolos, tierra y montañas; si después de pasear la vista, ya por los campos donde pacían los ganados de Moab, ya por los lugares en que fue probada la fe de Abraham y la obediencia de Isaac: y la entereza de Job; si

después de contemplar el monte Líbano y las florecientes ciudades de Seleucia y Palmira y Damasco, fatigados ya de tanta aridez nos acercamos a la orilla de los mares y oímos el canto oriental de marineros que alegres reman hendiendo las tranquilas aguas del Mediterráneo, saludemos al pueblo fenicio. Estos intrépidos venecianos de la antigüedad viven en sus bajeles y tienen sus familias en la costa de la Syria, desde Tiro hasta el Aradus. Su primer gobierno es federativo; es una gran sociedad mercantil, abastecedora de casi todo el mundo conocido. Sidón y Tiro son los puntos centrales donde está, digamos así, el gran libro de caja; pero el comercio de los fenicios se extiende a la India y a climas muy remotos; que así surcan sus navíos las aguas del golfo arábigo como las del pérsico; así llevan las mercancías, las costumbres y el habla de Oriente a través del Océano; ellos construyeron la flota de Semíramis, fabricaron las riquísimas telas de Sidón que servían para mantos de reyes, e importando géneros a otros países de Oriente, exportaban para Oriente plomos de Bretaña, plata de Iberia y oro del África: adoradores de la aritmética más aún que de sus ídolos, profesaron como religión un paganismo despreocupado, transigente con la ganancia, sensible, muy sensible al sonido del metal: Tiro progresó hasta capital de Fenicia; más tarde progresó hasta un montón de ruinas en tiempo del segundo Nabucodonosor: reedificada y sometida a gobiernos de *sufetes* o jueces, cayó en poder de Alejandro; supremo progreso de casi todos los pueblos de la antigüedad.

Al morir política o socialmente la Fenicia, deja como herederas de sus timbres y como fragmentos de su antiguo poderío, multitud de colonias y establecimientos famosos que cubren las costas del Mediterráneo y del Océano, patria legítima de los fenicios, espacioso teatro de sus glorias.

VI

Sin alzar la mirada del Mediterráneo, descubrimos una península limitada al Oeste por el Atlántico y al Este por el mar Egeo, una península de altas cordilleras y amenos valles, de hermoso cielo, aire puro y benéfico clima: riéganla dos ríos principales; y muchos arroyos y limpias fuentes acrecientan la belleza de su suelo y refrescan el ambiente de sus campos. Es la Grecia, la patria de los poetas y de los filósofos, de los sabios y de los artistas: de allí partió la célebre expedición que puso fin a las piraterías del mar Negro, y ensanchó el comercio con el Asia: allí fueron las guerras de los dioses, la caída de Edipo; allí se decidió la causa del derecho de gentes; allí se verificó la gran batalla entre dos razas gigantescas; allí resonaron los versos de Homero; allí están Esparta y Atenas: en la primera parece que se agita el genio de Licurgo; en la segunda brilla la inteligencia de Solón. Darío avanza hasta la Grecia; el oráculo de Delfos y la sacerdotisa Pythia son anhelosamente consultados. Si en el monte Athos halla desastroso fin la primera expedición persa, otra segunda asolará las islas del Archipiélago; y si la vida no alcanza a Darío para tomar la posesión que codicia, su hijo y sucesor Xerxes atravesará las Termópilas; con la llave de la traición abrirá las puertas de Atenas.

Grecia, repuesta de tanto daño, ve enfrente otro enemigo poderoso: surgen las guerras del Peloponeso: Pericles, Alcibíades y Lisandro figuran como actores en este drama sangriento: Sócrates bebiendo la cicuta simboliza el progreso de aquella edad y de

aquella tierra tenida por clásica del progreso. Allí están las escuelas filosóficas; allí los historiadores; allí los trágicos y los retóricos; allí los artistas. Aristóteles y Platón, Hesiodo, Sófocles, Xenofonte y Fidias llenan con su nombre y con sus obras el país donde nacieron. La filosofía no es ya la teogonía; la teocracia no es la forma exclusiva de gobierno; la humanidad se ha emancipado, está como secularizada; pero los templos se van llenando de dioses; los dioses se van llenando de vicios; hierve el error en el cerebro de los hombres, y el desaliento se apodera de los espíritus: Alejandro engarza en su corona la perla del Mediterráneo: más adelante Grecia con su Olimpo y con sus timbres progresará hasta ser la provincia Acaya del imperio de los Césares.

VII

¡El imperio de los Césares! A nuestros pies se extiende como un guerrero que reposa de prolongadas luchas y de incesantes victorias; con su planta toca en el Rhin y el Danubio: sus brazos extendidos alcanzan por el Oriente al Eúfrates, por Occidente al mar de España y las Galias: con su casco llega al monte Atlas. Roma es señora del mundo: ha conquistado la Italia, destruido a Cartago, sometido a Macedonia, ganado a Egipto, dominado los mares, absorbido las riquezas, centralizado el poder: ha tenido insignes generales, filósofos, oradores, poetas y artistas; ha heredado las glorias de Grecia, la magnificencia de Asia: aduna el genio de Oriente y el genio de Occidente; tiene, como dice el sabio Valdegamas, de Esparta la severidad, de Atenas la cultura, de Menfis la pompa, y la grandeza de Babilonia y de Nínive. Por casi todas las formas de gobierno ha pasado: monarquía bajo el poder de Numa, progresó hasta consulado en Junio Bruto y Tarquino; llegó a dictadura en Sila, a triunvirato en Craso, César y Pompeyo, a imperio en Augusto. Politeísta hasta la prodigalidad, trajo a su panteón los dioses todos de los extranjeros, y no se cuidó de tener Dios nacional. Ésa es Roma: entre los pueblos que le están sometidos cuéntase el hebreo; la tierra en que mentalmente nos hemos colocado para registrar el mundo antiguo, tierra es que dominan los soldados del imperio. Las grandes capitales que un día florecieron a las orillas del Tigris, del Eúfrates y del Nilo, ya no existen: fueron gotas de rocío evaporadas al soplo de las revoluciones; la India y la China han sobrevivido a los cataclismos; son gotas de rocío cristalizadas en el campo de la humanidad y de la historia. Mirando, pues, de un sólo golpe los pueblos más notables que caen al otro lado de la cruz, obtendremos este resultado: síntesis del progreso de Egipto; provincia romana: síntesis del progreso de Siria; provincia, romana: síntesis del progreso de Grecia; provincia romana: síntesis del progreso al aparecer el cristianismo; ciudad de Roma. Examinemos separadamente la escala del progreso en el espíritu y la escala del progreso en la materia, y respondamos a la pregunta que sirve de tema principal a este capítulo.

VIII

Roma puede considerarse como la señora del universo: ha conquistado con la fuerza, y asegura la conquista con las leyes. El Asia en gran parte le pertenece; once ciudades del mundo antiguo se disputan la honra de elevar un templo a un emperador romano. Pérgamo, Smirna y Éfeso le ofrecen tributo y prestan homenaje: Antioquía y Alejandría, magníficas en su desgracia, son como damas de honor de la gran reina del mundo.

Ésta ha reunido en el Capitolio todos los ídolos extranjeros, y ha cerrado el templo de Jano: ha depuesto las armas, y da una cita a los dioses y a los hombres para que vengan a celebrar el gran festín: en confuso tropel los hombres y los dioses, éstos por humanizarse, cometen crímenes; aquéllos por deificarse se hacen a su vez criminales: a contar desde Júpiter, que es un libidinoso vulgar, el cielo de los romanos se nos antoja un presidio medianamente organizado: y si el ejemplo de los reyes es tan eficaz que *ad exemplar regis totus componitur orbis*, ¿qué se dirá del ejemplo de los dioses?

Las nociones religiosas del siglo de Augusto se sintetizan en esta frase desconsoladora del más sabio de sus repúblicos: *tot homines, tot sententiae*; tantos pareceres como hombres: yacían en las tinieblas; se agitaban en sombras de muerte. Si exceptuamos el escaso número de estoicos, héroes de la moral que proclamaban la libertad como principio y la virtud como órbita y como término, el pueblo romano profesa y practica la doctrina de Epicuro. En la eterna lucha del espíritu con la materia, el imperio romano aparece coadyuvando al triunfo de la segunda. La vida de los sentidos disputa al tiempo la duración de los goces, y la vida del espíritu languidece: no es un paganismo ardoroso el que destruye a la sociedad romana; es un indiferentismo horrible el que la asesina; los hombres se burlan de aquellas divinidades que brotaban en los huertos, y hallan más socorrido divinizar al tirano que vive que dar culto a los dioses invisibles.

A pesar de aquel derecho civil tan admirablemente consignado; de aquella razón escrita, destello de la filosofía estoica, la ciencia romana tuvo siempre como obstáculos gravísimos la confusión de lo temporal con lo espiritual y la odiosa institución de la esclavitud: el primer obstáculo es por precisión rémora de la libertad; el segundo es francamente enemigo de la seguridad y de la propiedad: cuando la libertad, la seguridad y la propiedad, tres columnas que sostienen el templo de la justicia, no están perfectamente garantidas, el edificio pelagra, y cuando se cae el templo de la justicia, la sociedad entera perece bajo sus ruinas.

La confusión de ambos poderes temporal y espiritual tiranizando el fuero interno y matando el albedrío; la esclavitud dando al derecho de propiedad una extensión impía y un riesgo constante a la seguridad del individuo, socavan la sociedad romana, porque desorganizan la familia y desfiguran las relaciones que unen a los hombres en las diversas fases de la vida.

El culto tributado a la ciudad, cuyas puertas son santas, nos parece una parodia en pequeño del panteísmo oriental: la India adora al mundo como suprema expresión e imagen de la unidad suprema de Dios; los romanos adoran la ciudad de un modo análogo a como adora la India al universo: ser ciudadano romano es la honra que más se acerca a la de legislador en Esparta, sacerdote en la región que batía el Nilo, satélite en la corte de Baltasar, o patriarca en los melancólicos valles de la Palestina.

Los dogmas revelados son, como dice un sabio, la trama con que se tejen las ciencias filosóficas y aun las físicas; por no conocer los dogmas revelados, llegaron entre griegos y romanos a tan pequeña altura las ciencias filosóficas y físicas. *Nosce te ipsum*: hasta ahí llegó la Filosofía: la tierra, el aire, el agua y el fuego son los cuatro elementos vitales y

constitutivos de la naturaleza; hasta ahí llegó la Física. Sin fe y sin dogma la ciencia no puede dar un paso: Platón entre los griegos y Cicerón entre los romanos, penetraron en la ciencia porque su genio adivinó algo, porque entrevieron vislumbres de la verdad, como la idea del Verbo y la inmoralidad del alma: aparte de esto, la ciencia del mundo antiguo semejará siempre una tela de Penépole perpetuamente tejida y destejida. Aun esos mismos genios del mundo antiguo, el fundador insigne de la Academia y el insigne orador del foro romano, llegaron solamente a la *probabilidad* de verdades que andando los siglos vagaron, como vagan hoy, en el cerebro de los indoctos y en los labios de los niños: la razón permaneció cruelmente atada a la duda, como pintan los poetas gentiles a Ixion atado a la rueda, hasta que las ligaduras se rompieron en el augusto día de la redención, en la magnífica alborada de la libertad. ¡Redención para los mortales vendidos a la culpa por la prevaricación de Adán; libertad para los espíritus, sumergidos en el calabozo de la ignorancia; libertad para la ciencia, cautiva en la red de malla del politeísmo!

IX

El pueblo romano, más bien, los que piensan por el pueblo romano buscan la felicidad, porque la felicidad es la aspiración instintiva, constante de todos los pueblos y de todas las criaturas; buscan la felicidad por varias sendas, y no la encuentran. Los poetas, misteriosos viajeros del mundo de la fantasía, vuelan de esta superficie que mancha la iniquidad y riegan las lágrimas, y adivinan más allá del mundo, como sombra tranquila del universo, la mansión de los bienaventurados, el apacible reino del vacío, *inania regna*, como escribe el arrebatado cantor de Eneas; pero ni la inspiración del poeta es el poeta, ni en la posesión de esos reinos del éter fijaban su felicidad los vencedores de la mayor parte de la tierra, los dueños de casi todo el universo, tan fuertes de espíritu que se estremecían si una ave importuna cantaba, o si un oráculo de mal humor predecía cualquiera tempestad: el imperio de los sentidos, el horrible epicurismo dominaba, con señaladas excepciones, a poetas y filósofos, a patricios y plebeyos, a jóvenes y ancianos. Había una doble corriente de inmoralidad desde los tiranos al pueblo y del pueblo a los tiranos, que condensándose en la atmósfera, la hubiera viciado hasta producir la absoluta inviabilidad de todo principio científico y social, si a tiempo no viniese a purificarla el incienso suave y grato del cristianismo.

X

Si el espíritu ofrece más bien los tristes caracteres del letargo que la movilidad armónica de la vida, la materia en cambio se desarrolla, el imperio de los sentidos se extiende, los manantiales del goce se multiplican; se realiza el progreso en el orden físico. Roma es un atleta de bellas y al parecer vigorosas formas, pero con las entrañas laceradas por un cáncer: es un ídolo de barro artísticamente cubierto con una hoja de oro.

De la gran plaza de Roma parten, como arterias del corazón de un gigante, caminos que enlazan la capital con los más apartados climas, con las provincias más remotas del imperio: para lograr este complicado sistema de comunicaciones, no hay dificultad que no se venza ni obstáculo que no se allane; se salvan las montañas, se desecan los lagos, y

se domina la impetuosidad de los torrentes. Para los beneficios de la agricultura, se cambia el cauce a los ríos, se forman lagunas y se abren canales. El arte de la navegación prospera y florece como en los mejores tiempos de Tiro y de Sidón: innumerables y vistosas flotas cubren y surcan los mares; a falta de puertos construidos por la naturaleza, la industria los construye; se hace el puerto de Ostia. Los viajes periódicos a Oriente proporcionan de retorno ricos cargamentos de ámbar y de piedras preciosas, de púrpuras y telas finísimas fabricadas en la Fenicia y el Egipto. Los romanos, en su anhelo de traer, en su deseo de traducir el Oriente al Occidente y centralizar en su ciudad todas las delicias y portentos que atesoraron Babilonia y Nínive, Menfis y Alejandría, traen del Asia y del África flores y frutos que aclimatan en sus jardines, además de traer el gusto de las cascadas, de los adornos y de los bosques artificiales; y la rosa lozana de Alejandría de vivo color y suavísimo aroma, y el jazmín blanco y delicado, y el granado de ancha sombra y dulce fruto, y el naranjo y el limonero y otros mil árboles nacidos a orillas del Eúfrates y el Nilo, vienen a arraigar en las márgenes del Tíber, para pagar en sombra, regalo y fragancia la crueldad de haberlos desarraigado de su tierra madre, y traíndolos al seno de tierra madrastra.

La magnificencia de los jardines es secundaria respecto a la magnificencia de los palacios, y los templos y los coliseos: gigantescas empresas que hoy acometen, y con dificultad realizan opulentísimas compañías mercantiles, llevábanse a feliz término por algún ciudadano romano que, como Herodes Ático, tenía capital y genio para levantar un coliseo con maderas de cedro y esculturas de primer orden; para restaurar (en Atenas) el *Odeon* destinado por Pericles a conciertos y tragedias; para restituir su pristina suntuosidad al precioso teatro de Corinto, a los ornamentos del templo de Neptuno en el Istmo, a los baños de las Termópilas, a un célebre acueducto de Italia y a otros monumentos notables del Epiro, la Tesalia, la Beocia y el Peloponeso.

El lujo esplendente de los edificios públicos debe considerarse como consecuencia de la adoración que a la ciudad tributaban los romanos: en la majestad de los edificios públicos, dice Gibbon, resplandecía vivamente la soberanía del pueblo. Si andando los años Nerón, en la embriaguez de su orgullo, se construye un palacio de oro, no pasará mucho tiempo, después de la muerte de aquel monstruo, sin que el palacio y su recinto se conviertan en el coliseo, los baños de Tito, el pórtico claudiano y los templos consagrados a la diosa de la paz y al genio de Roma. La columna de Trajano y los acueductos de Espoleto, de Metz y de Segovia, testimonio elocuente son del apogeo a que llegaron ciertos ramos del saber en el imperio de los Césares. Las bellas artes importadas de Grecia, del país clásico de la fantasía, arrastraron una existencia precaria muy parecida a la de los siervos, a quienes de ordinario estaba reservado su ejercicio lo mismo que el de la ciencia de curar. Las bellas artes no pueden florecer entre esclavos; y en los vastos dominios de la poderosa Roma los esclavos llegaron a igualarse en número con los libres: la población de los dominios de Roma excedió, según cálculos autorizados, a la población de la Europa moderna: ¡cuántos millones de esclavos! ¡Causa pena el considerarlo!

Con los elementos que rápidamente hemos reseñado, con una pequeñez pigmeica en lo relativo a las verdaderas ciencias filosóficas, y un desarrollo gigantesco de los intereses materiales, concíbese fácilmente que Roma había de caer en los horrores de una vanidad insensata y de un sensualismo grosero; y cayó en efecto.

No busquemos en los días del imperio al guerrero sobrio, al patricio noble y probo, a la matrona casta y esforzada: el guerrero deja caer el arma que le pesa; el ciudadano deja caer la severidad que le abrumba; la matrona deja caer el decoro que la atormenta; y el guerrero se enerva, y el ciudadano se corrompe, y la matrona se prostituye. La organización doméstica forma de cada casa un pequeño estado despóticamente regido; de cada padre de familias un rey; de cada mujer una víctima; de cada hijo un siervo; de cada siervo una cosa: el repudio, cobarde subterfugio contra el matrimonio, destroza la familia, y en su virtud los hombres suelen recordar más mujeres propias que cónsules, y las mujeres suelen contar mayor número de maridos que de años. Por casarse con su pupila Publilia, repudió Cicerón a su mujer Terencia. La potestad paterna sobre los hijos adquiere en determinadas ocasiones una latitud sacrílega; las leyes que hoy leemos sobre el derecho de vida y muerte, y el derecho de dar en noxa, vestigios son de absurdos que están lejanos, y sin embargo, aun como simples vestigios nos horrorizan: la esclavitud despliega todo el bárbaro lujo de su injusticia, y somete impíamente a multitud de seres racionales al capricho de un señor que oprime y maltrata sin compasión, o a la brutal complacencia de un tirano que manda degollar hombres por ver las contorsiones de los moribundos. Verifícase, pues, entre los romanos durante el imperio, que el extravío moral, que la corrupción de las costumbres se comunica de fuera adentro, esto es, de la ciudad a la familia, al contrario de lo que en los tiempos modernos acontece; hoy los excesos privados pueden trascender a la vida pública: pero garantida en los países cultos la pública moralidad, por lo común no hay riesgos que temer de fuera adentro.

Sea cual fuere la abyección oficial a que en Roma llegó la mujer, nadie puede desposeerla de su importancia casi siempre decisiva en los destinos del hombre: el conde de Segur dijo una verdad incontestable al asegurar que los hombres hacen las leyes, y las mujeres hacen las costumbres. El imperio romano se acercaba a los días de su ruina, cuando sus mujeres, en vez de levantarse como la mujer fuerte de los Proverbios antes del día, y distribuir la tarea entre los domésticos, e hilar por sus manos la lana y el lino, y vender al cananeo el fruto de sus trabajos, y nunca comer el pan en la ociosidad, y siempre mirar sus obras como su gloria, ocupaban el día en prepararse a parecer bellas de noche: según nos describe Plauto y atestiguan Catulo y Juvenal y otros poetas del siglo de oro, las damas romanas desde la aurora hasta las horas de la tarde vivían consagradas al adorno y a los afeites, si eran hermosas, para acrecentar sus atractivos; si no lo eran, para falsificar la hermosura: ellas sabían cubrir con los recursos del arte la palidez de sus mejillas y devolver el brillo a la tez, y el carmín a los labios, y luchar en fin con la tenacidad de los años que, se vienen y con las huellas de los vicios que se van, hasta conseguir una juventud artificial comprada a mucha costa a los mercaderes de aromas y cosméticos, y merced a brazos auxiliares exclusivamente ocupados en esta liviana defraudación de los derechos imprescriptibles del tiempo. Séneca dijo un día a su madre consolándola: «no para esforzar tu dolor alegues tu condición de mujer; pues tiempo hace, madre mía, que por tus virtudes has dejado de pertenecer a ese sexo».

Tan cierta es la sentencia antes citada del conde de Segur, que sólo en la sociedad que produjo las Mesalinas se conciben las monstruosas lubricidades de Tiberio y de Calígula, de Nerón y de Eliogábalo: pueblo que tiene por divinidades a seductores y adúlteros y a toda clase de viciosos, no es mucho que celebre los misterios de Adonis y de Cibeles, de Príapo y Flora; no es mucho que ofrezca festines de horrible suntuosidad en que las más ilustres damas hagan alarde cínico de su impudor, ínterin mueren despedazados por fieras centenares de infelices esclavos, o ínterin derraman su sangre los gladiadores que vienen a caer exánimes a los pies de las impuras cortesanas. La mesa de Eliogábalo, tal como la describen historiadores de aquel tiempo, aparece hoy como una fábula de fantasía oriental: los más extraños manjares, cubiertos con ámbar, oro y piedras preciosas; la perla molida en vez de pimienta; las lenguas de ruiseñores y el vino de rosa, se servían con frecuencia en los festines de aquel tirano que quiso usurpar su nombre al sol, como Antonio se lo usurpó al dios Baco, como Domiciano firmaba «vuestro Dios y Señor». Para trazar el último rasgo característico de la decadente sociedad romana, baste saber que Nerón y también Eliogábalo elevaron al tálamo imperial seres de su propio sexo.

¿Podía vivir un pueblo de tal manera degradado? ¿Podía prolongarse mucho aquel horrible vilipendio de la justicia, de la razón y de la humanidad? No, seguramente: mientras el pueblo romano se embriaga en el inmenso festín de la ciudad, los discípulos de Jesús penitente, perseguidos y austeros, combaten la licencia y el libertinaje, predicando que son dichosos los que lloran, felices los pobres, y bienaventurados los limpios. El cristianismo no tiene armas de hierro para combatir y destrozarse el imperio romano: combate los errores con la palabra y con el ejemplo. Pero la expiación se acerca: del lado del Norte brama un huracán jamás oído; una raza vigorosa penetra en el imperio, y no tarde se apodera de sus provincias, como nube de langostas que se posa de repente sobre campo cultivado: la misma Roma cae en poder de los bárbaros, y el coloso se desploma, y el sol del Capitolio y del foro se eclipsa, y las grandezas se deshacen, y el imperio se hunde: se inaugura un nuevo período para la historia, una faz nueva para las sociedades, otra piedra miliaria en el camino de su vida: síntesis del progreso de Roma: invasión de los bárbaros.

CAPITULO III

El cristianismo como elemento de progreso

I

Discutan, en buen hora los sabios que penetran en la filosofía de la historia si el paganismo romano murió de vejez como árbol sin savia de carcomido tronco y ramas desgajadas, o si en el vigor y lozanía de su existencia vino a cortarla de súbito la doctrina celestial de Jesús, ni más ni menos que destruye el imperio de la noche y ahuyenta sus sombras, el primer rayo del sol que asoma esplendoroso por Oriente.

He aquí una cuestión que a nuestro modo de ver es muy leve o es muy grave: es leve, si tan sólo se refiere al aspecto religioso que el imperio romano ofrecía en los primeros siglos del cristianismo: es grave, si con ella se desea poner en duda la eficacia del Evangelio y atribuir a obra del tiempo lo que es obra de la verdad, obra del cielo. Aun admitida momentáneamente la hipótesis, aun suponiendo que el paganismo romano cayó por su propio peso, la recta razón y el buen criterio pueden exclamar: «¡miseras religiones que caen sin que haya mano sobrenatural que las sostenga: miseras religiones que mueren de vejez como la materia que les sirve de fundamento, como el hombre físico a quien deifican con sus extravíos y sus crímenes!» Una religión que no es más fuerte que el tiempo, que no es perpetuamente joven como la verdad, es una religión fabricada en la tierra, que puede vivir tanto como un monumento de piedra, tanto como las pirámides de Egipto; pero que se derrumba al cabo con la incesante lluvia de las generaciones, con el fuego de los vicios, con los huracanes que desencadena el genio fatal de la revolución.

El paganismo romano murió: luego no era la verdad; porque la verdad es inmortal: y murió el paganismo romano cuando cobraba vida el elemento cristiano, que es la luz: luego el paganismo representaba las tinieblas; y las tinieblas son en efecto viejas, muy viejas; existieron antes que el sol. En este sentido bien puede sostenerse que el paganismo sucumbió helado por la vejez.

II

Al aparecer sobre la tierra el cristianismo, no señala una absoluta innovación en la manera de ser y de sentir y de deber; ideas muy transcendentales del cristianismo preexistieron a la predicación de Jesús. Así como a la idea de Dios hecho hombre y redimiendo a la humanidad en el suplicio preexiste la idea de Dios criador de los cielos y de la tierra, del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, del Dios del mar Rojo y del Sinay, así al Evangelio preceden, los preceptos dados a los patriarcas, y preceden las tablas de la ley, escritas por el dedo de Yhowáh. La luz brotó en el primer día de la creación, y el sol no fue formado y suspendido en el firmamento hasta el día cuarto; de la misma suerte la luz de la revelación comunicada al pueblo de Israel, brilló antes de que apareciera el sol del Evangelio, destinado a iluminar los confines todos de la tierra. El cristianismo no rechaza el Oriente ni el Occidente, no se limita al Occidente ni al Oriente: su divino fundador ha muerto con los brazos extendidos, y el abrazo de la cruz alcanza a los opuestos polos y sirve de lazo a todas las naciones del universo. El antiguo Oriente adoró la suprema unidad, el Occidente la variedad suprema: el panteísmo en la India, el dualismo en Persia, el Politeísmo en Grecia contrastan con el unitarismo teológico del pueblo judaico: todas las mistificaciones indias, todos los genios persas, todo el Panteón y el Olimpo y el Capitolio de Atenas y de Roma son a los ojos de la filosofía y teología mosaicas, cenizas científicas que deben enterrarse bajo una losa en la cual se graben estas sencillas palabras, primer canto de la primera epopeya del mundo: «*In principio creavit Deus caelum et terram.*»

El severo monoteísmo hebraico que no admite imagen ni representación de Dios ni de sus obras, para evitar el menor riesgo de idolatría, y el ancho politeísmo de los pueblos paganos, que divinizando la materia cultiva y desarrolla locamente las artes, abren paso a

la nueva doctrina, que fundada en la unidad de Dios, no menosprecia la materia ni proscribire las manifestaciones: a la tesis monoteísta oriental y a la antítesis politeísta occidental sucede la síntesis cristiana universal: el catolicismo.

III

Aquellos tres magníficos caracteres, Verdad, Bondad y Belleza, que como en el soberano centro de todas las perfecciones resplandecen en Dios, y comunicándose a la tierra, patentizan a todo instante la gloria del Criador, tan solo en la doctrina católica reciben admirable desarrollo y tienen alta y venturosa aplicación. Los tres magníficos atributos inteligencia, amor, poder, que residen en la humanidad como reflejo de los enunciados caracteres de la divinidad, tan solo en la doctrina católica pueden ser concebidos y explicados en toda su consoladora transcendencia. Las tres grandes virtudes fe, caridad y esperanza que establecen el misterioso contacto de estos atributos y aquellos caracteres, tan solo en la doctrina católica se revelan con toda su hermosura celestial.

La fe, dulce palabra que no se encuentra en el diccionario del paganismo, ilumina la inteligencia, y por el apacible camino del creer conduce al alma al codiciado término del saber. La verdad es la madre de la ciencia; y la verdad es el dogma; y el dogma sólo puede conocerse por la fe: todos los pueblos anteriores a la venida de Jesucristo, excepto el judaico, carecieron de esa luz y palparon las tinieblas del error. La duda había sido el funesto patrimonio de la antigüedad, que dominada por la soberbia y el orgullo, rodó perpetuamente como el Sísifo de la mitología de uno en otro abismo, de una en otra negación, de uno en otro absurdo filosófico o teogónico; y rodando estaba cuando la aurora de la verdad brilló sobre el sereno horizonte de Nazareth. El Antiguo Testamento, emblema y figura de un orden maravilloso de acontecimientos que había de cambiar la faz del universo, se explica y cumple y realiza en el Testamento Nuevo.

El gran libro que había atravesado por tantas generaciones flotando, siempre sobre las olas de todas las tempestades sociales, el divino poema en cuyas páginas, como en arca providencial, se salvó del naufragio de las verdades la historia de la humanidad, los escritos, finalmente, de Moisés, de Salomón y de Esdras se abren al mundo, iluminados con el resplandor del Evangelio, y el mundo de la inteligencia cae de rodillas ante aquel soberano monumento de la Verdad, de la Bondad y de la Belleza. La historia aprende imparcialidad, sencillez y concisión en las páginas del Pentateuco: la filosofía, que apenas ha salido de la infancia, y acaricia ora el sensualismo aristotélico, ora el espiritualismo de Platón, se conturba ante el libro de Job, y retrocede avergonzada al deletrear un poco más adelante en el libro de los Proverbios «*timor domini principium sapientiae*», y halla por último el epitafio de sus ilusiones en las palabras del Eclesiastés: «*Vanitas vanitatum et omnia vanitas*». La poesía gntilica palidece ante los arrebatados cánticos de Moisés y de Débora: Píndaro y Anacreonte, Horacio y Tibulo son al respecto de David y Salomón, de Isaías y el ternísimo poeta de los Trens, como el bronce de los ídolos comparado con el oro: de Ophir: el cristianismo, que abre las puertas del templo de la verdadera filosofía colocando la fe en el tabernáculo, abre también las puertas del templo de la poesía exponiendo a la universal admiración y acatamiento el misterioso libro hebreo donde beben poesía las generaciones de treinta siglos, y beberá la última

generación sin que el caudal se disminuya ni una gota, sin que falte ni una letra ni un ápice: *aut jota unum aut unus apex*.

Es, pues, la Biblia el sagrado depósito de la verdad. El catolicismo explicando la Biblia y venerándola como fundamento de su doctrina salvadora, da un solemne testimonio del origen sobrenatural de que procede, del espíritu de verdad que lo anima y fortifica. Hemos dicho que la verdad conocida por la fe es el dogma, y el dogma es la trama indestructible en que se forma el tejido de las ciencias: confesemos que el catolicismo inaugura una faz, mejor dicho, inaugura la única faz verdadera de las ciencias en sus diversas ramificaciones.

IV

El catolicismo predica la fe y hace de ella una virtud; la fe es destello vivísimo que alumbra la inteligencia; por la fe el hombre alzando la vista se eleva hasta más allá del firmamento; volviendo la vista en derredor se explica multitud de fenómenos que la razón no alcanza. Es preciso no olvidar que la inteligencia, partiendo desde el hombre falible a Dios verdad absoluta, a quien humildemente se somete, es la fe: la inteligencia, partiendo desde sí misma al conocimiento natural de las cosas por la luz de la razón, que ha recibido del mismo Dios, es la ciencia humana. El águila que se cierne en las nubes y mira al sol cara a cara, percibe desde las nubes con admirable perspicuidad los objetos que están a flor de tierra. A mayor caudal de fe, mayor tesoro de ciencia; a mayor tesoro de sana ciencia, mayor viveza en la fe: la mucha filosofía conduce a la religión, ha dicho uno de los primeros pensadores de Europa; la poca filosofía conduce a la impiedad.

El gnosticismo y eclecticismo alejandrinos, postrera manifestación de la filosofía griega, se empequeñecen ante una doctrina que da ancha base, no sólo a las ciencias históricas, sino a las ciencias filosóficas y físicas: los grandes problemas del origen y destino de la humanidad, de la causa primera o poder creador y de la distinción entre el espíritu y la materia, no los había resuelto ni apenas iniciado el mundo pagano: la ciencia católica descubre el velo que oculta esas verdades, y el mundo empieza a aprender.

El panteísmo se había creado un Dios de las mismas proporciones que el mundo, y adorando al mundo creía adorar a Dios; pero Dios criadores infinitamente mayor que todo lo criado; por eso está presente a todo, y todo lo regula y todo lo ordena y todo puede confundirlo con una palabra de sus labios, con un soplo de su boca. El mundo material es círculo muy estrecho para la fe cristiana; si Dios no fuese infinitamente mayor que el mundo, esa celestial corriente del espíritu al cielo, ese vislumbre de la divinidad que penetra en el alma humana formada a su imagen y semejanza, ni tendría digno empleo, ni tendría siquiera razón de ser: el catolicismo no confunde lo criado con el criador: *in principio creavit Deus caelum et terram*; he aquí una verdad inspirada: he aquí un dogma. La unidad sustancial de Dios, existiendo antes del principio, obrando cuando plugo a su eterna sabiduría e infinita misericordia, y siguiendo desde el principio hasta hoy y hasta la consumación de los siglos la mole universal de lo existente, es el Dios suprema verdad, fuente de todo saber; es el Dios que Adán conoció por la palabra, que los patriarcas adoraron por los prodigios, que los profetas cantaron por la inspiración, que

los cristianos conocemos, adoramos y cantamos por la fe. Contra el panteísmo, enseñando que Dios existe en todo, aparece el cristianismo estableciendo que todo existe por Dios: contra el imperio absoluto de la razón, que mira solamente lo que alcanza, y alcanza solamente lo que mira, el imperio de la fe, que, remontándose del mundo de la materia, se eleva hasta la región de lo infinito: contra el horrible martirio del dudar, el consuelo dulcísimo del creer: contra la opresión de la ciencia, esclava como casi todos los que la cultivan, la ordenada y santa emancipación del pensamiento, el glorioso nombre de Maestro aceptado por el Dios-Hombre con preferencia al de Rey y Emperador: contra las tinieblas, la luz; en pos de los errores, la verdad; en pos del caos científico, la esplendorosa imagen del progreso.

V

En Dios existe la suma Bondad; y en el alma humana hay una virtud, la virtud productora de las buenas obras que corresponde a la Bondad como un reflejo, como la fe a la verdad: esta virtud es el amor, que se eleva hasta Dios, y se dilata hacia los hombres. San Juan ha dicho: «Dios es caridad, y quien permanece en caridad, en Dios permanece y Dios en él.» Y San Marcos: «Amar al prójimo como a sí mismo, es más que todos los holocaustos y sacrificios.» Y San Pablo: «El fin del mandamiento es la caridad, de corazón puro, y de buena conciencia y de fe no fingida.» ¿Habéis visto, lectores, en algún libro pagano las dulces palabras de caridad y fraternidad?

Los hombres no van a dividirse ya en libres y esclavos, en patricios y plebeyos, en ricos y pobres: la ciencia, el honor y la felicidad van a estar ya al alcance de todas las condiciones, de todas las esferas sociales: los que mandan reconocerán un poder superior al que ejercen: los que obedecen sabrán cuál es el círculo en que se encierra la obediencia justa: los ricos comprenderán que de Dios viene toda riqueza y que los pobres forman en la tierra la porción escogida, la corte de honor del Rey de los cielos que al terminar su vida mortal no tenía suyo ni sepulcro en que su cuerpo sagrado se depositara: los pobres verán sin envidia la riqueza; porque la resignación es ejecutoria que les franquea el derecho a una herencia que vale más que todo el oro de los magnates, que todo el esplendor de los soberanos: los pueblos de diverso clima dejarán de ser enemigos, porque al parentesco de la sangre, que se descubre apenas resuelto el problema de la unidad de las razas, a la unión en Noé, se agrega la unión en Jesucristo. Si los lazos de la materia podían romperse y desaparecer, los lazos de la gracia son irrompibles. Los corazones que al rayar el alba se elevan al cielo conmovidos de agradecimiento por el beneficio de la luz, pidiendo fuerzas para el trabajo del día, y que a la caída de la tarde oran dando gracias por el sustento recibido y pidiendo reposo para la noche, son corazones hermanos que no se conocieron en el mundo de los filósofos panteístas ni en las aulas de Atenas y Alejandría. Ya no será el matrimonio la sumisión simultánea o sucesiva de las mujeres al poder del hombre; será la unión perpetua, indisoluble, de varón con hembra; será la santa organización de la familia, la feliz garantía de los más altos derechos, la base en fin en que se apoye, como en firmísimo cimiento, el edificio social.

VI

No es posible concebir nada más opuesto a la idea de progreso que la idea del egoísmo: si el progreso es la tendencia constante del hombre hacia el bien que mira más o menos cerca; si es la ascensión continua del espíritu, el egoísmo es la reconcentración de las fuerzas y de los afectos en el interior del alma: por la idea del progreso el hombre se exterioriza, emprende un viaje de dentro afuera; por la idea del egoísmo el hombre se interioriza y emprende el viaje de fuera adentro: el egoísta, creyéndose feliz consigo mismo, encerrando en su yo como un soberano en alcázar de oro, no aspira al perfeccionamiento: las paredes del pecho le sirven de muro: para el egoísta no hay más allá. Así vivió gran parte de la humanidad antes de que el mundo aprendiese lo que es amor en el ejemplo divino y en las palabras del Evangelio.

El amor evangélico, la caridad es, como elemento social, el regulador de las condiciones, el germen fecundo de la moral, sin la que las sociedades no pueden existir. Por el amor que establece la fraternidad en Jesucristo, la autoridad y la obediencia se explican y razonan; se condenan la tiranía y la rebelión. La caridad es la prenda segura de la unión, y la unión es prenda del progreso. La caridad da al que no tiene, enseña al que no sabe, perdona al que ofende, y ama por fin a todos, incluso los enemigos. Reconozcamos, pues, cómo un paso gigantesco en el camino de la vida social, ese precepto maravilloso, esa virtud emanada del Verbo que es eterna Bondad, esa virtud por la que al horrible aislamiento de los antiguos pueblos sucede la armonía, al egoísmo sucede la abnegación, al hielo de la indiferencia individual el fuego vivificante de un amor puro, inmaterial, animado por el influjo de la Bondad soberana que resplandece más allá del firmamento.

VII

Allí, en el término del amor, brilla también la eterna Belleza, la Belleza absoluta: el espíritu que la vislumbra por la fe, vuela hacia ella por la esperanza, y creando por medio de su poder, no seres, que a tanto no alcanza el hombre, pero sí maneras de ser, relaciones, armonías, da vida al arte. El arte brota del feliz consorcio del creer y del amar, de la fe y de la caridad. Es lo bello, según Platón, el objeto propio del amor. Si no hay religión alguna que enseñe a amar sino la religión cristiana, ¿cuál religión, sino la cristiana, podrá señalar la verdadera fuente de lo bello, el tipo soberano, el bello ideal? «La virtud, dijo San Agustín, es el orden en el amor; y lo bello es el esplendor del orden.» Si pues la idea del orden no ha podido explicarse hasta que la doctrina evangélica iluminó los confines de la inteligencia, ¿cómo ha podido apreciarse antes de esa aurora feliz la naturaleza de lo bello, el esplendor del orden?

El bello ideal no existe en el mundo de los sentidos; está más alto: el alma vuela hacia él, porque Dios en su bondad infinita le ha concedido las alas de la esperanza. Prescindamos de la esperanza, y hemos suprimido el arte: ¿qué otra cosa es sino obra de la esperanza ese poder en cuya virtud el llamado genio de la escultura toma un pedazo de mármol, y comienza a ver el busto que proyecta; el llamado genio de la pintura prepara el lienzo y mira ya la sonrisa de la virgen que va a delinear; el llamado genio de la música empieza a combinar sus notas, y presiente la armonía de su obra; el poeta, por último, no ha comenzado a cantar, y sabe que la inspiración va a descender a su excitada fantasía, y se deleita en la hermosura aún no creada de sus cantos? ¿Quién sino la esperanza, puso la

primera piedra en la catedral de Colonia y en el monasterio del Escorial; quién trazó el primer rasgo del *Pasmo de Sicilia*, quién inspiró a Haydem y Mozart sus melodías dulcísimas, quién guió la mano de Miguel Ángel, quién dictó el primer verso de la inmortal *Gierusalemme*? La esperanza movida por una voluntad firme, por un amor puro e intenso. La voluntad, se ha dicho con justicia, es la mitad del genio; pero la fe es por lo menos la mitad de la voluntad. El talento es el principio del arte: cierto; pero el amor a lo bello es su condición esencial; más prodigios de arte ha hecho el amor que el talento. El hombre de ciencia necesita cabeza y corazón: el hombre de arte necesita corazón y cabeza.

Los pueblos politeístas que no llegaron a la noción perfecta del amor, materializaron el arte: no comprendieron la unidad suprema, ni por tanto el tipo soberano de la belleza; bajaron la divinidad hasta la tierra; mal pudieron subir la inteligencia ni el corazón hasta los cielos.

Si el racionalismo desechando la fe envenena la ciencia; si el egoísmo excluyendo la caridad representa el suicidio social, el fatalismo oscureciendo la esperanza enrarece el aire donde el arte respira, y ahoga el arte.

El fatalismo, que tiene a menos creer en Dios, y no se avergüenza de creer en el acaso, comienza por negar que el mundo sea una obra armónica *creada*; continúa desconociendo al Supremo Artista de la creación, y termina por entregar el mundo a la horrible monotonía del quietismo, a la nulidad absoluta del progreso. Es inútil preguntar por las artes en los pueblos donde ha dominado ese sistema, o más bien esa pereza respecto de todos los sistemas execrada por la historia y por la razón con el nombre de fatalismo.

La doctrina evangélica, que condena el racionalismo inculcando la fe, y que rechaza el egoísmo predicando la caridad, destruye el fatalismo haciendo de la esperanza una virtud. La doctrina celestial del Evangelio da al alma un poder magnífico, el poder de la esperanza; y da al genio unas alas sobrenaturales para que vuele al ideal de la Belleza: las alas de la esperanza, ¡Bendiga, pues, el arte, como bendicen las ciencias, como bendicen las sociedades cultas, el espíritu eminentemente progresivo de la doctrina católica!

CAPITULO IV

De cómo el cristianismo ha realizado el progreso

I

Al terminar el capítulo primero, dijimos «que el último hálito de vida mortal que exhala el Cristo, es soplo de vida que impele a la humanidad por la senda del progreso». Y en efecto, si filosóficamente, *a priori*, el cristianismo señala el principio de todo progreso científico, artístico y social, históricamente, *a posteriori*, es demostrable y patente el desarrollo de ese progreso científico, artístico y social por virtud del cristianismo.

San Pablo escribió en su Epístola a los hebreos: «Jesucristo era ayer, y es hoy, y será en los siglos». Jesucristo es el Verbo, y el Verbo era en el principio. Jesucristo, prodigio de amor, murió por los hombres, y quedó entre los hombres por un misterio de amor: al terminar en la tierra su vida de Hombre, dejó en la tierra establecido su reinado de Dios, reinado que durará más que los siglos, reinado contra el cual no triunfarán las armas perpetuamente blandidas de Satanás.

Jesucristo obró prodigios y predicó verdades: las verdades y los prodigios trajeron en derredor de Jesucristo multitud de adoradores, cuyo núcleo formaban los doce humildes discípulos que se había dignado asociar a su obra de portentosa y feliz regeneración.

Jesucristo, antes de morir en la cruz, legó solemnemente el poder de atar y desatar, hizo entrega de la llave de los cielos en uno de sus apóstoles, en el que plugo a su eterna sabiduría; *Tu es Petrus, dijo, et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam*. La congregación de los fieles, regida por San Pedro, es la Iglesia, la mística esposa de Jesús, la esposa a quien ama con sobrehumano amor, la esposa a quien asistirá por los siglos de los siglos: Cristo y su Iglesia son aquellos tiernos y castos esposos, cuyos suspiros de dulce arrobamiento resuenan en el *Cantar de los Cantares*.

La frase de San Pablo está cumplida: Jesucristo era ayer; en efecto en la eternidad de los designios divinos: Jesucristo es hoy; lo es en efecto en su Iglesia santa: Jesucristo será en los siglos; lo será en efecto, porque contra su Iglesia santa no han de prevalecer las puertas del infierno.

II

La Iglesia, regida invisiblemente por Jesucristo, su divino fundador, y visiblemente por un Vicario suyo, en quien reside la plenitud del poder espiritual, ha cumplido a través de los siglos y a despecho de las vicisitudes con la gran misión de maestra de las sociedades, procurando su salvación en lo eterno por el camino de su mayor perfeccionamiento en lo temporal.

Los gérmenes del progreso científico, artístico y social existían en la doctrina del Salvador: el desarrollo de esos gérmenes, su crecimiento, su florescencia, su fruto, deben buscarse en el campo de la historia, a la luz pura y serena que irradia de la cátedra de San Pedro.

Diez y nueve siglos de antigüedad tiene ese trono, y el huracán de las revoluciones no lo ha derribado; diez y nueve siglos ha que la barca de San Pedro flota en el Océano de la humanidad sin que las horribles oleadas que llaman guerras la hayan nunca sumergido; la navecilla boga, y boga, remada por el espíritu de verdad, llevando por brújula el dedo del Omnipotente, que desde lo alto le señala el derrotero de la gloria.

Esta maravillosa asociación, cuyos poderes se hallan admirablemente distribuidos; esta máquina, cuyas ruedas con tal destreza engranadas jamás alteran el movimiento que quiso darles el Soberano artífice, obra de estudio es para los sabios, siempre fatigados tras

de nuevas teorías, y perpetuamente empeñados en el problema perpetuamente viejo de la humana felicidad.

III

Mientras los sabios discuten la naturaleza de la autoridad y las formas como ésta puede aparecer, la Iglesia asienta y practica la única doctrina verdadera acerca de la autoridad, y adopta una forma de organización, una política externa, que no es rigurosamente la monarquía, ni la aristocracia, ni la república, y tiene sin embargo lo bueno de todas esas formas, y evita lo malo que dentro de esas formas pudiera contenerse y con dolorosa frecuencia se contiene: es monarquía, por cuanto el poder reside en uno; es aristocracia, por cuanto a los mejores puestos son llamados *los mejores*; es democracia por cuanto para todos los puestos, incluso el pontificado, son aptos *todos* por razón del origen: tiene del absolutismo la centralización; tiene del constitucionalismo la discusión; tiene del republicanismismo el sufragio.

Como dentro del orbe católico hay naciones sujetas a todas las enunciadas formas de gobierno, la Iglesia, que es maestra de la verdad, puede enseñar a todas con el ejemplo, mostrando sobre todas acción saludable por lo que se refiere a su sistema orgánico, a su manera de ser. A los reyes enseña la Iglesia con su pontificado electivo que el poder se recibe primero en el mundo, y Dios lo confirma en el cielo; que la elección o la herencia no modifican la naturaleza esencial del poder; una vez aceptado, sometidos una vez los súbditos, el poder es la representación de Dios en la tierra; *omnis potestas a Deo*: toda potestad viene de Dios; ora llegue por conducto de los que expresamente eligen, ora por la sucesión hereditaria. La Iglesia con sus congregaciones, y sobre todo con sus concilios, ha enseñado a los pueblos desde los rudimentos de los sistemas llamados representativos; les ha enseñado a discutir, a deliberar, y hasta a votar. La Iglesia, elevando a las prelacías, al capelo y aun a la tiara a los hijos del pueblo que de tal honor se hacen dignos por su virtud y sus letras, ha definido y explicado la aristocracia, aniquilando los privilegios de raza que tanta sangre costaron en la Roma de los Césares. La Iglesia, acatando en el último presbítero la misma potestad de consagrar el pan y el vino, que en el Sumo Pontífice, cabeza de la jerarquía; la Iglesia, reconociendo en cada cristiano un súbdito, sea cual fuere su condición, contando el número de almas y jamás apreciando la condición de ciudadanos o extranjeros, de nobles o de plebeyos, de ricos o de pobres, define y explica la democracia, la santa igualdad de los espíritus ante Dios, alterable sólo por la diferencia de las obras y el caudal de los merecimientos.

La Iglesia, legislando, ha dado la norma de legislar. La Iglesia, gobernando con formas no definidas, peculiares, *sui generis*, con formas que no son las de los poderes temporales, y sin embargo las abarcan todas, ha dado la norma de gobernar.

La Iglesia, ofreciéndonos el espectáculo de un Pontífice que se titula *siervo de los siervos*, Sumo Sacerdote cuya misa tiene el mismo valor que la misa celebrada por el último presbítero, da a los que mandan una lección solemne para que no se estimen de mejor naturaleza que los subordinados, ni con otra alma diversa favorecidos: la Iglesia, ofreciendo el espectáculo de un Pontífice que recibe la absolución de manos de un

ministro que es súbdito suyo en la jerarquía, da un alto testimonio a todos los súbditos de que en serio no hay humillación; pues obedeciendo al poder justo, sea éste espiritual o temporal, obedecemos a Dios, y a Dios todos debemos obediencia, desde el Pontífice Sumo hasta los infelices que se agitan en las postreras capas de la sociedad.

IV

Nunca en sus actos la Iglesia se ha mostrado inconsecuente con su doctrina: condenando la esclavitud, elevó al individuo; santificando el matrimonio, regularizó la familia; declarando obligación de conciencia la sumisión al poder y pecaminosas todas las insubordinaciones, ordenó la sociedad: ponemos a la historia por testigo.

La Iglesia, inspirando el sentimiento de la dignidad humana, dio la clave del progreso; porque la dignidad humana, el valor del hombre como hombre, eran ideas desconocidas del paganismo. La Iglesia no armó el brazo del esclavo contra el Señor, pues ella condena todas las insurrecciones. La Iglesia quiso más bien desarmar el brazo del señor, armado siempre contra el esclavo; pues ella condena todas las opresiones.

La esclavitud no había de abolirse con el triunfo de Espartaco; ha de abolirse con el triunfo de la Cruz: no ha de hacerse el milagro con la fuerza; ha de hacerse con la doctrina; y el milagro se hace. Si comparamos la esclavitud en tiempo de los emperadores cristianos, la esclavitud a contar desde Constantino, con la esclavitud de los tiempos anteriores, aun la del mismo siglo de Augusto, llamado comúnmente siglo de oro, observamos un cambio consolador, un paso felizmente dado en la senda de la justicia y de la razón. El inhumano derecho de vida y muerte ha desaparecido; se acrecientan y facilitan los medios de manumitir; se mejora la condición de los manumitidos; se destruyen, finalmente, piedra por piedra aquellas horribles fronteras que separaban las clases: entre el ciudadano y el imperante, la frontera de la persona al dios; entre el ciudadano y el siervo, la frontera de la persona a la cosa. La predicación y el ejemplo de los cristianos filtrándose, digamos así, en todas las capas sociales, realizan una felicísima regeneración, y cambian en buen hora la faz de la familia, la faz de los pueblos, la faz del mundo.

V

Cuando al ampliar este punto capital de la historia crítica estudiamos los admirables escritos del insigne Balmes, tanto como el espíritu profundo y la vasta erudición de aquel sabio sacerdote, nos maravilla la ingenuidad bondadosísima con que se propone refutar y refuta a Mr. Guizot. Es Mr. Guizot uno de los primeros pensadores de Europa, una de las inteligencias más claras del siglo actual; y sin embargo, en sus tan famosas disquisiciones históricas acerca de la civilización, hace prodigios de ingenio y lleva la sutileza hasta los límites de la inverosimilitud, no ya por negar, sino por amenguar, por oscurecer en lo posible el influjo *decisivo* que la Iglesia ejerció en la marcha de las sociedades por el camino del verdadero progreso.

El eminente publicista francés no pertenece a la comunión católica: este dato es indispensable para leer con fruto, o mejor dicho, para leer sin riesgo *La historia de la civilización*: su autor, que en la esfera de lo puramente humano camina por entre los escombros del imperio romano con una seguridad pasmosa, alumbrando los sombríos confines de la historia con la luz de su talento y la antorcha de su crítica, cuando llega a la esfera de lo sobrehumano, cuando en virtud de la ilación lógica sale a su encuentro la doctrina evangélica como elemento civilizador; Mr. Guizot, que se llama cristiano, pero no es católico, distingue entre el cristiano y la Iglesia; señala a la Iglesia constitución posterior al cristianismo, y la considera ya como fuente de una influencia peligrosa y aun perjudicial. Tendía la Iglesia en el siglo V, según Mr. Guizot, «a hacer prevalecer en la sociedad el principio teocrático, a apoderarse del gobierno temporal, a dominar exclusivamente; y cuando tales fines no alcanzaba, se unía con los príncipes temporales, y para compartirlo sostenía su poder absoluto a costa de la libertad de los súbditos.»

En honor de la verdad, antes de que hubiesen salido a la luz de la filosofía y de la historia los pensamientos de Mr. Guizot, se habían lanzado contra la Iglesia inculpaciones de igual y mayor gravedad; pero contestadas todas en la dilatada serie de los siglos, a contar desde los primeros Padres apologistas, no parecía probable que volviesen a surgir, ni aun evocadas con el conjuro de un talento tan poderoso como el de Mr. Guizot.

La Iglesia, a quien se refiere el historiador calvinista, es la Iglesia católica apostólica romana, una y santa, según estaba ya definida en el concilio de Nicea: la Iglesia católica de entonces, que por la no interrumpida sucesión de los Pontífices, por la inquebrantable comunión del dogma, de la fe y del bautismo es la Iglesia católica de hoy; la Iglesia de los diez y nueve siglos, ora la rija un Clemente, ora un Gregorio, ya un León, ya un Bonifacio, ya un Pío; la Iglesia católica de hace mil cuatrocientos años es la Iglesia católica de hace trescientos años, es la de hoy sin cambios esenciales, sin novaciones, sin variedad.

La santa causa del catolicismo es siempre la misma, es inmutable como la verdad; los miembros de la Iglesia reformada no pueden defender hoy la causa del catolicismo, no la pueden defender en fecha alguna: adversarios del pontificado, caerían en inconsecuencia que lastimara su orgullo si reconociesen el influjo, volvamos a repetir, *decisivo* que el pontificado, como centro de unidad, de saber y de justicia, ejerció en días borrascosos para las sociedades.

Deseando pues, mejor dicho, necesitando según la verdad histórica cantar las glorias del cristianismo, y no pudiendo, a nuestro modo de ver, cantar las glorias de la Iglesia sin inconsecuencia que lastime su orgullo, escritores de la talla de Mr. Guizot han tenido que dividir y desglosar principios que son indivisibles e indesglosables, y penetrar en un laberinto de concesiones y negaciones según hablan del cristianismo o del catolicismo, y perderse por fin en un sistema de argucias y de quimeras que si hace honor a la sutileza de su ingenio, los expone a que un escritor de vasta ciencia y pura ortodoxia, tomando por convencimiento lo que es quizá conveniencia, destruya el laberinto y refute seria y prolijamente esas distinciones, para evitar que induzcan en error, y restablecer la verdad histórica, filosófica y religiosa al ser y punto de que no debió salir. En esta digna tarea

entró, y de ella salió coronado por la victoria nuestro profundo pensador Balmes. Si para impugnar a Mr. Guizot hubiese escrito solamente estas palabras: «la Iglesia, cuyo influjo niega el autor es la católica, apostólica, romana, de la cual son enemigas las llamadas iglesias reformadas», habría considerado como redundantes las páginas que consagraba a la materia: la ciencia, sin embargo, agradece en extremo la bondadosísima ingenuidad de Balmes, y nosotros admiramos y bendecimos las redundancias del autor de *El protestantismo comparado con el catolicismo*. Si Dios, cuyos decretos son siempre adorables, hubiera otorgado al gran filósofo unos años más de vida, habría podido aquella alma grande y generosa dilatarse de gozo al ver al mismo Guizot, a su sabio adversario, defender en 1861 la causa de la justicia y de la verdad, desde el terreno de la filosofía y de la historia, *La iglesia y la sociedad cristianas en 1861*, por Mr. Guizot, obra notable que aún deberemos citar más de una vez, es, en efecto, una gran protesta de la justicia contra la iniquidad, de la verdad contra el error.

VI

No puede negarse sin negar la historia y sin recusar la irrecusable autoridad de los más doctos escritores, que en el carácter de los pueblos septentrionales, herederos del imperio de Occidente, se descubren rasgos notables de *personalismo*, de estimación del hombre como hombre, de participación de la mujer en las consideraciones, en los beneficios de la sociedad humana. La mayor pujanza en el combate da mayor excelencia y jerarquía; por manera, que así como en los últimos tiempos del cesarismo es más adorado el hombre cuanto menos hombre es, en las bélicas tribus del Norte vale tanto más el hombre cuanto más hombre se muestra. Y la mujer no es un torpe instrumento de deleite, el bello adorno de la mansión sibarítica, el más precioso de los muebles de recreo; la mujer participa de las fatigas del guerrero, alienta y estimula a la victoria, y comparte más tarde los despojos: la mujer no compra con oro al marido como en el siglo de Augusto; el marido va a dotar a la hembra, y van a establecerse los gananciales, y va a brillar en la madre un destello de la patria potestad. Tales son las consecuencias que el derecho y la sociedad obtienen de esos caracteres de *personalismo*, de vigor humano, digamos, así, que se descubren en las razas septentrionales, herederas del imperio de Occidente.

Mas no bastaría el talento de Mr. Guizot, no bastarían las sutilezas de todos los filósofos ni el empeño de todos los historiadores para probar que el elemento germánico por sí sólo produjese la gran transformación de los siglos V al VIII. Dado que el mismo insigne publicista francés declara que el sentimiento de la dignidad humana a que nos hemos referido era en los germanos un egoísmo horrible; dado que aquel espíritu de independencia, aquel carácter frío, libre, *personalista*, ni procedía de una virtud del alma, ni reconocía límite, como que era ni más ni menos una condición orgánica, una reminiscencia de la semisalvaje vida de los bosques; dado finalmente que en el carácter de los invasores sólo existe el germen de lo que después será libertad, dignidad y sociabilidad, ¿dónde buscaremos el calor que desarrolle ese germen, la luz que ilumine al mundo en este período crítico, en esta evolución interesantísima de la existencia universal?

VII

El filósofo autor de la historia de la civilización, y todos los autores de historias y de filosofías, convendrán con nosotros en que el sentimiento germánico, *por sí solo* no pudo dictar las leyes del Fuero. Juzgo no pudo dar de sí las glorias de Recaredo, las escuelas de la España gótica; no pudo proporcionar a la Italia el espectáculo que Teodelinda le ofreció a fines del siglo VI, ni a los francos el de los tiempos de Clodoveo, ni abrir a los anglosajones las puertas de la verdad cerradas hasta la predicación del gran monje Agustín, el sentimiento germánico por sí sólo jamás hubiera regularizado la familia, suavizado las penas, creado la autoridad sobre anchas bases, excogitado el asilo, ni preparado por último las glorias de Carlo-Magno y de Fernando el Santo.

De arriba viene la luz; busquémosla en la doctrina católica, y la encontraremos.

Homero había dicho que Júpiter quitó a los esclavos la mitad de la mente: si se nos desecha esta autoridad por ser de un poeta y no hacer mucha fe en los grandes juicios de la razón los testimonios de la fantasía, acudiremos a Platón, que se conforma casi totalmente con el dicho del poeta, o nos detendremos en Aristóteles, que establece la existencia de libres y esclavos por naturaleza, no mucho más benévolos fueron en sus escritos con los esclavos los poetas y filósofos de Roma. Ahora bien: si cuando los pueblos del Norte derribaron el imperio había ya muchos años que se predicaba en el mundo la doctrina de la igualdad ante Dios, de la unidad del género humano por la naturaleza en Adán y por la gracia en el bautismo; si en el espacio de dos, tres y aun cuatro siglos se habían repetido las palabras de San Pablo «no hay judío ni griego, no hay esclavo ni libre, no hay macho ni hembra, pues todos sois uno en Jesucristo»; si por defender esta celestial doctrina que de frente combatía la crueldad de los tiranos y la diferencia de razas, habían derramado su sangre millares de atletas de la fe; si en comprobación y para irrefutable testimonio de la verdad de esta doctrina había obrado el Cielo prodigios estupendos, ¿cuya será la gloria de la saludable transformación obrada en los siglos V y VI; del sentimiento de independencia de los pueblos germanos o del influjo de la doctrina católica?

Reducido el argumento a esta fórmula clara y concreta, la conciencia pública ha dictado ya su fallo; pero entiéndase que al hacer justicia a la doctrina católica, la conciencia pública no ha querido ni podido negar que el sentimiento de dignidad, el rasgo de personalismo que caracteriza a las razas del Norte, sirvió de mucho, fue una disposición favorable, un excelente germen para que de lleno obrase el espíritu de verdad, de caridad y de santo progreso encarnado en la Iglesia de Jesucristo.

Nosotros, que justamente nos enorgullecemos con nuestra legislación de los primeros siglos, con nuestra magnífica y envidiada colección canónico-gótica; nosotros, que miramos como estrellas en el campo de la historia los nombres de Recaredo, San Isidoro y San Leandro; nosotros, que sabemos lo que eran, lo que representaban, lo que alcanzaban en punto a costumbres y civilización los bárbaros invasores de nuestra patria, podemos, mejor que ningún otro pueblo, contestar a Mr. Guizot y a cuantos autores prefieran en mucho o en poco sutilizar las conjeturas históricas, a reconocer y confesar paladinamente el *decisivo* influjo de la doctrina católica; podemos contestar con

testimonios elocuentes con magníficos monumentos, que son a la vez timbres gloriosos e indestructibles de nuestra nacionalidad.

VIII

Si comparamos las nupcias de los antiguos tiempos con el matrimonio católico, con el matrimonio sacramento, salta a la vista que la idea de familia en toda su belleza, en toda su consoladora perpetuidad, pertenece a la doctrina evangélica.

Las fórmulas de la confarreación, de la coempción y del uso desaparecen; el repudio con todas sus amargas consecuencias, el concubinato con todos sus horrores son condenados y proscritos. Un hombre libre dice a una mujer libre también que la quiere por esposa; la mujer acepta y expresa su consentimiento: un sacerdote oye estas palabras y bendice la unión, y el sacramento queda realizado; y ni todo el poder de la tierra basta para quebrantar la invisible cadena que une aquellos corazones, para destruir la identidad perpetua que entre ellos se establece; aquel hombre y aquella mujer son ya carne una y hueso uno, como dice la Escritura; Dios los ha unido, y *quod Deus conjunxit homo non separet*.

Aquí sí que está reconocido el gran principio de la dignidad humana, la *autonomía* la buena y legítima acepción de la palabra: bien puede el hombre ser un rey y la mujer una infeliz campesina; el *sí* pronunciado ante el ministro del Señor los iguala y los confunde: ¿qué importa para los efectos del sacramento que el uno sea rey y la otra una infeliz campesina? Allí hay dos almas de idénticos atributos, a igual precio redimidas, de los mismos derechos dotadas.

El matrimonio católico es la gran prueba de la altura a que llega en el mundo moderno la importancia personal; la decisión espontánea del individuo crea un lazo sobrenatural, indestructible, que trasciende más allá del sepulcro, que asegura la consistencia de las familias y el orden de la sociedad. Establecido el amor puro y casto como base del matrimonio, y reconocido éste como fundamento de la familia y elemento constitutivo de la sociedad, vendrá a resultar que la sociedad católica está basada en un fondo de amor, a diferencia de todas las sociedades que han existido y existen sobre la faz de la tierra.

El amor en las sociedades católicas se extiende y agranda en ondulaciones como las aguas del mar: los esposos son el centro: la familia es la primera ondulación; el pueblo es la segunda; sigue la patria; más adelante la humanidad entera.

La Iglesia, maestra de las verdades, dispensadora de las gracias y depositaria del poder, ha recurrido en todas las épocas difíciles, en todos los momentos supremos, primero a los tesoros del amor que al depósito de las armas: volvemos a invocar el testimonio de la historia.

IX

La Edad media, con ser el período más difícil de la historia, es el más traído en lengua de los oradores y en pluma de los escritores; de donde resulta que al menos en sus caracteres generales y sobresalientes es conocida por todos, esa variada y notabilísima serie de siglos, especie de sueño vertiginoso de la humanidad. Ciertamente es también que pocos períodos de la historia aparecen más calumniados y desfigurados, ya por el espíritu de parcialidad que a sabiendas desfigura y calumnia, ya por el anhelo inmoderado de fallar en las grandes cuestiones históricas y filosóficas, sin el necesario caudal de conocimientos, y sin el poderoso auxilio de una crítica severa.

Durante los siglos medios no parece sino que la idea de autoridad vaga perdida en la atmósfera; y como de ella se ha alejado casi por completo la luz de la ciencia, no aciertan a fijar la idea de autoridad aquellas generaciones intrépidas que viven entre el combate y los azares. El edificio se ha hundido: la sociedad es un inmenso montón de escombros: el poder yace subdividido en mil partículas; atraviesa por un período de análisis. El feudalismo domina en gran parte de Europa: es una necesidad de los tiempos. A la esclavitud de la persona ha reemplazado la esclavitud de la cosa: malas son todas las esclavitudes, pero esta segunda es menos cruel que la primera; y si hay enemigos que arrojar, si hay invasores que resistir, el apego a la tierra acrecentará el amor patrio, o si se quiere el amor de localidad; pero los enemigos serán arrojados, y con ayuda de Dios y del valor, aunque dure siete siglos la invasión, ya lucirá la aurora del siglo XV, y se alzarán la cruz sobre los muros de Granada.

¡Horrible período el de los siglos medios! Es un inmenso cuadro de desolación, alumbrado por una sola luz: la luz del catolicismo. ¿Qué hubiera sido del señor feudal si la Iglesia no hubiera repetido a los vasallos la obligación de obedecer? ¿Qué hubiera sido de los vasallos si la Iglesia no hubiera predicado a los señores la igualdad de condiciones y el mérito de la gran virtud de la caridad? ¿Qué hubieran sido las ciencias y las artes y los monumentos todos de la historia y de la literatura, si la Iglesia no hubiera constantemente alentado el estudio, propagado las copias, y constituyéndose por fin en la fideicomisaria del mundo antiguo para comunicar al mundo moderno el gran legado de la clásica sabiduría? ¡Eterna gratitud y alabanza a los monjes de la Edad media, tesoreros de la ilustración de treinta siglos! ¡Un recuerdo siquiera para los monasterios de aquel turbulento período, gigantescos relicarios de la ciencia!

La Iglesia abre escuelas donde enseñar la virtud y las letras, y abre los templos donde sea Dios adorado, y encuentren asilo el menesteroso y el perseguido: y crea las órdenes militares, congregaciones de héroes del cielo y de la tierra, que así oran y se extasían, como defienden el castillo de Calatrava y desbaratan las huestes sarracenas. El Vicario de Jesucristo alza su voz de paz, y las guerras fratricidas se suspenden; pronuncia su fallo en justicia, y cesan las disensiones de los poderosos. En medio de espantosa tempestad que envolvía al mundo, en medio de las olas que con soberbio empuje se alzaban amenazando de todos lados una horrible inundación, la cátedra de San Pedro es roca inexpugnable a cuyos pies la tempestad se estrella y las olas embravecidas se convierten en manso remolino.

Pero las horas de la noche pasan; se aleja la borrasca, y el día amanece en el horizonte de la inteligencia. Las cruzadas han abierto al Occidente las puertas del Oriente: el edificio comienza a levantarse. Las moléculas del poder se unen por cierta fuerza de cohesión desconocida: llega el período de la síntesis; brotan las monarquías. También se han unido las moléculas del mundo de la poesía, y ha brotado la *Divina comedia*. El arte ha tomado cuerpo en la catedral de Colonia. Para el Derecho nace un Alfonso el Sabio, para la Teología nace un Santo Tomás de Aquino; Bolonia, Salamanca y París erigen palacios a la ciencia. ¿Qué fuera del derecho civil de los pueblos si la Iglesia no les hubiese dado a copiar su jurisprudencia? ¿Qué del derecho romano si la Iglesia no hubiera conservado los códigos? ¿Qué de las bellas letras si el clero no hubiera salvado los manuscritos de las lenguas sabias? La influencia del sentimiento cristiano en las artes, en las costumbres, en la forma de ser de la sociedad, durante la época del renacimiento, se revela de una manera tan admirable, que basta ver los lienzos que decoran nuestras antiguas catedrales, la arquitectura severa, las torres gallardas cuya aguja se pierde en las alturas; oír el canto religioso, grave y pausado, cuya misteriosa armonía conmueve el alma; basta considerar con imparcial criterio los monumentos literarios donde aparece la mujer como objeto de respetuosa consideración, el honor como ley suprema de hijosdalgo, la beneficencia como principal empresa de caballeros; basta observar repetimos, estos rasgos característicos para convencerse del influjo que el catolicismo ejerció en el progreso de los pueblos al terminar la funesta peregrinación de la Edad media.

XI

Era muy de temer que reemplazando al feudalismo la monarquía compacta, sucediese la tiranía única a la tiranía múltiple; que el rey fuese ni más ni menos un señor feudal con multitud de vasallos y gran extensión de tierras; pero la Iglesia aparece siempre como el feliz elemento conservador, como el centro de gravedad adonde propende el péndulo de la justicia agitado y puesto en oscilación por el contrario impulso de las pasiones humanas.

El cuerpo social de Europa robustecido, vigoroso, ofrece en el siglo XVI los síntomas de una funesta erupción. Aquellas fuerzas atléticas que hubieran podido emplearse en vencer y civilizar el Asia, el África y la recién descubierta América; aquellos tesoros, que sembrados en paz hubiesen producido incalculables frutos de prosperidad; aquella energía científica, que aplicada a la investigación hubiese abierto nuevos mundos a la inteligencia, todo se malogró en las sangrientas guerras de religión: la energía científica tuvo principal empleo en defender las verdades del catolicismo; los tesoros se consumieron en soldados y en fortalezas; el vigor atlético se reconcentró en los campos de batalla. Nunca la reforma protestante, ese aborto del orgullo humano, será tratada con la dureza que merece, no ya solamente bajo el aspecto de los errores religiosos, sino como obstáculo al progreso de Europa.

Las glorias de la Iglesia católica en este período, ni por sus más enconados enemigos pueden negarse: un ilustre francés, Bossuet, y un ilustre español, Balmes, se han encargado de perpetuarlas; mas para nosotros, aunque profundamente respetamos a los escritores citados, hay un testimonio que se levanta sobre la esfera de lo humano,

testimonio que acredita y resume toda la ciencia y todas las condiciones del santo valor que atesoraba la Iglesia: nos referimos al concilio de Trento. La Iglesia, que ama la publicidad y la discusión prudente, se reúne en Asamblea universal, y a la vista del mundo delibera y define, declara, ratifica, reforma y anatematiza: los más sabios doctores de la tierra, los obispos más ilustres de la cristiandad, responden de esa manera solemne a los atrevidos novadores. Y en tanto corre el siglo clásico de la protección a las ciencias y a las artes, el siglo de León X: un canónigo de Polonia, Copérnico, y un físico de Italia, Galileo, echan a rodar el mundo sobre su eje y arrojan los astros en un espacio sin fin. La revolución de la esfera celeste se verifica en la esfera de la filosofía: Descartes y Leibnitz están para venir; el gran Bacon prepara su camino. Escritores ascéticos como Santa Teresa de Jesús y el venerable Dávila; historiadores como Mariana y Solís; poetas como Herrera y Calderón; teólogos como Suárez y Melchor Cano; juristas como Covarrubias y Gregorio López; pintores como el de Urbino y Velázquez y Murillo; militares como Gonzalo y Paredes; he aquí el cuadro que ofrece Europa, y señaladamente nuestra España, en la época de las guerras de religión y del concilio de Trento. Que no nos hablen, por Dios, del Santo Oficio los eternos aduladores del libre examen: el Santo Oficio en los siglos XVI y XVII, como institución política antes que religiosa, y como recurso contra la invasión del protestantismo en España, merecerá siempre bien de la historia, por más que en momentos de un celo exagerado molestase a Galileo y procediera contra Fr. Luis de León. ¿A cuántos inocentes no han tenido en las cárceles y llevado al patíbulo los partidos políticos de nuestros días?...

XII

Al período del protestantismo militante sucedió con no muy larga tregua el período de filosofismo. La semilla del libre examen produjo al cabo su fruto: la sangrienta despedida del siglo XVIII no se olvidará nunca en los fastos de la humanidad. En el trastorno de los elementos sociales, en el frenesí de las pasiones, solamente la Iglesia permanece serena fulminando censuras contra los sacrílegos y orando por los pecadores.

No se necesita la doble vista de la fe; basta la simple vista de una mediana inteligencia para comprender que en el catolicismo, que en el pontificado, que es su centro, hay algo, de sobrehumano, hay asistencia de un poder que está más alto que los poderes de la tierra. La barca que diez y nueve siglos hace flota sobre el piélago de las revoluciones; esa barca que en los días de la actual generación fue traída por un violento huracán desde Roma a Fontainebleau, y más tarde desde Roma a Gaeta, y siempre tornó serena al punto de salida, ¿por qué brazo invisible va remada, o qué fuerza superior impele el débil brazo del anciano que la rema? Han caído tronos; se han desmembrado imperios: en nuestros mismos días se han hundido y elevado dinastías, y solamente el trono de San Pedro permanece inmóvil siempre sobre el nivel de las sociedades, siempre a la cabeza de la razonable marcha del espíritu. Ahora mismo la tribulación rodea el trono de San Pedro; y el venerable y santo sacerdote que lo ocupa, tiende las manos al cielo y repite las palabras de David: *Quare fremuerunt gentes et populi meditati sunt inania?* Y la tempestad sigue rugiendo, y los espíritus malignos siguen confabulándose contra el Señor y contra su Cristo; pero el Profeta-Rey lo ha dicho también: *Qui habitat in caelis irridebit eos et*

dominus subsannabit eos. Los espíritus malignos no ven que por la Iglesia pelea un poder superior a las intrigas y a los cañones rayados.

Mucho saben los hombres del siglo; pero la Iglesia sabe siempre más. Grandes solemnidades celebran los pueblos por los adelantos de la industria; pero la Iglesia preside esas solemnidades. Se multiplican los ferrocarriles; pero no se inauguran sin que la Iglesia los bendiga. Grandes conquistas se alcanzan en los remotos climas donde impera la barbarie; pero cuando entran los soldados, ya han abierto el camino los misioneros, y marcado con su sangre las etapas de la gloria inmarcesible. Grande importancia logran el derecho internacional y los hombres de la diplomacia; pero en casi toda Europa es presidido el cuerpo diplomático por el Prelado que representa a la Santa Sede. Mucho se progresa en artes; pero el Gobierno de los países cultos pensiona a los jóvenes más distinguidos para que vayan a aprender en Roma.

Así ha realizado y realiza el catolicismo su gran misión de progreso.

CAPITULO V

El pontificado y la revolución

I

Un hombre eminente, gloria del púlpito de la cátedra; un sabio dominico, cuya reciente pérdida llora la Francia y llora el catolicismo, escribía en 1836 estas magníficas palabras:

«La Iglesia universal, destinada a sufrir todas las vicisitudes de los tiempos, necesitaba una fuerza que mantuviese en ella la triple unidad de vida, de inteligencia y de amor que había recibido de su Fundador divino; pues no basta haber recibido, es preciso conservar. Si Jesucristo hubiera permanecido sobre la tierra en forma visible, Él mismo hubiera sido la fuerza que todo lo ligase, el centro de donde partieran y adonde convergieran, para volver a esparcirse, todos los rayos de la unidad. Pero Jesucristo en sus altos designios quiso no inmortalizar su presencia sensible entre nosotros, antes bien dejarnos oculta su Persona bajo símbolos de vida y encerrada su palabra en la Tradición y en la Escritura; y como estos sagrados objetos no puedan defenderse a sí propios contra la división, hízose indispensable un depositario único y permanente que fuera el órgano supremo de la palabra evangélica, y la fuente inviolable de la comunicación universal: hízose indispensable que Jesucristo, siendo siempre desde el cielo el lazo misterioso de su iglesia, tuviera en este mundo, un Vicario que fuese en ella lazo visible, oráculo vivo, unidad madre y maestra. Era éste el mayor de los milagros; y a la verdad, de todos los acontecimientos superiores al hombre de que está llena la historia del cristianismo, no hay uno que ofrezca más ancho campo a la meditación; no hay uno en que más se muestre el brazo del Omnipotente.

»¿Cómo colocar en medio del mundo, para ser en él jefe de una religión única, y de una sociedad propagada por todas partes, a un hombre sin defensa, a un anciano que ha de verse tanto más amenazado cuanto mayores sean los crecimientos de la Iglesia, y mayores por consiguiente la envidia de los príncipes y el odio de los enemigos? ¿Cómo cifrar la suerte de la religión en una sola cabeza, que el primer soldado que llegue puede cortar, o que un halago del imperante puede trastornar y seducir? ¿Cómo salvar esta preciosa cabeza de tantas pasiones como han de conjurarse contra ella; cómo salvarla de la impiedad, del cisma, de la herejía, de las guerras, de la mudanza infinita de los imperios y de las opiniones, del azar, en fin de los tiempos futuros que un día u otro todo lo cambia y todo lo destruye? ¿Qué se hicieron los patriarcas de Constantinopla, los metropolitanos de Moscow, los califas musulmanes? Los que aprecian esta dificultad con el sólo conocimiento de los hombres y de las cosas de su tiempo, la hallarán considerable; los que la examinen a la luz de la historia, verán con asombro que la dificultad está vencida.

»El Vicario de Dios, el Pontífice supremo de la Iglesia católica, el padre de los reyes y de los pueblos, el sucesor de Pedro, vive, y levanta entre los hombres su frente cargada con una triple corona y con el peso sagrado de dieciocho siglos: las naciones le envían embajadores a su corte; él envía sus ministros a toda criatura, y hasta a lugares que todavía carecen de nombre. Cuando dirige la mirada desde las ventanas de su palacio, su vista descubre el más ilustre horizonte del mundo, la tierra pisada por los romanos, la ciudad que construyeron con los despojos del universo, el centro de todas las cosas bajo sus dos formas principales, la materia y el espíritu, el centro por donde han pasado todos los pueblos, donde han venido todas las glorias, hacia donde han peregrinado, al menos desde lejos, todas las inteligencias cultivadas, la tumba de los mártires y de los apóstoles, el concilio de todos los soberanos ¡ROMA! y cuando el Pontífice extiende sus manos para bendecirla juntamente con el mundo todo (*urbi et orbi*) que es de ella inseparable, puede asegurar de sí lo que jamás podrá asegurar soberano alguno de la tierra, a saber: que no ha construido, ni conquistado, ni recibido su ciudad; antes bien él es para su ciudad la vida íntima y perseverante; es para ella como la sangre en el cuerpo humano. El derecho no puede ir más lejos que una generación continuada que haría del parricidio un suicidio...

»¿Quién ha fundado todos los grandes imperios? La guerra, seguida de la victoria y de la posesión; es decir, la violencia sancionada por el tiempo. Si por el contrario buscáis el origen de la soberanía temporal de la Santa Sede, veréis que ha dependido de cuatro circunstancias, concurrentes a la vez, sin que previsión alguna hubiera bastado para reunir las, ni para producirlas siquiera aisladamente, salvo la última: estas cuatro circunstancias son: la decadencia del imperio de Oriente, que no podía defender a Roma contra los bárbaros; la ambición de los reyes lombardos que la querían unir a su corona; la protección sucesiva de dos grandes hombres, Pepino y Carlomagno; y el amor que todos los habitantes de Roma profesaban al Soberano Pontífice, de quien se reputaban hijos, no sólo por razón de su dignidad, sino en pago de sus grandes beneficios. Por virtud de estas cuatro circunstancias, los Papas libraron a Roma de los restos de un poder que por su propio peso se derrumbaba; la arrancaron a la dominación inevitable de los

bárbaros, y tuvieron la gloria, al fundar su propio Estado, de no ser culpables de injusticia, antes al contrario, de asegurar la salvación de su patria.

»Ahora bien: ¿qué costó a los Papas un tan memorable suceso? ¿Por fortuna habían ellos desmembrado el imperio de Oriente, llamado a los lombardos hacia Italia, o dado el ser a Pepino y Carlomagno? No. ¿Qué les costó, pues, aquella tan maravillosa transformación? Les había costado ochocientos años de pacífico vivir en orden y justicia. Tranquilos sobre los designios del Altísimo, contentos con su pan y sus deberes de cada día, habían vivido pobres y muerto mártires por espacio de tres siglos: sacados de las Catacumbas por Constantino, enriquecidos por la piedad de los fieles y de los emperadores, sus deseos eran sencillos, su alma humilde y fuerte, sus manos pródigas del bien: amenazados muchas veces, presos, desterrados, asesinados, habían sostenido con su majestad la confusión del bajo imperio, abatido las herejías, escrito para su siglo páginas que llegarían a los venideros, dejando obrar al tiempo, seguros de que el tiempo sería en su favor, puesto que va de la eternidad a la eternidad. Por último, un día en San Pedro de Roma, y entre universales aclamaciones, pudo el Pontífice poner, sin temor y sin crimen, la corona de los Césares sobre la frente de un héroe, cuyo nombre y cuya grandeza irán perpetuamente unidos; sobre la frente de Carlomagno, el primer fundador, después de los Papas, de la unidad occidental y europea, por cuanto fue el fundador de la libertad pontificia.»

Así escribía veinticinco años hace el gran Lacordaire: y al cabo de esos veinticinco años un hombre político de los que más han intervenido en los destinos de la Europa moderna, el mismo ilustre académico que en 1860 daba la bienvenida en la Academia francesa al sabio dominico de Soréze, Mr. Guizot, miembro de la llamada Iglesia protestante, dirigía a los revolucionarios del mundo, en su libro ya citado, esta elocuente lección:

«Llenando, y para llenar su misión religiosa, ejerciendo, y para ejercer su potestad espiritual, el Pontificado ha tenido necesidad, absoluta necesidad de independencia, y de un cierto grado de autoridad material: y lo alcanzó en efecto, primero en Roma, luego a la intermediación de Roma, después en otros puntos de Italia, y sucesivamente bajo títulos diversos; primero como magistratura municipal, luego como propiedad territorial y en virtud de poder político inherente entonces a la propiedad, después a título de soberanía plena y directa. El territorio y el gobierno han venido, pues, al Pontificado como un apéndice natural y un apoyo necesario de su gran poder religioso y a medida que este poder se desarrollaba. Las donaciones de Pepino y de Carlomagno fueron tan sólo uno de los principales incidentes de aquel desarrollo a la vez espiritual y temporal, comenzado muy a tiempo, y secundado así por el instinto de los pueblos, como por la munificencia de los reyes. Por el concepto de jefe de la Iglesia, y por serlo realmente, es por lo que llegó el Pontífice a ser soberano de un Estado.

»Realizada así por el curso natural de las cosas y por la fuerza de las circunstancias, la unión de los dos poderes en el Pontífice produjo un resultado natural también, aunque imprevisto: estableció y ha hecho prevalecer en todos los países la distinción de esos mismos poderes. Es preciso, dijo M. Odilon Barrot en la Asamblea legislativa, que los dos poderes se confundan en el Estado romano, para que se separen en el resto del

mundo. Muchos siglos antes que M. Odilon Barrot, el instinto de las sociedades cristianas y el interés general de la civilización habían pronunciado la misma frase. Como soberano temporal, el Pontífice no era temible para nadie, y sin embargo su soberanía temporal es una gran prenda de su independencia y de su autoridad moral. El igual de los reyes en dignidad, sin ser su rival en dominación, podía defenderá toda hora la dignidad y los derechos del orden espiritual, verdadero origen y verdadera base de su poder. Que los Papas hayan abusado de esta situación, ahora para crear obstáculos, ahora para proteger a los soberanos con quienes estaban en guerra o en alianza, ningún hombre ilustrado lo puede negar, y los amantes del derecho, de todos los derechos, deben ser los primeros en reconocerlo; pero no es menos cierto que sólo al abrigo de esta pequeña soberanía temporal ha podido el Pontificado proclamar y sostener en Europa la diferencia esencial de la Iglesia y del Estado, la distinción de las dos sociedades, de los dos poderes, de sus dominios y de sus derechos mutuos. Este hecho, en el que estriban la salvación y el honor de la civilización moderna, debe su nacimiento y apoyo al doble carácter del Pontificado, y compensa ampliamente los abusos que de su doble imperio hayan podido hacer los Papas.

»¿Qué sucede hoy? Al gran hecho histórico que se ha mantenido a través de tantos siglos y de tantas vicisitudes, se opone un sistema; se afirma en principio; no solamente la distinción, la separación general, sino la absoluta incompatibilidad, cualesquiera que sean el tiempo, la forma y la medida de la Iglesia y del Estado, del poder espiritual y del poder temporal; y en lógica rigurosa, por seguir a todo trance las consecuencias de este principio, hay espíritus muy ilustrados que olvidan la historia, hombres muy de bien que menosprecian el derecho de gentes, liberales que mutilan la libertad.

»No desdeño en suerte alguna los sistemas y la lógica; son brillantes y saludables ejercicios en que el espíritu humano despliega, para investigación de la verdad, su fuerza y vigor; pero cuando un sistema llega a tales consecuencias, cuando exige sacrificios tales empiezo a desconfiar del sistema y rechazo sus pretensiones de verdad absoluta y de dominación universal. Aquellos vigorosos y atrevidos pensadores, no lo son quizá bastante; es preciso ir más lejos por el camino en que se colocan; es preciso reconocer que en el Pontificado el poder espiritual y el poder temporal están unidos íntimamente, son necesarios el uno al otro, y deben subsistir o caer juntos; es preciso repetir muy alto que al atacar y amenguar el poder temporal del Papa, se ataca y se amengua también su poder espiritual; es decir, se ataca a la Iglesia católica. Es preciso proclamar la necesidad y el derecho de poner fin a esta gran destrucción revolucionaria, como los absolutistas republicanos proclaman el derecho y necesidad de abolir todo reinado, todo poder no elegido por el pueblo, siquiera en ello hayan de padecer el derecho de gentes y la libertad. Y para asegurarse contra tales sacrificios, es preciso creer y proclamar que el tiempo por venir compensará las iniquidades y las tribulaciones que al tiempo presente afligen.»

Así habla un filósofo que ciertamente no será tachado de fanático en pro del catolicismo; aunque sea, como es en efecto, un tanto arriesgada la proposición relativa a la intimidad de los dos poderes, que juntos *deben subsistir o caer*; aunque para los católicos no es admisible, siquiera con el carácter de *dato non concesso*, el fin y término del poder, espiritual, por más mudanzas y riesgos que pueda traer sobre el temporal la iniquidad de

los hombres, siempre será digna de estimación y elogio una tan noble y enérgica defensa del Pontificado; así habla porque la verdad tiene más poder que todos los errores, y porque únicamente es propio de espíritus vulgares cerrar las puertas al convencimiento, tan sólo porque el convencimiento ha de lastimar el orgullo, nube de perdición donde tiene su trono Satanás.

II

La época actual es una de las más difíciles y calamitosas que registra la historia del Pontificado. En esta historia que es, puede decirse, la de la civilización europea, hay páginas verdaderamente fúnebres; porque el espíritu de insubordinación y rebeldía no es un mal de ayer, sino una calamidad que, más o menos, en todos los siglos ha dejado sentir su maligno influjo, y ocasionado a la humanidad horribles amargas y trastornos.

La autoridad es el objeto constante de los odios demagógicos y de las acometidas revolucionarias: y siendo el Pontificado centro de autoridad, y punto culminante en la esfera del orden y del gobierno, atrae sobre sí como inmenso pararrayos del edificio social, el abrasado aliento de las tempestades que forman en lo alto las emanaciones incesantes de la soberbia y de la injusticia y de la insensatez humanas.

Cuando los anarquistas del mundo quieren destruir la autoridad de la familia y romper quizá los lazos de ciudadanos, comienzan por negar la autoridad de los gobiernos constituidos; y como entre los gobiernos constituidos tiene el de Roma el privilegio de excitar con mayor fuerza las iras de los anarquistas del mundo, siempre comienza en Roma la cadena de sus negaciones: y no parte de más arriba esta cadena, porque para los enemigos declarados de las sociedades humanas nada existe más arriba de lo visible, si se exceptúa su orgullo.

Estudiando con la debida atención los sucesos que pasan a nuestra vista, se observa que el espíritu revolucionario, que siempre es el mismo, por cuanto pro cede del mismo principio y se dirige al mismo fin, toma ahora caminos diversos y se reviste con formas no conocidas en los siglos anteriores: he aquí el progreso. Antes de ahora se declaraba guerra al Pontífice, se perseguía a la Iglesia, se cometían en fin, las injusticias más atroces; pero se hacía en son de guerra y desde campo abierto y por enemigos desembozados. Hoy no hay franqueza para tanto, aunque haya intención para más; y acontece que, ya bajo el pretexto del consejo, ya con el carácter de exigencias de los tiempos, se irrogan a la autoridad pontificia ofensas graves, y se pretende tomar con una mano la del Pontífice para besarla reverentemente, y limar con la otra, pero con lima sorda y rápida, el cetro augusto que diez siglos hace quebrantó la cabeza del monstruo de la barbarie. Ahora hay una secta de revolucionarios devotos, especie de hipócritas del error, que erigiéndose en amigos tutores y maestros de la Santa Sede quisieran despojarla suavemente de sus derechos y acompañarla con toda cortesía hasta las puertas de Jerusalén.

III

La soberanía temporal es el gran argumento de los adversarios de la Santa Sede: los que consideran esta soberanía como perjudicial y aun funesta para el sucesor de los apóstoles y Vicario de Jesucristo, serían verdaderamente mucho más tiernos y más papistas que los Pontífices mismos que no han advertido esos perjuicios, y mejores católicos que todos los obispos del mundo que se declaran en favor de aquella soberanía, si no se descubriese en sus palabras cierto parecido con las que empleaba el emperador Juliano para despojar las iglesias, y reducir a los clérigos a la condición más triste. Los que combaten la soberanía temporal del Papa como obstáculo a la unidad de Italia, saben sin duda, pero lo callan, que para la unidad de Italia hay obstáculos mayores que la Roma de los Pontífices. ¿Qué quiere decir la unidad de Italia? ¿Quiere decir el agrupamiento de todas las provincias bajo un solo cetro o en una sola república? He aquí un problema perpetuamente debatido y perpetuamente nuevo. La unidad de Italia no puede lograrse sin la previa unión de todos los italianos; y al punto ocurre preguntar: ¿son homogéneos en carácter, en inclinaciones, en hábitos, en historia, todos los modernos habitantes de la Italia? No habrá un sólo testigo que deponga en favor de esta homogeneidad. Si ésta no existe, no hay para qué hablar de unidad italiana; hablemos más propiamente de confusión italiana. Y no se diga, por Dios, que todos los que piden libertad en la hermosa lengua del Dante deben ser unos y constituir propia y exclusiva nacionalidad; pues en virtud de tal principio, Rusia reclamaría la absorción de su vasto territorio de todos los países donde se hable lengua esclavona; Prusia quizá pretendería la unidad alemana; y quién sabe si algún monarca de Occidente extendería su mirada codiciosa por los pueblos de raza latina.

Es fenómeno bien singular, que mientras ciertos políticos miran con indiferencia la unidad alemana, la unidad ibérica y algunas otras unidades europeas; más todavía, que mientras abogan por la desunión de ciertos Estados de Europa, se conmueven y se desesperan porque Italia no se unifica. ¿Cuál es el secreto de este interés tan vivo y de este empeño tan tenaz? Es una especie de secreto a voces: la suspirada unidad de Italia no puede alcanzarse sin el destronamiento del augusto sacerdote que mora en el Vaticano.

IV

No vamos a formular la historia ni la defensa de la soberanía temporal del Papa: en el transcurso de once siglos se han escrito acerca de esta cuestión millares de volúmenes: cuatro años hace que en ella se emplean los primeros pensadores de Europa; el episcopado de todo el mundo católico ha emitido su opinión; el mismo Pontífice acaba de hablar. ¿Qué podríamos añadir nosotros? Verdad es que tampoco los adversarios del poder temporal añaden hoy una sola idea a las ya consignadas en el espacio de once siglos, y recapituladas con satánica complacencia en estos cuatro últimos años.

Nosotros no creemos que vale más ni menos el supremo poder espiritual del Pontífice porque lleve o no *la frágil corona de oro*, como dicen sus enemigos. El poder espiritual permanece y ha de permanecer siempre idéntico, siempre inquebrantable: por eso es inútil todo conato en contrario. Los judíos no conciben al Mesías sino envuelto en nubes y hablando la voz del trueno: esto dicen los revolucionarios para indicar que los hijos sumisos de la Iglesia, defensores de la soberanía pontificia, se dejan deslumbrar por la materia y por los signos exteriores de la grandeza mundana. ¡Miserable argumento! Los

judíos son muy carnales, muy apegados a las mezquinas glorias de la tierra; y los revolucionarios, para apartar de nosotros toda sospecha de judaísmo, hacen la caridad de quitar al Pontífice esas pompas mundanas, y llevan la abnegación hasta el punto de cargar con ellas. Los amantes del Pontificado no tenemos entrañas, si no bendecimos a esos mártires que recogen la miseria de los tronos y la de las frágiles coronas, sólo para que no nos parezcamos a los judíos. Exactamente lo mismo procedió Juliano el apóstata: la Iglesia, dijo, no debe pensar más que en la gloria eterna; y le quitó los bienes para aligerarla de cuidados temporales. Juliano es el prototipo de los filántropos modernos. JESUCRISTO, hijo de artesano, compañero de los pobres, condenó el grosero materialismo, y abatió la vanidad y la soberbia: dicen bien los demócratas que tal dicen; pero JESUCRISTO, como Dios, consustancial con su eterno PADRE, y como hombre, nieto de DAVID, vástago de reyes, echó los cimientos de la autoridad desconocida hasta entonces, enseñó a obedecer sin bajeza y a mandar sin despotismo. Dejó instituida su Iglesia, y como cabeza visible de ella dejó un Vicario, al cual dio potestad para atar y desatar, al cual declaró piedra angular de un edificio que ha de resistir a los cataclismos y sobrevivir a los tiempos. *Tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam*: esto es lo cierto, lo irrefutable, lo dogmático: nadie que sepamos ha pretendido elevar a dogma la otra cuestión temporal; la *reyedad* pontificia.

V

El poder temporal del Pontífice no es coetáneo de la Iglesia; ¿ni cómo había de serlo si la Iglesia nació rodeada de enemigos, dio sus primeros pasos entre horribles tribulaciones, y selló su doctrina con la sangre de mártires innumerables? En el siglo IV, prólogo de los grandes siglos del cristianismo, entra la Iglesia en la vida pública del imperio y de la humanidad; Tertuliano había dudado si los Césares llegarían a ser cristianos o si los cristianos llegarían a ser Césares, y por de pronto se realizó la primera parte. Había a la sazón dos grandes jerarquías, dos poderes: el Pontificado y el imperio; el catolicismo y el cesarismo vivían en divorcio y en hostilidad; esta hostilidad era contraria a los altos fines del Regulador Supremo; era una subversión del orden. JESUCRISTO al fundar la sociedad universal de las almas no quiso destruir las sociedades civiles; antes bien, quiso mejorarlas, garantizarlas y fortificarlas; *gratia non destruit, sed perficit naturam*: el catolicismo es la verdad, y en la verdad todo es armonía: así, pues, tan luego como la verdad fue abriéndose camino en los espíritus y la sana doctrina se propagó, fueron aproximándose la Iglesia y el Estado; se encontraron y se tendieron cordialmente la mano. Los dos grandes poderes, el poder espiritual, catolicismo, y el poder material, cesarismo, sentaron como base de su alianza su respectiva distinción y legitimidad, y reconocieron su mutua jerarquía; pero el jefe del imperio, alma al fin rescatada por JESUCRISTO, se confesó de sus pecados y recibió absolución a los pies de un sacerdote, súbdito suyo en el orden civil. A partir de este siglo, la historia de la Iglesia es la historia del episcopado: en San Atanasio y Eusebio de Nicomedia, en el episcopado católico y el episcopado cortesano, como dice un gran crítico, se resumen las vicisitudes del cristianismo y del imperio: desde Eusebio hasta Focio median cinco siglos. La preferencia dada al episcopado cortesano produjo sus efectos inevitables, el sofisma y la muerte. El bajo imperio, que tenía a Constantinopla por capital, tuvo a Mahoma por término.

¿Qué hizo en tanto el episcopado apostólico, qué hizo el pontificado? Los concilios hablan por nosotros: la historia es más elocuente que todos nuestros elogios. Pero entonces, dirán los espíritus revolucionarios, obraba prodigios el pontificado, porque no tenía *la frágil corona de oro*: es verdad que no la tenía, porque entonces había en el mundo muy pocas coronas de rey; pasaba Europa por una crisis suprema; el colosal imperio de los Césares había caído, y de sus ruinas brotaban naciones: la estatua de Nabucodonosor se había quebrado al choque de la piedra cortada en el monte del Señor. Las nuevas monarquías van a formarse y robustecerse: no está lejano el imperio de Occidente. Amanecen días de tribulación para la Italia: los pueblos entregados a la anarquía, desamparados de los grandes, piden protección al siervo de los siervos, al Pontífice de Roma; hállanla solícita, paternal y constante; y aquí se descubre el principio de la autoridad temporal, robustecida y agrandada por Pepino y Carlomagno.

No están, pues, identificados por el origen el poder espiritual y el temporal de los Papas: son inútiles los esfuerzos que se hagan para demostrarlo, porque es una verdad que nadie niega; probar que la *reyedad* pontificia no es dogma de fe, es perder el tiempo, porque nadie ha sostenido la afirmativa. Pío IX acaba de pronunciar en ocasión solemne estas palabras: «La Santa Sede no sostiene como dogma de fe el poder temporal; pero declara que el poder temporal es necesario e indispensable, mientras dure este orden establecido por Dios, para sostener la independencia del poder espiritual». Ciertamente que contra esta soberanía se alzaron en la edad media Arnaldo de Brescia y Rienzi: cierto que el eclipse de Avignon duró largo espacio de tiempo; cierto que Gregorio VII murió en destierro, y Clemente VII sufrió duro cautiverio, y Pío VII vio su corona de Príncipe rodar en el suelo: he aquí las vicisitudes del trono temporal en la serie de más de mil años; pero ¿hay algún trono en Europa que en un solo siglo no haya sufrido tantas y más vicisitudes que el trono pontificio en diez? En ochenta años se han vertido en Francia arroyos de sangre, se han ensayado varios sistemas de gobierno, y han acaecido cambios radicales; y a nadie ocurre la idea de que ese trono se suprima para evitar que otro Francisco I caiga prisionero en Pavía, que otra Convención sacrifique a otro monarca, que otro Consulado produzca otro absolutismo, que otras barricadas construyan otra república, y que esa república se resuelva en otro imperio.

Los que combaten el poder temporal del Pontífice no ignoran que combaten el trono más antiguo de Europa; el que ha visto erigirse todos o casi todos los poderes; el que ha dado calor y desarrollo a todos los elementos civilizadores; el que ha recibido los homenajes de todo el mundo culto; el único trono cuya conquista no ha costado sangre y horrores; el único que no ofrece en la serie de los siglos los desastres de sucesiones reñidas, minoridades turbulentas, regencias desdichadas ni imprevistas abdicaciones: bien saben los que combaten el poder temporal del Pontífice que ese poder se funda en bases muy sólidas, y puede exhibir ante el tribunal de la historia títulos de altísimo origen y de no interrumpida legitimidad; bien saben los enemigos del rey de Roma que en el terreno de la historia, del derecho y de la razón, son vencidos sin remedio; bien saben que en todas las lenguas del mundo se acaba de escribir la defensa de ese trono, formando muchos volúmenes, y que esos volúmenes son y han de ser un gran monumento consagrado por el siglo XIX a la causa de la verdad, de la justicia y de la civilización. Y a pesar de que saben todo esto, la idea de un sacerdote-rey no cabe en su cerebro. ¿Será lo de rey, o será

lo de sacerdote, lo que tan poderosamente despierta en ciertos espíritus las iras contra el Pontificado...?

En tanto el Pontífice-Rey, sin ejércitos formidables que lo defiendan, sin aparatos militares que lo protejan, sin otras armas que la palabra, sin otro escudo que la justicia, contiene y para a los poderosos que avanzan en su camino: *ego constitutus sum rex*, dice con el Profeta, y los poderosos vacilan y meditan, y no se atreven a llegar. ¿Qué mejor prueba de que en la silla de San Pedro hay algo más que un anciano sin ejércitos, sin navíos y sin tesoros?

VI

Luchar los hombres con el Pontificado equivale a luchar el tiempo con la eternidad: creemos con Lacordaire que la Santa Sede, a semejanza de todas las grandes obras y de todos los grandes genios, podrá vivir insultada entre su gloria que fue y su gloria que será, como JESUCRISTO crucificado en medio de los tiempos, entre el día de la creación y el día del juicio; pero el triunfo está garantido por una promesa infalible; y si es axioma del mundo que nunca falta la palabra de los reyes, es axioma del cielo que no ha de faltar nunca la palabra de Dios.

Los impugnadores de la soberanía temporal del Pontífice acostumbran a proceder en su empresa por uno de estos dos caminos, o declarando francamente que aborrecen el principado civil, o pretextando que aspiran a asegurarlo: el objeto viene a ser el mismo; la cuestión es de habilidad y de formas: los primeros traen el uniforme de hombres del progreso a todo trance, los segundos escriben en su escudo «*católicos sinceros*»: unos y otros pretenden despojar al Pontífice de sus Estados; aquéllos porque no debe ser rey; éstos para que lo sea en toda regla; no hay más diferencia sino que los primeros le quitan la corona, y los segundos le quitan los súbditos; el efecto es el mismo: unos y otros son revolucionarios; éstos segundos escandalizan menos, pero perjudican más. El exquisito perfeccionamiento, la habilidad suprema, la síntesis científica de esta escuela, se halla en el folleto publicado en París a fines de 1859 con el título de *El Papa y el Congreso*. Produjo admirable sensación en toda Europa, y con justicia; que de admirar es y será siempre el empeño de probar que una cosa puede existir en teoría y no puede existir en la práctica, cuando esa cosa no es abstracta ni ideal, sino real, positiva, tangible, y de tanto bulto como un reino. El Pontífice debe ser independiente; debe ser soberano temporal de su territorio. El Pontífice no puede seguir con la soberanía temporal: debe perder su territorio; estas dos proposiciones se deducían de aquel celeberrimo escrito, y todavía hay quien juzga que aquel escrito es la sentencia definitiva dictada sobre el gran proceso seguido entre la revolución y la autoridad con asombro del catolicismo; y todavía hay quien juzga que aquel escrito debe considerarse como el programa de lo que sucederá.

No es posible hallar, ni quizá concebir, mayor templanza y hasta mayor belleza en los accidentes exteriores, ni más transcendencia y gravedad en el fondo; parece paradójica, y no lo es; el gran esfuerzo de talento y de seductora sofistería que se descubre en el folleto, no tiene otro fin que circunscribir a un *rincón* los Estados pontificios: *arrinconar* al soberano de Roma a título de interés y decisión por el mayor brillo del catolicismo.

¿Pero esto es posible, es justo, es conveniente?

Admitida y demostrada la necesidad del poder temporal del Papa bajo el doble concepto del interés religioso y del orden político europeo, ¿cuál será ese poder? -pregunta el autor del folleto- ¿Cómo la autoridad católica, fundada sobre el dogma, podrá conciliarse con la autoridad convencional, fundada en las costumbres públicas, los intereses humanos y las necesidades sociales? ¿Cómo el Papa será a la vez Pontífice y Rey? ¿Cómo el hombre del Evangelio que perdona, será el hombre de la ley que castiga? ¿Cómo el jefe de la Iglesia que excomulga a los herejes, puede ser el jefe del Estado que proteja la libertad de conciencia?

A la verdad estas preguntas son de tan fácil contestación, que no parece verosímil que la ignore quien razona y escribe como en el folleto consta. El Papa será a un tiempo mismo Pontífice y Rey, porque el derecho divino y el humano están a su favor, porque no hay un sólo texto que contradiga ni debilite esa dualidad de potestades, ya que el autor tuvo el buen gusto de no traer en su auxilio las palabras *regnum meum non esit de hoc mundo*, texto obligado de todos los antipapistas principiantes. El Papa será Pontífice y Rey cumpliendo su alta misión, porque así lo quiere la justicia y lo sanciona la historia; porque como dice Leibnitz, los Papas ejercen su autoridad durante muchos siglos con asentimiento universal y con universal aplauso; porque como dice el protestante Toux, el gran poderío de la Iglesia salvó a España de la barbarie; porque como dice Voltaire, si los emperadores de Alemania hubiesen prevalecido, los Pontífices no hubieran sido más que capellanes suyos y hubiera caído sobre Italia la más dura servidumbre. El Papa será simultáneamente Pontífice y Rey, porque con gran dificultad ejercería su misión de Pontífice, si no tuviera la independencia de Rey. Como asegura el autor del folleto, anticipándose a sí propio la respuesta, «si el Papa no fuera soberano independiente sería francés, austriaco, español o italiano, y el título de su nacionalidad le quitaría el carácter de su Pontificado universal.» Estas palabras del folleto nos recuerdan otras de Napoleón I, citadas por Thiers en la *Historia del Consulado y del Imperio*: «el Pontificado, custodio de la unidad católica, decía Napoleón, es una institución admirable: se tilda al Papa de ser un soberano extranjero; lo es en efecto, y por ello hay que dar gracias a Dios. ¿Habría una autoridad posible en el propio país junto al gobierno del Estado? Amalgamada con el gobierno, esa autoridad se convertiría en un despotismo sultánico; separada, hostil quizá, produciría una rivalidad espantosa, intolerable. El Papa está fuera de París, y así conviene; no está en Madrid ni en Viena, y por eso acatamos sin obstáculo su potestad espiritual. Es, pues, una dicha que resida fuera de cada nación, y que residiendo fuera de cada una, no se halle en ninguna de las rivales; que habite en su antigua Roma, lejos del poder de los emperadores de Alemania y del de los reyes de España y Francia». Por estas frases, que parecen escritas para hoy, se descubre que Napoleón I y el autor del folleto de 1859 están de acuerdo en este punto; las palabras de ambos parece que tienen cierto aire de familia.

«¿Cómo el hombre del Evangelio que perdona será el hombre de la ley que castiga?» De los términos antitéticos de esta pregunta parece deducirse que el derecho de castigar no es un derecho muy evangélico, y esto, en fuerza de ser absurdo, no ha menester prolija impugnación. El premio y el castigo son precisamente las dos manifestaciones solemnes

de la justicia; y el hombre del Evangelio dejaría de cumplir con la justicia, que es muy evangélica, si dejara de castigar las infracciones: el hombre del Evangelio tiene perfecto poder y no se concibe poder perfecto sin el derecho de castigar. El castigo justo no es un mal que se impone a determinados individuos; esto es mirarlo bajo su aspecto material, mezquino y odioso; el castigo justo es un bien que se hace a la sociedad. El hombre del Evangelio puede prestar ese bien, y si dejara de prestarlo a sabiendas, dejarla de ser hombre del Evangelio.

«¿Cómo el jefe de la Iglesia que excomulga a los herejes, puede ser el jefe del Estado que proteja la libertad de conciencia?» En los Estados pontificios no hay libertad de conciencia propiamente dicha. Expulsados los judíos de los países católicos, errantes y sin abrigo en parte alguna, les abrió las puertas de su territorio el más benigno de los soberanos. Roma dio y da albergue a los judíos, señalándoles barrios, y limitando a un acto de generosa hospitalidad lo que se califica de libertad de conciencia. Se concibe sin esfuerzo alguno que el Pontífice que condena la herejía y excomulga a los herejes, sea el rey benévolo que libre de la persecución y de la muerte a los proscritos y fugitivos hijos de Israel. ¿Por ventura ese Rey y ese Pontífice no es el hombre del Evangelio, el Vicario de AQUEL que murió por todos?

El doble carácter de hombre del Evangelio que perdona, y hombre de ley que castiga, constituye para ciertos políticos obcecados un problema de tan difícil solución, que no es posible hallarla en las formas usuales del gobierno de los pueblos: el autor del folleto propone, sin embargo, una solución, y hay multitud de hombres de Estado que la aceptan y la aplauden, a saber: que sea el poder del Papa un poder nada más que paternal; que se asemeje ese poder a una familia mejor que a un Estado; que se limite mucho su territorio: «cuanto más pequeño sea el territorio, más grande será el soberano».

Verdaderamente es original la solución del problema: cuanto menos en número sean los súbditos del Papa, tantos más grados de amor alcanzarán a cada uno. Habrá un rey cuya única ocupación sea pensar que lo es, unos súbditos que en un día de emigración pueden destronar de hecho al soberano. Cuanto más tierra se quite del hoyo, tanto más grande se hace la sepultura.

La pequeñez del territorio, contrastando con la magnitud del imperante, es una bella figura retórica: si en vez de ser figura retórica fuera un axioma político, podría creerse que el rey de Cerdeña irá empequeñeciendo a medida que se acrecientan sus dominios, y que el Czar de Rusia sería mucho más grande hombre de Estado si presidiese la república de San Marino.

Por sutilezas que se aduzcan, y maravillas de ingenio que se empleen, no podrá nunca demostrarse que la soberanía del Pontífice-Rey sobre unos pocos súbditos será más paternal que tratándose de mayor número; pues esto, además de suponer que no es apto para gobernar civilmente a un millón de individuos quien gobierna espiritualmente a doscientos millones de católicos, podría dar a entender que el amor, como las cosas materiales, corresponde a mucho si se distribuye entre pocos: y ninguna de estas apreciaciones es exacta; la dirección espiritual es inmensamente más difícil que la

política: en el corazón de un buen padre hay amor para todos los hijos, aunque sean numerosos, y en el corazón de un buen monarca, amor para todos los súbditos, aunque sean incontables como las arenas del mar.

Reconocen, pues, los políticos de Europa que adhieren sus opiniones a las consignadas en el folleto de 1859, el principado civil del soberano Pontífice. ¿Y cómo no reconocerlo? Pero insisten demasiado en recordar los tratados de 1815; y como esta observación envuelve la de que un Congreso de París puede bien derogar lo establecido en un Congreso, de Viena, advertiremos que en Viena no se adjudicó al Pontífice el dominio temporal de sus Estados, sino que se le devolvió: no fue un acto de gracia; fue un acto de justicia. Los católicos sinceros no niegan al Pontífice (¿y cómo habrían de negarlo?) su derecho a reivindicar las provincias separadas de su obediencia por una rebelión contra todo principio legal; pero niegan la conveniencia religiosa de tal reivindicación. ¿Qué importa, dicen, al prestigio, a la dignidad y a la grandeza del Soberano Pontífice las leguas cuadradas que comprendan sus Estados? ¿Necesita acaso el territorio para ser amado y venerado? ¿Por ventura sus bendiciones y su enseñanza no son la manifestación más poderosa de su derecho? ¿Y por ventura no bendice y enseña al mundo entero? La cuestión no estriba en que gobierne muchos o pocos hombres; lo esencial es que tenga bastantes súbditos para ser independiente, y que no tenga demasiados para ser arrastrado por las corrientes impetuosas de pasiones, intereses y novedades que se produce en todas partes donde hay aglomeraciones considerables. Esto dicen los *católicos sinceros*; y a fe que no puede darse un tono más respetuoso, ni un aconsejar más reverente y humilde; pero detrás de estas frases tan respetuosas y de estos consejos tan reverentes, se descubre el propósito de declarar imposible la soberanía del Pontífice, tan pronto por temor de que sea reaccionario, como por temor de que sea revolucionario. ¿Acabarán de ponerse de acuerdo consigo mismos los *católicos sinceros*? En un punto convienen todos, y es en la benignidad y dulzura de la dominación temporal del Papa; y siendo así, ¿por qué en bien de los mismos rebelados no ha de traérseles al camino de la obediencia y de la sumisión? ¿Se ha de permitir que, ciegos en su error, prefieran la anarquía en que viven al orden en que debieran vivir?

Llegará un día, quizá no lejano, en que Europa no pueda ver queja rebelión crea derechos y altera el mapa, sin meditar seriamente en las consecuencias de estos hechos: dícese con verdad que diez que gritan producen más ruido que mil que callan; y es preciso no hacer la causa de los que gritan con mengua de la justicia, y violencia de los que callan. Si todos los pueblos que en la serie de los siglos se han rebelado contra el poder establecido hubiesen de haber logrado sus intentos; si con la esperanza de que los hechos consumados se sancionan, sacudieran el yugo del gobierno legítimo todos los pueblos que con ese yugo se encuentran mal avenidos, ni habría derecho público ni sociedad posible. La misma Inglaterra, tan amante de lo que ahora se llama principio de las nacionalidades, condenaría una exageración autonómica, cuyos efectos fueran sin duda desbaratar sociedades constituidas y reposadas, para crear casi siempre agrupaciones turbulentas e inseguras.

¿Quién debe traer la Romanía a la obediencia legítima? En nuestro juicio un Congreso europeo lo decidirá: la historia de Francia en este punto no puede ser más brillante:

siendo república, apagó el incendio revolucionario en la ciudad eterna; siendo imperio, ve que la revolución cunde en los Estados pontificios: parece que el camino está trazado. Pero hoy no es el interés de Francia el único excitado en esta gran cuestión; se halla excitado el de todos los países católicos, y todos contribuirán a la gran obra. Roma en las presentes circunstancias recibirá beneficio de todos, porque a todos lo ha dispensado en otros tiempos, a la manera del Océano, de quien son tributarios, y en cuyo seno confluyen los ríos, porque es a la vez el padre de sus aguas.

El Soberano Pontífice no puede hoy ceder, porque no es dueño de sus dominios; es depositario de un patrimonio que transmitirá íntegro al sucesor en la silla de San Pedro: no con la fortaleza de la debilidad, como muchos dicen, sino con la fortaleza de la justicia, los Pontífices han resistido siempre. Pudieron los obispos ingleses, dice un gran sabio, entregar la Iglesia católica a Enrique VIII, y los de Suecia a Gustavo Wasa, y los de Rusia a Pedro I: muchos sacerdotes han sucumbido al temor o a la esperanza; jamás un Pontífice romano. No está lejana la historia de Pío VII: las cenizas de Pío VII reposan en el recinto de San Pedro, y las de Napoleón hallaron triste sepultura en una roca del Atlántico: he aquí una de las solemnes ocasiones en que el tiempo se encuentra con la eternidad.

VII

Combatiendo la permanencia de la Santa Sede en Roma, escribía en una ocasión el más elocuente de los oradores demócratas de nuestra patria estas poéticas frases acerca de la ciudad eterna:

«Roma, vestal sagrada que guardó el fuego de la vida humana; Roma, gran conquistadora, que ató a su carro de triunfo todas las razas: Roma artista, que unió el eco de la lira de Grecia con el acento del arpa de Oriente; Roma inspirada maga que fue arrojando en el misterioso círculo de su panteón todos los dioses y todos los símbolos religiosos creados por la inquieta actividad humana; Roma, reina de las gentes, que ungió con el óleo del derecho todos los códigos, y dio la forma de su hogar a la familia, la forma de su municipio a los pueblos, la forma de su arquitectura a los templos, la eterna forma de su palabra a las ideas; Roma, que durante el último término de la historia antigua amasó con la sangre vertida en sus mil batallas el nuevo cuerpo de la nueva humanidad, que había de recibir de la palabra cristiana un nuevo espíritu...»

Estas mismas poéticas frases, ligeramente comentadas, serán el primer argumento contra la soñada traslación de la cátedra santa a Jerusalén.

Roma, la vestal sagrada que guardó el fuego de la vida humana, había de ser con el tiempo, y fue y será la vestal sagrada que guarde el misterioso fuego de la vida espiritual. Roma, la gran conquistadora que ató a su carro de triunfo todas las razas, había de ser y fue y será la gran conquistadora, que no ya a nombre de las razas, sino a nombre de la santa unidad creada por el catolicismo, llame a todos sin diferencia de origen, ni de sexo, ni de condición: *venite ad me omnes*. Roma artista, que unió el eco de la lira de Grecia con el acento del arpa de Oriente, había de ser y fue y será la gran maestra y guardadora

de la belleza que uniendo en feliz armonía la idea de Oriente y la forma de Occidente, da vida a la estética, y abre a las artes inmensos y desconocidos horizontes. Roma, inspirada maga que fue arrojando en el misterioso círculo de su panteón todos los dioses y todos los símbolos religiosos creados por la inquieta actividad humana, había de ser y es la destinada a providencial depósito de la doctrina que ahuyentó los falsos dioses y deshizo los símbolos paganos, como el sol ahuyenta con su luz las tinieblas y derrite con su calor la nieve de las montañas. Roma, reina de las gentes que ungió con el óleo del derecho todos los códigos y dio la forma de su hogar a la familia, la forma de su municipio a los pueblos, la forma de su arquitectura a los templos, la eterna forma de su palabra a las ideas, había de ser y es la reina de las ciencias, la santa cátedra de las verdades eternas, sin las cuales los códigos no existirían, ni sería posible la familia, ni las nociones del deber regularían la marcha de las sociedades, ni las altísimas ideas de Dios y humanidad se explicarían en la gran palabra, en el VERBO, que era en el principio y por quien son desde el principio todas las cosas. Roma, que durante el último término de la historia antigua amasó con la sangre vertida en sus mil batallas el *nuevo cuerpo* de la nueva humanidad que había de recibir de la palabra cristiana un *nuevo espíritu*, era en los destinos de la Providencia la señalada para realizar la obra; y la nueva humanidad brotó; no humanidad nueva por razón de la carne, que UNO es el género humano en Adán y UNO en Noé; sino nueva por razón de la gracia; no *nuevo el cuerpo*, sino *renovado el espíritu*.

Si pues había en el mundo una gran ciudad que tales timbres contaba, ¿qué más pudo hacer el cristianismo en medio de su pobreza, de sus persecuciones, de su explícito anatema a lo entonces existente, de su predicación vigorosa contra la sensualidad que roía las entrañas del imperio, contra el ciego despotismo que subvertía la idea del mando, contra la imprudente rebelión que trastornaba la idea de obediencia; qué más pudo hacer que dirigirse desde juego a la ciudad de las maravillas, a la que encerraba en su seno todos los dioses, y allí, pobre y abatido, declarar batalla contra todos los dioses y vencerlos, oponerse a los vicios de los hombres, propagar la verdad, y lavar con la sangre de sus mártires aquel suelo manchado por la abominación? Y el cristianismo, que convirtió la vestal del fuego de la vida en vestal del fuego del espíritu, la Roma depositaria de todos los dioses y desconocedora de Dios, en adoradora del Dios verdadero; la Reina de las gentes por obra de sus legiones, en reina de los espíritus por obra de su doctrina; la Roma de los siervos sacrificados como cosa, en la Roma de los pobres elevados a la dignidad de hermanos de JESUCRISTO; la Roma del concubinato y del repudio, en la Roma del matrimonio; la Roma de los perpetuos rencores, en la Roma de la caridad evangélica: el cristianismo que tales portentos obró tomando posesión de la residencia misma de los Césares, de la cabeza del mundo, sin más armas que la palabra, sin más aparato que la cruz, ¿podrá ser en justicia despojado del primero y más brillante y decisivo de sus trofeos? No sabemos cuál espectáculo sería más digno de fijar la consideración de los sabios, si San Pedro en Roma bajo Nerón, o Pío IX combatido a nombre del catolicismo, y a nombre del catolicismo desterrado a Jerusalén.

Decir que Jerusalén es para los modernos católicos no romanos un tema de bellísimas imágenes y de brillantes rasgos de imaginación, fuera hablar de lo excusado. Contemplan aquellos campos sombríos, aquella ciudad solitaria; oyen el monótono rumor del torrente

Cedrón; aspiran el aroma de los campos de Nazareth; comprenden el misterio de las brisas en que se mece la palma de Cadés; recorren los venerandos sitios de la pasión, aquellas gloriosas etapas del cielo, marcadas con la sangre del Cordero; respiran en fin aquella atmósfera de santidad; y su corazón se dilata y exclaman llenos de entusiasmo: «ésta es la mansión del Pontífice; aquí deseamos ver al Padre de los cristianos.»

Un poco de calma, y la razón se abrirá camino entre las nebulosidades de la fantasía. Los católicos no romanos atribuyen a la ciudad de Jerusalén un destino exclusivamente religioso; pero es un destino religioso que conviene determinar. Para el estudio de la humanidad en sus grandes relaciones religiosas y sociales, es preciso dividir los pueblos en dos grupos: pueblos anteriores al cristianismo, que caen al otro lado de la Cruz, y pueblos que caen a la vertiente acá del Calvario: reina en los primeros, por punto general, como ya hemos tenido ocasión de decir, el politeísmo; mas hay uno que es providencial depositario de la verdad, que adora al Dios único, pueblo escogido por el Eterno para instrumento de inmensas maravillas; la patria de este pueblo es el Asia; su gobierno, también queda ya indicado, varía desde el patriarcado a la teocracia; de la teocracia a los jueces; de los jueces a los Reyes. La capital y corte de esta monarquía es Jerusalén, la ciudad de los misterios, la ciudad de las profecías: allí edificó Salomón el templo: allí se realizaron sucesos que imprimen honda huella en la manera de ser del universo. Allí cerca está el Calvario: desde allí se abrieron a la humanidad las puertas de la gloria. El pueblo hebreo, por decreto de la sabia Omnipotencia quedó desde entonces, no aniquilado, sino disperso. La misión del pueblo hebreo no está cumplida: convertido en perdurable huésped del género humano, sirve de testimonio vivo a los profetas. La misión de la ciudad santa tampoco está cumplida; solitaria, triste, convertida, puede decirse, en un inmenso montón de ruinas, realiza trascendentales vaticinios: Jeremías la vio y la lloró en el mísero abatimiento en que yace hoy: diez y ocho veces ha presenciado su ruina el pueblo hebreo, y todavía ese pueblo ora con los ojos vueltos a Sión: el misterio de los israelitas, extranjeros en su propio suelo, y el misterio de la ciudad se identifican. Jerusalén es el gran monumento de la idea religiosa; el camino de Sinay a Jerusalén fue humedecido con las lágrimas de los profetas: el camino de Jerusalén a Roma fue regado con sangre de los mártires. Reedificar hoy el templo de Jerusalén para convertirlo en el gran centro del catolicismo y en silla del Supremo Pastor, sería poner las manos en una obra cuyo plazo no ha llegado todavía. Si de la tesis oriental y de la antítesis occidental resultó la magnífica síntesis romana, a qué fin el empeño de desglosar lo que los siglos han engranado? ¿A qué fin contrariar las leyes de la historia, en cuyas páginas aparece la ciudad de Roma como destinada a muy altos misterios, como destinada a símbolo constante de una idea contra la cual es impotente el genio de la revolución? ¿A qué fin quitar a Europa un calor que al huir la dejaría sin vitalidad, y no llevaría la vitalidad al Asia?

VIII

El Papa, dice la revolución, no puede permanecer en Roma; el Papa en Roma impide la unidad italiana. ¿Pero de qué unidad italiana no habla la revolución? ¿Están ya en feliz inteligencia Nápoles y el Piamonte, Toscana y Venecia, los conquistadores y los conquistados, los monárquicos y los republicanos? ¿Ha llegado el caso de que todas las

provincias italianas se acerquen, se estrechen las manos, y sólo aparezcan interrumpidas por el territorio que el Pontífice gobierna? ¿A nombre de qué unidad se declara imposible la permanencia del Papa? ¿Y es este el respeto que se profesa a la independencia de los pueblos, y es esta la manera de entender la *autonomía*? La unidad de Italia, tal como nos la van describiendo algunos de sus adoradores, se parece mucho a los eternos sueños de ambición con que eternamente están maltratando la veneranda memoria de Gregorio VII y de Inocencio III.

El Papa, que, según los antirromanos, no puede permanecer en Roma, tampoco puede ir a ninguna *extraña nación*: no hay otro recurso sino que vaya a Jerusalén: es el único modo de garantizar su independencia. Los antirromanos no hallan en Roma al Pontífice todo lo independiente que fuera de apetecer; pero al despedirlo para Jerusalén tal vez no recuerdan que no son una, ni dos, sino varias y no todas católicas, las naciones que se disputan aquellos santos lugares: comprendemos que estas consideraciones son de escasa monta, si se las compara con la conveniencia de que la Santa Sede salga de Europa en premio de haber sembrado y desarrollado en Europa los gérmenes de la civilización. Ni se crea que los adversarios de Roma hacen cuestión de gabinete que sea Jerusalén la residencia precisa del Pontífice; tampoco repugnarían Antioquía, ni Constantinopla, ni alguna ciudad del Indostán: al cabo, todo lo más que puede ocurrir es que Europa se hiciera protestante, y los Pontífices recibieran el martirio allá en tierra de drusos, o de turcos, o de indios; la palma del mártir dice muy bien con el báculo del Pastor. Prueba de que los adversarios de Roma no están muy lejos de declarar cuestión libre la cuestión de la residencia pontificia (no fijándola, por supuesto, en Europa), es que cuidan de encarecer la idea de que la localidad no es dogma de fe.

En efecto, no es dogma de fe la localidad; pero nadie ignora que por providencial disposición San Pedro fue a Roma, y allí se veneran sus huesos y los de San Pablo; y allí se estableció la Cátedra: Santa, y allí se llevaron las más preciosas reliquias de la cristiandad; y allí se erigió, en fin, el gran centro de la doctrina católica sobre las ruinas del que había sido centro de la doctrina pagana: San Pedro en su primera Epístola aplica a Roma el nombre figurado de Babilonia: *salutat vos Ecclesia quae est in Babilone*: San Juan en el Apocalipsis la designa más de una vez con el mismo nombre, caracterizándola de un modo que sólo a ella puede convenir, pues habla de su imperio sobre todos los pueblos, de su crueldad para con los cristianos y de las siete colinas sobre que descansa. El destino providencial de Roma, la grandeza de la doctrina católica brillando en la ciudad misma que había sido centro y escuela de todos los errores, el contraste elocuentísimo que forma en la serie de los siglos la Roma de los Pontífices con la Roma de los Césares y de los héroes, son verdades que nadie desconoce, que todos acatan, que la Escritura y la tradición y la historia presentan como irrefutables.

«Pero Roma, nos dice el orador ya citado, tuvo una gloriosa vida bajo el paganismo. En sus cenizas se siente palpar el corazón de sus héroes; en sus ruinas se ven flotar las sombras de sus dioses; en sus tumbas se oyen gemir las antiguas generaciones; en sus árboles murmurar los antiguos genios de las selvas; en sus auras y sus fuentes sonar el cántico sensual, ardoroso de sus primitivos poetas; y al pie de sus altares aún brilla el bajorrelieve en que el cincel antiguo dejaba el Fauno entre flores o la Náyade en su

concha; concierto de recuerdos que con sus profanas armonías turba al creyente que va a buscar en Roma el bálsamo tan solo de la verdad religiosa».

Tranquilícense los poetas católicos antirromanos: diez y nueve siglos de verdad han desgastado ya los relieves de la mentira pagana: esa palpitación de los héroes, y esas sombras de los dioses, y los genios de las selvas y las fuentes, y el dibujo del Fauno y de la Náyade trastornan ya muy pocos cerebros, y estamos por asegurar que no arrebatan un sólo espíritu a la comunión católica: ¿habría por ventura quien prefiriera semejantes niñerías de Náyades y Faunos a los admirables cuadros que allí ostenta, el arte cristiano, a las edificantes imágenes, a las magníficas esculturas, y sobre todo a las sombrías Catacumbas donde el peregrino se abisma y todo viajero se inclina con respeto? Épocas ha habido en la historia de la humanidad y del arte, a contar desde los primeros siglos de la Iglesia, en que las corrientes del gusto han propendido al paganismo, de un modo más o menos alarmante; épocas en que la mitología ha llamado hacia sí la atención de la muchedumbre de los sabios y de los artistas; en que han recibido, por último, un culto exagerado los modelos de la Grecia politeísta y de la Roma gentil; y sin embargo, ni en esas épocas siquiera ha turbado al creyente, peregrino en la ciudad eterna, las profanas armonías del paganismo. La Roma católica, que no es enemiga de la belleza, antes bien la favorece y fomenta; la Roma católica, que noblemente ha aceptado y protegido todo cuanto no se opone a las verdades eternas y a la moral purísima de la doctrina cristiana, conserva los monumentos del arte antiguo sin temer su silenciosa influencia, los conserva con esmero para bien y legítimo progreso de las ciencias estéticas en la moderna Europa. Hay, pues, quienes afectan tener miedo a la sombra del paganismo que puede vagar por Roma, y no afectan tenerlo a la realidad de la barbarie que vaga por Asia y acaba de ensangrentar las montañas del Líbano y las orillas del Jordán. Mediten entre uno y otro peligro, y hallarán el segundo más grave y más imponente.

De la calidad de Roma antigua se quiere hoy deducir que no es residencia conveniente para el Pontificado; y San León Magno en un magnífico sermón pronunciado sobre la tumba de San Pedro, dedujo de la misma calidad una consecuencia enteramente contraria: «esta ciudad, decía aquel gran Papa, que dominó a casi todas las gentes, fue a su vez, dominada por los errores de casi todas las gentes; cuanto más tenazmente había sido ligada por el diablo, tanto más admirablemente fue rescatada por Cristo». Y el poeta cristiano Próspero escribía en los tiempos de San Agustín:

*Sedes Roma Petri quae pastoralis honore
Facta caput mundo quidquid non possidet armis.
Retigione tenet.*

El vulgo, que es depositario de grandes verdades prácticas, sostiene y repite como un proverbio secular que ESTÁ BIEN SAN PEDRO EN ROMA. No olvidemos nunca este proverbio del vulgo.

CAPITULO VI

El pontificado y la civilización moderna

I

Mr. Guizot en su última obra, más de una vez citada en este libro, escribe para terminar el capítulo de *La unidad italiana* estas notables palabras.

«A nombre de la unidad italiana acomete el Piamonte mucho más que la conquista de los reinos y el destronamiento de los reyes: acomete la empresa de cambiar todo el régimen de la Iglesia católica y su situación en el mundo entero, destronando el Pontificado.»

Y más adelante, en el capítulo siguiente, añade:

«Para lograr su objeto, el Piamonte está condenado a hollar el derecho de gentes, despojando al Papa de los Estados de que el Papa es soberano, como huella los derechos de la libertad religiosa, trastornando la constitución de la Iglesia católica, cuyo jefe es el Pontífice.»

No mucho antes, en el capítulo «La Iglesia católica y la libertad», había sentado estas incontestables razones:

«Nadie ignora que, aparte los dogmas religiosos, hay dos hechos esenciales que caracterizan la organización y la situación de la Iglesia católica: tiene esta Iglesia un jefe general y único a quien reconocen todos los católicos reunidos o dispersos en los varios países del mundo: este jefe es al mismo tiempo príncipe espiritual del catolicismo entero, y príncipe temporal de un pequeñísimo Estado europeo y con tal motivo se suscita hoy un gran debate: pretenden unos que la unión de estos dos caracteres no es necesaria al Pontificado, el cual puede conservar su poder espiritual sin poseer soberanía alguna temporal; y sostienen otros la necesidad de la soberanía temporal para el libre y seguro ejercicio de la potestad espiritual. No entro ahora en esta cuestión, ni examino aquí el sistema de gobierno de la Iglesia católica: me propongo tan sólo defender su libertad y su derecho a la libertad. El doble carácter de los Pontífices es un hecho consagrado por los siglos, desenvuelto y mantenido a través de todas las vicisitudes, de todas las luchas, de todas las persecuciones del cristianismo. Este hecho no constituye toda la fe católica; pero es en sí la Iglesia católica misma. ¡Y se cree posible poner manos violentas sobre este punto, y alterarlo a placer, y aun destruirlo sin atentar contra la libertad religiosa de los católicos! ¡Se quiere despojar al jefe espiritual de la Iglesia de un carácter y de un poder que la Iglesia mira, al cabo de los siglos, como garantía de su independencia, y aún se pretende probar que con tal despojo no se maniatra ni se mutila el catolicismo! Más aún: se sostiene que la Iglesia católica nunca ha sido libre, y ahora va a serlo: ¡*la Iglesia libre* es el principio que se proclama en nombre del Estado al punto mismo en que el Estado quita a la Iglesia su constitución y su casa!

No puedo creer que en hombres superiores quepa una hipocresía cínica y risible, y admito por tanto que Mr. Cavour, pues él lo ha dicho y sus amigos lo atestiguan, ha querido y creído pronunciar algo de serio y formal al consignar *Iglesia libre en Estado libre* como

programa de su política. Si en su tarea de conquistar y constituir el reino de Italia no hubiese hecho, como sucedió en los diversos Estados-Unidos de la república americana, más que proclamar la absoluta separación del Estado y de la Iglesia, dejando por otra parte a la Iglesia católica tal como la encontraba establecida y en posesión de sus antiguas instituciones, hubiera tenido algún derecho para usar aquel lenguaje: pero proclamar la Iglesia católica libre, cuando rompiendo por todo se la invade para arrebatarse su territorio, burlarse de sus tradiciones y trastornar sus fundamentos, es un ejemplo como no conozco otro en la historia, de la irreflexión vanidosa y tiránica en que pueden caer los talentos más eminentes cuando se abandonan a la embriaguez de la ambición y del éxito.»

Bien se descubre por estas palabras, y a la vez por el tono en que aparecen todos los ataques y censuras contra el principado civil de la Santa Sede, que la guerra, la implacable guerra de la revolución no se dirige sencillamente a derribar el trono del rey de Roma, sino a destruir el poder del Pontífice Sumo: los revolucionarios se han delatado a sí propios. La historia responde por nosotros.

II

Pío IX inauguró su Pontificado haciendo, benignamente concesiones a tenor de las necesidades, pronunciando sublimes palabras de perdón y olvido, inspirando amor reverente a todas las naciones, consuelo a todas las familias y alegría a todos los corazones. Príncipe italiano, poseedor del trono más antiguo de Europa, del trono a cuya sombra habían triunfado en no remotas edades los destinos de la civilización, fue el primero y más enérgico promovedor de la verdadera prosperidad de Italia; abrigaba nobilísimos pensamientos en pro de aquel pueblo tan grande en su historia y hoy tan desdichado. Pío IX hizo saludables reformas en la gobernación de los Estados pontificios, organizó convenientemente los poderes, dio pasos importantes en la tan deseada secularización de los cargos públicos, creó las Consultas, otorgó, en fin, prudentes franquicias que hubieran dado ópimos frutos, a no mediar el turbulento espíritu revolucionario que, a título de avaricia de libertades y de expansión hacia el progreso indefinido, quiso *más*, y *más* todavía; y quiso tanto, que llegó hasta la República, ensangrentando las calles de Roma y obligando al Vicario de Jesucristo a buscar asilo para su sagrada persona en la roca de Gaeta.

Pero como nada violento es durable, y como el orbe católico no podía permanecer indiferente a vista de la embriaguez revolucionaria que dominaba ciertos espíritus italianos, la causa de la justicia comenzó a llamar hacia sí las simpatías de los pueblos, y el Soberano Pontífice fue restituido en su trono; y la República romana desapareció, dejando tras sí como único recuerdo la indignación de los pechos honrados y el luto de innumerables familias.

De entonces acá el Pontificado ha tenido nuevos días de prueba, y a la vez nuevos motivos de exaltación y de consuelo. Aquel germen revolucionario comprimido en 1848, se movía sordamente y se desarrollaba en el fondo de una sociedad sobreexcitada de un modo lamentable por la ambición extranjera. Bajo los pretextos más triviales, con audacia

inconcebible, a la mitad de un siglo que se precia de civilizado y de progresivo hasta los umbrales del endiosamiento, el territorio del Sumo Pontífice ha sido atacado, invadido, usurpado, sin piedad: la Santa Sede y su principado civil han sido objeto de los ataques más duros, de las calumnias más horribles: y Pío IX no ha tenido sino palabras de perdón para los unos, palabras de severa verdad para los otros, y oraciones para todos. Sin ejércitos que enviar al combate, sin riquezas de que disponer, sin alianzas formidables que lo protejan, solo, anciano, debilitado por los años y más aún por las amarguras, levantando las manos hacia Aquél en cuyo nombre gobierna la Iglesia, «*non possumus*» ha dicho a los revolucionarios; y los revolucionarios no se han atrevido a acercarse su bandera al recinto en donde mora ese anciano a quien llaman *padre* doscientos millones de católicos.

El Pontífice, durante las calamitosas circunstancias porque Italia y Europa entera atraviesan, ha dirigido al orbe cristiano su voz solemne en diversas ocasiones, y ¡cuánta diferencia entre el lenguaje del Pontífice soberano y el de los diplomáticos del mundo! Si se compara la santa ingenuidad que rebosa en las palabras de Pío IX, con la insidiosa doblez que por lo común distingue los escritos de los ambiciosos que atacan su poder, la conciencia pública dará su fallo inclinándose al lado en donde ve brillar los caracteres de la verdad. Vivos, y a la universal expectación están los documentos que han salido de algunas cancillerías de Europa, a contar desde la paz de Villafranca: la serie de sus fechas será un día dato muy seguro para tejer la historia del más horrible atentado que registra la abigarrada historia del siglo XIX, que a sí propio se titula siglo de la civilización.

La Cátedra de San Pedro, de la cual irradió para los pueblos la luz de la verdadera civilización, predica hoy las máximas de siempre, las verdades que constituyen el fondo del catolicismo y la base de todo derecho; que no está el progreso ni consiste el brillo de la civilización en proclamar máximas nuevas, sino en observar y cumplir fielmente las antiguas, las eternas, las que proceden de la boca del mismo Dios.

Los políticos de Europa con su deplorable sagacidad, con su propósito de engañarse a sí propios, creyendo tal vez engañar a los demás, aparecen muy pequeños cuando se les compara en su conducta y en sus palabras con la Santa Sede; a cuyo vigoroso raciocinio, a cuyo severo acento sólo pueden oponer la pagada gritería de las muchedumbres o el estruendo inhumano de los cañones, última y suprema razón de los tiempos modernos. ¿Cuántas veces ha variado de plan la política sarda? ¿Cuántas veces ha variado la política francesa? Comenzó la guerra, se trabó, se ensangrentó, se hizo la paz en Villafranca, se firmó un arreglo en Zurich. El Piamonte se contentaba con la Lombardía; se dio por satisfecho. Armose una expedición pirática contra Sicilia: Dios y el mundo saben cómo y por quién y bajo qué auspicios: se alzó un grito de reprobación contra semejante atropello del derecho a la faz de Europa, contra semejante retroceso a la barbarie en plena luz de la civilización. Cerdeña protestó de su respeto a la jurisprudencia internacional: cundió la invasión: el espíritu revolucionario obtuvo el triunfo: Dios y el mundo saben cómo; y el Piamonte, sin escrúpulos de ninguna especie, aceptó de manos del conquistador, cuya expedición había censurado, la corona que, momentos antes ceñía un rey legítimo y aliado fiel y deudo cariñoso. Nueva faz tomaron entonces los escritos de la cancillería sarda: a cada acto de usurpación, a cada nuevo insulto al derecho y a la

legitimidad, nueva nota, nueva circular, todas inconexas, y algunas contradictorias. En tanto el segundo imperio francés, luchando con el deseo de aparecer consecuente para la obra de la unificación italiana, y el temor a complicaciones difíciles y los respetos a la Inglaterra; fluctuando entre afectos tan diversos, ha tenido que decir y desdecir, afirmar y negar, halagar a la revolución y amenazarla, alarmar los sentimientos católicos y tranquilizarlos: a tal necesidad lo ha conducido su fatal destino. Sus notas de cancillería, sus discursos oficiales y semi-oficiales han sido expresión exacta de esta incertidumbre, de esta falsa posición que Francia será sin duda la primera en lamentar.

En tanto el Soberano Pontífice, firme, indestructible en su derecho, tranquilo en la verdad que su causa simboliza, habla un mismo lenguaje, predica idéntica doctrina, sean cualesquiera las circunstancias que le rodean: nunca la pasión se descubre en sus palabras; jamás el odio aparece en sus alocuciones. Se necesitaría estar ciego como lo están los revolucionarios para desconocer que hay una fuerza maravillosa y sobrenatural en que se apoya el trono más antiguo de Europa, el trono del anciano sacerdote que llama hijos a doscientos millones de católicos. Ni creemos que los mismos revolucionarios dejarán de comprenderlo así: al ver cómo se han derrumbado los tronos de Italia; al ver cómo la fuerza ha conseguido triunfar por un momento sobre la legitimidad, y al contemplar cómo se mantiene el único trono que todavía no ha consentido en transigir con la revolución, el único que no ha dictado concesiones ni aun en los instantes supremos, seguramente que vislumbrarán, por obcecados que estén, algo de superior y misterioso, que no se explica por las cábalas de la diplomacia ni por los razonamientos del periodismo.

III

La Santa Sede, dicen los revolucionarios, se ha declarado enemiga de la civilización moderna, y en prueba de ello, léase la alocución pronunciada por Pío IX en el Consistorio secreto de 18 de Marzo de 1861: aceptando el reto, vamos a transcribir los párrafos de tan notable documento, que se refieren a la civilización. Dicen así:

«Hemos preguntado a los que nos incitan a estrechar en bien de la religión, la mano que nos tiende la civilización moderna, si los hechos son de tal naturaleza que puedan inducir al Vicario de Jesucristo sobre la tierra, al que ha recibido la misión de mantener incólume la pureza de su doctrina celestial y de alimentar a los corderos y a las ovejas con la misma doctrina y confirmarlos en ella, a hacer alianza, sin grave peligro para su conciencia y sin grandísimo escándalo de todos, con la sociedad moderna cuya obra ha causado tantos males, que nunca pueden ser bastante lamentados, y que ha promulgado tantos principios, tantas opiniones detestables, y tantos errores abiertamente opuestos a la doctrina de la religión católica.

»Entre los hechos que se han realizado, nadie ignora cuán completamente desgarrados se hallan los convenios más solemnes entre la Sede apostólica y los Soberanos, como ha sucedido en Nápoles. En esta Asamblea en que os halláis reunidos en gran número, Venerables Hermanos, lamentamos más y más tan triste estado de cosas, y clamamos

contra él con todas nuestras fuerzas, como hemos ya protestado contra semejantes atentados y violencias.

»Esta civilización moderna, mientras favorece cultos extraños al católico, y hasta admite a los infieles a los más altos cargos de la República y cierra a sus hijos las puertas de las iglesias católicas, se revuelve contra las familias religiosas, contra las instituciones fundadas para dirigir las escuelas católicas, contra muchos eclesiásticos de todas jerarquías, varones revestidos de alta dignidad, de los que no pocos gimen en el destierro o en la prisión, contra seculares distinguidos que adictos a Nos y a la Santa Sede defienden ardientemente la causa de la religión y de la justicia: esta civilización, mientras fomenta y protege institutos y personas no católicas, despoja a la Iglesia católica de sus legítimas propiedades, y se esfuerza por todos los medios para disminuir la saludable eficacia de la Iglesia. Mientras otorga amplia libertad a las palabras y a los escritos que combaten a la Iglesia o a sus sinceros adictos, y mientras anima, alimenta y ayuda la licencia, se muestra cauta y moderada por extremo en reprender y reprimir las violencias cometidas contra los que publican buenos escritos, y guarda para éstos toda severidad cuando juzga que han traspasado, por levemente que sea, los límites de la moderación.

»En estas circunstancias, ¿puede el Pontífice Romano tender una mano amiga a la civilización y unirse con ella por un pacto de alianza y de concordia? Dése a cada cosa su verdadero nombre, y la Santa Sede aparecerá siempre fiel a sus principios. La Santa Sede ha sido en todo tiempo el patrono y protector de la verdadera civilización: y todos los monumentos de la historia atestiguan y prueban elocuentemente que siempre ha llevado hasta a las tierras más remotas y salvajes del universo la verdadera suavidad de costumbres, la verdadera sabiduría y la verdadera disciplina.

»Pero como bajo el nombre de civilización se quiere entender un sistema combinado a propósito para enflaquecer y aun quizá para destruir a la Iglesia de Jesucristo, jamás la Santa Sede y el Pontífice Romano podrán aliarse con semejante civilización: ¿qué tiene que ver, cómo exclama el Apóstol, la justicia con la iniquidad, y qué consorcio puede haber entre la luz y las tinieblas, ni qué unión cabe entre Jesucristo y Belial?»

Éstas son las palabras de la alocución: únicamente torciéndolas y retorciéndolas y violentándolas de un modo horrible, han podido deducir los adversarios de la Santa Sede que en ellas se encierra un anatema contra la civilización moderna. ¡Tarea ingrata y desconsoladora la de los adversarios a quienes la triste ley de la enemistad obliga a fingir agravios y a rastrear insultos hasta en las frases más inocentes, hasta en los actos más sencillos! ¿Qué descubren los revolucionarios de todos los países en la alocución de que se trata; qué descubren contra la ciencia, contra la justicia, contra los intereses de Europa? La pasión es ciega y funesta consejera: reflexionen los enemigos de la Santa Sede, y den tregua a sus iras, siquiera por un momento.

Séanos lícito prescindir de aquellos políticos que confundiendo lastimosamente el Pontificado católico con el principado civil, han creído que la Iglesia excomulga a todos los que aceptan la civilización moderna, y que por tanto ningún liberal puede postrarse ya ante el Soberano Pontífice. Esta argumentación y esta literatura pertenecen al género

terrible, y se destruyen por sus propias fuerzas: el género goza de muy escaso crédito aun entre el vulgo impresionable y dado a los golpes de efecto: las escuelas protestantes dicen lo mismo con menos aparato; cualquier párvulo de Inglaterra sabe de memoria relaciones más precisas contra la Iglesia católica.

Nuestros razonamientos se dirigen a aquellos políticos que sin profesar doctrinas protestantes de un modo tan absoluto, creen de buena fe o afectan creer, que la Santa Sede declara la civilización moderna incompatible con el catolicismo. ¿Es esto exacto? ¿Ha hecho tal declaración la Santa Sede? Acontece en esta cuestión, como en casi todas las que se agitan en el torbellino inmenso de la política, que con tanto blasonar los hombres de independencia intelectual y de culto a la razón privada, y de autonomía, casi todos se dejan llevar irreflexivamente por donde va el más audaz o el más malicioso; por manera que en estos tiempos en que se tiene por antigualla confinante con la estolidez *jurare in verba magistri*, se toma por cosa natural y puesta en orden repetir lo que han dicho los demás, aceptar muchos lo que ocurrió a uno, siempre que la opinión de ese uno halague nuestros instintos, y a veces tienda como a justificar nuestra injusticia. Hubo un periódico extranjero que, apenas leída muy a la ligera la alocución pontificia, definió *ex cathedra* que era un tejido de censuras contra la civilización moderna; que su espíritu y su letra podían considerarse como una ruptura entre la idea del Pontificado y la idea del progreso, que era, por último, un documento propio de la Edad media, con lo cual quedaba dicho todo; y tan cierto es que quedaba todo dicho, que no añadiendo gran cosa los demás escritores que en Europa impugnaron la alocución. ¿Se tomarían el trabajo de leerla en su original latino todos los susodichos escritores?

Es ocurrencia verdaderamente original suponer al Pontificado en lucha con la civilización. Se necesita desconocer la historia, o cerrar los ojos de propósito, para caer en semejante error. ¿Qué sería de la civilización, si el Pontificado no la hubiera favorecido en todos tiempos?

Pero sucede que a la manera que en estos días de universal trastorno se han subvertido los principios, han degenerado también las palabras; pues no parece sino que para hacer más completa la semejanza de los soberbios operarios de la Babel moderna con los audaces constructores de la antigua, Dios ha permitido confundir el lenguaje en términos de que ya vamos desconociendo cada cual el habla de nuestro hermano. ¿Quién sabe lo que entenderán por civilización los enemigos de la Santa Sede? De seguro la Santa Sede la interpreta en su genuino y verdadero sentido; no confunde la noble, la sana, la fecunda civilización que enaltece a los pueblos y hace honrosa su memoria, con el miserable imperio de las pasiones humanas que vuelve a los pueblos esclavos de la materia y los guía al más triste y oscuro escepticismo.

Pío IX, que como Pontífice está en la cumbre, y preside los destinos religiosos de centenares de millones de católicos, y como rey, siquiera sea de Estados insignificantes, es la más venerable y simpática figura que se descubre en el cuadro de la dolorosa historia moderna, no rechaza la civilización, antes la ama tiernamente; pues ama tiernamente la justicia, única base en que puede descansar la civilización. Dese a cada

cosa su nombre genuino, y la Santa Sede aparecerá conteste con sus principios de siempre: *«vera rebus vocabula restituantur, et haec Sancta Sedes sibi semper constabit.»*

IV

El Pontífice no ha condenado en absoluto la llamada civilización moderna. Pío IX ha dicho que si cambiando todos los términos de la buena lógica y perdiendo las vías del buen sentido, se entiende por civilización el atropello de los derechos más santos, la subversión de los principios fundamentales, el desquiciamiento de la autoridad, la ruina de la idea de obediencia, el abuso, en fin, en todas sus múltiples manifestaciones, esa civilización es dañina y aborrecible. La civilización que derriba tronos, borra fronteras, rasga tratados, conculca derechos, santifica crímenes, y trastorna todas las nociones de lo justo y de lo injusto, es tan bárbara civilización que a gloria puede tenerse el rechazarla. No procedieron con menos seso los pueblos en los días de su infancia, en las épocas de tinieblas, en las edades que llaman de hierro los historiadores.

Esta civilización que se complace en practicar lo contrario de lo que predica; esta civilización que truena contra la ferocidad de pasados siglos porque sometía la justicia a la fuerza, y hoy a título de hechos consumados, acepta las obras de la fuerza contra la justicia; esta civilización que en teoría ensalza la humildad y la pobreza y el desprendimiento, y en la práctica destruye y aniquila a los que no se pueden defender; esta civilización que pide tolerancia para todos y persigue de muerte a los que juzga adversarios; esta civilización que acaricia a los enemigos de la Iglesia y maltrata y encarcela a los sacerdotes católicos; esta civilización que promueve una guerra para defender la integridad del moribundo imperio turco, y otra guerra para quitar su corona a cuatro soberanos legítimos, y para arrebatar a la Santa Sede su patrimonio secular; esta civilización, capaz de alterar el equilibrio europeo, si el embajador de un país es menospreciado en otro, y que ve impasible consumarse la serie de atropellos más inauditos, los atentados más sacrílegos que recuerda la sangrienta historia de las usurpaciones; esta civilización que predica la abnegación y practica el egoísmo; que ensalza la autoridad y rinde culto a la fuerza; esta civilización cuya idea antitética no es la idea de barbarie sino la de razón, justicia y derecho; esta civilización de los cañones rayados contra la legitimidad, no puede ser bendecida, ni elogiada, ni reconocida siquiera por la Santa Sede, que es centro de verdad y de justicia y maestra de las sociedades en la dilatada serie de los siglos: esta civilización es la que Pío IX rechaza, y a fe que una vez descrita con sus verdaderos colores, no habrá ni un solo político que la defienda; ni los mismos revolucionarios teóricos se atreverán a sostener que semejante desquiciamiento pueda llamarse civilización, ni que civilización semejante pueda ser aceptada no ya por el Soberano Pontífice, pero ni por el último y menos avisado de los conservadores de Europa.

V

Hemos dicho que el Pontífice con gran justicia se lamenta de que se dé el nombre de civilización a un sistema, que mientras proclama determinados principios, aplica al catolicismo principios absolutamente contrarios. Y ocurre preguntar: ¿rechaza el

Soberano Pontífice esos principios determinados que proclama la civilización? Nada dice en este sentido: el Soberano Pontífice los anuncia históricamente; mas por cuanto respecto al catolicismo piensa y obra en contrario la civilización moderna, por esto afirma el Padre Santo que es enemiga de los sagrados intereses de la Iglesia.

Se dirá tal vez: si el Pontífice no expresa claramente su opinión acerca de estos principios, ¿se entenderá que los admite, o se juzgará más bien que los rechaza? En nuestro concepto es preciso distinguir: el tecnicismo oportuna e inoportunamente empleado de *tolerancia, libertad, despreocupación*, etcétera, símbolo de ciertas escuelas que no brillan seguramente por la congruencia de sus obras con sus palabras, no puede ser admitido en teoría por la Iglesia sin grandes precauciones, y sin examen muy prolijo. Esos llamados principios deben su origen o van encaminados a la tolerancia *teórica* en cosas de religión, y nadie ignora que esta tolerancia no se conforma con la verdad absoluta que es esencia del catolicismo. Pero prácticamente la Iglesia y el Pontificado pueden vivir y viven estando en vigor aquellos principios, como se prueba con el ejemplo de la América Septentrional, de Bélgica, de Francia y de otros países del mundo civilizado.

El Pontificado, pues, no se declara enemigo de la civilización moderna, ni pasa de una candidez deplorable el deseo que manifiestan los revolucionarios de enseñar a la Santa Sede cuál es el camino que debe seguir, cuáles son las máximas que debe proclamar. ¿Por ventura los revolucionarios amarán a la Iglesia católica más que el Vicario de Jesucristo, dispuesto siempre a sacrificar todo, incluso la vida, por el bien de sus hijos, y la incolumidad del sacrosanto depósito que le está confiado?

Suponed por un momento, diremos a los declamadores anticatólicos, suponed por un momento destruida la Iglesia y abolido el Pontificado, y ya podéis preparar el epitafio de la civilización. ¿Sabéis, espíritus revolucionarios de todos los países, por qué no morirá la civilización? ¿Porque la Iglesia católica tiene su perpetuidad garantida por promesa infalible; porque el Pontificado es luz vivísima que alumbrará como hasta aquí todos los ámbitos del mundo sin que logren extinguir la los torbellinos del orgullo humano, ni apagarla los huracanes de la revolución.

Los dolorosos acontecimientos que el Pontífice deploraba en su alocución de Marzo de 1861, y que deplora todavía; la manera irreverente, dura y violenta como la revolución se conduce en materias religiosas; el espíritu de hostilidad que los que a sí propios se titulan apóstoles de la civilización muestran, no ya contra el principado civil de la Santa Sede, sino contra el poder espiritual, cuya perpetuidad está garantida por promesa de lo alto, hacen de todo punto imposible que la Iglesia, directa ni indirectamente, coopere a tan infeliz empresa. Pero aparte esto, la Iglesia no combate lo que haya de bueno, de justo, de noble y de benéfico en la civilización moderna; antes bien protege, anima y sanciona todo cuanto determine un verdadero progreso en las ciencias, en las artes, en la industria; todo cuanto propenda a mejorar la condición presente, a exaltar el espíritu sobre la materia, a elevar más y más a la humanidad en el nivel de lo verdadero y de lo bueno y de lo bello. El lema del Pontificado ha sido, y es, y será siempre el de San Pablo: «*Quaecumque vera,*

quaecumque pudica, quaecumque justa, quaecumque sancta, quaecumque amabilia, quaecumque bonae famae, si qua virtus, si qua laus disciplinae, haec cogitote».

No detesta el Pontífice el progreso bien entendido, antes lo aplaude: no se opone a las conquistas de la ciencia, antes las saluda no combate la sólida sabiduría ni la ilustrada experiencia de los siglos, antes bien considera una y otra como elementos poderosos de la verdadera civilización. La Iglesia, que sabiamente conservó de la antigua sociedad pagana lo que era compatible con los eternos principios de justicia y equidad, ¿había de desdeñar dentro de las sociedades cristianas todo aquello que tiende a su mejoramiento y perfección? A mejorar y perfeccionar vino la ley evangélica, no a destruir; ella trajo la luz y el calor a cuyo influjo se desarrollarán los gérmenes de la civilización, siempre amparada, protegida y alimentada por el cristianismo.

Pero hay en nuestros tiempos una triste confusión en las palabras; las cosas no se designan con su verdadero nombre, y se llama luz a las tinieblas, y error a la verdad, y ciencia a la horrible turbación de los entendimientos, y progreso a la estéril inquietud de los espíritus.

El Pontificado boga contra la corriente, dicen los hombres del siglo: he aquí una proposición calumniosa en sus intentos, y tal vez exacta en sus términos: ¿de cuál corriente se trata, de la corriente de la iniquidad que todo lo invade y atropella y destruye? Cierto: contra esa corriente boga el Pontificado, y quiebra la impetuosidad de sus aguas, y se opone a la consumación de sus estragos; pero si se trata de la corriente mansa y apacible de la civilización que fecunda y no arrasa, que fertiliza y no destruye, ¿quién será capaz de decir, sin rasgar la historia, que el Pontificado, o más claro, que el catolicismo ha puesto jamás obstáculos a esa corriente?

VI

Los adversarios de la Santa Sede, persistiendo siempre en su propósito y en su hostilidad, han formulado y formulan el cargo de que el rey de Roma es un soberano absoluto, maestro y sostén del absolutismo europeo. Bien saben nuestros lectores que este ataque pertenece al ya conocido género terrible, y es propio tan sólo para hacer efecto en los exaltados vulgares. El autor del folleto *El Papa y el Congreso*, conociendo sin duda que en tal forma es demasiado crudo y aun grotesco el argumento, lo renueva y reforma en sus accidentes exteriores con rara habilidad, le quita la aspereza original, y lo ofrece a la culta Europa envuelto en las frases más delicadas y corteses.

«Un gran Estado, dice, supone ciertas exigencias que el Pontífice no puede satisfacer: un gran Estado quiere vivir políticamente, perfeccionar sus instituciones, participar del movimiento general de las ideas, aprovecharse de la transformación del tiempo, de las conquistas de la ciencia, de los progresos del espíritu humano. ¡El Papa no podrá hacerlo! Sus leyes estarán encadenadas por el dogma, y su actividad se verá paralizada por la tradición; su patriotismo será condenado por la fe: ¡sería preciso que se resignase a la inmovilidad, o que se arrastrase hasta la revolución! El mundo caminará, y lo dejará atrás.»

El procedimiento no puede ser más hipócrita: tiene el inconveniente de que también está gastado; de que pertenece al repertorio de los ataques *hábiles* dirigidos a la corte romana desde el siglo XVI: declamaciones vagas que sólo consiguen hacer impresión por un momento en espíritus demasiado bondadosos o en inteligencias no muy bien preparadas con el estudio de la historia y con el conocimiento de los hechos contemporáneos. Sería preferible que tales declamaciones se tradujeran en censuras concretas, de actualidad, y en este género de controversia algo se lograría en favor de la verdad y de la justicia.

Las reformas introducidas en los Estados de la Iglesia por Pío IX son la prueba más elocuente contra la acusación de los políticos a quienes nos referimos. En 1850 se establecieron en Roma los Ministerios de Interior, Gracia y Justicia, Hacienda, Guerra y Comercio, que comprende también la agricultura, la industria, las bellas artes y las obras públicas: se determinaron las funciones de estos centros administrativos, y se nombró un Consejo de Estado: a estas medidas siguieron otras organizando la administración de las provincias y de los ayuntamientos, creando consejos provinciales y municipales, en cuya manera de ser entra por mucho la elección del pueblo, y proclamando el principio de la admisión de los legos a todos los empleos públicos, incluso cuatro de aquellos ministerios. Pío IX desde su advenimiento al poder ha exigido la publicación de presupuestos: en su época se han reformado los aranceles, y regularizado las rentas que antes monopolizaba una casa privilegiada, y héchose grandes trabajos en la redacción de Códigos civil y criminal. Las líneas telegráfico-eléctricas que se extienden de Roma a Bolonia, Terracina, Ancona, Ferrara, Foligno, Pessaro, Mazerata y otros puntos; los caminos de hierro concedidos o en construcción entre las ciudades más importantes del Estado; la marina mercante, que se desarrollaba de una manera notable, todo demuestra que el dogma no encadena las leyes romanas, que la tradición no paraliza la actividad, que la fe no condena el patriotismo, que si el mundo camina, el Pontificado no se queda.

Para que el Pontificado no se quede detrás del mundo, desean sin duda ciertos políticos que se desembarace del peso de los Estados temporales, y se limite a la ciudad de Roma: ésta fue la tesis principal del folleto; para hacerla simpática el autor a los ojos de la Europa, formó un bellísimo dibujo de lo que sería en tal caso la ciudad eterna; «pueblo que no tendrá representación nacional, ni ejército, ni prensa, ni magistratura; pueblo para el cual no habrá otros recursos que la contemplación, las artes, el culto de los grandes recuerdos y la oración; será un gobierno de reposo y de recogimiento, una especie de oasis adonde no llegarán las pasiones y los intereses de la política, y que no tendrá más que las dulces y tranquilas perspectivas del mundo espiritual. ¿No es cierto, lectores, que esta pintura literalmente reproducida, difiere de la que en el capítulo precedente hacía de la misma Roma otro escritor adversario del principado civil?

Verdaderamente es notable la contradicción. Pero, ¿qué es sino un tejido de contradicciones toda la lógica revolucionaria?

VII

Fijémonos, aunque ligeramente, en la Roma y en el Pontífice que el folleto bosqueja, y obtendremos un convento sin clausura, de cenobitas de ambos sexos, guardado por un

augusto alcaide con tiara: Roma llegaría a ser un monumento arqueológico de la cristiandad, un monumento conservado a las orillas del Tíber, y que se asomarían a contemplar las generaciones por la cordillera de los Apeninos, por las riberas del Mediterráneo, por la montaña Soracte, las del Norte, y las del Mediodía, por las bellas colinas de Castelgandolfo, Fraschatti y la Colonna: la hermosa Italia, que extiende sus dos brazos hacia el África y el Asia, ofreciendo a los viajeros de Occidente el golfo en que reposa Génova, y a los peregrinos de Oriente el golfo de donde brota Venecia, la hermosa Italia sería siempre un gran cuerpo acéfalo; pues Roma, su cabeza, quedaba destinada a oasis de la oración, a relicario de las llaves del cielo. Por misericordia divina, la ciudad eterna no se halla hoy en poder de sublevados, ni ausente de ella como trece años hace el sucesor de San Pedro: a ocurrir esta desgracia, es posible que los políticos centralizados del poder temporal, por respetar el hecho consumado prescindieran de ese rincón de tierra ilustrado por los más grandes recuerdos de la historia, y se adhiriesen a la opinión defendida por sus compañeros de catolicismo sincero, según la cual, la Santa Sede tiene su natural asiento en las solitarias márgenes del Jordán, en el recinto de la abatida Jerusalén.

Los residentes en la ciudad pontificia, a cambio del honor de ser *cives romani*, transigirán con la tarea impuesta de la oración y con la renuncia solemne a ser soldados, oradores y hombres de Estado. No podrá negarse que esto envuelve una especie de privación de oficios no muy bien avenida con el espíritu expansivo de que se quiere hacer alarde y con el amor al progreso en todo y para todo. Al despedirse el mundo en su marcha triunfal, no solamente se deja detrás al Pontificado, sino también a unos millares de individuos que no tienen más motivo para quedar en la estación que el ser *cives romani*, ¡la mayor dignidad de los hombres veinte siglos hace! Para completar el cuadro del folleto, encerremos la ciudad de Roma en un cerco de sauces y cipreses.

El *non possumus* que el Pontífice ha pronunciado, creen los políticos de hoy que puede comprometer y compromete la suerte de Italia y la paz europea: pero esos políticos se equivocan: lo que compromete la suerte de Italia y la paz de Europa es el desatentado espíritu revolucionario, cuyo influjo gravita con horrorosa pesadumbre sobre todos los países. Parece mentira, dice con justicia un filósofo, que hoy que se acortan las distancias, que los pueblos se acercan, que la humanidad que, cuarenta siglos hace se despidió en las llanuras de Sennar, se congrega y da cita para levantar la Babel de la reunión, como antes había levantado la Babel de la dispersión; parece mentira que hoy las guerras sean más frecuentes, los trastornos se sucedan, las revoluciones se alteren cada día la faz de las sociedades, y la civilización sea azotada y escarnecida por los mismos que pretenden exaltarla.

VIII

El Pontificado debe transigir con las ideas del siglo: esta es una bella frase que se escapa de todos los labios y que pocas inteligencias se cuidan de explicar y esclarecer. ¿Cuáles son las ideas del siglo? ¿Este siglo, tiene ideas propias? Así han de plantearse las cuestiones, en vez de emplear el tiempo y la actividad en estéril gimnasia de palabras.

Para nosotros es indudable que este siglo tiene ideas de justicia, de la justicia de todos los siglos, ideas de engrandecimiento científico y artístico, ideas de recta y saludable gobernación: todas estas ideas acepta, acoge y favorece el Pontificado; hay de ello innumerables testimonios, y no hay la más leve prueba en contrario; pero si se quiere que la Santa Sede aplauda los movimientos populares que casi siempre toman por blanco de sus tiros la autoridad constituida; que santifique las usurpaciones y asienta con los que perturban la Europa y socavan los cimientos de las sociedades, se quiere un imposible; en este sentido el Pontificado no transige con las ideas del siglo.

Vaya de una vez el argumento máximo: los Papas son enemigos de la libertad. Queremos suponer que se trata de la libertad política considerada a toda la altura de la ciencia del derecho público; no de la libertad de gritar por las calles y de promover motines, como generalmente la entienden las masas ineducadas; pues bien: la verdadera, la genuina, la noble libertad política, cuyos amantes son los liberales honrados, los liberales en la sana acepción de la palabra, ni está reñida con el Pontificado, ni tiene hacia el Pontificado más que motivos de eterno agradecimiento. Siendo la moral cristiana, la escuela única donde se aprenden las nociones de la autoridad sin tiranía y de la obediencia sin servidumbre, en vano se intentará presentar, no ya como rivales, pero ni siquiera como poco simpáticas, a la Iglesia Católica y la libertad política.

Y es ciertamente una gran lección en que apenas se medita, que aquellos que más blasonan de liberales, y más desvío muestran respecto del Pontificado, sean los que por dar quizá escasa importancia al elemento católico, que es el primero y más seguro elemento de gobierno, se ven en la dura precisión de acudir a los toscos recursos de la fuerza, a multiplicar la policía, y a poner los más altos intereses de la sociedad bajo la exclusiva protección de las bayonetas; esto es, a ser lo menos liberales posible, a sofocar la libertad política en la red de hierro de los llamados medios de gobierno. No hay nada más fácil que denominarse liberal, y nada más difícil que saber serlo. «Yo amo la libertad del pensamiento, y la libertad de la tribuna, y la libertad de asociación, y todas las libertades; yo soy liberal, y aborrezco la teocracia, y la tiranía, y el absolutismo, y las tinieblas y la reacción»: así dicen muchos en Europa; y en fuerza de decirlo se lo creen que los eleve la suerte o la desgracia a las regiones del poder; que los convierta en depositarios de la autoridad; ¿qué sucede? Que la libertad del pensamiento comienza a serles molesta; que la libertad de la tribuna acaba por hacérseles insoportable; que la libertad de asociación ofrece mil peligros; en fin, que para evitar el extravío de las libertades, esto es, que para defenderse y defender al país contra sus propias doctrinas, tienen tal vez que aumentar la policía, y exigir mayores quintas y comprar algunos cañones: y las pobres muchedumbres, ineducadas se quedan; y las felicidades ofrecidas, en ofrecimiento; y la moral en baja; y las oleadas del pueblo en alza; y la libertad en los labios, y sólo en los labios; y los enemigos de la Iglesia en el festín; y el Pontificado en el huerto de las olivas.

IX

La Iglesia aborrece todas las tiranías: tiranos han sido los que en la serie de los siglos han hecho guerra implacable a la Iglesia.

Ella condena a los poderosos que abusan de su poder, y a los ricos que abusan de sus riquezas, y a los sabios que abusan de su saber; ella protege a los débiles con especial interés, y socorre a los pobres con maternal ternura, y enseña a los ignorantes con inextinguible amor; acepta todas las formas de gobierno, es decir, todas las manifestaciones justas del mando y de la obediencia; con todos los sistemas lealmente practicados puede vivir en perfecta armonía, y a todos sirve admirablemente con su ejemplo, y en todos influye con la verdad y pureza de sus máximas.

A los que declaran al Pontificado enemigo de los modernos adelantos de la industria, responde el Sumo Pontífice haciendo al alambre eléctrico mensajero de sus palabras de bendición, fomentando las obras públicas de sus Estados, y fiando su sagrada persona al impulso del vapor.

Persuadido estaba el gobierno pontificio de la conveniencia de introducir saludables reformas, cuando las acometió con vigorosa iniciativa: el giro torcido con que a tan noble conducta correspondieron los italianos, vino a terminar en la desastrosa República que ensangrentó las calles de la capital y armó el puñal del asesino; se dirá: ¿por qué el Pontífice no acomete de nuevo las reformas? La respuesta es muy sencilla: porque el espíritu revolucionario, mejor diremos, el Piamonte ayudado por los enemigos de la Iglesia, valiéndose de públicas y secretas sugerencias, ha creado en Italia una especie de contradicción deplorable y deplorada entre los intereses nacionales y el Pontificado. ¿Podrá nadie negar que desde 1849 el Piamonte, por virtud de sus leyes y sus repetidas vejaciones al episcopado y al clero, se ha puesto en ardiente lucha con la Santa Sede? ¿Y no es igualmente cierto que cuantos de entonces acá deseaban reformas en los Estados del Papa, alababan y enaltecían la conducta del Piamonte? En semejante situación no hay por qué extrañarse de que Pío IX resista a la idea de reformas indicadas por enemigos del Pontificado, y complicadas con evidentes y funestísimas tendencias anticatólicas.

El divorcio que se quiere establecer entre Roma e Italia es verdaderamente una gran desgracia, como es una gran verdad que ni Roma ni Italia asegurarán su paz ínterin no cese el divorcio; pero estúdiense los hechos con espíritu imparcial, depóngase toda pasión política al emitir juicio acerca de los causantes de tal separación, y no habrá uno sólo de cuantos hombres pensadores tiene Europa que atribuya la culpa a Pío IX. Nadie ignora, en efecto, que la ambición sarda por una parte, y la propaganda de los protestantes por otra, y el oro de los judíos a su vez, han creado una situación gravísima en que, no ya la soberanía pontificia es atacada, sino el Pontificado mismo horriblemente combatido.

La idea de una gran monarquía italiana, poderosa rival de las naciones europeas de primer orden, señoreando en los políticos que forman la corte de Turín, y guiando todos sus actos, a contar desde la guerra de Oriente y aun antes, han hecho que poco a poco la casa de Saboya, olvidando las más gloriosas tradiciones, vaya colocándose enfrente de los tronos legítimos de Italia, y lo que es por extremo doloroso, enfrente del trono pontificio, el más antiguo, el más indisputable, el más venerando de todos. Para lograr sus fines, el Piamonte ha tenido que echarse en brazos de la revolución; y en brazos de la revolución camina meses hace a merced de los rencorosos enemigos de la Santa Sede.

¿Cuáles son las consecuencias de semejante desgracia? Que en la revuelta Italia se multiplican las sociedades y las escuelas reformistas; que al frente de estas sociedades se colocan los caudillos de la revolución política; que la guerra toma un matiz religioso muy pronunciado, y que el protestantismo convierte en su pro la sobreexcitación de los ánimos, el imperio de las pasiones, y sobre todo la ignorancia de las turbulentas muchedumbres, halagando a los corifeos, ebrios de orgullo, y atizando el fuego de la soberbia y de la rebelión con mentidas promesas y con indignas calumnias. En tanto el astuto judaísmo aprovecha a su vez, y sobre seguro la locura revolucionaria.

CAPITULO VII

El pontificado y los judíos de Europa

I

El pueblo hebreo, disgregado y esparcido por toda la superficie de la tierra, cumple un destino providencial; desempeña un papel importante en la historia de la humanidad. El pueblo hebreo, tétrico anacoreta de los siglos, marcado en la frente con el estigma del más terrible castigo, agobiado con el peso de la general reprobación, arrastra una existencia difícil y misteriosa como un arroyo entre breñas, a cuya orilla no brotan llores, en cuya corriente ni la luna se digna retratarse: y sin embargo, cumple un destino providencial; en él están realizándose las profecías: no tiene patria, no tiene templo. Quitad al pueblo hebreo la esperanza, y os quedará un inmenso cadáver que se mueve: quitad al pueblo hebreo los recuerdos, y os quedará un inmenso colegio de prestamistas y de comerciantes.

La historia de ese pueblo admirable tiene tres puntos donde la vista se fija y el corazón se arrebata: tres elevadas cumbres, corona del mundo, desde las cuales el espíritu, fatigado de su marcha por la pendiente de los siglos, pasea su mirada tranquila sobre la ancha escena del universo, y ve nacer los imperios, y ve los imperios crecer, desarrollarse, desafiar al cielo; y ve por último temblar, decaer y hundirse los imperios. Esas cumbres elevadas son el Paraíso, el Sinay y Jerusalén.

Desde el Paraíso al Sinay media primero un cataclismo universal, y más tarde se descubren en los risueños valles del Oriente millares de tiendas a cuya puerta se sienta el patriarca, el pequeño rey de la familia, rey que ostenta en su cabeza la doble corona de la inocencia y de la ancianidad.

En este felicísimo período el pueblo hebreo, la rama más pura y más lozana de la familia semítica, es depositario de eternas verdades religiosas que Dios se digna revelarle: la pobre inteligencia humana no hubiera alcanzado nunca a inventar el monoteísmo. Abraham, Isaac y Jacob, los primeros sabios, los verdaderos filósofos del mundo antiguo, son cabeza a raíz de esa progenie predestinada que habló la lengua más armoniosa de la tierra, que habitó la porción más bella del universo, que obtuvo de Dios las más señaladas

mercedes, que bebió en el desierto agua arrancada de una roca, y se alimentó con un manjar elaborado en el cielo.

El pueblo de Dios, acaudillado por Moisés, recibe, estupefacto a la falda del Sinay, un código que nunca lo tuvo igual nación alguna; un código escrito por el dedo mismo que señaló a los astros su perpetua rotación, y empujó la mole del universo en derredor de su eje de diamante. Del Sinay a Jerusalén media un período de guerras. La atención comienza a dividirse entre las tribus: la de Judá es la profetizada para mantener el cetro: el gobierno está confiado a los jueces de Israel. En la atmósfera se aspira el perfume de una poesía vigorosa y ardiente, cuyo eco, a través de las generaciones, ha llegado hasta nosotros en el sublime cántico de Débora.

Más de diez siglos faltaban para que el Rey Pacífico apareciese sobre la tierra, cuando el pueblo hebreo, agrupando, digamos así, los elementos de su nacionalidad, quiso fundar un trono, y asentar sobre ese trono un monarca que fuera manantial perenne de justicia y de verdad.

Y nació la monarquía hebrea; magnífica edad de oro para las letras y las artes de Israel: en ella sobresale la figura de David, el gran tipo de la raza semítica, el gran rey, el gran penitente, el gran poeta; y la figura de Salomón, el ideal científico, el rey que edificó el templo, el inspirado que escribió el *Cantar de los Cantares*, el filósofo que escribió como síntesis de la grandeza terrenal *vanitas vanitatum, et omnia vanitas*. Una institución altísima, especial del pueblo escogido, se encuentra en este período de la historia de Israel; al lado del monarca se eleva majestuosa y veneranda la cabeza del profeta: al profetismo están, pues, consagradas las páginas quizá más brillantes del libro inmortal de la revelación. La voz de los profetas se oye en todo Israel condenando los vicios, anunciando las calamidades, y encareciendo la observancia de la ley; pero el pueblo se aparta visiblemente de la senda que guía a la perfección, y sobre los montes cercanos a Jerusalén se erigen altares a Molok. La serpiente de la idolatría modula silbidos alrededor de la ciudad santa: bien pronto jeremías entona lúgubres endechas sobre las ruinas de la gran ciudad: Israel cae en la cautividad de Babilonia; a las orillas del Eúfrates cantan himnos a la libertad perdida, y envían suspiros a la patria abandonada los hijos infortunados de la casa de Jacob.

Libres un día del cautiverio, a la voz misteriosa de «levántate Jerusalén», la nacionalidad judaica no revive ya con el vigor de los pasados tiempos; y de esclavitud en esclavitud, de Baltasar a Ciro, de Grecia a Roma, ve correr, más como una religión que como una nación, largo período de años, durante los cuales hay sin embargo destellos brillantes en su historia; el heroísmo de los Macabeos, última gloria de Judáh, nos parece también el último canto de una gran epopeya. El pueblo hebreo atraviesa las civilizaciones de la antigüedad, y cuando se han apagado o están próximos a apagarse los recuerdos de moabitas, amonitas, tirios, fenicios, cartagineses, lacedemonios, atenienses, asirios, griegos y aun romanos, él arriba, infortunado pero sereno al siglo de Augusto, al cumplimiento de las semanas de Daniel: pronto se verán en el templo los horrores de la desolación; de la desolación que durará hasta el fin.

De Jerusalén al Monte Calvario media muy poco espacio: ¡cuántas amarguras y cuántas calamidades forman el epílogo de la historia antigua del pueblo de Israel!

Las profecías se realizaron: el Mesías vino, y los judíos no lo conocieron. Lo vieron, según las palabras de Isaías, despreciado y reputado como el más vil de los hombres, cercado por todas partes de dolores, y experto en el padecer; y no esperaban así al Rey inmortal de los cielos y la tierra.

A contar desde el deicidio, el judaísmo sometido al imperio romano, mira totalmente nublado el sol de su alegría y de su dicha; su templo reducido a escombros; tributario el pueblo: muda la voz de los profetas; escucha solamente la hora lúgubre que anuncia su completa dispersión; y prófugos y peregrinos como Caín en la primera edad del mundo, buscan los israelitas sombra y abrigo en todos los países del mundo, principalmente en las naciones que brotan de entre las ruinas de Roma. Los hebreos se despiden de su nacionalidad para emprender un viaje por el mundo, un viaje que todavía no han terminado; ¡y llevan andando diez y nueve siglos!

No fue por cierto España el país adonde más tarde acudieron: documentos históricos que se refieren al siglo IV, como el concilio de Elvira, y otros de época posterior, como los concilios de Toledo, nos testifican la existencia de los hebreos en nuestras tierras, en las cuales, con más o menos vicisitudes, permanecieron innumerables familias durante la gran borrasca de la Edad media. A partir desde este período, en el nuestro y en otros países se deja sentir la influencia de la cultura oriental, transmitida aunque tibiamente, de Babilonia y Pombeditá a Córdoba y a Toledo.

Al terminar el siglo XV, la península ibérica lanzó de su seno a los judíos que por tantos años había tolerado, a quienes tranquilamente había visto trabajar, enriquecerse y esperar, sobre todo enriquecerse y esperar, los dos grandes caracteres de la raza dispersa. No es ocasión de analizar las causas que motivaron la expulsión, los pormenores de la expulsión, ni las consecuencias que la expulsión produjera; de la península salieron más de cien mil familias que llevaron el habla de D. Alfonso el Sabio y de D. Alfonso de Baena a casi todos los pueblos europeos, pues en casi todos fueron acogidas con gran clemencia, distinguiéndose entre todos la ciudad eterna, la Roma de los Pontífices. Clemente VII, Paulo III y Julio III permiten a los judíos en los Estados pontificios el ejercicio de sus ritos y prácticas religiosas: muchos príncipes siguen el ejemplo de los Papas, y empiezan a establecerse sinagogas en Bayona y en Burdeos, en Suecia y en Dinamarca, en Leipzig y en Berlín, en Londres y en las ciudades anseáticas; y en todas o casi todas se habla la lengua de las *Partidas* y del *Cancionero*.

Tienen, pues, los judíos en los Estados pontificios existencia legal declarada por los Soberanos Pontífices, y confirmada por el transcurso de cuatrocientos o más años.

Entre los judíos y Roma, o en tesis más general, entre los judíos y el Estado en que respectivamente viven, media un contrato expreso o tácito pero garantido por la justicia, a cuya virtud ellos tienen el ejercicio tranquilo de sus ritos, pero las leyes del Estado les alcanzan como a los demás súbditos así en lo favorable como en lo gravoso.

Tal es la condición de la gran familia judaica que presta recuerdos a todas las naciones, y vive sin embargo en la tierra que las demás naciones le prestan para vivir: todavía el camino de Oriente es el camino de peregrinación; todavía Jerusalén es la casa en donde oran todos los pueblos que saben orar; solamente no ora en Jerusalén como en propia tierra el pueblo de David y de Salomón.

Los judíos que hoy habitan en Roma y en los Estados pontificios viven o deben vivir según la ley del país; tengamos presente esta verdad, para que de ella arranque el razonamiento principal de este capítulo.

II

Admitidos los judíos en varios puntos de Europa, primero en calidad de huéspedes y por amor de Dios, y establecidos más tarde en las ciudades más populosas, en los primeros centros mercantiles del mundo, siguieron cumpliendo su providencial destino, sin patria, sin templo, sin alianzas, sin otras afecciones de localidad que las que presta la riqueza movable, el capital metálico, el arte desastroso de la Bolsa.

La sociedad les había declarado guerra, y ellos aceptando el reto habían declarado guerra a la sociedad: excluidos casi siempre y casi en todos los lugares de la participación en los negocios públicos, satisfechas sus aspiraciones científicas con el estudio material de los libros bíblicos y el conocimiento del Thalmud, limitada su esfera de acción al ejercicio del comercio, mientras las sociedades embriagadas daban culto a la diosa-razón, a la diosa política, o al dios-lujo, ellos sagaz y misteriosamente adoraban al dios-dinero: y cuando por altos designios de la Providencia ha llegado una época en que los hombres, aun educados en el cristianismo, doblan la rodilla ante el becerro de oro, los judíos, que tienen oro, mucho oro, porque es lo único que se les permitió tener en tiempos en que el oro no valía tanto, se hallan impensadamente poseedores y dueños del talismán a cuyo influjo, más que en otro siglo alguno, se operan las revoluciones en el siglo XIX. Con dinero se logran los medios de falsear la opinión pública, de torcer los sentimientos de la multitud; con dinero se compran abogados para las causas malas, fiscales para las causas buenas, y hasta verdugos para las víctimas inocentes. Con dinero se atiza el fuego de las discordias, y se acrecientan las turbas que gritan *crucifige*; con dinero se pagan las traiciones y se premian los grandes crímenes sociales. El dinero de Europa en poder de enemigos de la sociedad puede traer gravísimas y funestas complicaciones.

Uno de los principales fundamentos en que la revolución moderna ha pretendido apoyarse para declarar guerra al Pontificado, es cabalmente un hecho en que se interesa una familia israelita, y que hace tres años está sirviendo de pretexto para una inmensa gritería. Nos referimos a la cuestión Mortara: al llamado por los revolucionarios raptó de un niño judío. Antes de entrar en el examen de este curioso y gravísimo punto científico⁽²⁾, séanos lícito hacer algunas observaciones que nos parecen muy justas: es la primera, que tratándose de la validez de un bautismo y de la conducta observada por la Santa Sede respecto a un cristiano, la potestad espiritual es la que primeramente se interesa, y por tanto la que principalmente es combatida por los revolucionarios: es, pues,

inútil empeñarse en probar que el acontecimiento Mortara es uno de los que determinan la muerte del poder temporal del Pontífice.

Si en esta celeberrima cuestión se interesa ante todo la antigua disciplina de la Iglesia, y por incidencia la legislación civil de los Estados pontificios, sosténgase en buen hora que tanto aquella disciplina como esta legislación pueden sufrir reformas a tenor de las nuevas exigencias de los tiempos; pero una vez que estas reformas no se han hecho, que el Pontífice ha encontrado unos cánones y unas leyes en pleno vigor, declárese de buena fe que al Gobierno pontificio solamente incumbía ejecutar y aplicar aquella jurisprudencia. Y si tal ha sido su conducta, ¿podrá tolerarse que los católicos se unan con los enemigos de la Iglesia para acusar de raptor de niños al Pontífice? Frecuentes, muy frecuentes son en Irlanda las vejaciones de los protestantes contra los católicos; y sin embargo, ni aun los espíritus más avanzados claman contra ellas: ¿por qué hoy, espíritus que se dicen conservadores, han de complacerse también en agravar la situación de la Santa Sede? El suceso Mortara ha sido, pues, en nuestro concepto un pretexto para lanzar inculpaciones contra el Pontificado, no en manera alguna un motivo de revolución en el territorio de la Iglesia; siendo más religioso que civil el carácter de la cuestión, si de ella hubieran resultado consecuencias éstas hubieran sido de índole religiosa; y los demagogos italianos y sus apadrinadores dicen hasta la saciedad que en el movimiento actual nada va contra la religión, nada contra el Pontífice; todo contra el soberano temporal. La contradicción no puede estar más patente.

III

Para corroborar la prueba de que la cuestión Mortara es el pretexto leve de una gritería grave, será bien que observemos, acercándonos al campo de batalla, quiénes son los contendientes y cuáles armas brillan en el combate.

Los apologistas de la libertad de religiones, los que han visto sin escandalizarse insultos a la justicia y a la ciencia, flagrantes violaciones del derecho cometidas en casi todos los países de Europa en estos últimos años de vicisitudes y de horrores: los que leen sin conmoverse la plana entera que los periódicos de América consagran al anuncio de esclavos que se venden y se alquilan; los que han cuestionado a favor de la enseñanza obligatoria, del amoldamiento de todos los hijos en la turquesa del Estado con mengua de los fueros paternos, hoy defienden la intransigencia en materia de religión; hoy se escandalizan o fingen escandalizarse a nombre de la justicia y de la ciencia, hoy agotan las frases de poética ternura pintando los efectos del corazón, las delicias del hogar doméstico y los dulcísimos lazos de la paternidad, a propósito de un niño que ha dejado de ser hebreo para ascender a la dignidad preeminente de cristiano.

En el campo de la discusión se hallan también los que sin defender la libertad de religiones defienden la necesaria libertad, los fueros imprescriptibles de la única religión verdadera; los que respetan la familia y la honran por ley divina y humana; los que sienten más aunque procuren llorar menos; los que comprenden y adoran la fraternidad cristiana y ven acá abajo en los padres de familia sombra leve del amor intenso, del

infinito amor que tiene a sus redimidos el gran Padre de familias a quien obedecen los cielos y la tierra.

A mayor altura que los contendientes, dominando el campo con majestad, descubre la imaginación la veneranda figura de un sacerdote y los débiles contornos de un niño: el sacerdote es el vicario de Jesucristo, en quien reside la potestad dada a San Pedro de dirigir la nave de la Iglesia y abrir las puertas del cielo: es el augusto depositario de aquella fuerza que en remotos tiempos dio a los pueblos el impulso civilizador, que en la Edad Media los salvó de la revolución de la materia, y que andando los siglos volvió a salvarlos de la revolución de las ideas.

El niño no es un príncipe, ni un potentado de cuya alianza, de cuyos ejércitos o de cuyos tesoros haya menester el Pontífice-rey que lo acompaña: es simplemente un vástago de estirpe judía, es un párvulo de una modesta familia israelita; pero ese párvulo modesto, ese niño que no ha nacido príncipe ni potentado de la tierra, es una criatura afortunada a quien cabe en herencia un reino que no pelagra con los embates ni los cataclismos, un reino inmortal, el reino de Dios. La familia de ese niño, en la naturaleza, no tiene garantías que le aseguren la conservación de tan precioso derecho; hasta que llegue a la edad del desarrollo de la razón necesita el amparo, la tutela de su nueva familia en la gracia: y el Padre de todos los fieles, que por lo tanto lo es suyo, se encarga de esa tutela, recibe al hijo cuyo alma, que es lo más noble, le pertenece en Jesucristo; mas como no puede llevarse el alma sola, con dolor íntimo de su corazón aparta la persona (el cuerpo y el alma) del padre en la naturaleza. El padre en la gracia defiende al hijo; y obligado como está a sustentarlo, sustenta su espíritu con la doctrina salvadora del catolicismo; el padre en la naturaleza no ha perdido sus derechos, ¿ni quién pudiera arrebatárselos? Los tiene en suspenso hasta que llegando el hijo a la plenitud del libre albedrío, elija entre el Thalmud y el Evangelio, entre la esclavitud en que nació y la libertad en que fue regenerado.

Tal es el cuadro que a primera vista ofrece el campo de la discusión, cuyas fronteras pisamos.

Pocas veces puede mostrarse un Pontífice más grande ni su misión más sublime, que al aparecer en la cumbre de la Iglesia con un niño de raza judía asido de la mano, perdonando a los que lo injurian, y diciendo a los que de diversos puntos de la tierra y en diversos estilos, no todos reverentes, le piden que abandone esa criatura a la suerte de sus padres: «*non possumus*».

¿Sabéis lo que significa *non possumus* en labios del que tiene potestad divina para ligar y desligar sobre la tierra? Quiere decir: ni todos los ejércitos de Europa, ni todos los tesoros del mundo, podrán hacer que la Iglesia renuncie a la salvación de una alma que es ya templo de la gracia, que vale ya más, por tanto, que todos los tesoros, que todos los ejércitos, que todo, en fin, lo que no sea el alma de un cristiano.

¿Sabéis cuál será el dolor con que ha pronunciado su *non possumus* el que tanto puede en el orden espiritual? Toda la ternura, toda la sensibilidad que demostráis a vista del padre

judío que se ve privado de educar a su hijo, podéis experimentarla también a vista del padre en la gracia que se ve en la imprescindible necesidad de apartar de una familia hebrea al vástago cristiano cuya alma no puede respirar libremente en aquella atmósfera. Donde en vez de los arroyos purísimos de la doctrina cristiana corren las aguas turbias de la superstición, no puede arraigarse y prosperar una flor tan delicada como la que brota por las palabras y la ceremonia del bautismo: es preciso trasplantarla mientras se fortalece: diréis que esto es doloroso; lo es en verdad, muy doloroso.

Y por lo mismo que en el corazón del Padre Santo causa profunda amargura la amargura de la familia Mortara, por lo mismo debe admirarse más y más la profundidad en las convicciones, el rigorismo en el deber, y la evidencia incontrovertible en la justicia que se revelan en el *non possumus* que pronuncia el Romano Pontífice al aparecer con el niño Mortara en la cumbre de la Iglesia, sobre el campo de la discusión.

Si prevaleciese, como debiera, el espíritu de humildad y de sumisión a los poderes constituidos, la cuestión Mortara no habría probablemente surgido entre escritores católicos: todos hubieran respetado el dolor del israelita de Bolonia, y nadie hubiera puesto en debate la conducta del jefe de la cristiandad. Para la gran mayoría de los fieles ese debate es sólo un motivo de escándalo: entre el Pontífice que obra conforme a la ley divina, y los críticos que lo impugnan conforme a la ley de su corazón henchido de orgullo, la elección no es difícil para la gran mayoría de los fieles: pedimos, sin embargo, a esos críticos un momento de calma, un esfuerzo sobre sí mismos, una ligerísima ofrenda de imparcialidad.

IV

Los Pontífices dieron amparo a las personas y garantía a los ritos y prácticas religiosas de los hebreos, cuando desterrados, como queda escrito, por algunos príncipes, hallaron asilo y refugio en varios países de Europa y también en el Estado del Papa.

Al aceptar los judíos este beneficio, contrajeron el deber, como súbditos temporales de la Santa Sede, de cumplir las leyes y disposiciones que de la Santa Sede provinieran.

Las disposiciones y leyes que acerca de los judíos residentes en sus Estados dictó entonces y ha dictado después el padre de los cristianos, llevan el sello de la benignidad y de la clemencia; clemencia y benignidad que por parte de la Santa Sede han llegado hasta el punto de tolerar a los judíos la falta de cumplimiento riguroso de algunas de esas leyes, sin que hayan sido derogadas, permaneciendo, como permanecen, en plena fuerza legal.

El disgusto con que los fieles de Italia vieron la llegada de los hebreos, el temor de que, en contacto unos con otros, resultaran conflictos y desgracias y la negativa de muchos propietarios a alquilar sus casas para vivienda de judíos, dieron ocasión a que el Santo Padre les señalara barrios independientes, compeliendo a los dueños de las casas sitas en ellos a que cediesen sus habitaciones exclusivamente a familias israelitas: la paz de las poblaciones, y sobre todo la seguridad de los refugiados, lo exigían así; y así se hizo.

Acontecía que en la época de Semana Santa, en los días de lúgubre recogimiento que la Iglesia consagra al recuerdo y adoración de los misterios de la cruz, los cristianos se exaltaban a vista de los hebreos; y a las voces de «*he ahí los asesinos de Jesús*» se promovían escándalos y se intentaban atropellos; y el Papa, a fin de remediar tales excesos, garantizó prudentemente la incomunicación absoluta durante el jueves y viernes de la semana mayor.

Acontecía, por último, que ya por razones de economía, ya por cualesquiera otros motivos, los judíos tenían en su casa sirvientes cristianos, que alguna vez bautizaban a los recién nacidos, y creaban complicaciones religiosas de la mayor gravedad: y el Pontífice, para asegurar y proteger los derechos y la tranquilidad de las familias judías, les prohibió que tuvieran en su casa criados ni criadas pertenecientes a la religión cristiana. No pueden llevarse a mayor extremo el interés, la consideración y la clemencia.

Hemos llegado al suceso origen de la gran cuestión. Una familia judía, la familia Mortara, residente en Bolonia, ciudad del Estado pontificio, contraviniendo a una ley que estaba obligada a guardar, pero cuyo riguroso cumplimiento no exigía el gobierno por favorecer en todo lo posible a los hebreos, admitió y tuvo a su servicio a una cristiana católica, apostólica, romana. Nueve años habrá que un párvulo de esa familia fue atacado de horribles accidentes que, comprometiendo su débil existencia, lo acercaron hasta el borde del sepulcro: un día el ataque nervioso fue tan grave, y los síntomas de cercano fin tantos y tan ciertos, que los padres, inundados en lágrimas, desesperaron de la salvación del niño: junto a su lecho se leyeron ya las oraciones con que los hebreos despiden a sus hermanos para el viaje de la eternidad. En aquellos momentos la criada cristiana, anhelosa de que el niño hebreo se convirtiera en un ángel del Señor, salió de casa, consultó a un hombre instruido acerca de la exactitud y los pormenores de las palabras y ceremonia del bautismo, de las cuales tenía conocimiento, pero no la necesaria fijeza; quería bautizar al moribundo niño, y bautizarlo *bien*: satisfizo cumplidamente sus deseos el cristiano a quien consultó, y aprovechando la ocasión en que los padres, lejos ya del hijo expirante, se entregaban al dolor por la que creían pérdida inevitable, le administró el agua regeneradora con las palabras de la Iglesia y con la íntima intención de abrir a aquella alma tierna las puertas de la gloria.

La Providencia en sus altos y para sus incomprensibles designios protegió la vida del niño Edgardo Mortara, que a la sazón contaba poco menos de dos años: los síntomas fatales fueron desapareciendo; el neófito venció el ataque, y la naturaleza continuó en favorable desarrollo.

Más de cuatro años transcurrieron, y el bautismo del niño permaneció en riguroso secreto. Dios, que desde el cielo había aceptado al nuevo hijo e infundídole por el sacramento las virtudes y dones del Espíritu Santo, y la cristiana que había franqueado al vástago de su amo judío los tesoros de la gracia; nadie más sabía los pormenores del suceso feliz en cuya virtud se abrió ante el niño Mortara la vida eterna del alma, en los momentos mismos en que lloraban los padres la muerte prematura de su cuerpo.

Y es de presumir que en secreto hubiera permanecido este suceso feliz, a no disponer las cosas la Providencia en términos de que por un enlace de circunstancias viniera a descubrirse en otoño de 1857, cuando ya la criada había salido de la casa del israelita, y cuando eran pasados cinco años del bautizo.

Llegó el asunto a conocimiento de la autoridad de Bolonia. La criada cristiana fue requerida, escrupulosamente interrogada; y probaron sus declaraciones, pero con prueba que una congregación de cardenales reconoce como plena, indudable, que administró el sacramento con todos los requisitos que la Iglesia exige: que vertió el agua sobre la cabeza del niño pronunciando las palabras del Ritual, y animada de una intención y un deseo vehementes de que el alma del niño se salvase.

El niño es cristiano: la Iglesia católica alega y ejercita su incontrovertible derecho a educarlo dentro de los principios del catolicismo, y estamos de lleno en el tema de la controversia.

El cristianismo no busca sus prosélitos en la sorpresa, en la fuerza o en la coacción; convenido: el cristianismo no puede ni debe imponerse; es verdad: es ilícito el bautismo conferido a los hijos de los infieles contra la voluntad de sus padres (*invitis parentibus*): esto último no es tan evidente; merece discutirse.

Entre tomistas y escotistas se disputa si, *generatim loquendo*, es ilícito ese bautismo; y aunque los segundos defienden con muchas razones la licitud, la impugnan los primeros, y su opinión en este punto prevalece en las escuelas y concuerda con lo decidido por la Iglesia; pero decimos *generatim loquendo*, porque la doctrina tomística de que no es lícito el bautismo administrado a hijos de infieles sin consentimiento de los padres, está sujeta a la excepción del caso en que medie peligro de muerte, y a la del caso en que el hijo sea abandonado por los padres: la primera de estas excepciones se adapta perfectamente a nuestro caso.

Dado que la *validez* del Sacramento no es en manera alguna atacable, pues se administró por quien pudo y como se debió, es fuerza convenir en que su *licitud* está igualmente al abrigo de toda sutileza, pues dentro de la doctrina tomística aceptada por la Iglesia y proclamada por Benedicto XIV en su carta *Postremo mense*, que dirigió en 1747 al arzobispo vice-gerente de Roma, y contiene la disciplina relativa al bautismo de infieles, se establece el principio de que en caso de peligro de muerte (y el peligro de muerte no admite duda en el caso Mortara) es *lícito* el bautismo administrado al niño infiel contra la voluntad de sus padres.

Declarado *válido y lícito* el sacramento del bautismo, esto es, constituido cristiano el hijo del israelita Mortara, templo ya de la gracia y depositario de la fe, de la esperanza y de la caridad, no puede ser educado por un padre israelita, sin que el sacramento se profane, sin que el neófito viva en constante riesgo de perversión: la Iglesia se ve en la dolorosa necesidad, en el deber sagrado de apartar al hijo, durante el período de la educación, del seno de su familia: para evitar la contingencia de esta necesidad dolorosa y de este sagrado deber, prohibió el Pontífice a los judíos el roce inmediato y doméstico con los

cristianos: la familia Mortara infringió la ley protectora de sus propios derechos: he aquí cómo los periodistas que defienden al desgraciado padre judío, muestran por él un celo y un interés que el mismo no pudo o no quiso tener, evitando el servicio de una cristiana, con lo cual hubiera observado la ley a que estaba sujeto como judío y como súbdito romano.

En el terreno de las ciencias eclesiásticas es inútil la controversia: la Santa Sede, educando cristianamente al neófito Mortara, ejercita un derecho y cumple una obligación. Pero una vez que los escritores de casi toda Europa han acudido al derecho natural y a los fueros del hogar doméstico para combatir a la Santa Sede, probaremos a examinar la cuestión bajo este aspecto.

V

¿Y cómo se prueba que el niño judío fue bautizado por la criada?

A los que hagan o intenten hacer esta pregunta, contestaremos con otra: ¿y qué motivo hay para suponer siquiera que pueda ser falso lo declarado por Ana Morisi?

La manera como el suceso ha llegado a descubrirse revela, si no una disposición providencial, porque éste es lenguaje ininteligible para ciertas personas, al menos una absoluta sinceridad por parte de la cristiana que incidentalmente habló del bautismo del niño Edgardo cuando se le indicaba la idea de bautizar a otro párvulo moribundo. Una vez verificada la declaración solemne del hecho y de sus pormenores, una vez reconocidas por la congregación de cardenales la exactitud y perfección con que el bautismo fue administrado, a los enemigos del bautismo de Mortara cumple alegar, a modo de excepciones, las pruebas que tengan contra la veracidad y justicia de lo actuado por la congregación que ha interpuesto en el asunto su respetable autoridad.

No se concibe, no cabe en los límites de un regular criterio que de buena fe se niegue o se dificulte un hecho que data de nueve años, y se sabe sin revelación directa de la autora, sin excitación mediata ni inmediata de la autoridad; se sabe por incidencia, cuando menos se esperaba, cuando de nada se estaba más distante que de prever siquiera complicaciones religiosas con los judíos de Bolonia ni con los judíos de ningún punto de la tierra; se sabe, no como una verdad que se pregunta o que se anuncia y se pregonan, sino como una verdad que se cae y se recoge; se sabe, en fin, por *casualidad*, como se dice entre escépticos; *providencialmente*, como se dice entre cristianos.

Fortuna grande para la causa de la verdad es que se haya descubierto así; que no haya mediado recurso alguno, que aun siendo sano, legítimo y admitido, hubiera escandalizado tal vez a filósofos que reservan para casos como el presente todo su caudal de escándalo, a pensadores de Europa que muestran un rigorismo vidrioso cuando se trata de lo espiritual, y una inconmensurable laxitud cuando se trata de injusticias y atropellos en el orden temporal.

Contra el bautismo del niño Mortara ni los padres han aducido prueba: ¿será que tengan algunos pensadores de Europa más interés por la integridad judaica del niño que sus propios padres?...

La familia Mortara sólo ha intentado negar el peligro de muerte, pero de una manera tan débil, como que se refiere al certificado que expide un médico de cinco años después del ataque, cinco años después de que los padres llorasen como inevitable la pérdida de su hijo.

Tal documento, recurso fútil empleado siquiera por emplear alguno, ha sido considerado en Roma con detenimiento, y se ha decidido que carece de fuerza aun para poner en duda el peligro gravísimo en que el niño se hallaba, comprobado plenamente a tenor del testimonio de la criada Ana Morisi.

Aun suponiendo que el riesgo de muerte no hubiera existido, aun suponiendo que el niño hubiera estado en plena salud al recibir el agua del bautismo, el acto permanecería válido; su *licitud* podría ser atacada; pero el párvulo quedaba, como quedó en el caso de extremo peligro, hecho cristiano y heredero de la gloria.

Para demostrar el escrupuloso tino con que procede la Santa Sede en asuntos como el actual, citaremos un hecho que habla muy alto en pro de su prudencia y de su rectitud. En 1785 se denunció a Su Santidad un caso de bautismo que se decía administrado en Padua: el Pontífice remitió todos los documentos y antecedentes a una congregación de cardenales, la cual, después de concienzudo examen, contestó que no había pruebas seguras del bautismo, y que por tanto no procedía determinación alguna, y no se tomó; y el asunto acabó de esa manera.

¿Qué interés puede suponerse a la congregación que intervino en el caso de Mortara para decidir que hubo bautismo con sus esenciales circunstancias, si este no hubiera constado en términos claros y evidentes?

No es posible negar, ni siquiera dudar de buena fe, el hecho que da motivo a la altísima cuestión que se debate. Contra el bautismo del niño Mortara no se ha aducido ni una sola prueba: por el contrario, la veracidad del hecho está garantida con testimonio indestructible.

VI

Hemos dicho que la Iglesia, educando cristianamente al neófito Mortara, ejercita un derecho y cumple una obligación; el derecho de constituirse maestra, de la verdad y madre espiritual de esa criatura que tiene participación en sus tesoros, que es ya un miembro adoptivo de su cuerpo místico; y la obligación de velar por la salvación de una alma cristiana, que es templo de la gracia, y en tal concepto pesa más que todo el oro del mundo y vale más que todo lo que no sea infinito, como que está redimida con un rescate infinito.

Hemos añadido que ese derecho y esa obligación lo ejercita y la cumple la Santa Sede en virtud de leyes y disposiciones eclesiásticas que están en pleno vigor; leyes y disposiciones eclesiásticas, en cuya virtud y exacto cumplimiento la Santa Sede aparta al neófito del lado de sus padres, donde vive en riesgo constante de apostasía, y lo educa en las máximas del cristianismo, hasta que se halle en aptitud de discernir el bien y el mal, la verdad y el error, la luz y las tinieblas.

En el período glorioso de nuestra monarquía gótica, los concilios de Toledo, fuente de santidad y de sabiduría que dio raudales a todo el mundo católico, asambleas de imperecedera memoria, cuya norma y cuyos cánones aceptó más tarde algún concilio ecuménico, se ocuparon ya en puntos transcendentales relativos a la incolumidad de la fe y a los conflictos a que pudiera dar lugar el contacto de cristianos con judíos.

En el concilio III, canon XIV, se aleja a los israelitas de los cargos públicos, y se les prohíbe tener mujeres, mancebas o esclavas cristianas.

En el concilio IV, canon LVII, se leen estas palabras, fundamento y precedente de la ley eclesiástica con arreglo a la cual ha procedido la Santa Sede en la cuestión que debatimos: *«Judeorum filios vel filias baptizatos, ne parentum involvantur erroribus, ab eorum consortio separari decernimus: deputandos autem monasteriis vel christianis viris aut mulieribus Deum timentibus ut in moribus et fide proficiant»*.

Esta doctrina, que a su vez se apoya en la gran autoridad de San Agustín, y a la cual nada obsta la de San Isidoro relativa a los bautismos por fuerza y coacción, cosa ilícita y vedada entre los cristianos, como dice nuestro erudito Mariana, esta doctrina repetimos, que aparece en el concilio IV de Toledo, es adoptada en otros concilios, defendida por los Padres de la Iglesia, y aplicada por los Romanos Pontífices.

La sagrada congregación del Concilio de Trento, cuyas decisiones tienen fuerza de auténtica y obligatoria interpretación de los cánones de aquel concilio, contestó en un rescripto al R. Obispo de Tossano lo siguiente: *«Quendam infantem hebraeum, qui a nutrice in domum cujusdam christiani delatus fuerat et a quibusdam adolescentibus baptizatus, a parentibus segregandum et bene custodiendum»*.

Por otro decreto de 1.º de Enero de 1707, se mandó apartar de los padres y educar en la fe católica a un niño hebreo nacido en Turni y bautizado por la nodriza.

La misma sagrada congregación que dictó el anterior decreto, consultada acerca de si un niño bautizado que contaba cuatro años de edad podría dejarse en compañía de sus padres con riesgo de apostasía, contestó: *«Puerum hebraeum separandum a parentum consortio, et in religione catholica penes christianos esse educandum»*. (17 de Julio de 1725.)

En 7 de Diciembre de 1741 la misma congregación con toda solemnidad (coram Ssmo.) decretó: *«Puerum hebraeorum a quodam fa mulo Roma baptizatum, removendum esse a*

parentibus hebraeis et collocandum in domo cathecumenorum, ibique infide christiana instruendum. Et ad R. P. D. Vicesgerenten pro executione».

En 10 de julio de 1742 se resolvió: «*Puer octo mensium Avenione, in Gallia a puella hebraea baptizatus, omnino eripiatur de manibus parentum hebraeorum, et omnino: curandum, ut nutriatur et educetur inter christianos.*»

En época no muy remota (1840), viajando por Italia una familia hebrea súbdita de Francia, le nació un niño que fue bautizado sin conocimiento de los padres; pero habiendo llegado al de la Santa Sede, se entablaron negociaciones muy prolifas acerca de esto conflicto religioso, y Roma obtuvo del Gobierno francés la promesa solemne, escrita en nota oficial de su embajador, de que el neófito sería educado en la religión cristiana, bajo la inspección del Gobierno: era cuanto la Santa Sede podía exigir y alcanzar, pues se trataba de un cristiano que no era súbdito suyo temporal; por eso la cuestión se ventiló de gobierno a gobierno, como una cuestión, además de religiosa, diplomática.

Las disposiciones legales que hemos aducido esclarecen el tema de una manera que no deja lugar siquiera a duda: el decreto de Diciembre de 1741 parece dictado para el caso Mortara; y sin embargo, no consta que el caso de 1741 produjera el estrépito que en mal hora ha producido el de 1858.

En plenitud de justicia, en evidente acuerdo con el derecho positivo, escrito, constituido, procede la Santa Sede en la cuestión del neófito Mortara para los católicos esto debiera bastar; pero parece que hay católicos que haciendo coro con los que no lo son, de sean más todavía; desean que se le explique y aclare ese derecho constituido; quieren penetrar en la raíz, en el por qué de esas leyes escritas, es decir, en el derecho constituyente. La patria potestad como destello del derecho natural, y el proceder de la Santa Sede como destello de un derecho sobrenatural, les parecen incompatibles y contrapuestos, probaremos que no lo son.

VII

La patria potestad es un destello del derecho natural. El padre es un tutor dado al hijo por la naturaleza y por la ley. Estas dos proposiciones figuran entre las verdades más sencillas y rudimentarias de la jurisprudencia; las aprenden los juristas en los primeros pasos de su carrera; y sin embargo, en esas verdades sencillas y rudimentarias debemos fijarnos hoy para esclarecer una cuestión científica y religiosa de la mayor importancia.

De desear sería que todos cuantos hablan de derecho natural tuvieran exacta y verdadera noción de ese derecho, pues debe advertirse que desde la época en que los jurisconsultos romanos lo definían *quod natura omnia animalia docuit*, hasta los presentes días de progreso en el estudio de las ciencias abstractas, se ha escrito y dicho tanto, a tenor de las diversas escuelas y de los encontrados pareceres, que no está por demás determinar el alcance y genuino sentido del derecho natural.

Dios, legislador del mundo, regulador supremo de las sociedades, se ha dignado comunicar a la humanidad una multitud de principios que pudieran llamarse el código de la justicia universal: y esa multitud de principios desprendidos del cielo llegan a conocimiento de los hombres, o por conducto de la revelación y de la tradición (y forman el derecho divino positivo), o por medio de la recta razón, y constituyen el derecho natural.

Compréndese, pues, en el derecho natural propiamente dicho, no la ley a que se sujetan desde el principio del ser el orden y la armonía total del universo, sino el conjunto de reglas grabadas en la conciencia de todos, y que sirven de núcleo y de base a todas las legislaciones de la tierra.

Al estudiar el derecho natural debe cuidarse de no confundir el derecho natural del hombre aisladamente, sin relaciones sociales, y el derecho natural dentro de la sociedad, el derecho natural del hombre considerado ya en relaciones con Dios, con sus semejantes y consigo mismo.

El derecho natural en abstracto es inmutable, porque inmutable es su autor, Dios, e inmutable el vehículo que al hombre trae su conocimiento; la recta razón: pero acontece con frecuencia que a la débil comprensión de los mortales se presentan como contradictorios dos principios de derecho natural, ni más ni menos que la débil vista corporal halla menores los objetos distantes y rotos los que se sumergen en el agua. Respetar la vida de otro es de derecho natural; defenderse contra el agresor injusto, y aun, si no hay humanamente otro recurso, privarlo de la vida, no es contra el derecho natural. ¿Cómo se concilian estos extremos? Por el mismo derecho natural, por ese código inderogable que manda respetar la vida de los demás; pero que a la vez impone como un deber la conservación de la vida propia.

Por eso hemos escrito que el derecho natural sirve de núcleo y de base a todas las legislaciones de la tierra, y ahora añadimos que las buenas legislaciones de la tierra, por punto general, confirman o explanan el derecho natural: y si a primera vista parece que lo modifican, entiéndase (en el supuesto de que sean leyes justas) que esa aparente, modificación tendrá su fundamento en el mismo derecho natural: éste enseña, por ejemplo, que los pactos deben cumplirse; y la ley, sin negar que deban cumplirse *siempre* como obligación de conciencia, añade para los efectos civiles: *con tal de que consten de una manera solemne*: esta adición no modifica, *in se*, el principio de derecho natural; antes bien, garantizando la justicia humana y haciendo imposibles, o a lo menos difíciles, los fraudes, supone en el legislador el cumplimiento de su misión protectora; y la misión protectora del legislador, en el derecho natural tiene su asiento y legítimo descanso.

De donde se desprende que el verdadero derecho natural, examinado en su debida altura y en su divino origen, puede concordar puntos que parecen en contradicción y no lo están; es la purísima luz, el sol sobrenatural que ilumina el pequeño mundo que se llama hombre.

Uno de los puntos que mejor se explican por derecho natural es la patria potestad: han obedecido, pues, al derecho natural los legisladores de la tierra, que han concedido al padre una suma de benéficas facultades, un dulcísimo poder sobre sus hijos: el padre, como ya hemos escrito, es un tutor dado al hijo por la naturaleza y por la ley.

¿Quién puede amar más a una criatura que el ser que, después de Dios, le ha dado el ser? Y si nadie en el mundo ha de amarla más, ¿quién, sino la persona que más la ama en el mundo, ha de cuidar de su desarrollo, ha de alimentar su cuerpo, nutrir su espíritu, y acariciar, por último, esa planta que lleva en si el germen de la familia que coopera a la perpetuidad del nombre y de la raza? La ley en este punto sólo ha tenido que observar la naturaleza y copiar para sus códigos, en diversos idiomas, lo que la naturaleza se ha servido dictarle en su idioma universal.

El padre es el tutor natural del hijo: esta tutela natural tiene por una faz una tabla de derechos y de obligaciones, y por la otra faz otra tabla de obligaciones y derechos: una faz corresponde al padre; la otra al hijo; es, pues, indudable que la patria potestad supone beneficio para el padre y para el hijo, si bien este beneficio en los primeros años de la vida solamente del lado del hijo se descubre y contempla en el mundo de los sentidos: y decimos en el mundo de los sentidos, porque en el del espíritu, ¿quién es capaz de concebir el gozo del padre que se mira retratado en su hijo, ni cuál beneficio mayor puede poseer en la tierra que las sonrisas de una criatura propia, en cuyos labios rebosan el amor y la alegría?

Si, pues, en los primeros años de la vida el beneficio tangible está de parte del hijo, cuando ese beneficio no se realice, cuando las leyes de la naturaleza no queden cumplidas, las leyes humanas, representando a las primeras, reivindicando sus fueros, subrogándolas, si así puede decirse, se colocan entre el Padre y el hijo; parece que anulan el derecho natural, y lo anulan en efecto para los poco pensadores; pero en realidad lo proclaman, y le dan victoria.

Cuando un hijo es cruelmente maltratado por su padre; cuando el padre, olvidándose de lo que a la sociedad y a la familia debe, se entrega a la depravación de costumbres y llega a ser un riesgo para su hijo, la ley aparta a éste, lo toma bajo su protección, y llena los deberes de la paternidad: diríase que el derecho natural, en vez de sufrir y quebrantarse en este caso, brilla, si cabe, con más esplendor, se sensibiliza más, gravita con más cercano peso sobre la sociedad y sobre el individuo.

Vengamos al caso en que el padre no es cruel ni depravado; en que no hay peligro para la vida corporal del hijo; pero se trata de un padre que profesa una religión distinta de la en que el hijo ha sido regenerado; la religión del padre aborrece profundamente a la del hijo: surge, pues, un riesgo, riesgo gravísimo para la vida espiritual del hijo: esa vida espiritual importa más que la del cuerpo: el peligro inminente de la apostasía es peligro inminente para la gracia; y Dios, que es el autor de la vida, es el autor de la gracia; y el autor de la vida y de la gracia es autor del derecho natural; y si por derecho natural reducido a ley se suspende la influencia del padre sobre el hijo cuando esa influencia puede ser perniciosa

a la vida del cuerpo, por derecho natural reducido a canon, se suspende la influencia del padre sobre el hijo cuando esa influencia puede ser y es de cierto pernicioso para el alma.

Hemos dicho *suspendere*, y conviene fijarse en esta palabra usada con plena deliberación. La autoridad eclesiástica, intérprete de la ley, no rompe la patria potestad del israelita Mortara sobre su hijo cristiano; cuando el neófito haya aprendido lo que es el catolicismo; cuando sus ojos se hayan abierto a la luz de las verdades cristianas, y se halle en el caso de apreciar las diferencias que separan el judaísmo en que nació, y el cristianismo en que providencialmente ha tenido la fortuna de ingresar, cuando llegue a la edad de catorce años y se dé por terminada su educación, los derechos de la sangre, que nunca se extinguieron, reaparecerán; pero con la ventaja de que entonces el riesgo de apostasía, por coacción y sin discernimiento, apenas existe; y si el cielo permite que exista, y si el cristiano se decide por el judaísmo y abandona la religión verdadera, la Iglesia, que no atrae ni retiene súbditos espirituales por la violencia, habrá cumplido un deber, un deber altísimo que no es posible negar, ni desconocer siquiera.

El espectáculo de un niño de diez años, cristiano, viviendo en el seno de una familia judía, entre la constante maldición del nombre de Cristo, y la práctica continua de absurdas supersticiones, entre las amenazas y quizá los castigos si persevera en la fe católica, y la desgraciada vuelta al reino de las tinieblas después de haber entrado en el de la luz, si llega a abrazar el judaísmo, el espectáculo, decimos, de ese niño, ofende a la sana razón, ofende al mismo derecho natural.

¿No se dice que es este el siglo del análisis, de la discusión, de las conquistas y de la libertad? ¿No se dice que la intransigencia religiosa es propia de ánimos estrechos y de corazones poco levantados? Pues apliquemos la observación: a un niño que ha nacido judío, que tiene por tanto abierta la entrada en el judaísmo, pero que ha sido bautizado, esto es, que ha cruzado el umbral del cristianismo, deben enseñársele sus doctrinas para que se decida, para que ejercite ese libre albedrío tan preconizado en nuestros tiempos, para que no viva sujeto a esa intransigencia religiosa que dicen propia de ánimos estrechos y de corazones poco levantados, para que tenga, en fin, verdadera libertad, la cual no se puede lograr sin el conocimiento previo. La comparación supone atención: la Iglesia católica va a explicar al neófito lo que es la religión de Cristo, a cuya celestial herencia tiene derecho, derecho que es justo que conozca detenidamente: terminada la educación, cumplido ese deber de la Iglesia, el neófito tiene delante de sí todo el resto de la vida para renunciar a la herencia de Jesucristo, y volver, si tanta fuere su desgracia, a las tinieblas de que la Providencia misericordiosamente lo sacó.

Para luchar son precisas armas, las del judaísmo no han de faltar al joven hebreo; las del cristianismo tiene que proporcionárselas la Iglesia, so pena de reducir a un mortal que tiene libre albedrío a la intransigencia religiosa más triste y a la forzada renuncia de un bien que no conoce: esto sería atacar la libertad; y la libertad racional, de buena ley, es de derecho natural.

Terminaremos en este mismo terreno nuestra argumentación.

VIII

Si supusiéramos en contradicción el derecho que el padre tiene sobre su hijo y el que tiene la iglesia sobre sus fieles, llegaríamos al absurdo de suponer en contradicción al derecho natural con el derecho natural, y a la horrible blasfemia de suponer a Dios en contradicción consigo mismo.

Esa gran competencia de derecho entre la Iglesia y la naturaleza no pasa ni puede pasar del cerebro donde la idea germinó: esa competencia es imposible, absurda y aun blasfema: *Gratia non destruit, sed perficit naturam*; la gracia no destruye, antes bien perfecciona la naturaleza. Si en los pasados y en los presentes siglos ha tenido el derecho natural un vigilante fiel que guarde y proteja sus fueros, ese vigilante ha sido la Iglesia; que digan los filósofos quién ha organizado la familia, quién ha suavizado el poder doméstico, quién ha santificado las afecciones, los vínculos de la carne y de la sangre. ¿Podrá atacar a las inmunidades de la familia la Iglesia que la ha organizado, oponerse al poder paterno la Iglesia que lo ha suavizado, romper los vínculos de la sangre la Iglesia que los ha santificado?

La legislación humana, sin ofender el derecho natural, antes bien siguiendo y desplegando sus prescripciones, ha limitado la potestad del padre en términos que hoy sus atribuciones legales apenas son reflejo de lo que fueron en remotos tiempos, cuando el hijo descendiendo, y descendiendo en el termómetro de la consideración social y doméstica, llegó a *zero*, esto es, a figurar para el padre como *cosa*, y no como *persona*; a ser objeto de derecho quirritario, y por tanto vendible, y por tanto dable en noxa, y por tanto ¡lo que es más cruel! expuesto a las consecuencias del derecho de vida y muerte que al padre competía. Desde que la luz del cristianismo alumbró los ámbitos del mundo, el derecho natural puede decirse que reivindicó sus fueros: la mujer dejó de ser esclava y pupila, el hijo fue persona, el marido se tornó en compañero, el padre dejó de ser el tirano: y es porque entonces precisamente comenzaron las conquistas de la verdadera y santa libertad, santa y verdadera libertad que se adquiere en el bautismo. ¿Podrá el bautismo quitar en la mitad del siglo XIX lo que viene dando en el espacio de diez y nueve siglos?

Pero no solamente la legislación eclesiástica, sino también la civil ha modificado el poder paterno; sin embargo, no ha ocurrido a los filósofos alzar su voz contra esas modificaciones, ni declararlas opuestas al derecho natural.

La ley que constituye al padre en tutor de su hijo, niega a la madre ese carácter después de muerto aquél; y a fe que no será por suponer en la madre menos cariño o menos interés hacia el huérfano que en el padre; y no obstante, este rigor de la ley para con la madre no es tachado de atentatorio al derecho natural.

Por un delito del hijo, la ley lo arranca del lado de su padre, y se encarga de su custodia y seguridad por más que el padre se oponga, nadie ha soñado siquiera que en esta aparente dureza de la ley haya ofensa al derecho natural, pues si éste, respecto del padre, repugna a

la separación del hijo, respecto de la sociedad que es la madre común, reclama y exige esa separación.

Suponed en España un padre a quien Dios ha hecho feliz en la tierra con el amor de una hija de quince años: en ella reconcentra todos sus afectos, todas sus delicias; no se apartaría de su lado ni por todo el oro de la tierra; por todos los tronos de Europa no cambiaría el cariño y la compañía de su hija: pues una noche, cuando más venturoso se contempla en la paz de su hogar, la autoridad local acompañada de un escribano va a pedirle su hija, a llevarse a su hija, a la prenda de todo su amor, para depositarla en extraña casa, porque el jefe de la provincia la ha autorizado para casarse, porque el *disenso* del padre se ha reputado *irracional*: y la hija, ofuscada quizás por un amor indiscreto, es conducida a extraña casa, y el padre no halla tribunal donde apelar; y presume y teme, y tal vez sabe que su hija camina al precipicio, que busca en su inexperiencia la infelicidad, y no hay remedio: la sociedad se limita a decir: «¡pobre padre, es digno de lástima!»

Suponed una madre que tiene los ojos y el corazón puestos en el hijo de sus entrañas; ese hijo es su esperanza, su orgullo y su alegría; lo ha dado al mundo, lo ha amamantado, lo ha visto crecer, le ha consagrado su primera caricia al despertar, y su último ósculo al dormir; se ha tenido por la envidiada entre todas las madres, cuando la razón de ese hijo ha destellado, y cuando adquiere en la no terminada adolescencia, la noble figura y la noble consideración de un hombre en sociedad; pero un día cierto número importuno salido de la urna hace de aquel joven un soldado; la patria, la madre común, exige su cooperación y servicios corporales; y su madre, la madre infeliz que lo había amamantado y acariciado, y cuyo orgullo y cuyas esperanzas era, tiene que despedir al hijo tal vez para siempre; lo llaman a la guerra; lo llama la ley; y los padres callan y se resignan; la ley puede más que los padres; en el caso que citamos, la sociedad se limita a decir: «¡pobre madre, es muy digna de lástima!»

¿Y habrá quien asegure y sostenga que la patria potestad no puede interrumpirse ni quebrantarse nunca ni por nadie, cuando la quebrantan e interrumpen diariamente un auto judicial, una orden del gobernador o una cédula extraída, a la suerte, de una urna?

Los escritores por extremo liberales que en época muy reciente han debatido la cuestión de la enseñanza obligatoria, los que sostienen que todos los jóvenes deben ser forzosamente educados bajo la vigilancia e inspección del gobierno, de cierto no habrán querido perjudicar a la patria potestad de sus conciudadanos; pero difícil les será compaginar con el respeto a esa potestad la absorción *total* de potestades *individuales* que desean en el Estado y que indudablemente priva a los padres de un derecho esencial, del derecho de educar a sus hijos en la vía y forma que mejor les pareciere.

Si se nos dice que esto es justamente lo que desean los escritores filántropos a quienes aludimos; si se nos dice que es funesto y debe suprimirse ese derecho de educar cada padre a sus hijos en la vía y forma que mejor le pareciere; si se nos dice, por último, que el padre no debe tener facultad para hacer imbécil a su hijo, nos conformaremos, y añadiremos sencillamente estas palabras:

Ni para hacerlo apóstata.

Y véase cómo con la doctrina misma de algunos librepensadores de Europa se puede defender la tesis que impugnan con tan ardorosa parcialidad.

La separación temporal del niño Mortara no es para encaminarse al precipicio y buscar tal vez la infelicidad como la hija de quince años; no es para marchar a la guerra y morir en el campo de batalla como el hijo de veinte, sino para vivificar el espíritu con la enseñanza, para nutrir el alma con la educación, para llegar a ser, aun aparte las relaciones religiosas, un hombre instruido, ilustrado y de un porvenir que no pueden soñar sus hermanos de raza los hijos de los judíos.

Hemos dicho *aparte las relaciones religiosas*, porque nadie ignora que estas relaciones influyen en la familia de una manera más o menos directa, según la varia legislación de los países: en aquellos donde el sacramento y el contrato del matrimonio son un solo acto, por cambio de religión en términos que uno de los cónyuges pertenezca a secta de infieles, el vínculo se disuelve; existe un impedimento dirimente, y nadie negará que aquel vínculo es de derecho natural, más alto, si cabe, que el de la patria potestad, como que le precede, como que es su base, como que *pater*, según los antiguos jurisconsultos, es *quem justae nuptiae demonstravit*.

Si, pues, la ley religiosa y la ley puramente humana o civil limitan y modifican, e interrumpen y suspenden el derecho de patria potestad con más o menos patente conformidad al derecho natural, ¿por qué para un caso determinado, y para un caso en que se versan intereses espirituales, en que media la Iglesia, la reguladora de la familia, la protectora de sus inmunidades y sus fueros, por qué, repetimos, para este caso se ha de invocar el poder casi absoluto de los padres paganos y aun el recuerdo del dominio quirritario y de los tiempos en que el hijo era cosa y no persona?

¿Por qué, pues el mundo es valle de calamidades, no se ha de deplorar el suceso de Bolonia como una desgracia inevitable acaecida al padre, en vez de considerarlo como una crueldad usada por la Iglesia?

¿Son por ventura menos desgraciados el padre cuya hija saca y deposita la autoridad, y la madre cuyo hijo va, cumpliendo con la ley, a entregarse a los azares de la guerra?

La Iglesia es la primera en deplorar la desgracia de un padre que se ve por ley divina y humana privado de educar a su hijo: prescindiendo de que para nosotros los católicos este hijo es mucho más afortunado que su padre, y colocándonos en la esfera del corazón, bien será que observemos que Pío IX, cuyo amor paternal se ha demostrado en sus actos de Pontífice y en sus actos particulares, Pío IX, que cedió su coche para que fuera conducido un enfermo que halló por acaso, y que advertido de que era un judío, contestó: «No importa, es un hombre», Pío IX, poseyendo ese corazón y esa delicadeza y ternura de sentimientos, ofrece la última prueba de la justicia con que procede. Mientras un juez de la tierra dicta impasible un auto que aparta al hijo del padre; mientras la ley se lleva impasible del lado de la madre al hijo de sus entrañas, el Pontífice conmovido de pena

por el apartamiento temporal que de la casa paterna sufre el niño Mortara, le colma de atenciones y dispone su franca comunicación con los padres, y hace todo cuanto puede por aliviar la suerte de éstos, esperando que las puras plegarias del niño no serán estériles para proporcionar algún día a su familia el mismo bien que él debe a la Providencia.

IX

Nos falta examinar la cuestión Mortara bajo el aspecto de lo que se llama opinión pública.

No conocemos nada más dúctil, más vago ni más mudable que esa opinión pública de que todos los días hablamos y escribimos todos, y que es una especie de falso testimonio levantado al buen criterio y a la conciencia universal.

Los adversarios de la Santa Sede repiten en diversidad de estilos que el suceso de Bolonia está solemnemente condenado por la opinión; pero aunque esto repiten los adversarios de la Santa Sede, la verdad es que ni ellos han ilustrado la opinión para esperar su fallo, ni puede presumirse en buena lógica que sean para nosotros fieles conductores de la opinión pública quienes para la opinión pública no han sido fieles conductores del hecho histórico y de sus circunstancias esenciales.

Los adversarios de la Santa Sede han dicho a la faz del mundo, en los Estados Pontificios se ha cometido un crimen de lesa humanidad; un niño de siete años ha sido arrebatado al cariño y a la compañía de sus padres; los agentes de la autoridad romana, duros como una roca y crueles como hienas, han desoído el ruego de un padre, han desdeñado las lágrimas de una madre, y se han llevado para bautizarlo al hijo de esos infelices, que son judíos, como si los judíos no fueran criaturas racionales, como si no tuvieran alma para pensar, corazón para sentir y ojos para llorar: las que gozáis la dicha de llamaros madres, los que cifráis en el hijo de vuestro amor todas las esperanzas y todas las complacencias, decid que os parece una potestad que rompe los cariñosos y dulcísimos lazos de la familia, que maltrata el derecho natural, que insulta la civilización, y que aspira a reproducir los horrores de la Edad media, aquella edad de tiranía, de fuerza, de ignorancia, de superstición, de tinieblas, etc., etc., etc.

Así en formas tan melodramáticas o poco menos habrán oído narrar nuestros lectores el acontecimiento de Bolonia: ¡así se escribe la historia!...

El niño no ha sido apartado de sus padres para bautizarlo, sino porque estaba bautizado: no ha sido arrebatado para siempre a su cariño y a su compañía. ¿Quién soñará jamás en derogar las afecciones de la sangre? El neófito, ínterin se educa cristianamente, tiene libre comunicación con los que le dieron el ser: terminada la educación cristiana, la Iglesia no retendría por la fuerza a ese súbdito suyo, si ese súbdito prefiriera volver a la religión de sus mayores, abjurar el catolicismo y abrazar los errores de la Sinagoga. El derecho natural no está violado, antes bien respetado y garantido. La civilización no está insultada; hija legítima de la Iglesia, nunca puede aparecer en rivalidad con su madre. La civilización que alegase derechos de la Iglesia no sería civilización, como la familia no

mereció siquiera este nombre hasta que el cristianismo organizó sus diversas relaciones y santificó sus lazos.

La objeción que precede es propia de los adversarios más ignorantes, de los que blasonan de independencia cuando se trata de la Iglesia, y se humillan tal vez al último servidor del último poderoso.

Los adversarios un poco más ilustrados, que no tienen necesidad de las formas melodramáticas, recuerdan la doctrina de Santo Tomás y las prescripciones de la Iglesia respecto a declarar ilícito el bautismo administrado a los hijos de los infieles contra la voluntad de los padres. Así es en efecto; pero con la más buena fe del mundo se les olvida decir que en la doctrina de Santo Tomás y en las prescripciones de la Iglesia se exceptúa, entre estos casos, el de grave peligro de muerte; y que el niño Mortara estaba en las fronteras de la otra vida, cuando la criada cristiana vertió sobre su cabeza el agua regeneradora.

Hay, por último, otros adversarios que formulan su objeción en estos desdichados términos: supongamos que el vástago de una familia cristiana es iniciado en extraña religión, y en ella quieren retenerlo: ¿no habrá derecho por parte de la cristiandad para exigir aquel niño, y declarar a sus raptos reos de atentado contra el derecho natural?

Por de pronto se descubre que la religión cristiana no merece gran consideración a estos impugnadores, pues la equiparan a cualquier otra y pretenden establecer casos de perfecta identidad entre la luz y las tinieblas. Hecha esta protesta, admitamos el argumento.

Las religiones extrañas a la nuestra no profesan el dogma de la verdad única y exclusiva. Solamente de la Iglesia de JESUCRISTO se dice, y puede decirse, *extra Ecclesiam non est salvus*. Confiesen bajo su palabra de honor si a la luz de la ciencia considerarían esos filósofos despreocupados bajo igual punto de vista a un niño de origen judío, pero bautizado por un cristiano, que a un niño cristiano pero circuncidado por un israelita. La señal del bautismo es indeleble; no hay ninguna secta religiosa cuya iniciación, según los dogmas de la misma, imprima carácter espiritual indeleble: si los sectarios de una falsa religión iniciaren en ella a un niño cristiano, no disputarían el derecho de conservarlo, porque en las falsas religiones no se niega a las otras, por lo regular, la esperanza de salvarse; al paso que el catolicismo, que con franqueza se declara ser la verdad (y la verdad es única), consecuente consigo mismo y mostrándose celoso de su tesoro, quiere que si las almas se pierden, no sea por ignorancia del camino que deben seguir, sino por espontánea y deliberada elección de ese camino: en este concepto la Iglesia católica, más bien que ejercita un derecho, cumple un deber educando al neófito y no permitiéndole que viva en riesgo constante de apostasía, por obra de la seducción o tal vez de la fuerza.

Pueden, pues, reducirse a dos grupos o clases los escritores y pensadores que censuran a la autoridad eclesiástica por su conducta en la cuestión Mortara: creyentes y no creyentes en la eficacia del bautismo. Para estos segundos, es decir, para los que en el primer sacramento de la Iglesia sólo vean un poco de agua derramada sobre la cabeza de un párvulo, es inútil la discusión; tanto valdría hablar de colores con un ciego, o de sonidos

con un sordo: más bien que de razonamientos han menester de oraciones, pues tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen.

Los que no niegan la eficacia del bautismo, pero se resisten a dejarse convencer en la presente cuestión, adviertan que es obra del orgullo la que ellos toman acaso por repugnancia del entendimiento; alivien el alma del peso de la materia que la oprime, como oprime el lodo las blancas alas de la paloma, y se sentirán volar por las alturas de la religión, desde donde ayudados con el talento y favorecidos con la doble vista de la instrucción descubrirán grandes verdades y vasto horizonte en los espacios mismos de la ciencia.

El grave mal que aflige a nuestro siglo; el germen de esa horrible subversión de principios en cuya virtud se busca la fórmula de mandar y la fórmula de obedecer, olvidándose de la fórmula de creer, está en el loco empeño de separar lo sobrenatural de lo natural, empujando las aspiraciones humanas hasta el nivel de la tosca tierra, alzando únicamente los pensamientos a la miserable altura de los intereses del mundo. Y cuando hay un poder sobre la tierra, poder que emana de Dios y que tiene la gran misión de defender la idea de lo sobrenatural, ¿por qué no hemos de felicitarnos de que ese poder conserve en debida proporción su alianza con el poder humano, que tiene a su vez el alto destino de conservar el orden y acrecentar el bien de las sociedades constituidas? ¿Habría de ser nunca conveniente, ni generoso, ni patriótico crear dificultades a la armonía de esos poderes, verdaderos polos en que descansa el eje del mundo civilizado?

Tal vez el suceso de Bolonia, el bautizo de uno de los ocho hijos de una modesta familia de los israelitas, es suceso providencial que despierte al siglo de la funesta ilusión en que se aduerme, que le avise del peligro que le rodea, y destruya el germen que amenaza envenenar las inteligencias, desarrollando el orgullo satánico con todos sus horrores, el seco individualismo con todas sus desconsoladoras consecuencias.

El espíritu católico se reanimó, cobró vigor en Alemania cuando en el pontificado de Gregorio XVI el arzobispo de Colonia pronunció, y la Santa Sede repitió, «*non possumus*» a propósito de los matrimonios mixtos y sus efectos canónicos: también entonces se reclamó largamente como ahora a favor de los derechos de familia y contra las intrusiones de la Santa Sede: la lucha fue empeñada, casi tan empeñada como glorioso el triunfo de la verdad: hasta en el seno del protestantismo se hicieron sentir los buenos efectos de aquella lucha y de aquel triunfo. La reforma en Prusia se elevó algo sobre sus tendencias mundanas, como lo prueba la secta de los pietistas, cuyos periódicos aprobaron y defienden la conducta del Pontífice en la cuestión del neófito Mortara.

Estamos, pues en el caso de responder, por vía de resumen de esta tesis, a dos preguntas que por espacio de cuatro años han salido de todos los labios:

¿Quién es Mortara? Mortara es un niño de raza judía, de esa raza cuya historia desde Abraham a los Macabeos es una epopeya, y de los Macabeos hasta hoy una elegía; un niño israelita que ha ingresado en la religión de Jesucristo.

¿Qué cuestión es esa que tanto agita a los escritores de Europa y a los pensadores de todo el mundo civilizado? Es una cuestión muy sencilla; se reduce a que los infieles y los protestantes redoblan sus tiros contra la Iglesia católica; e innumerables católicos, en vez de regocijarse y cantar himnos porque reciben y abrazan en su seno a un nuevo hermano en Jesucristo, hacen coro con los protestantes y los infieles, y quieren que vuelva al judaísmo el que ha sido bautizado y es como ellos heredero de la gloria.

Si no estuviese probado hasta la evidencia que la cuestión Mortara es un pretexto, y que no tanto se trata de defender a los israelitas, como de amenguar el prestigio del Pontificado, tendríamos que terminar diciendo que la cuestión Mortara, entre católicos, es una cuestión inverosímil, y sin embargo, real y verdadera.

En la seguridad de que esos tiros han de ser perfectamente ineficaces, y de que las increpaciones dirigidas a la Santa Sede con pretexto del neófito son antiguallas científicas sin originalidad y sin gracia, reduciremos la cuestión Mortara a fórmula muy sencilla y compendiosa:

UN CRISTIANO MÁS.

X

Cesaron para los judíos las persecuciones de la Edad media. Cada época tiene sus caracteres distintivos, sus necesidades peculiares; y necesidad y carácter de la Edad media fueron las guerras y las turbulencias en que tanta parte cupo a la raza de Israel. Los judíos llegan en los presentes días a un grado de libertad que tal vez nunca soñaron. Francia, Holanda, los Estados Unidos toleran todos los cultos; Prusia declara a los judíos admisibles a todos los empleos; Inglaterra les abre las puertas del Parlamento; la dominación de Víctor Manuel parece inaugurar para los judíos italianos una era de libertad; en Alemania se trabaja activamente por llegar al mismo resultado. A seis o siete millones se hace ascender el número de israelitas existentes hoy sobre la superficie de la tierra; y sin embargo, esos seis millones de individuos de una misma raza, de hermanos en Jacob, no pueden congregarse, no pueden formar nación ni levantar el templo destruido para siempre.

Las luchas han terminado: ya no hay persecuciones; ya no hay intolerancia; ya no hay Santo Oficio: los seis o siete millones de judíos derramados por el mundo, toman carta de naturaleza en la sociedad, se confunden, se identifican con los pueblos francés, inglés, alemán, turco, holandés, norteamericano, egipcio y persa: he aquí el progreso de los tiempos; he aquí el reinado de la justicia; he aquí la caridad social; he aquí un paso dado en el camino de la fraternidad de todas las razas, del abrazo de todas las naciones (sublime locura contra la cual protestan los fabricantes de cañones): los judíos no quieren ser cristianos; dejadlos en paz: lo que importa es que sean buenos ciudadanos; bastan diez y ocho siglos de persecuciones y horror: el progreso de las luces pide y reclama que la libertad sea idéntica para todos: sonó ya la hora de la emancipación universal.

Éste es el lenguaje de algunos políticos y filósofos modernos: éste es el tierno cántico que elevan día y noche; y mientras predicán tan altas y generosas y conciliadoras máximas, mientras se deleitan en esta dulce poesía, los judíos acrecientan su poder, y entregados a la prosa de las especulaciones mercantiles, se apoderan del resorte que más pronta y eficazmente mueve a la generación actual: acumulan oro, y con proyectiles de oro sostienen una guerra como nunca la describió Flavio Josefo, como no sostuvieron nunca con asirios, ni con griegos, ni con romanos. Los políticos y los filósofos no advierten los estragos de esta guerra intestina y desastrosa, y muchos hay que sirven de inocentes instrumentos a la astucia israelítica.

Todavía algunos periódicos en Europa afirman con pasmosa serenidad que el hecho Mortara es una de las principales causas que precipitan la ruina del poder temporal de la Santa Sede. Cuán hábilmente fue explotado el suceso por los judíos de todos los países, no es cosa que excite gran admiración; lo que sí debe excitarla es la facilidad con que han caído en el lazo multitud de católicos que creyendo favorecer la causa de la justicia y de la civilización y del progreso, favorecen la causa de los judíos y se resignan a desempeñar el humilde papel de coristas en el aria, de bravura entonada contra el catolicismo por los periódicos israelitas. Los mismos judíos se maravillarán de la insensatez con que tantos y tantos católicos se alistan bajo sus banderas para pelear contra el Pontificado: he aquí una faz verdaderamente notable del moderno espíritu revolucionario.

XI

La historia, que es maestra de las verdades y tesoro de enseñanzas, nos muestra cómo los judíos han tenido siempre particular interés en las evoluciones sociales, y cómo en los grandes naufragios de la autoridad han procurado flotar y llegar a la orilla, acrecentando su importancia, mejorando su posición, aprovechando en su pro las grandes locuras de los pueblos, las insurrecciones, los trastornos y los cataclismos: y pues Francia ha sido el gran laboratorio de la revolución europea, la conducta y la suerte de los judíos de Francia serán dato luminoso para nuestro estudio.

A pesar de los esfuerzos hechos por Malesherbes, el *ministro patriota* de Luis XVI, para promover la emancipación de los judíos, es lo cierto que al señorearse de Francia la revolución, los judíos, si bien tolerados y naturalizados, carecían de estado civil. Al abrirse las sesiones de la Asamblea constituyente, los israelitas, en quienes el nuevo desorden de cosas halló desde luego adictos ardorosos y predicadores infatigables, no tardaron en formular sus pretensiones, que apadrinadas por Mirabeu y otros oradores, dieron por resultado un decreto concediendo los derechos civiles a los judíos habitantes del Mediodía: reclamaron los del Norte, y después de varias disposiciones encaminadas a mejorar su situación, se expidió un decreto en 1791 concediendo indistintamente a todos los judíos el derecho de ciudadanía. En tanto la libertad de cultos era consagrada como principio de derecho público.

Si los judíos abusaron o no de las ventajas de su nueva posición, dedúcese fácilmente sabiendo que la misma Asamblea constituyente, que tan generosa se mostró con ellos, tuvo que tomar enérgicas medidas contra los de algunas provincias del Norte,

horriblemente sacrificadas por la usura; y a tal punto crecieron con los años los excesos de la raza judaica, que el Gobierno imperial creyó indispensable convocar en París una Asamblea de israelitas a fin de preparar el término a un estado de cosas violento, atendiendo así a las quejas de los pueblos, y consultando el bienestar general. La Asamblea se reunió en efecto, compuesta de israelitas procedentes de todas las provincias de Francia y de Italia; oyó la voz del Gobierno de Napoleón, que por medio de Mr. Molé sometió al Consistorio preguntas muy trascendentales acerca de la organización de la familia israelita y de su derecho civil, y de la manera cómo podría concordarse la ley mosaica con el código francés. La Asamblea discutió, deliberó y decidió contestar en estas o muy parecidas palabras: Los diputados israelitas declaran que su religión les manda mirar la ley del príncipe como ley suprema en materias civil y política; por tanto, aun cuando el código religioso de los judíos o las interpretaciones que se le dan, contuvieran disposiciones civiles o políticas en desacuerdo con el código francés, semejantes disposiciones dejarían desde luego de regirlos, pues que ante todo están obligados a reconocer la ley del príncipe y obedecerla puntualmente. Como consecuencia de esta manifestación solemne, los judíos, que a toda costa querían la amistad del soberano y su libertad de acción en Francia, tuvieron que entrar en una serie de afirmaciones y negaciones, de *distingos* y de sutilezas, que más bien parecía un proyecto de reforma del código de Moisés que una explicación o acomodamiento de sus leyes y mandatos.

Pero como la fijación de una nueva doctrina, esto es, la nueva y extrañamente alterada legislación judaica, el futuro código semimosaico, semi-napoleónico, no podía ser obra de una Asamblea como la entonces existente, pues su carácter tenía más de consultivo que de legislativo, Napoleón, el hombre de las grandes concepciones, concibió la idea de un Sanhedrín resucitando así en los primeros años del siglo XIX el gran tribunal judaico, cerrado en los tiempos de Jonatás Macabeo, y proporcionando a París un espectáculo que sólo viera la antigua Jerusalén. Y el Sanhedrín se reunió; mas ¡qué diferencia entre el augusto arcopago, a quien se sometían el rey, el gran sacerdote y los profetas, y el Sanhedrín de París sometido a la voluntad de un extraño rey! ¡Qué diferencia entre el majestuoso tribunal que se juntaba a la puerta del Tabernáculo del Testimonio, y más tarde seguía al Tabernáculo en las magníficas jornadas de Galgal, Silóh, Nobéh, y Gabaon, y de Jerusalén a Babilonia, y de Babilonia a Jerusalén y Jamnia, y sucesivamente a Jericó, y a Sepharwáyim, y en fin, a Tiberiades! ¡Qué diferencia, repetimos, entre aquellas asambleas y la celebrada en París con el mismo nombre y bajo idénticas ceremonias! El antiguo Sanhedrín juzgaba las grandes causas y los grandes negocios de la nación, derramando luz sobre los puntos oscuros, e interpretando sabiamente las leyes de Moisés; y el Sanhedrín moderno se junta para organizar lo que es de suyo inorganizable, para dar cohesión a lo que por necesidad providencial tiene que estar disperso; por último, para violentar la legislación mosaica y ponerla tristemente a servicio del código francés. «Declaramos, dijeron los rabinos del Sanhedrín, que la ley divina, principal herencia de nuestros antepasados, contiene disposiciones políticas y disposiciones religiosas; éstas son por su naturaleza absolutas e independientes de las circunstancias y de los tiempos; no así las políticas que constituyen el gobierno, y que estaban destinadas a regir al pueblo de Israel en la Palestina, cuando tenía sus reyes, sus pontífices y sus magistrados». Hecha esta distinción, no hay para qué añadir que el

Sanhedrín, como la Asamblea primera, halló perfecta armonía entre los deberes de judío y los deberes de ciudadano francés; es decir, que el judaísmo de principios de este siglo transigente con la ley de la conveniencia, sacrificó una parte de su *Thoráh* a cambio de un título de ciudadanía. Pero, ¿qué sucedió? Apenas terminadas las sesiones del Sanhedrín, se expide un decreto (Marzo de 1808) declarando nulos todos los contratos de préstamo y prenda hechos con judíos por menores, mujeres y militares sin licencia de sus jefes respectivos; y dictando otras medidas que prueban el abuso que inmediatamente había comenzado a hacer la codicia judaica, contra la cual no bastaron leyes antes de declarar a los judíos ciudadanos, y no bastaron, por lo visto, después de otorgarles la suspirada dignidad.

Al verificarse la Restauración, esto es, al restablecerse el equilibrio europeo, cambió algo la suerte de los judíos franceses, principalmente de aquéllos que pertenecían a provincias desmembradas de la Francia. El rey de Cerdeña renovó las leyes que los obligaban a habitar en barrio separado (el *Ghetto*), y les prohibían poseer bienes inmuebles. Al llegar a este punto, séanos permitido reproducir las siguientes frases de un sabio escritor israelita de nuestros días: «cuando la Italia en masa, dice Mr. Bedarride, ofrece este espectáculo (el del rigorismo contra los judíos), tan sólo la Santa Sede parece seguir el rumbo opuesto: cuando toda Europa era intolerante, Roma predicaba la caridad y daba ejemplos de dulzura para con los que no pertenecían al gremio de la Iglesia».

En 1830 una nueva revolución dispuso de los destinos de la Francia: que los judíos se apresurarían a explotar en su pro el nuevo régimen, no hay para qué ponerlo en duda. La Carta de la Restauración reconocía una religión dominante y declaraba que *solamente* los cultos cristianos serían sostenidos por el Estado. La Carta de 1830 no admitió religión dominante y borró la palabra *solamente*. A poco se promulgó una ley poniendo a cargo del Estado los gastos del culto israelita.

La oleada revolucionaria de 1848 sacó a la superficie muchos nombres de israelitas: y la soberanía popular llevada a muy peligrosos extremos, halla hoy entre los judíos de Francia e Italia sus más ardientes partidarios. Las revoluciones sociales han sido, pues, para los judíos el mayor elemento de prosperidad. A contar desde 1789, puede decirse que la suerte de los judíos está en razón inversa de la suerte de las monarquías legítimas. Desde la época del Sanhedrín, época que llaman de la regeneración, los judíos en Francia se confunden con los demás ciudadanos, se identifican, se asimilan, y asimilados viven en la época actual.

XII

En el gobierno, en la administración, en el ejército, en la magistratura, en el Instituto, entre los sabios, entre los poetas, entre los artistas, en el comercio, en la industria, en casi todas las profesiones, existen hoy ilustres israelitas franceses, cuyos nombres son dignos de respeto; no hemos de negárselo nosotros, admiradores como somos del talento, de la instrucción y de la honradez, en donde quiera que brillen; pero es bien advertir que la influencia judaica en las diversas esferas de la sociedad puede trascender y trasciende en lo que vulgarmente se llama opinión pública; y cuando en los grandes conflictos,

como el actual, entre la autoridad y la revolución, entre el Pontificado y el demagogismo, entre el gobierno y la anarquía, la llamada opinión pública se inclina a la anarquía y al demagogismo y a la revolución, no olviden los pensadores sensatos de Europa cuáles son los elementos que componen la gran mistificación denominada opinión pública.

La especie de transacción formada entre la sociedad moderna y los judíos, la participación que se les otorga en la vida civil de Francia principalmente, su influjo sobre gran número de periódicos de los que más circulan en Europa, la organización y consistorios y escuelas en todos los países donde hay libertad de cultos, la multitud de libros y anuarios que por su cuenta se publican, son premisas que empiezan a dar irremediables consecuencias.

Nadie ignora cómo la revolución filosófica operada en nuestros días influye en la revolución social. La propaganda de máximas disolventes, de principios contrarios a toda autoridad, se filtra en las capas sociales, llega hasta las últimas, y todo lo corrompe y envenena y pierde. Las locuras filosóficas ahora dominantes en algunas escuelas son restos carcomidos del antiguo árbol cabalístico de los hebreos. Hoy los judíos de Europa oyen los sistemas alemanes y los acogen como herencia de familia, y los aplauden y los propagan, y agradecen a los protestantes y a los católicos el ardor con que desentierren las doctrinas filosófico-judaicas que en los siglos medios formaban la ciencia oficial de las Academias de Córdoba y Toledo. «No tememos asegurar, dice Mr. Franch en su obra DE LA CÁBALA, que el principio de la doctrina filosófica que reina hoy casi exclusivamente en Alemania, y hasta las expresiones casi exclusivamente consagradas por la escuela de Hegel, se hallan entre las tradiciones olvidadas que intentamos dar a luz.»

Brillaban en España durante los siglos XI y XII filósofos como Salomón Ben Gabirol (Avicebrón) y Maimónides, verdaderos padres y fundadores del racionalismo que ahora pretende imperar entre los sabios.

Maimónides, llamado la lumbrera de Occidente, el águila de la literatura, médico, teólogo, filósofo, da a luz su *Moré-nbukim (El guía de los extraviados)*, y al punto toma cuerpo todo un sistema filosófico que tiene por objeto concordar lo sobrenatural con la naturaleza, poner en armonía la fe con la razón, mejor dicho, traer la fe al servicio de la razón.

El fin de la religión, dijo Maimónides es conducirnos a la perfección y enseñarnos a obrar y a pensar conforme a la razón: en esto consiste el atributo distintivo de la naturaleza humana.

El hombre, añadía el judío cordobés, no debe regular sus acciones por la fe de la autoridad, pues tiene los ojos en la cara y no en las espaldas.

Ocho siglos hace, pues, que están plagiando a Maimónides todos los enemigos de lo supernatural, todos los partidarios del progreso indefinido, todos los idólatras de la razón.

Las doctrinas del filósofo rabino ocasionaron un cisma en las escuelas judaicas: díjose que el libro de Maimónides fortificaba las raíces de la religión, pero destruía las ramas. Los judíos del Mediodía de Francia llevaron al extremo las censuras y anatemas contra el novador; pero las doctrinas del novador prevalecieron: y desde el *Makor jayyim* (*Fuente de vida*), escrito por Gabirol en el siglo XI, siguiendo por las obras de Maimónides, Aben-Ezra, Aben Tybon, Abarbanel, Ioseph Albo, Schem-tób, Aboab, Cardoso, Orovio de Castro y otros innumerables rabinos que nacieron y escribieron y predicaron en España, en esta tierra tenida calumniosamente por clásica de la intolerancia, se descubre el camino que trajo la filosofía hasta dar en el *Tratado teológico político* y *Ethica* del ex judío Benito Spinoza. En el sistema de este filósofo, hijo de un judío portugués, empapado en las tradiciones judaicas, se halla un Dios sin voluntad, sin entendimiento, sin conciencia, sin personalidad distinta. Aquel Yhowáh de Abraham y de Isaac y de Jacob que obraba maravillas por el amor de su pueblo escogido; aquel Yhowáh, terrible en el castigo de Faraón, magnífico en las jornadas del desierto, legislador en el Sinay, el Dios de David y de Salomón se ha convertido en el cerebro de Spinoza en la abstracción por excelencia, en una absoluta indeterminación, en un ser infinitamente menor que el hombre, en una sombra, en nada.

Andando el tiempo, y progresando el error, el panteísmo cabalístico filosófico de Spinoza tomó carácter religioso; la razón, proclamada soberana, llamó impiamente a su tribunal cuanto hay de grande, de augusta, de inmutable; quiso alzarse sobre las verdades reveladas; quiso dominar la ciencia divina y humana; juzgar a Dios y a los hombres. He aquí una manifestación satánica de la soberbia.

A contar desde Leibnitz, que produjo en Alemania el movimiento idealista del siglo XVIII; pasando por Kant, que con su *Crítica de la razón pura* guiaba al escepticismo, y llegando a Fichte, que lo suprime todo, excepto el yo; y a Schelling, que hace de lo absoluto el término de la Filosofía; y a Hegel, que lo halla en la *idea*; sólo descubriremos evoluciones de la doctrina panteística; tristes esfuerzos por negar lo sobrenatural; empeño estéril de acomodarlo todo a los límites de la flaca razón humana; renovaciones, en fin, de los sistemas filosóficos de la escuela oriental en la Edad media.

La llamada exégesis racional que ahora constituye el encanto de los filósofos alemanes y de sus traductores franceses y españoles, es una doctrina cuya propiedad pertenece a los cabalistas judaicos de las academias de Córdoba y Toledo. Sería muy curiosa una obra histórico-crítica acerca de la filosofía moderna en sus relaciones con el espiritualismo de Avicebrón, Maimónides y Aben-Ezra.

Los judíos que hoy residen en Europa y participan del movimiento científico, se regocijan al ver *el paso atrás* que da la filosofía de los cristianos, y cooperan con todas sus fuerzas al triunfo de los sistemas racionalista y panteísta, que consideran como legítima herencia de sus antepasados. Quizá en esto no meditan, como fuera conveniente, los filósofos modernos; quizá cuando repiten las seductoras teorías del triunfo de la razón, y culto universal, y humanidad una y libre, no advierten que están hablando el lenguaje de los judíos dispersos por el mundo y condenados a perpetua expatriación.

Los judíos a su vez observan que la filosofía de los protestantes se acerca mucho a sus tradiciones filosóficas, y que las opiniones de gran número de católicos varían a merced de las novedades protestantes; es decir, los judíos ven imperar su filosofía en las escuelas que pretenden dar el impulso a la sociedad moderna: ¿contra quién, pues, habrán de reservar sus odios los judíos? Contra aquella porción sana y juiciosa del mundo católico que resiste a las impiedades de la evaporada ciencia cabalística, y lucha por los fueros de la fe sin menguar los legítimos fueros de la razón. Y como el Pontificado es hoy y ha sido siempre el centro, la representación genuina de esos principios que son los verdaderos en la ciencia y los salvadores en la sociedad, los judíos redoblan en esta época sus esfuerzos y sus ataques contra el Pontificado, ya sosteniendo las teorías más arriesgadas y disolventes, ya aprovechando en la vida práctica los hechos más sencillos, para convertirlos, como el suceso Mortara, en gran piedra de escándalo y en tema para una inmensa y aún no terminada gritería.

CAPITULO VIII

De la llamada escuela neo-católica

I

¿Qué se entiende por neo-catolicismo? Nadie ha dado, que sepamos, una definición seria y razonable. Se abusa de la palabra, y no se la explica; esto puede ser obra de la ignorancia, y puede también ser obra de la malicia. Esclareceremos el punto hasta donde nuestras fuerzas lo permitan.

No hay más que un catolicismo, no hay más que una verdad: el catolicismo, como verdad del cielo, no está sujeto a los períodos de muerte y renovación que son propios de las obras puramente humanas; neo-catolicismo tanto vale como catolicismo *nuevo*; y tratándose de la verdad absoluta, no hay novedad ni vejez: todo lo que no sea el catolicismo de siempre *quod semper, quod ubique, quod ab omnibus*, no es catolicismo. Acontece con frecuencia que los enemigos de una institución fuerte y respetable, para llevar a cabo su descrédito, y a ser posible su ruina, no la acometen de frente tal cual es, sino que la revisten de alguna circunstancia odiosa, la desfiguran a fin de que el ataque escandalice menos, pero destruya más. Los enemigos sistemáticos del poder real, jamás en sus diatribas usan de la palabra monarquía; prefieren siempre la de despotismo. ¿Podrá ser que a semejanza de los adversarios de la verdad monárquica, los adversarios de la verdad católica pretendan atacarla bajo el carácter y nombre de neo-catolicismo? Campo muy dilatado ofrece a la sospecha y al temor la saña con que combaten y denuestan una escuela que no se toman el trabajo de examinar; una escuela cuyas doctrinas no exponen y analizan; una escuela, en fin, de que sólo ven brotar hipócritas y malvados, a la manera que los antimonárquicos no conocen más soberanos en sus libros y en sus pláticas que Dionisios de Siracusa, Nerones de Roma y Pedros de Castilla.

La escuela neo-católica es una especie de fénix científico y político, de quien todo el mundo habla y que nadie en el mundo ha visto.

¿Nadie?... Oímos ya que nos preguntan de diversas partes. ¿Nadie ha visto la escuela neo-católica? ¿Nadie ha leído las obras de Maistre de Chateaubriand y de Donoso Cortés? ¿Nadie ha observado la marcha de ciertos políticos? ¿Nadie ha comprendido que sobre los preceptos y verdades de la religión hay quien desea fundar y organizar todo un sistema político? ¿Nadie ha parado mientes en la influencia que al clero dan algunos hombres, y en el empeño que muestran por enfervorizarse a toda hora y aparecer en puntos de autoridad más realistas que el rey, y en puntos de religión más papistas que el pontífice? ¿Y pensáis que esos hombres conforman sus obras con sus palabras, practican lo que predicán y adoran lo que ponderan? ¿Pensáis que su objeto es otro que halagar a la crédula multitud y vivir holgadamente a la sombra del árbol de la verdad que jamás cultivaron, y del que tal vez hicieron leña en épocas no remotas de su vida?...

Nada hay más fácil que satisfacer cumplidamente a estas abrumadoras interrogaciones.

Para asegurar que la escuela neo-católica consiste en un grupo de políticos que explota las verdades religiosas en pro de sus intereses puramente mundanos, es de previa e indispensable necesidad probar que esos hombres no sienten lo que dicen; probar que el que una vez erró, no puede volver al camino de la sana doctrina; probar, en fin, que la humanidad es tan mala y depravada, que sólo usa el lenguaje del bien para disfrazar y hacer simpática la repugnante figura del mal; y tal prueba es imposible, absurda y anticristiana; de donde lógicamente se desprende que la escuela neo-católica, según el vulgo nos la describe, tiene por exclusivo fundamento un pecado contra la caridad, un juicio precipitado y malévolos, un agravio al prójimo, a quien debemos amar como a nosotros mismos.

II

La ley de la caridad, la ley de la verdad, que son altísimas leyes de bienestar social, nos mandan creer a nuestros hermanos por lo que dicen; el día en que la palabra humana pierda su eficacia, habrán retrocedido las sociedades desde los últimos términos de la razón ilustrada por la fe, hasta los sombríos confines del instinto. El sistema de no creer la verdad a título de que no la cree el que la predica, es un sistema diabólico, por cuanto goza del privilegio, diabólico también, de no ser aplicado más que a las verdades religiosas. Digamos a un filósofo moderno que Kant no sentía lo que escribió; que Hegel profesa una doctrina diversa de la que en sus libros desenvuelve; que Voltaire amaba al pontificado en el secreto de su alma; que Volney era de labios adentro un perfectísimo creyente; ¿y qué nos responderán los filósofos modernos? Después de una serie de epigramas, nos recordarán quizá que *ex abundantia cordis os loquitur*. ¿Nos estará por ventura prohibido aplicar a nuestra vez esta máxima de la eterna sabiduría?

Queremos hacer al vulgo una concesión; queremos admitir que haya hombres en quienes la viveza de la fe no corresponda a la elocuencia de las palabras. No somos tan optimistas que neguemos en nuestro siglo y en nuestros días un vicio que es de todos los siglos y de

todas las épocas; la hipocresía. Desde el tético fariseísmo hasta el jansenismo astuto hay en la historia, no sólo individualidades, sino sectas enteras, que profesando en ciertas doctrinas un rigorismo intransigente, muestran en otras una deplorable laxitud; y a nadie que sepamos había ocurrido hasta ahora fundar toda una escuela sobre la base de un vicio, ya real y efectivo, ya simplemente creado por la calumnia. La verdad es siempre una, la enseñanza evangélica siempre es buena y pura, sean cuyos fueren los labios de donde brote, a la manera que el agua cristalina y limpia no altera su naturaleza y cualidades porque llegue a nosotros en caño de oro, o porque descienda de caño de barro.

Vengamos pues al terreno de la lógica rigurosa: ¿se trata de doctrinas, o se trata de personas? El llamado neo-catolicismo, ¿es o no el conjunto de verdades religiosas y morales que en todo tiempo ha profesado, defendido y predicado la Iglesia católica-apostólica-romana? Los llamados neo-católicos propalan doctrinas *nuevas en sí*, o nuevas solamente en *sus labios*? En una palabra, el neo-catolicismo ¿está en la predicación, o está en los predicadores?

No tenemos noticia de que en los libros ni en los escritos de todo género pertenecientes a filósofos y a políticos de los que el vulgo (siempre dispuesto a repetir las voces que no entiende) llama neo-católicos, se contenga ningún nuevo sistema religioso, ni se emitan otras verdades que las recibidas y acatadas por la Iglesia. ¿Por qué, pues, es *nuevo (neo)* ese catolicismo?

Es preciso hablar con franqueza, ir en busca de la verdad hasta descubrirla, y una vez descubierta, exponerla sin rodeos. Desde el momento en que sonó por primera vez el fatídico nombre de *neo-catolicismo*, comprendimos (y no fue ningún prodigio de perspicacia) que empezaba a descargar la tempestad formada por los negros vapores del error sobre la verdad católica. Desde luego nos ocurrió esta pregunta sencillísima: son católicos viejos los enemigos de los *neo-católicos*? Y una triste experiencia nos ha proporcionado el convencimiento de que, tratándose de ese partido imaginario, de esa escuela creado *ad hoc* por sus propios enemigos, no es lo de *neo* lo que se combate por ellos; es lo de *catolicismo* lo que excita sus iras y ocasiona sus ataques. Combatir el catolicismo crudamente, a sangre fría, era empresa arriesgada; que no llega a tal punto en España la negligencia de los gobernantes, ni la tolerancia de las leves; fue preciso disfrazar un poco la víctima para asegurar los golpes: imponer un nombre nuevo, y maltratar la idea antigua. ¿Qué otro objeto pudo tener la forzada creación de una escuela que debe la existencia al tenaz empeño de sus adversarios?

III

Si se nos dice que el neo-catolicismo es simplemente un partido político como tantos otros que han nacido, y crecido y muerto en el vasto campo de nuestras disensiones intestinas, todavía tendremos un grave cargo que hacer: el cargo de que se emplee un nombre augusto para un objeto baladí; el nombre de una doctrina universal, civilizadora, divina, para expresar una fracción de fracción, una parcialidad de las mil que combaten por los menguados intereses de la tierra, con las armas de la soberbia humana. El todo no puede ni debe confundirse con la parte; y el catolicismo es el magnífico todo, capaz de

abarcar y comprender en sí cuantos partidos políticos y formas de gobierno se funden en los principios eternos de autoridad, justicia y orden. El catolicismo es la vida, y vivifica a todo cuanto con él hace alianza.

IV

El llamado neo-catolicismo, ¿es, por ventura, en política el absolutismo? Así parece que lo entiende el vulgo de los hombres políticos; pero el vulgo rara vez tiene razón. Antiquísima es la forma de gobierno absoluto: desde Saúl hasta el actual emperador de Rusia medían algunos siglos y algunas monarquías absolutas; mil y ochocientos años hace que el catolicismo vive, y vive en perfecta armonía con monarquías y con repúblicas, con aristocracias y con oligarquías; diez y nueve siglos han tardado los hombres en averiguar que el catolicismo *nuevo* es ni más ni menos el absolutismo *antiguo*. La lógica se pierde en el camino de estas sutilezas, y retrocede entre indignada y rendida.

¿Tendrá algo el neo-catolicismo de aquella escuela tradicionalista, aniquiladora de la razón, escuela censurada por el Sumo Pontífice Gregorio XVI en una famosa encíclica? En nuestro juicio no debe ser eso el neo-catolicismo, porque multitud de escritores tenidos por neo-católicos hacen la debida justicia a la verdad teológica y filosófica, respetan el *rationabile obsequium* del Apóstol, y defienden la razón en su legítima esfera, considerándola como el precioso vestíbulo que da entrada al santuario de la fe.

¿El neo-catolicismo es por ventura el ultra-montanismo? En estos tiempos de borrasca científica en que salen a la superficie los sedimentos del fondo, han resucitado las antiguas contiendas de la llamada escuela ultramontana; pero con tan escasa oportunidad y con tan menguada fortuna, que apenas hay escritores verdaderamente graves que se ocupen en semejantes pequeñeces, relegadas como están a la pobre categoría de lugares comunes, muy buenos para canonistas principiantes, pero impropios ya de los razonadores sabios y prudentes.

El ultramontanismo y el regalismo se concebían sin dificultad en aquellas épocas de apogeo para la Iglesia, cuando por circunstancias del momento sus intereses chocaban en algo con los intereses del Estado; cuando la Iglesia representaba un poder magnífico; y por no estar bien determinados los límites entre el sacerdocio y el imperio, se originaban conflictos y se alegaban razones, y se defendían, en fin, con igual ardor los derechos de una y otra potestad; pero cuando todo ha desaparecido; cuando el poder material de la Iglesia ha dejado de existir; cuando después del Concilio de Trento, los concordatos celebrados entre la Santa Sede y los soberanos de Europa han puesto término a los antiguos conflictos; cuando las fronteras del sacerdocio y del imperio están perfectamente deslindadas; cuando la Iglesia por una serie de cesiones se ha despojado de gran parte de los elementos que antes constituían su fuerza física, ¿quién podrá hablar en serio de ultramontanismo y de regalismo? Solamente los exhumadores de muertas doctrinas, especie de arqueólogos del error, pueden confundir el ultramontanismo de aquellos tiempos de la universidad de Bolonia en que se debatía, digámoslo así, el derecho constituyente, con el llamado neo-catolicismo de estos tiempos en que el derecho está

constituido, en que ni la escuela ni el nombre tienen ya razón de ser. Hoy la ciencia debe reconocer y confesar que a este y al otro lado de los montes la verdad es verdad, la mentira es mentira, y la razón acaba por tener razón. Dad a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César: he aquí la santa y sabia máxima que conjura las tempestades producidas en el horizonte de la ciencia y de la sociedad por el choque de las ya disueltas escuelas ultramontana y regalista.

Aun en sus tiempos de mayor pujanza el ultramontanismo para nada se refería a las verdades esenciales del dogma católico, ni pretendía añadir verdad alguna: su campo era la disciplina, que era también el campo del regalismo, cuyos partidarios, por el hecho de ser regalistas, ciertamente no eran tenidos por anticatólicos. Si, pues, en la época en que estas escuelas gozaban vida propia y se disputaban la influencia en las aulas, a nadie ocurrió confirmar a una de ellas con el extraño nombre de neo-catolicismo, ¿cómo podrá probarse que hoy resucita aquella escuela con ese extraño nombre, hoy que cabalmente carece de objeto y de toda aplicación?

El llamado neo-catolicismo no pasa, pues, de ser como partido político una quimera, como escuela religiosa un absurdo. El neo-catolicismo es una, entidad moral que no es por sí, sino por cuanto quieren que sea los enemigos del catolicismo. El neo-catolicismo no habla; pero se habla del neo-catolicismo: la única prueba positiva que hay de que exista el llamado neo-catolicismo es la guerra sin tregua que bajo este nombre se hace a la verdad católica.

V

Estudiando atentamente el fenómeno de la gritería promovida con motivo de ese neo-catolicismo que nadie define, que nadie profesa, y nadie acepta, meditando sobre el origen que pueda tener ese partido, escuela, secta o como quiera llamarse, hemos obtenido las siguientes deducciones.

Ha habido un tiempo en España, tiempo no muy lejano de nosotros, en que dominando los vientos que produjeron en Francia la horrible tempestad de 1793, hízose de moda el no creer; moda añeja, de mal gusto, como que viniendo del otro lado de los Pirineos, tardaba en el viaje cuarenta años, plazo en el cual ya las ideas francesas habían sufrido dos o tres evoluciones. ¡Cosa rara! Cuando el catolicismo era proclamado en Francia como única escuela civilizadora; cuando al impulso de escritores como Chateaubriand se verificaba una reacción en pro de las verdades eternas y de las doctrinas de justicia y de orden, en España regía el modelo atrasado, e imperaba una especie de romanticismo de la impiedad, que bien a las claras demostraba el deplorable retroceso en que vivíamos. Y de tal manera gravitaba la tiranía de la moda sobre los hombres del siglo, que hasta los creyentes, faltos de valor y temerosos de pasar por oscurantistas, se disfrazaban de espíritus fuertes, y fingiendo no creer ni practicar hacían causa común con los declarados enemigos del catolicismo.

Duró esta pobre manía algunos años; y la moda empezó a pasar. Las complicaciones interiores y exteriores, el curso de los sucesos y de los tiempos, el gusto por el estudio de

las ciencias morales y políticas, el ejemplo de algunos grandes pensadores de Europa y sobre todo la fuerza misma de la verdad, hicieron imposible la continuación de una comedia en que la mitad de los actores no podían ya con el peso de su papel. Suscitáronse cuestiones; fue preciso hablar; fue preciso aparecer ante el mundo con la faz descubierta; afiliarse francamente bajo la bandera del catolicismo, combatido en muchas partes a nombre de la filosofía y de la política, o bajo la bandera de la emancipación religiosa, donde caben todos los errores y todos los absurdos.

Sucedió que muchos incrédulos por debilidad y por moda, pero creyentes en el fondo de su alma, tuvieron el necesario valor para romper con la moda, y alejarse de la farsa por tantos años sostenida. No empezaron entonces a creer; empezaron a confesar que habían creído siempre; empezaron a ser sinceros; y los no creyentes que vieron este cambio, sin poder explicárselo, que vieron desertar de sus filas a los campeones quizá más ilustres, gritaron: «*deserción, deserción*: he ahí los nuevos convertidos; he ahí los nuevos devotos; he ahí los neo-católicos».

Éste es a nuestros ojos el principio genuino, el verdadero origen del llamado neo-catolicismo. Claro está que por una parte el vulgo, y por otra el espíritu de partido que todo lo corrompe y envenena, han dado a aquella palabra una significación arbitraria y a todas luces inexacta, trayendo en mal hora un nombre venerando para descargar sobre él, con pretexto de la política, los golpes más rudos y escandalosos.

VI

Una observación para concluir: conocemos un neo-catolicismo, o más bien un neo-cristianismo, un catolicismo *sui generis*, contra el cual conviene estar prevenidos y avisados; Consiste esa especie de escuela en invocar a todas horas el Evangelio santo y propagar los errores más funestos; adorar a Jesucristo por cuanto humilde, por cuanto pobre, y hostilizar a su Iglesia y levantarse contra su Vicario sobre la tierra. Este catolicismo no debe en rigor llamarse *neo* o nuevo, porque es una secta antigua, tan antigua, que se remonta a los tiempos de Juliano. Entonces, como ahora, se decía que los clérigos nada tenían que ver con la sociedad; que los bienes debían quitarse a las Iglesias, para que así los ministros del altar se entregasen con mayor celo al cuidado espiritual de los fieles; entonces, como ahora, se invocaban las sublimes palabras: *Regnum meum non est de hoc mundo*, y dándoles una interpretación material y torcida, se anteponían como excusa a los atropellos más violentos, a las espoliaciones más crueles. Aquel mentido catolicismo, diabólicamente hipócrita, y otro catolicismo ditirámbico, que hay en la actualidad, a manera del canto engañoso de la sirena, se parecen mucho en sus palabras y en sus obras: no habría inconveniente en llamarle ahora *neo-catolicismo*, o mejor todavía, *pseudocatolicismo*. Verdaderamente no conocemos hipocresía más extraña, ni más funesto sistema contra la verdad, ni más horrenda enseñanza para la muchedumbre ineducada. «Hay una casta, dice el mismo Dios en el libro de los Proverbios, que se tiene por pura, y sin embargo no está lavada de manchas; una casta cuyos ojos son altivos y sus párpados alzados a lo alto.» Y en otro libro: «Hay quien se humilla maliciosamente, y sus entrañas están llenas de engaño.» No parece sino que para los espíritus soberbios de nuestra época escribió Isaías estas palabras: «Y dijo el Señor: porque este pueblo se me

acerca con su boca y con sus labios me honra; mas su corazón está lejos de mí; y me dieron culto, según mandatos y doctrinas de hombres.» San Pablo, en una de sus Epístolas, asegura que llegarán tiempos en que «apostatarán algunos de la fe, dando oídos a espíritus de error y a doctrinas de demonios, que con hipocresía hablarán mentira, y que tendrán cautivada su conciencia.»

Si no son estos los tiempos a que San Pablo se refería, convengamos en que los caracteres de la moderna propaganda anti-católica, en el seno del catolicismo, tienen muchos puntos de contacto con aquella predicción, pues pocas veces la soberbia ha logrado mayores triunfos, ni el error ha contado con tantos y tan ardorosos partidarios.

Si la llamada escuela neo-católica fuese el absolutismo, poco tendría que temer de ella la sociedad: el absolutismo es una doctrina política, y su esfera no se extiende a ciertos intereses vitales para los pueblos y para las familias. Si la llamada escuela neo-católica fuera el ultramontanismo, poco debiera importar; pues las cuestiones entre ultramontanos y regalistas quedan ya relegadas a las aulas de Derecho. Si la llamada escuela neo-católica fuese una entidad real y verdadera, poco podría influir, por cualquier lado que se la considerase, en los destinos de las sociedades modernas. No así la escuela *pseudo-cristiana*, que mira la religión como un *sistema apreciable*; que con las frases más dulces predica las negaciones más horrendas; secta de escribas y fariseos de quienes dijo San Mateo: «Sois semejantes a los sepulcros blanqueados, que parecen de fuera hermosos a los hombres, y dentro están llenos de huesos de muertos y de toda suciedad. Así también vosotros, de fuera os mostráis en verdad justos a los hombres; mas de dentro estáis llenos de iniquidad y de hipocresía.» Contra esta malhadada escuela, que es enemiga de toda autoridad, empezando por la de los hombres y concluyendo por la de Dios, han de encaminarse las ciencias morales y políticas para asegurar sobre la tierra el imperio de la verdad, de la bondad y de la belleza.

CAPITULO IX

La fe.- El dogma.- Las ciencias

I

He aquí un dilema cuya fuerza no intentará negar el audaz racionalismo de nuestros días: o el hombre nace, crece y muere en la tierra como una planta que piensa, y sin más relaciones ni más responsabilidad moral, sin más transcendencia que la de las otras plantas que no piensan, o el hombre tiene sobre la tierra un alto destino que cumplir, y sus acciones trascienden a otra esfera; más claro: o no hay en el hombre más que polvo que vuelve al polvo, o hay en el hombre *algo* impalpable, indestructible, inmortal; o brilla o no brilla en el alma, que ahora dicen los filósofos el *yo humano*, aquel *lumen vultus domini* cantado por el poeta de los siglos.

Si el hombre es tierra y nada más que tierra, que no lo divinicen los racionalistas; si en el hombre hay *algo* inmortal que lo asemeja con su Criador, ese *algo* ha menester de un alimento que no es el pan: *non in solo pane vivit homo*.

El alma humana ilustre desterrada que espera en el mundo el término de su peregrinación, no puede considerarse solitaria y aislada, sin comunicaciones con la patria de donde viene y por la cual suspira. La ciudad del mundo está muy lejos de la ciudad de Dios: la vista de los mortales ni alcanza a descubrir las maravillas eternas, el collado magnífico de la Santidad; pero el alma católica recibe un resplandor inexplicable; una ráfaga luminosa rasga el velo que oculta aquellas maravillas, y el alma se inunda en gozo purísimo, reconoce toda su grandeza: se realiza el misterio de la fe.

Dios en su infinita sabiduría, y en su bondad también infinita, hizo merced al género humano de ciertas verdades capitales, ya grabándolas en el corazón del hombre, ya dictándolas en sus santos Testamentos, ya comunicándolas por la tradición y por el infalible conducto de su Iglesia: las almas que yacen en tinieblas y en angustiosa soledad cerradas al resplandor de lo alto, no creen esas verdades, porque a esas verdades no alcanza la vista de la materia: ¡desdichados los que no ven sino con los ojos de la materia! Para las almas sin fe no hay creencias, no hay verdades, no hay dogma.

El hombre que dirige hacia arriba la vista y ve, tiene fe: el hombre que dirige la vista en derredor suyo y ve, tiene ciencia.

II

¿Es posible la ceguera absoluta del alma, la carencia completa de fe?

Es preciso volver al dilema propuesto: o hay o no hay inteligencia en el hombre: si no la hay, debe ser considerado el hombre como el rey destronado del mundo animal: el león le aventaja en fuerza, y el águila en ligereza. Admitida la inteligencia, hasta por el más obstinado escepticismo hay que admitir que la verdad constituye la perfección, el estado de reposo, el bienestar de la inteligencia: el error no existe por sí; no es algo positivo; como el frío es la ausencia del calórico, el error es la negación de la verdad; es un estado anormal de la inteligencia, es una verdadera desgracia moral; no puede, pues, el error ser alimento del alma; es por el contrario una enfermedad del alma causada por la falta del alimento sano de la verdad.

La duda ha de considerarse como otra gran desgracia del orden intelectual y moral. No puede concebirse nada más desconsolador que la duda: los que dudan por sistema no tienen como dice Lacordaire, ni la paz de la ignorancia, ni siquiera la paz del error: ven demasiado para no saber, y ven poco para conocer. La duda es una horrible angustia del alma. El pirronismo nos parecerá siempre un cuartel de inválidos de la religión y de la filosofía.

Volvamos a la verdad. Balmes la define diciendo que es la *realidad de las cosas*; pero esta definición, consignada en el primer capítulo de *El criterio*, no basta a nuestro

propósito. ¿Y qué se entiende por realidad de las cosas? Llegaríamos tal vez a una petición de principio si intentásemos analizar estas palabras.

La verdad no es solamente el mundo real y visible: la verdad es lo que es: y el *ser*, como dice un gran filósofo católico de nuestros días, es la unidad absoluta, eterna, infinita, pluralidad sin divisiones, océano sin playas, centro sin circunferencia: *ego sum qui sum*, escribió Dios en las páginas del Antiguo Testamento: *ego sum veritas* ha escrito en las del Testamento Nuevo. Dios es la verdad absoluta, la afirmación suprema; por eso pudo decir Donoso Cortés que posee la verdad política el que conoce las leyes a que están sujetos los gobiernos; posee la verdad social el que conoce las leyes a que están sujetas las sociedades humanas: conoce estas leyes el que conoce a Dios; conoce a Dios el que oye lo que Él afirma de sí y cree lo mismo que oye; y como la Teología es la ciencia que tiene por objeto estas afirmaciones, dedujo el ilustre pensador que toda afirmación relativa a la sociedad o al gobierno supone una afirmación relativa a Dios; o lo que es lo mismo, que toda verdad política o social se convierte forzosamente en una verdad teológica.

No creemos que hay necesidad de ir tan adelante en las deducciones para probar que en Dios está el centro de la verdad absoluta, centro del cual parten los rayos que hiriendo la inteligencia humana producen la luz, y merced a la luz el conocimiento de la verdad; y de verdad en verdad, las series de verdades que se llaman ciencias.

Preguntó Pilatos a Jesucristo diez y ocho siglos hace «¿*Quid est veritas?*» y sin esperar la respuesta salió de la estancia; todas las escuelas anticatólicas, señaladamente el racionalismo, están haciendo igual pregunta sin tener paciencia ni humildad para escuchar la respuesta. La multitud de libros que diariamente brota de las prensas extranjeras y aun de las nacionales; la ardiente y nunca terminada polémica filosófica y religiosa; la lucha del periodismo la inquietud de los gobiernos, la zozobra de las sociedades, ¿qué otra cosa son sino un grito desesperado del siglo XIX que pregunta a sus políticos y a sus filósofos, a sus literatos y a sus artistas, *quid est veritas*, decidme qué es la verdad, dónde está la verdad, yo necesito a toda costa conocer la verdad y seguirla, porque tanta mentira me ahoga, porque tanta duda me aniquila?

La agitación febril que domina los cerebros, la incertidumbre que por do quiera reina, ocasionan un movimiento científico en la generación actual, pero movimiento raro, anómalo, parecido al de un reloj descompuesto que adelanta y atrasa sin obedecer a la ley mecánica a que el artífice lo sujetó. Los hombres de hoy apenas tienen tiempo para pensar, porque lo necesitan todo para escribir; mejor dicho, hoy pensamos escribiendo, y así la mayor parte de los libros que salen a luz parecen borradores inconexos de verdades y de mentiras, de aciertos y desaciertos, y a veces de bellezas y de absurdos: puede asegurarse que hoy el mundo científico va y vuelve, corre y se fatiga, anda y desanda, no como quien busca un término fijo y codiciado, sino como quien busca algo que ha perdido y no encuentra: lo que busca el mundo científico es precisamente la verdad: y no ha de encontrarla ínterin no traiga en su auxilio la luz esplendorosa de la fe.

-No imaginamos nosotros, como algunos escritores demasiado téticos, que la fe está perdida en la generación actual; creemos más bien que la fe está amortiguada; despertarla, es la principal empresa del filósofo católico. Mejor que llorar sin consuelo sobre las ruinas de la fe, como Jeremías sobre las ruinas de la ciudad santa, es combatir por la causa de la verdad, que no está perdida, sino maltratada, como los Macabeos por la independencia y gloria de Israel.

El que dijere «yo no tengo fe, ni quiero tenerla, yo no creo ni quiero creer», miente, se engaña a sí mismo: esos desdichados que niegan a Dios y se ríen del dogma, son capaces de creer a una gitana aventurera, o de tomar en serio una historia de duendes y de vestiglos. No hay un solo mortal que no crea, dado que esté en el pleno goce de las potencias del alma; no hay, pues, necesidad de *formar*, sino de *reformular* el instinto de credulidad: no hay que infundirlo; hay que educarlo; hay que encaminarlo al bien; hay que nutrir las inteligencias con el alimento de la verdad.

Dios no niega la inteligencia a los malvados: hay hombres que se resisten a creer las verdades dogmáticas, el orden sobrenatural de la religión, y que sin embargo hacen descubrimientos en las ciencias humanas, y brillan en ellos con singular fortuna; cierto. No puede darse un mayor enemigo de Dios que Satanás; y Satanás sabe: su ciencia es de perdición, de tinieblas; pero sabe: así muchos mortales que militan bajo las banderas de ese rey de las tinieblas adelantan maravillosamente en las ciencias, y fascinan a la multitud con el doloroso ejemplo de cómo pueden ser compatibles con el marasmo de la fe los vuelos de la inteligencia. Probaremos a explicar este fenómeno.

Es preciso distinguir entre el hombre de *ciencia* y el hombre *sabio*: el cerebro de un hombre sin fe católica puede ser un gran depósito de ciencia: la facultad de aprender es independiente de la obligación de creer; pero la idea de *sabio* lleva consigo la idea de un conocimiento perfecto, la *continencia* del espíritu en los justos límites de la razón ilustrada por la luz de lo alto, la humildad de corazón, la rectitud en el juicio y la firmeza en la verdad. «*En alma malévola no entrará la sabiduría*», ha dicho el mismo Dios; y no ha dicho «*no entrará la ciencia*».

Pero los hombres de ciencia que hacen alardes de escepticismo o de ateísmo, ¿deberán ser creídos en este punto bajo su palabra? El vulgo nos presentará tal vez esta objeción: «yo conozco muchos filósofos que no admiten la revelación, ni la autoridad de la Iglesia, ni la eternidad de las penas, y pasan por grandes filósofos, y escriben obras, y el mundo los acata por su talento: yo conozco físicos y matemáticos que no se cuidan de la Trinidad ni hacen vida de católicos, y sin embargo inventan muy buenas máquinas y construyen ferrocarriles admirables: yo conozco por último banqueros y hacendistas que no creen en más vida que la presente, y aun en ésta creen con ciertas restricciones, y sin embargo hacen habilísimos cálculos y muy diestras jugadas que les proporcionan cuantiosos resultados». ¿No es verdad que dice esto el vulgo todos los días y a todas horas? Procuraremos contestar.

No es cierto que no crean *absolutamente en nada*, ni esos filósofos, ni esos físicos, ni esos banqueros. El filósofo, o no filosofa, o admite por necesidad algunas verdades; la

negación no puede servirle para establecer la razón de las cosas: creará siquiera en el *yo* humano; siquiera aceptará el *cogito ergo sum*: el físico, claro está que tiene que fundar sus descubrimientos sobre las inmutables leyes de la naturaleza: el banquero no ha de aventurar sus capitales sin conocer el camino que llevan y el término a que pueden llegar: es decir, que aun tratándose de incrédulos, el filósofo cree en la supremacía del *yo*; el físico cree en las leyes de los cuerpos; el banquero cree en las ventajas del negocio: resulta, pues, que creen todos y todavía resulta más: que tienen todos fe; el filósofo racionalista, en la razón humana; el físico materialista, en la materia; el banquero, en la operación. Y no es una fe tibia y endeble, sino ardiente y vigorosa; y porque el filósofo y el físico y el banquero emplean toda su fe en el respectivo objeto mencionado, y porque destierran de su cabeza y de su corazón toda idea y todo afecto que no halague sus instintos, y porque se adoran a sí mismos adorando sus propias obras, y esta adoración les basta, por eso cabalmente aparentan negar verdades que no han considerado, y rechazar doctrinas que les parecen aborrecibles, porque están en un lenguaje que no comprenden, y señalan un punto adonde no alcanza su alma, aplanada bajo el poder de los sentidos y presa en el estrecho recinto de la materia.

Saber (*scire*) es adquirir conocimientos, acumular doctrinas: ser verdadero sabio (*sapere ad sobrietatem*) es ordenar las doctrinas, regularizar los conocimientos, y encaminar unos y otras al fin más saludable y fecundo: la ciencia enorgullece (*sciencia inflat*), y es soberbia y audaz; la sabiduría vivifica, y es humilde y sencilla, como que tiene por principio el temor de Dios (*initium sapientiae timor Domini*). Así, pues, indudablemente hay ciencia en los tres tipos que hemos presentado como objeción del vulgo: los tres saben: el filósofo hacer sofismas, el físico hacer máquinas, el banquero hacer riquezas; pero esta *ciencia* está muy lejos de ser *sabiduría*. En todos tiempos ha reconocido la Iglesia católica las radicales diferencias entre los sabios según la carne y los sabios según el espíritu, entre la falsa ciencia que conduce a los hombres al desvanecimiento, y a veces a la desesperación, y la verdadera sabiduría que les proporciona las delectaciones más puras y es fuente perenne de consuelos. El Apóstol Santiago, en su Epístola III, distingue la sabiduría que, no viene de lo alto y es terrena, material y diabólica, de aquella otra sabiduría que de arriba procede y es ante todo púdica, y amiga de la paz, modesta, equitativa, susceptible de todo bien, llena de misericordia y fecunda en frutos de obras buenas.

IV

Se ha dicho, y con exactitud, que el principio de la razón humana es un axioma; y que el *más allá* que columbra la razón humana, aquel espacio inmenso que, cae al otro lado de las fronteras de la inteligencia, es un misterio: ahora bien; ni el axioma se demuestra, porque no ha menester demostración, ni se demuestra el misterio, porque su naturaleza es la de ser indemostrable: divaga, pues, el racionalismo entre un axioma y un misterio, sin rumbo fijo, sin principio generador: «dadme una palanca y un punto de apoyo y moveré el universo», cuentan que dijo Arquímedes: ínterin el filósofo no tenía palanca y punto de apoyo, no intente mover el mundo de las ideas: el punto de apoyo que pedía el gran matemático debía estar colocado por necesidad fuera del universo; el punto de apoyo de que ha menester el filósofo, por precisión tiene que estar fuera y a distancia de su propia

razón. El filósofo analiza, examina y explica, y sube de verdad en verdad hasta llegar a un término del cual no puede pasar, ni más ni menos que el aeronauta que se eleva en el espacio hasta tocar en capas de aire que sus pulmones no pueden respirar; cuando esto sucede, el aeronauta abre la válvula y desciende en busca de mejor atmósfera; el filósofo, que es a su vez un intrépido aeronauta del pensamiento, cuando llega a esas alturas en que la razón no respira bien, en vez de bajar, forcejea y lucha, y por más que hace no puede penetrar en la región de las verdades primeras: no quiere convencerse de que si las verdades primeras fueran demostrables dejarían de ser primeras porque supondrían otras anteriores que sirviesen a su comprobación: termina, pues, el axioma, y comienza el misterio. Un cuerpo abandonado en el espacio cae irremisiblemente buscando el centro de la tierra: la Física llama a este fenómeno ley de la gravedad. ¿Y cómo se explica la gravedad? Se explica por la ley de atracción de los cuerpos. ¿Y cómo se explica la ley de atracción de los cuerpos? No se explica, es un misterio: el Legislador dio al mundo la ley, pero en sus designios inescrutables se reservó la razón de la ley: es un decreto sin preámbulo.

Digan cuanto quieran los materialistas, no es posible que el alma humana prescinda del misterio: no sostendremos que en el alma humana haya una facultad *ad hoc*, que llaman algunos pensadores la facultad del misterio; pero si sostendremos que allí donde acaba la razón, no acaban las aspiraciones del alma, y estas aspiraciones del alma que se mueve hacia una esfera, que está más alta que la esfera en que la razón se agita, esta propensión al misterio, esta creencia intuitiva en algo que la razón no alcanza, constituyen un importante fenómeno psicológico que puede estudiarse en todas las épocas de la historia de la humanidad.

V

Dios, autor sapientísimo de todas las cosas, no se ha dignado comunicarlas todas al hombre; dotándolo liberalmente con los medios de conocer, con las facultades preciosas de aprender y agrandar la órbita de sus conocimientos, ha querido sin embargo que en la tierra tenga límite esa concesión, y ha dicho a la inteligencia humana, como al Océano: «*de aquí no pasarás*»; y a la manera que el Océano se agita, se alborota, levanta montañas gigantescas de olas, y produce espantosas tempestades, así la inteligencia de los soberbios, al tocar el confín señalado por el dedo de Dios, se revuelve, se agita, blasfema, niega y se desespera; mas ni el Océano con sus tempestades rebasa el límite trazado, ni el orgullo con sus locuras logra arrollar el misterioso velo de lo infinito: ese velo no se levanta para el alma ínterin está presa en la cárcel de la materia; el día en que, como dice con soberana belleza el Eclesiastés, rompa la cuerda de plata y se suelte la venda de oro, y se corra la garrucha al pozo y llegue el hombre a la casa de su paradero desde este valle donde todo es vanidad de vanidades y aflicción de espíritu, aquel día será el de la grande claridad para el alma justa, que todo lo verá como es en sí, y descubrirá el primer principio de las cosas, y bañada en los resplandores de la santidad, gozará con goce infinito y se alegrará con alegría inextinguible.

Si consultamos las falsas religiones de la antigüedad, si fijamos la vista en la India, en la Persia, en Egipto, en la misma Grecia, tenida por cuna de las ciencias y emporio de toda

una civilización, hallamos una espesa niebla de misterios que casi toca la superficie de la tierra, y envuelve en obscuridad todas las inteligencias y rodea de tribulación todos los espíritus. Estaba reservado a la verdad católica, sol esplendoroso del orden intelectual y moral, alzar aquellas nieblas, purificar la atmósfera y traer luz a las inteligencias y calma a los corazones. El catolicismo tiene, pues, sus misterios, pero los tiene altos; altos como las nubes que se pierden en la inmensidad de los cielos, no bajos como las nieblas que prolongan indefinidamente el reinado de la noche. Todo lo que el misterio se ha remontado por obra del catolicismo, otro tanto ha ganado de espacio la inteligencia, otro tanto se han extendido los límites de la humana razón. En las remotas edades los misterios más ridículos gravitaban sobre las cabezas; diez y nueve siglos hace que el dogma augusto preside desde lo más alto y envía raudales de luz sobre, las inteligencias que se humillan y creen, como que es astro que ilumina los magníficos y dilatados horizontes de la ciencia verdadera.

Mucho supieron Aristóteles y Platón; grandes principios sentaron; su genio los condujo a transcendentales descubrimientos psicológicos e ideológicos: resumamos en ellos toda la filosofía de la culta Grecia, toda la filosofía del mundo antiguo. ¿En qué consiste que las obras de Aristóteles y Platón no valen tanto como el diminuto catecismo del P. Ripalda, y valen infinitamente menos que la primera página del Evangelio de San Juan? Consiste en que las obras de los grandes filósofos griegos se levantan penosamente sobre el nivel de la tierra, el sólo espacio que deja claro la niebla de los falsos misterios, mientras la gran filosofía católica se remonta con las alas de la fe hasta las alturas donde irradia el foco de las verdades; consiste en que aquellos genios de la antigüedad carecían de conocimientos que sólo el catolicismo ha traído para dicha de los pueblos y para base de las ciencias, señaladamente de las políticas y morales. La idea del pecado y de la rehabilitación, de la enfermedad del alma humana y de los medios de evitar sus estragos: la noción de la gracia y de la Providencia, de la igualdad ante Dios, de la autoridad, de la obediencia, de los premios y de los castigos, del origen y destino del hombre, y por tanto, del origen y destino de las sociedades, son puntos luminosos en el campo de la ciencia: prescindamos de ellos, y la ciencia se convierte en caos; y si andando a tientas por el negro laberinto se da por acaso con alguna verdad, tendremos a Platón escribiendo de la unidad de Dios y de la inmortalidad del alma; es decir, tendremos al más grande de los filósofos deletreando trabajosamente, el rótulo de un libro que lee de corrido y aun sabe de memoria el más pequeño de los católicos.

VI

Muchos dicen: «yo creo en las celestiales máximas del Evangelio: me encanta aquella pureza, aquella ternura, aquella santidad en los consejos y en los preceptos: creo que el mundo sería feliz si cumpliera exactamente las saludables prescripciones evangélicas: creo que el libro de la moral católica es el gran libro de Política; pero, ¿qué necesidad hay de creer en los dogmas torturando la razón, y obligándola a que acepte lo que no alcanza, y a que asienta con lo que no comprende?» ¡Infelices! Cuando discurren de este modo, quieren engañarse a sí propios; quieren acallar el grito del alma que pide luz y verdad; no advierten que admitir y alabar la moral católica y negar la fe católica, es un contrasentido manifiesto. Supongamos un jardín labrado con exquisito esmero; crecen en él los árboles

cargados de ricos frutos; embalsaman su ambiente las flores más delicadas; todo es allí belleza: las fuentes que surgen formando vistosos juegos; las cascadas artificiales que roban a las naturales su imponente majestad; las sombrías enramadas donde anidan millares de avechillas; todo es allí poético, todo es admirable. Un hombre que de repente se encontrara en tan delicioso lugar, aun cuando en él no oyera más ruido que el de las fuentes, ni viera otros seres vivos que los tiernos habitantes de la enramada, imaginaría, creería, afirmaría que aquellos portentos no eran fruto de la casualidad; que aquellas estatuas de alabastro no habían brotado del seno de la tierra; que aquellos jeroglíficos, formados en el suelo con flores de mil matices; que aquellos tazones de mármol, de donde se precipita el espumoso torrente de las cascadas, obra eran de la inteligencia, y acaso obra maestra de muy renombrado artista. Prescindamos del artista, y la obra no existe; ni los árboles crecen por naturaleza en líneas, paralelas y abriendo calles, ni las flores de los prados formando medallones o caprichosos dibujos, ni las fuentes de la montaña recogen su caudal en vasos tallados, ni lo vierten por caños de plata. Ahora bien: creer en la hermosura de ese jardín porque se la ve, y no creer en la existencia del jardinero porque no se le ve, sería un absurdo; pues un absurdo parecido es creer en la belleza de la moral católica porque se la ve y se la palpa, y no creer en la verdad de los dogmas porque esa verdad no puede ser vista ni palpada. Sin el artista no existirían los primores del jardín; sin los dogmas no existirían las grandezas de la moral.

La moral católica es lo bueno, es lo óptimo; es lo bueno y lo óptimo, porque en efecto lo es en sí; porque es conforme a la verdad eterna, a la justicia eterna, a las leyes inmutables del bien; dicen perfectamente los que esto dicen; mas si con esto quieren de mostrar que esa moral puede ser considerada con independencia del dogma se equivocan; y de que se equivocan, ponemos por testigos a los cuarenta siglos que precedieron a la era cristiana. Son conformes a la verdad eterna, a la justicia eterna, y a las leyes inmutables del bien, el amor al prójimo, la obediencia a los poderes constituidos, el perdón de los agravios, la piedad con el débil, la fraternidad, en fin, de todos los hijos de Adán; y sin embargo estas nociones tan sencillas no fueron conocidas del mundo antiguo; y no fueron conocidas ni aun de los mayores filósofos: los siete sabios de Grecia no las sospecharon siquiera hasta que la verdad católica brilló; hasta que el Dios Hombre, nacido en la pobreza de un establo, y los humildes pescadores del mar de Galilea predicaron y enseñaron, y renovaron la faz de la tierra, cuarenta siglos habían corrido; y las gentes, a excepción de la hebrea, tinieblas y sólo tinieblas habían palpado. Pueblos que tenían poetas como Homero, y filósofos como Aristóteles, creían en la diferencia de libres y esclavos por naturaleza. El imperio romano, síntesis de todas las grandezas y de todas las miserias de cuarenta siglos, rebajó la dignidad del hombre a la condición de cosa; y a los rebaños de ganado mayor y ganado menor que habían constituido la riqueza de los antiguos patriarcas, añadió los rebaños de siervos, objeto infortunado de todas las ferocidades y de todas las execraciones.

Cuando llegó el reinado de la fe, cuando el dogma brilló y la luz se hizo, y las tinieblas se ahuyentaron, la moral comenzó a arraigarse, a vigorizarse, a dar al género humano el fruto sabroso de la justicia y la sombra bienhechora de la paz. Cuando el hijo fue enviado por el Padre que está en los cielos, bautizó en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero; cuando el Hijo nacido de

madre virgen espiró en la cruz con muerte afrentosa, y bajó al seno de Abraham, y resucitó, y se transfiguró, consumada ya la obra de la redención y asegurada en la tierra la perpetuidad de su Iglesia en la cabeza de Pedro, empezó el mundo a creer; y cuando el mundo empezó a creer en esos misterios adorables, fue cuando empezó a cumplir los preceptos y consejos en que estriban el bienestar social y la ventura eterna. Los mismos labios inerrables que dijeron: «*amaos*», dijeron «*creed*». No hay mejor manera de creer en AQUEL que nos manda, que obrar fielmente lo que nos manda; por eso viene a ser la moral *fe práctica*: por eso la fe sin obras es *fe muerta*: por eso la moral católica no puede ser considerada con independencia de la fe; por eso los que, dicen: «yo admiro, yo venero la moral evangélica, pero no puedo vencer a mi razón a que crea en lo que no comprende», no saben lo que dicen ni conocen quizá el valor de los términos que emplean. ¿Quién les ha dicho que su razón lo debe alcanzar todo? Hubiérase predicado en Grecia en los tiempos de mayor desarrollo científico la igualdad de condiciones; hubiérase dicho en la corte de los Césares, que el alma de Augusto era igual a la del último esclavo de los destinados al circo, y nadie hubiera comprendido tal lenguaje, y la razón de aquellos filósofos que yacía en tinieblas y en sombras de muerte se hubiera rebelado contra doctrina semejante.

El hombre piensa y siente y obra a lo hombre: Dios piensa y siente y obra como Dios. ¿Quién le ha dicho al hombre, finito, enfermo, imperfecto y terrenal, que debe comprender el lenguaje de la inteligencia infinita, de la sabiduría eterna, la ciencia del cielo? Creer en la moral católica y no creer en los dogmas, es creer en la luz y en el calor y no creer en el sol; creer en los arroyos y no creer en las fuentes; creer en el fruto y no creer en el árbol y no creer en las raíces que están ocultas, y por las cuales el tronco y las ramas se nutren y se vigorizan. Exigir en el cristianismo, dice un gran filósofo moderno, una penetración en sus dogmas que se extienda más allá de la esfera de su actividad moral, sería admitir que su Autor obró como los hombres, que nunca pueden todo lo que quieren ni realizan todo lo que conciben. Pero si el cristianismo se resiste a esta asimilación; si por un carácter que le es propio nada tiene en sus dogmas que no esté enlazado con su moral; y siguiendo el radio de su actividad se ve que se extiende tanto como el de su concepción y que ésta no se desenvuelve sino en estrecha relación con aquella, y que, en una palabra, estas dos están perfectamente adecuadas, debemos convenir en que su obra, es divina, y que solo por una ilusión de nuestra miseria y vanidad vacilamos en reconocerlo.

VII

En los negocios humanos, sea cualquiera su naturaleza, el primer requisito que ha de buscarse y atenderse, es la *buena fe*. He aquí una especie de axioma que el vulgo repite y que encierra un tesoro de recta y saludable filosofía. La ciencia, que es uno de los negocios humanos más trascendentales, también necesita *buena fe*. Quizá en esto no se ha pensado con el debido detenimiento: quizá se atribuye a otras causas más remotas lo que es simplemente obra de la mala fe científica. Uno de los más terribles castigos que Dios puede enviar sobre los pueblos que quiere perder, es una invasión de sabios de mala fe; peores mil veces que los ignorantes, convierten la ciencia en arma de iniquidad: en sus personas ofuscadas por la soberbia, la ciencia se maltrata a sí propia, se suicida; muerta la

ciencia para el bien, pronto se torna en corrupción y hediondez, en polvo y en miseria. Hay multitud de sabios según la carne, que no son sino sepulcros blanqueados donde se encierran las cenizas de una ciencia criminal, criminal como los suicidas. Esos sabios sin fe, enemigos formidables de la humanidad, son quizá ministros de la eterna justicia, como lo fueron un tiempo los tiranos; como lo son en todos los siglos el rayo y las inundaciones, la enfermedad y la muerte.

CAPITULO X

Progreso científico

I

Axiomas: tanto como el hombre se aparta de la verdad, tanto menos científico se hace. Tanto como el hombre se aparta de la fe, otro tanto se aleja de la verdad.

El hombre de ciencia necesita creer: los soberbios que no creen en Dios, creen en los otros hombres; los escépticos que no creen en Dios ni en los otros hombres, creen en sí mismos. La creencia en si propio encierra el espíritu en un círculo de hierro, donde todo es oscuridad y confusión; la creencia ciega en los demás hombres, encadena el espíritu y lo reduce a la triste condición de un cautivo sin rescate; la creencia en Dios y en las verdades católicas abre a los ojos del espíritu horizontes magníficos, los magníficos horizontes de la ciencia.

No puede asegurarse que la razón humana busca fatal y necesariamente el error: no es cierto, por fortuna, que entre la razón humana y la verdad hay un odio invencible; tanto valdría proclamar el imperio de Satanás. En castigo del pecado, la mente humana quedó, herida y enferma en sus dones naturales, pero no muerta, ni ciega, ni postrada de todo punto para el bien: esta mente enferma y mal herida, envenenada desde el principio del mundo con el fruto del árbol de la ciencia, se vivifica con los auxilios de la gracia, se vigoriza con el calor de las eternas verdades, y en sus horas de lucidez produce maravillas como la *Ciudad de Dios*, y la *Suma teológica*, y el libro *De la imitación de Cristo*.

Es preciso huir de todas las exageraciones: más meritorio que clamar contra la razón humana y protestar contra ella como principio de todo mal y raíz de toda desgracia, es consagrarse al mejoramiento de la razón, a educar las inteligencias para la verdad y los corazones para el bien dentro de las vías católicas, únicas que conducen a término seguro y venturoso. Es preciso no aborrecer a la humanidad con ese aborrecimiento sañudo que muestran algunos intransigentes tradicionalistas: el hombre sigue siendo imagen y semejanza del Criador. Verdad es que el hombre desobedeció primero a su Dios, y luego lo desconoció, y por último lo crucificó; pero grande es el amor de Dios hacia el hombre cuando, para borrar tamaños crímenes y rescatarlo del poder del infierno, tomó naturaleza humana el poderoso Señor de los cielos y de todo lo criado; y bajó a la tierra a satisfacer

a la justicia infinita, con satisfacción también infinita; y consumó en cruz afrentosa el misterio de los siglos.

No es lo mismo aborrecer a la humanidad que aborrecer los errores de la humanidad: lo primero es un desvarío funesto; lo segundo es una consecuencia necesaria de premisas rigurosamente lógicas. La verdad no puede amalgamarse con el error; entre la verdad y el error hay un antagonismo profundo, una repugnancia invencible. Aborrezcamos el error con aquel santo aborrecimiento que tiene el bien al mal, el orden a la confusión, la luz a las tinieblas, lo justo a lo inicuo, lo bello a lo deforme.

II

La razón humana es desde el principio del mundo víctima de una enfermedad horrible. Quiere volar y no puede, porque un peso tenaz oprime sus alas: quiere penetrar con la vista en la región de lo infinito y no puede, porque una nube densa se interpone. Cuando los primeros padres, felices e inocentes, gozaban las delicias del Paraíso, el espíritu tentador disparó un tiro mortal a la cabeza de la mujer, y la mujer y el hombre sintieron sus estragos; no les dijo «*seréis más ricos, ni seréis más bellos, ni seréis más poderosos*»: les dijo: «seréis como Dios, conocedores del bien y el mal». No era, pues, la riqueza, ni la hermosura, ni el poder, el veneno que había de inficionar al humano linaje desde la primera hasta las últimas generaciones; era el deseo inmoderado de saber; era la insensata aspiración a igualarse con la Divinidad omnisciente. La soberbia que en el cielo había producido la primera rebelión, ocasionó en la tierra la primera y perdurable catástrofe.

La razón humana, ávida de saber, inquiera y sabe; atesora noticias, y las reduce a sistema: aprende ideas, y las ordena: pretende establecer principios, y los establece: se empeña en deducir consecuencias, y las deduce; pero busca dentro de sí el fundamento de los primeros principios; pero registra en su *yo* el secreto de las verdades primitivas, y se afana inútilmente; y el espíritu tentador que la acecha como en el Paraíso a la primera madre, le dice astutamente: «¿Conque no te es dado penetrar en los misterios de la ciencia?» Y a poco le añade: «no tengas miedo: tú eres hecha a imagen de Dios, y tu alcance es infinito como el de Dios; lo que tú no comprendas, es absurdo en sí: niégalo». Y la pobre razón humana, seducida por el demonio invisible, orgullo, como Eva por el demonio visible, serpiente, primero busca, y luego vacila, y por último niega: extraviada en el camino de las abstracciones, buscando a Dios y sin encontrar a Dios, o se diviniza a sí propia, o diviniza todo cuanto ven los ojos de la materia. El racionalismo y el panteísmo son dos hijos gemelos del orgullo humano, nacidos, no ayer, no en el cerebro de Hegel ni en el de Spinoza, sino en fechas muy remotas: son dos niños muy viejos a quienes no deja crecer ni prosperar el vicio original que llevan en su sangre.

En épocas determinadas, y una de ellas es la actual, esos niños seculares se muestran más impacientes, más afanosos; parece que recobran nueva vida y que adquieren más vigor, son alegrías del momento; fosforescencias de la juventud. Hoy Alemania difunde con particular amor esos sistemas; Francia los copia, y el resto de Europa los acoge. Veamos lo que hay en esto de grave y de transcendental.

Verdaderamente es una gran ciencia la filosofía de la historia; si se estudiara con imparcial criterio y ánimo sereno esa gran ciencia, sufriría golpes de muerte el imperio del error. Ella nos dice que en varias ocasiones se ha levantado en medio de la humanidad un espíritu de examen y de análisis, una especie de desasosiego intelectual, una inquietud científica que ha conducido a los hombres a grandes alturas, pero también grandes abismos. Es de notar que cuantas veces se ha despertado con estrépito y arranques desacostumbrados el espíritu de análisis, ha escogido como objeto predilecto las verdades católicas, que son a la vez principios fundamentales de la sociedad; es decir, cuantas veces el espíritu humano, inspirado por la soberbia, especialmente en estos últimos siglos, ha querido pasar revista a los ejércitos que combaten en los dilatados campos del error, y a los que defienden los caminos de la verdad, siempre ha sido para alentar a los primeros, y para predicar la deserción a los segundos. El espíritu de soberbia, constituido en tribunal por su propia autoridad, se ha complacido en desglosar y, en rebatir, y en rasgar el libro de las verdades, no el libro de los errores: los siglos todos de las grandes herejías dan testimonio en pro de esta opinión. Cuando se habla de libre examen y se proclama la excelencia del análisis en todas las esferas, la filosofía católica debe vestirse de medio luto; en cambio no hay absurdo filosófico que no pueda deba vestir de gala.

No somos enemigos del análisis, pues tanto valdría ser enemigos de la ciencia; pero lo queremos razonable, contenido en sus justos límites; lo queremos como recurso de la verdad, no como recurso contra la verdad.

Hoy pasa el espíritu humano por uno de los vértigos más tremendos de que puede dar cuenta la historia de las edades. Según dice el vulgo de los sabios, la ciencia se ha secularizado. ¿Qué significa esta secularización de la ciencia? ¿Significa acaso que la ciencia era antes patrimonio del clero, y es ahora patrimonio de los seglares? ¿Significa que la ciencia, vinculada antes en pocos, se ha repartido ahora en la multitud por un fenómeno que pudiéramos llamar de desamortización científica? No es fácil adivinar el alcance y transcendencia de aquella frase tan usada por el vulgo de los sabios: una cosa puede asegurarse, y es, que desde el momento en que la ciencia se torna seglar, deja de ser sacerdocio y cuando la ciencia deja de ser un sacerdocio, empieza a ser un azote.

III

La ciencia se difunde, se propaga, penetra en todas las clases, llega a casi todas las inteligencias. La maravillosa facilidad de las comunicaciones entre las gentes por medio de las vías férreas, y entre las ideas por medio de la imprenta, contribuye a hacer más rápido y activo el comercio científico; esto es verdad. Centenares de libros salen a luz cada año; no parece sino que todo el que sabe leer está obligado a demostrar que sabe también escribir; y a tal punto crece el número de autores de libros que, pues hacer libros tanto vale como erigirse en maestro de la multitud, es ya el número de los maestros inmensamente mayor que el de los discípulos. Nuestros mayores pasaban el primer tercio de su vida aprendiendo en las escuelas; el segundo tercio estudiando en su retiro; y allá en los últimos años, cuando las ideas germinaban y se multiplicaban en su cabeza, coronada con la doble corona de la sabiduría y de las canas, se atrevían a consignar y publicar el fruto de sus desvelos. Hoy acontece todo lo contrario: el estudio de las aulas es ligero; el

estudio privado es, por lo común, frívolo; el ansia de escribir no admite espera: consecuencia de escribir mucho es que haya mucho que leer; consecuencia de leer mucho es que no quede tiempo para meditar; consecuencia del no meditar es casi siempre el escribir: y he aquí como el inmoderado escribir de nuestros días es a la vez causa y efecto de un mal que ofrece síntomas alarmantes. Un gran orador contemporáneo pregunta: ¿qué hubiera sido necesario a muchos autores para hacer un libro menos? Y responde: saber una verdad más: y muchos siglos antes que este orador insigne, había escrito Séneca esta admirable sentencia: *puto multos ad sapientiam potuisse pervenire, nisi se jam crederent pervenisse*.

La ciencia se generaliza; es decir, todos ponen sus manos en la ciencia; todos queremos saber algo de todo; y querer saber algo de todo es, como dijo Pascal, no saber el todo de nada.

La superficialidad científica de que necesariamente ha de resentirse una generación que vive al vapor y que apenas tiene tiempo de desflorar los ramos más frondosos del saber humano, trae por consecuencia, tratándose de la filosofía en sus vastas aplicaciones, los errores más crasos, y por tanto el retroceso más desdichado.

A la fuerza centrífuga del orgullo, ahora como nunca excitado, ha de oponerse la fuerza centrípeta de la ciencia, sólidamente aprendida y generosamente profesada. Los vapores de la vanidad, el humo idolátrico de la razón no se contienen y sujetan sino con el freno de la fe. En los espíritus soberbios la fe y la poca ciencia no se amalgaman: la poca ciencia dice: «*exáltate*», y la fe dice: «*humíllate*»; y para los espíritus soberbios es mucho más fácil la exaltación que la humildad. Resulta, pues, que una gran parte de los sabios de nuestros días, con la prisa que se dan a ejercer su profesión, no pueden detenerse a pedir fe, ni a creer en las verdades que están más altas; para su viaje alrededor de las lisonjas humanas no necesitan tantos preparativos ni tan prolijos recursos: la razón basta; lo que no quepa en la razón no debe viajar, debe quedarse en tierra como cargamento inútil. ¿Y qué resulta de semejante proceder? Muy sencillo: la razón humana, por sí sola, sirve para dividir, no para unir. La inerrabilidad de la razón universal, sostenida por Lamennais, es una de las herejías más inútiles que conocemos: el supuesto de la razón universal será perpetuamente un triste problema de las ciencias filosóficas. No hay nada que divida y separe a los hombres como el orgullo: el orgullo levanta una muralla entre cada dos hombres. No hay nada que una e identifique a los mortales como la humildad: la humildad borra las fronteras que entre los mortales ha podido levantar la pasión.

Cuando los filósofos rompen el freno de la fe y desaparece por tanto el contrapeso de la vanidad, la razón se eleva, y se pierde; la ciencia se convierte en *acertijo*, y el pensamiento se evapora y se desvanece, según la expresión de S. Pablo.

IV

Las ciencias filosóficas hablan hoy a manera de dialecto alemán que los profanos no entendemos: dicen que es el dialecto de la ciencia: sea en hora buena. Nada más lejos de nuestro propósito que menospreciar lo que constituye el encanto de inteligencias

privilegiadas. Varones insignes se consagran al estudio de esa filosofía etérea, especie de *gnosticismo* de los tiempos modernos, y tal vez encontrarán en ella algo de serio y de transcendental cuando no vuelven paso atrás desde el instante en que dan vista al nebuloso campo de las más nebulosas especulaciones.

Si el refinamiento de las palabras y la sutileza de los conceptos son signos característicos de decadencia, anuncian el bajo imperio de la literatura, bien pudiera decirse que el germanismo filosófico, ahora dominante, disfraz gongorino de los pensamientos más claros y a veces de las verdades más triviales, revela un deplorable decaimiento de los estudios filosóficos. Pero queremos suponer que no es así; queremos suponer que la extravagancia de la nomenclatura es una belleza de primer orden, es el dialecto de los sabios; queremos prescindir de la forma y pensar algo en el fondo. Esta filosofía, a veces espiritualista hasta la evaporación, a veces materialista hasta el absurdo, es una ciencia muy alta, muy grandiosa, muy transcendental: convenido; ¿pero es católica? ¿Reconoce y acata todo aquello que la Iglesia católica, maestra suprema de la verdad, tiene establecido y sancionado? ¿Sí, o no? ¿Si el actual germanismo filosófico es católico, la cuestión se convertirá en cuestión de formas y de nombres? Si el germanismo filosófico no es católico, sino protestante como sus autores, escéptico como algunos de sus maestros y enemigo de la verdad revelada, como casi todos, entonces deberemos hacer alto y dirigir un recuerdo a los apóstoles de la flamante doctrina. Difícilmente puede inventarse ya un sistema en materias filosóficas; difícilmente puede aparecer un error nuevo, un error no combatido en la serie de los siglos. Quisiéramos que los filósofos filo-germánicos de nuestros días se preparasen antes de volar a ese sublime abstracto que forma sus delicias, ya que no con una confesión general y un acto de humilde adhesión a los artículos de la fe cristiana, con el estudio detenido e imparcial de la historia de las herejías, a contar desde el siglo I de la Iglesia al XIX, desde Simón Mago a Proudhon, y con un viaje científico por las obras de los Santos Padres y de los filósofos católicos desde San Pablo hasta Augusto Nicolás. Con esta preparación, tal vez diesen por andado todo el camino que se proponen recorrer: tal vez se convencieran de que su filosofía tan ponderada es aquella misma filosofía que San Bernardo definió: «arte de buscar la verdad sin encontrarla jamás».

Acontece a algunos autores noveles de comedias, que no hubieran acometido tal o cual obra, para no tocar siquiera en la esfera de la medianía, si hubieran sabido que otro autor de la antigüedad desarrolló el mismo pensamiento producido por una obra quizá memorable en la historia del ingenio; de esta misma suerte algunos filósofos modernos, principalmente los que sin examen y solo atraídos por la curiosidad, militan en las filas del germanismo, se avergonzarían si cuando se juzgan los filósofos-novadores del siglo XIX, se hallasen con que su puesto verdadero está entre los comparsas aplaudidores de tal o cual heresiarca de los siglos medios. Hacemos a la cabeza y al corazón de nuestros filósofos-poetas la justicia de creer que no han meditado bastante en este riesgo, y que obedecen al influjo de una ráfaga maligna cuando dejan la claridad de la filosofía católica que tiene resplandores del cielo, por el caos de la razón independiente y soberana; ¡triste soberana ceñida con corona de tinieblas!

Este capítulo sería prolijo, y este libro interminable, si hubiésemos de formar el paralelismo entre las herejías antiguas y las modernas; basta asegurar que en el fondo son idénticas; varían en la manifestación, en la forma de que se revisten, en el idioma que hablan: quizá se distinguen en que las herejías de los pasados siglos eran más francas, más directas, más decididas que las del actual: en cambio eran más fácilmente rebatibles. Ni se entienda que consideramos herética la filosofía moderna, en términos absolutos: consideramos herética aquella filosofía que no reconozca la fe y las verdades católicas como base y fundamento de toda ciencia. Respetamos hasta el umbral de la veneración aquella filosofía que acatando los principios eternos, y humillándose ante la verdad revelada, presta impulso a todas las aspiraciones lícitas del pensamiento, y proporciona al espíritu las dulces expansiones de la ciencia. Cultivemos todos esta filosofía, y determinaremos un grande y fecundo progreso en el seno de las sociedades; la filosofía herética, esto es, la triste negación, el error sombrío, el estéril orgullo, el sopor del alma; ¿qué progreso pueden determinar, qué bienes pueden traer? Todos los magníficos escritos, todos los preciados volúmenes de esa filosofía son reconcentraciones de tinieblas, en medio de las cuales se deja ver un instante cierto resplandor siniestro: la sonrisa de Satanás gozándose en su obra de perdición.

La generación actual lee con avidez tantos y tantos libros como produce la desastrosa fiebre filosófica, y en la mayor parte de esos libros no aprende la generación actual ni a creer, ni a dudar siquiera; no aprende sino a maldecir; a maldecir de una razón que con creerse soberana y diosa, tiene limitado su imperio y finita su comprensión; a maldecir de una ciencia tan áspera y desabrida que no abre las puertas de la esperanza, ni ve más allá de la muerte sino un abismo, un horrendo vacío, una noche perpetua.

Y cuando las ciencias abstractas toman esta tendencia desconsoladora; cuando amortiguada la luz de la fe los espíritus no se levantan a las sublimes especulaciones del pensamiento; cuando la mirada no se dirige a la serena región de lo supernatural, por consecuencia necesaria, la actividad humana se emplea en lo tangible, en lo útil para la vida del cuerpo, en lo material; y de aquí el gran desarrollo de los estudios de aplicación; de aquí el gran cultivo de las ciencias naturales; de aquí el vuelo de la industria; de aquí la preponderancia de los intereses materiales.

V

El verdadero progreso científico no consiste en granizadas de libros ni en diluvios de palabras; consiste en las silenciosas meditaciones, en los profundos estudios, de donde brota al cabo de los años una verdad llueva, un pensamiento grande, una enseñanza fecunda. Las ciencias filosóficas no pueden prosperar en las épocas de agitación y de febril arrebato. Se escribe, se discute, se alborota; pero no se progresa; se pelea sin tregua; y para pelear se toman y esgrimen todas las armas, aun las de hechura antigua, aun las arrinconadas en los museos de la ciencia; de esta suerte no hay error viejo que dejen en paz los sabios nuevos; no hay teoría que no resucite; no hay abuso que no comparezca en este pavoroso Josafat de la inteligencia.

A la verdad, abundan en nuestra España las cátedras donde se enseñan las ciencias inorales y políticas; pero ¿cuál es el fruto que producen? La juventud acude a esas aulas, acude frecuentemente sin la preparación necesaria; el ruido de fuera le impide meditar y abstraerse cual conviene, y sucede que en la ebullición de las sustancias filosóficas, la juventud superficial toma tan sólo la espuma, y ostenta luego una ciencia ampulosa que sería la desesperación de los verdaderos filósofos si en ello parasen mentes. Los verdaderos filósofos deben considerar que este rumbo infeliz dado a los estudios filosóficos es quizá más funesto que la ignorancia misma. Y si hoy el mal aparece con síntomas, aunque alarmantes, no de una gravedad irremediable, adviertan que mañana quizá sea tarde para aplicar el remedio. Y adviertan juntamente que en el extravío de las inteligencias, no sólo peligran los intereses científicos, siempre dignos del mayor respeto, sino los intereses sociales en todas las esferas; el reposo de los pueblos, la buena organización de las familias, la dignidad del individuo.

El error quizá más grave en que caen los jóvenes que se dedican a las ciencias filosóficas, consiste en la creencia diabólica de que el hombre es tanto más hombre, cuanto más desde lo sobrenatural; precisamente ha de entenderse todo lo contrario: el hombre es tanto más hombre, tanto más noble, tanto más progresivo, tanto menos materia, cuanto más crea en lo sobrenatural. O la idea del progreso se refiere a un orden espiritual, elevado y grande, o a un orden material, mezquino y miserable: si el progreso es la expansión del espíritu en sublimes regiones adonde no llega el polvo de la tierra, resultará que los más terribles enemigos del progreso son aquellos pretendidos filósofos para quienes no hay más allá de la razón humana; para quienes no hay más ciencia posible que la ciencia que cabe en el funesto yo. Y son tan inconsecuentes hasta en su orgullo los que profesan esa ciencia tan limitada, que avergonzándose quizá de creer en Dios y en los misterios de la fe, no se avergüenzan de adorar a otros hombres que con el nombre de Locke, Schelling, Hegel o Krausse, son para ellos divinidades que han levantado la humanidad, y redimido el pensamiento humano. ¡Desdichadas ciencias filosóficas cuando este rumbo toman la inteligencia y el corazón de los jóvenes! ¡Desdichada sociedad cuando la juventud se contagia de escepticismo!

VI

No así las ciencias físicas y de aplicación material: cuando los hombres ven en la tierra además de la tierra el cielo; cuando la peregrinación por el mundo se convierte en posesión del mundo, el progreso material se realiza; cuando la humanidad sacude el yugo del espíritu, cae irremisiblemente bajo el yugo de la carne. No quiere esto decir que el progreso en ambas esferas sea incompatible; quiere decir, que cuando los hombres emplean toda su actividad en elevarse físicamente, corren gravísimo riesgo de degradarse moralmente; porque la actividad ha de compartirse en justa proporción, y no han de desarrollarse unos intereses a expensas de los otros.

«Resumiendo el hombre en su organismo prodigioso (dice elocuentemente el P. Félix) todos los reinos de la naturaleza colocados debajo de él, entra por virtud de su razón en el orden de las inteligencias que se elevan sobre él. Unión personal de la materia y del espíritu; el último en la jerarquía de las inteligencias, y el primero en la jerarquía de los

cuerpos, es el hombre el medianero viviente de estos dos mundos que van a unirse y compendiarse en él. En el corazón humano, centro del hombre, van a tocarse los dos planos de la creación como en la frontera común de los espíritus y de los cuerpos: el uno sube por grados, a través de los reinos de la naturaleza material, de la nada hasta el hombre; el otro desarrollándose de jerarquía en jerarquía en el mundo de los espíritus, sube, del hombre hasta Dios, centro infinito de todos los seres cuyo progreso es tender y elevarse hacia Él según la medida de la perfección con que se dignó dotarlos. He aquí el hombre; helo aquí tal como se nos muestra en medio de la creación, con su doble sustancia: por un lado tocando la tierra; por el otro buscando el cielo; por el primero mirando lo finito, por el segundo contemplando lo infinito; por el primero inclinado hacia la nada y próximo a caer otra vez en ella; por el segundo aspirando hacia Dios y anhelando poseerle. Una vez admitida esta noción de la vida humana, es fácil entender por dónde el hombre se eleva y por donde descende. Por su primera faz el hombre sube, porque mira a lo alto; y es grande, y aspira siempre a mayor grandeza. Y consiste en que por aquel lado toca lo inmenso, lo eterno, lo divino; y, tiene la intuición de lo verdadero, la contemplación de lo bello, y la aspiración de lo bueno; por aquel lado es eminentemente progresivo.»

Pero el progreso no es entendido así en la sociedad moderna: para ella el progreso tiene otra significación; es el dominio absoluto en la materia; es el poder del hombre sobre las cosas, la tiranía del hombre sobre la naturaleza.

La sociedad moderna declara guerra a todas las fronteras: acomete las empresas más gigantescas en el orden material; horada las montañas; baja al fondo de los mares; borra las distancias; hace volar la expresión del pensamiento a través de los montes y de las zonas y de los hemisferios; construye cañones de fabuloso alcance; y luego viste las naves con vestidura de hierro para hacerlas invulnerables; y al punto inventa una bala monstruo que penetre y destruya el hierro de las naves; y así de máquina en máquina, de aparato en aparato, la sociedad moderna convierte a las cuestiones de mecánica, de industria, de comodidad y de lujo toda su actividad, y aun toda su adoración. Ahora mismo, cuando escribimos estas líneas, el mundo culto fija su mirada en Londres: la gran exposición que allí se verifica es un tributo que la sociedad paga a los adelantos materiales; es la solemne coronación del hombre por el hombre; es la gran fiesta de las ciencias físicas y de todas las obras de las manos: ¿cuándo se hacen las grandes fiestas de las ciencias morales y de todas las obras de la inteligencia alumbrada por la fe?

CAPITULO XI

La esperanza.- Belleza.- El arte

I

ROMA de las ciencias llamó Bacon a la fe; *fides aroma scientiarum*: llena de inmortalidad está la esperanza de los justos, dice el libro de la Sabiduría; *spes illorum*

immortalitate plena est: si pues la fe constituye el estado de reposo, el bienestar de la inteligencia, la esperanza es la fuerza superior que impele al genio. Perdida la fe, las ciencias quedan sin aroma; perdida la esperanza, el genio queda sin alas.

Puede decirse que la humanidad ha tardado cuarenta siglos en definir al hombre; y adviértase que la definición consta de solas dos palabras: *animal* en los tiempos antiguos: *animal racional* en los modernos. Hay en el hombre dos elementos que forman un admirable conjunto; la materia y el espíritu: por la materia, el hombre vive adherido a la tierra, y perece como tierra; por el espíritu, el hombre vive en relaciones con el mundo de lo invisible, y está destinado a la inmortalidad.

Entre los dos elementos constitutivos del hombre, hay por necesidad antagonismo de inclinaciones: guiado por los apetitos del cuerpo, el hombre bajarla lastimosamente en la escala de *lo animal*; guiado por las aspiraciones del alma, el hombre sube en la escala de *lo racional*.

El hombre, formado a imagen y semejanza de Dios, omnisciente un día, herido luego en los dones naturales a causa de la prevaricación, sabe que al otro lado del sepulcro comienza una vida nueva que no tiene fin, hay un espacio sin fronteras: sabe que sus acciones han de ser sometidas a juicio, y que hay para las buenas obras un premio perdurable: esto sabe el hombre por la fe. Cuanto más medita el hombre en este destino glorioso; cuanto más se abre su corazón al dulce presentimiento de una dicha que no acaba, tanto más anhela llegar a su posesión, tanto más procura desprenderse de los lazos de la materia para volar a la tranquila región de las alegrías inextinguibles.

La religión católica, haciendo de la esperanza una virtud, impone al hombre el más grato de los deberes, el de esperar. Entre la fe y la esperanza, consideradas como fuerza, hay, según Chateaubriand, una diferencia notable, a saber: la fe tiene su asiento fuera de nosotros, pues nos procede de un objeto extraño, al paso que la esperanza nace dentro de nosotros para exteriorizarse; la primera se nos impone, mientras nuestro propio deseo hace brotar la segunda; aquélla es una obediencia, ésta es un amor.

La justa relación entre lo absoluto y lo contingente, entre el espíritu y la materia, fue desconocida de los antiguos pueblos, los cuales, agitándose como ya otra vez hemos dicho entre sombras, caían, ora en los errores de una especie de espiritualismo incomprensible, ora en los de un materialismo grosero y repugnante.

Las ideas de belleza y arte no pueden fijarse con todo su rigor científico en el mundo de la idolatría.

II

Dios, centro glorioso de la verdad absoluta, es a la misma vez centro glorioso de la absoluta belleza. No es posible el divorcio entre la belleza, y la verdad: ni es posible lograr en la tierra la belleza absoluta, puesto que en las manifestaciones de la belleza ha

de entrar lo contingente por algo, ha de haber materia, forma; y la idea de lo contingente es antitética de la idea de lo absoluto.

Con sólo meditar en estas verdades se comprende cuánto debió favorecer a las ciencias estéticas la doctrina católica; o mejor dicho, cómo a la doctrina católica deben su vida las ciencias estéticas. *El esplendor del orden*, que así llamó San Agustín a la belleza, no podía ser apreciado y bendecido cuando la idea de orden no estaba al alcance de las inteligencias.

Como el racionalismo, enemigo de la fe, es la mayor rémora para el progreso de las ciencias, así el fatalismo, enemigo de la esperanza, es la rémora mayor para el progreso de las artes. Aquellos pueblos de la antigüedad (y algunos han sobrevivido, como el musulmán), en que el fatalismo prevaleció, ni cultivaron las artes, ni dejaron en su paso por la tierra monumento alguno donde se revelen los caracteres del genio.

Las interminables cuestiones sobre la idea y la forma, sobre el *yo* y el hombre y el universo, que se agitan en las aulas y traen divididos a los filósofos, no pueden recibir, no recibirán nunca solución satisfactoria y científica fuera de las verdades católicas; las cuales exaltando los legítimos derechos del mundo espiritual, no niegan los suyos al mundo visible, ni aborrecen la materia, ni ponen obstáculo a las manifestaciones de la belleza en todas las esferas del arte.

Los antiguos pueblos semíticos, profesando un monoteísmo austero, apenas fijaban la mirada en esta tierra de peregrinación: su vida era su religión; su religión era Dios.

El pueblo griego, profesando un politeísmo formado a imagen y semejanza del hombre, todo lo redujo al *yo* humano y todo lo dedujo del *yo* humano; creó multitud de dioses que representaban afectos, relaciones, fases del *yo* que adoraba: su civilización se resume en una sola palabra, esta palabra es EL HOMBRE.

Llegó la plenitud de los tiempos; se realizaron las profecías: Dios UNO y TRINO abrió los tesoros de su misericordia; se hizo el misterio de la redención, y la luz brilló sobre todos los ámbitos del mundo. El hombre fue elevado a altísima dignidad: no hay ya para qué, en su inmensa soberbia, los hombres se conviertan en dioses; Dios en su inmensa misericordia se va a convertir en hombre: se verifica la síntesis de los siglos; y viene a salvar al mundo de la inteligencia y al mundo de la belleza la religión del DIOS-HOMBRE.

III

Las grandezas de un Dios, compendiadas en la hermosa figura de un hombre: el Dios hombre naciendo en un establo, y creciendo en una casa pobre, y predicando en las orillas del mar, y en la cumbre de las montañas, y en las llanuras del desierto; y proclamando el reinado de los humildes, mientras Roma se embriagaba en las orgías; y resucitando a los muertos, y dando vista a los ciegos, y movimiento a los tullidos, y perdonando a la Magdalena, y sufriendo tormentos horrorosos, y muriendo en muerte de cruz; he aquí el

magnífico ideal que se ofrece al arte cristiano. Los dioses de la Persia, del Egipto, de Grecia y de Roma, productores del bien y del mal, creadores y destructores, no pudieron jamás representar el tipo de la belleza soberana, ni ser manantial de inspiraciones artísticas: vaciados, por decirlo así, en el molde de la humanidad, carecían de un elemento principal; de la idea de lo absoluto, de lo infinito; idea que solamente el catolicismo explica en toda su magnífica y consoladora transcendencia. Ni se crea que el mundo pagano, a pesar de su adoración al hombre, había dado a conocer el origen, la naturaleza ni el destino ulterior del hombre: es inútil preguntar por la moral en los pueblos politeístas: la moral nada tenía de común con la mitología.

Junto a la adorable figura de Jesús, tipo de la perfección del hombre, se descubre la hermosa figura de María, tipo celestial de la mujer. Virgen y madre, modelo de todas las virtudes, ostenta sobre un fondo de ternura que la hace orar sin tregua por todos los pecadores, y volar al auxilio de los que amorosamente la invocan, un fondo de fortaleza que la permite sufrir en el alma todos los dolores que su divino Hijo sufría en el cuerpo, y presenciar sin desfallecimiento el deicidio, y sobrevivir a la crucifixión de su unigénito.

*«Stabat mater dolorosa
juxta crucem lacrymosa.»*

¿Por ventura ofrece la antigüedad ejemplo de una madre como María? La Andrómaca de la *Ilíada* y la de Eurípides respondan por nosotros: Niobe, la soberbia reina de Tebas, ve a sus hijos muertos por la ira de los dioses, y no puede resistir a tanto dolor, y queda inmóvil y convertida en peñasco. Hasta ahí llegó el arte clásico: el arte clásico no concibió una madre sobreviviendo a la catástrofe de sus hijos; no pudo pintar afecto de tan extremada delicadeza. ¡Cuánta diferencia entre los afectos del mundo antiguo y los afectos de la humanidad aleccionada en el Evangelio! La idea del valor, la idea de la nobleza, la de la amistad, la del amor no pudieron tener su legítimo desarrollo, ni aun ser entendidas en su verdadero sentido por aquellas sociedades cuyos guerreros eran monstruos de crueldad; cuyos magnates eran azote de los ciudadanos; cuyos ciudadanos eran azote de los siervos; cuyos siervos eran cosa vil y parecida a los animales de carga; por aquellas sociedades en que la amistad no podía pasar del sepulcro, pues como dice un gran poeta filósofo, el mundo politeísta confinaba al hombre en las desiertas regiones de lo pasado, al contrario del cristianismo que le coloca en los floridos campos de la esperanza; por aquellas sociedades, en fin, que desconociendo el amor-sentimiento, solo dieron culto al amor-sensación, produciendo las Safos suicidas y las Didos desesperadas.

El honor, otro de los grandes elementos del arte cristiano, no pudo ser entendido en las sociedades antiguas. Cuando los fuertes abusaban de su fuerza, y los enemigos eran tratados sin compasión, y se desconocían los fueros de debilidad, los santos fueros de las mujeres y de los niños y de los ancianos; cuando todas las palabras se rompían y todos los respetos se atropellaban por conseguir la venganza anhelada; cuando no habían resonado en las aturdidas sociedades las dulces palabras de fe, de esperanza y de caridad, es inútil buscar en los hombres de armas la lealtad, el desprendimiento, la grandeza que, andando los siglos, habían de caracterizar a los caballeros cristianos: entre los héroes de las leyendas índicas, o bien de la *Ilíada* y de la *Eneida*, y los héroes de las Cruzadas, y de

los poemas y de los romances cristianos, hay una inmensa diferencia, como la hay entre la idea de la belleza antes y después del Evangelio, antes y después de la rehabilitación del hombre.

IV

Desde el momento en que todos los filósofos, sean cuales fueren sus doctrinas y aun aberraciones, convienen en que la belleza es la manifestación de lo infinito en lo infinito, queda probado que aquella religión que aceptando lo infinito dé acerca de ello ideas más luminosas y consoladoras, será la que más favorezca la noción de la belleza; será mejor dicho, la única que favorezca esa noción buscada anhelosamente en todos los siglos, realizada tan sólo por el arte cristiano.

Se preguntará: ¿por ventura no hubo belleza en el mundo antiguo? Las artes en Egipto, las artes en Grecia ¿no llegaron a muy alto grado de esplendor, no legraron a las generaciones sucesivas monumentos imperecederos? Así es la verdad: pero limitado el horizonte de las sociedades antiguas, ya por los términos de un fatalismo cruel, ya por las sombras de un individualismo tétrico, si acertaron a fijar la idea de belleza en determinadas producciones del espíritu, no acertaron a generalizar aquella idea, a presentarla como elemento principal de todo un orden de ciencias.

No nos proponemos ahora formar un bosquejo histórico de las artes; pero tampoco podemos prescindir de algunos ligeros recuerdos y de algunas no menos ligeras consideraciones.

El progreso artístico de los antiguos pueblos semitas puede reducirse a muy pocas palabras: prohibidas la pintura y la escultura, y confiadas a extranjeros las obras más notables de la arquitectura, no hay inconveniente en asegurar que las artes que se desarrollan en el espacio, tuvieron escasa significación, si es que de ella no carecieron totalmente; no así las artes que se desarrollan en el tiempo, las que hieren las fibras del alma con más delicada y penetrante actividad, a saber: la poesía y la música. Los poetas de la Biblia son los primeros poetas del mundo: como los veinticuatro coros cuyos acordes magníficos llenaban el templo de Salomón, no han vuelto a formarse otros en la serie de los tiempos. Moisés entonando un cántico de gracias al Dios fuerte en las orillas del mar Rojo, Débora inflamando de entusiasmo a los valientes de Israel, David ahuyentando con los dulces sonidos de su arpa la melancolía de Saúl, los caudillos haciendo prodigios de valor en los combates al eco de las guerreras músicas, ofrecen testimonio del alto grado de esplendor a que llegaron en aquella remota edad las dos artes hermanas, cuyas armonías suavísimas llegarán, a través de los siglos, hasta la última generación.

Si apartamos la vista de los pueblos semitas, de los pueblos que dan culto a la suprema unidad, observaremos fenómenos bien distintos. No preguntemos por la poesía y la música en la China; no busquemos allí monumentos de arquitectura; no pretendamos hallar en sus cuadros asuntos bien meditados, figuras bien combinadas, ni en sus obras de escultura aspiremos a encontrar más que dificultades prolijamente vencidas, *acertijos*

artísticos, fruto de la paciencia y no del genio. La idea de lo infinito no fue conocida en aquella vasta región donde imperan los más extravagantes errores filosóficos; y sin la idea de lo infinito, la idea de la belleza no puede explicarse ni concebirse siquiera. Veamos si no el Egipto: en las obras de sus filósofos, en la vida científica de aquel pueblo que tanto influyó en los destinos del mundo antiguo, se descubre ya cierta tendencia a distinguir entre lo material y lo inmaterial, a concebir lo abstracto, la sustancia sin forma; y esta tendencia, esta vislumbre de espiritualismo era un gran elemento artístico que no tarde había de aprovechar el genio de la Grecia. La arquitectura egipcia comienza a ser notable: dos arquitecturas se hallan en Egipto, dice un escritor contemporáneo; una sobre tierra, aparente y visible para todos; otra bajo tierra, oculta y vedada a los profanos: he aquí el espíritu enterrado bajo la forma. Las pirámides bajo su mole guardan un santuario, alma de aquel gran cuerpo; las esfinges que pueblan en tan gran número los campos ahora desiertos del antiguo Egipto, son la expresión poética del arte egipcio, que parece proponer el problema de la naturaleza humana mediante una palabra que el vulgo no puede alcanzar. Pero el pueblo egipcio cuyos filósofos daban señales de conocer algo la idea de la sustancia, no comprendió la unidad de la sustancia, ni la libertad, como lo prueban sus figuras de animales varios con cabeza de hombre y sus estatuas inmóviles. Estaba reservado al pueblo griego llevar a los más lejanos términos de exageración el culto artístico a la idea del *yo* humano, y la llevó en efecto: abrigó el loco propósito de divinizar la humanidad, y dejó en sus artes la marca de aquel propósito. En la estatuaria griega ya no hay animales como en la egipcia: la figura humana es el tipo que se adopta para representación de la belleza. Lo mismo puede decirse de la pintura; fácilmente se concibe cuáles eran los elementos que el politeísmo había de prestar al artista: dioses dominados por el vicio, escenas más o menos repugnantes, metamorfosis más o menos bellas: en una palabra, movimientos de la materia; afectos humanos; pasiones: la mitología no pudo dar de sí los raudales de inspiración artística, que traía en su seno la doctrina salvadora del Evangelio, la doctrina que hizo de la esperanza una virtud.

V

Chateaubriand, en las más bellas páginas de *El Genio del Cristianismo*, ha demostrado hasta qué punto la religión cristiana favoreció el desarrollo de las bellas artes: y comenzando por la poesía y prosiguiendo por la música, la pintura, la escultura y la arquitectura, traza el magnífico paralelo entre lo que fueron en el mundo antiguo, y lo que llegaron a ser después bajo el influjo de la verdad y de la belleza del catolicismo. Identificadas las bellas artes, dice el gran poeta, con los pasos de la religión cristiana, la reconocieron por su madre no bien apareció en el mundo: ellas le prestaron sus encantos terrenales, y ella les comunicó su divinidad. La música dio notas a sus cantos; la pintura la representó en sus dolorosos triunfos; la escultura se complació en meditar a su lado en los sepulcros, y la arquitectura le erigió templos tan sublimes y misteriosos como su pensamiento.

Cuando la religión cristiana se ha visto perseguida y maltratada, las bellas artes han llorado también malos tratos y persecución: desde los primeros siglos del cristianismo hasta el siglo XVI, desde Teodosio hasta León X, las artes florecían y decaían según que la Iglesia alcanzaba días prósperos o que gemía rodeada de tribulaciones.

La reforma protestante, enemiga de la autoridad, del orden y de la armonía, trajo horrible perturbación a todas las esferas, y triste ruina a las esferas del arte. Chateaubriand lo anuncia bellamente en estos párrafos reproducidos por Balmes:

«La Reforma, dice, penetrada del espíritu de su fundador, fraile envidioso y bárbaro, se declaró enemiga de las artes. Quitando la imaginación de entre las facultades del hombre, cortó al genio las alas y le puso a pie. Estalló con motivo de algunas limosnas destinadas a levantar para el mundo cristiano la Basílica de San Pedro: los griegos no hubieran negado ciertamente los socorros pedidos a su piedad para edificar el templo de Minerva.

»Si la Reforma desde su principio hubiese alcanzado un completo triunfo, habría establecido, a lo menos por algún tiempo, una nueva barbarie. Tratando de superstición la pompa de los altares y de idolatría las obras maestras de escultura, arquitectura y pintura, se encaminaba a desterrar del mundo la elocuencia y la poesía en lo que tienen de más grande y elevado, a deteriorar el gusto repudiando los modelos, a introducir algo de seco, frío y quisquilloso en el espíritu, a sustituir una sociedad dura y material a otra sociedad acomodada e intelectual, a poner las máquinas y el movimiento de una rueda en lugar de las manos y de la operación mental. Estas verdades las confirma la observación de un hecho.

»Las diversas ramificaciones de la religión reformada han participado más o menos de lo bello, a proporción que se han alejado menos o más de la religión católica. En Inglaterra, donde se ha conservado la jerarquía eclesiástica, las letras han tenido su siglo clásico; el luteranismo conserva todavía algunas centellas de imaginación que el calvinismo procura apagar; y así van descendiendo las sectas hasta el cuáquero, que quisiera reducir la vida social a la grosería de los modales y a la práctica de los oficios.

»Según todas las probabilidades, Shakespeare era católico; Milton, es evidente que imitó algunas partes de los poemas de Sainte-Avite y de Masenius; Klopstock ha tomado lo principal de las creencias romanas. En nuestros tiempos, la elevada imaginación no se ha manifestado en Alemania sino cuando el espíritu del protestantismo se ha enflaquecido y desnaturalizado. Goëthe y Schiller encontraron de nuevo su genio, tratando objetos católicos; Rousseau y Mad. de Staël, son ilustres excepciones de esta regla; pero ¿eran tal vez protestantes a la manera de los primeros discípulos de Calvino? A Roma acuden los pintores, los arquitectos y los escultores de las sectas disidentes a buscar las inspiraciones que la tolerancia universal les permite recoger. La Europa, mejor diré, el mundo está cubierto de monumentos de la religión católica: a ella es debida esa arquitectura gótica, que por sus detalles rivaliza con los monumentos de la Grecia, y que los sobrepuja en grandor. Tres siglos van desde el nacimiento del protestantismo; es poderoso en Inglaterra, en Alemania, en América; es practicado por millones de hombres: ¿y qué es lo que ha edificado? Os manifestará ruinas que ha hecho, entre las cuales ha plantado algunos jardines o establecido algunas manufacturas. Rebelde a la autoridad de las tradiciones, a la experiencia de los tiempos, a la sabiduría de los antiguos, el protestantismo se separó de todo lo pasado para fundar una sociedad sin raíces. Reconociendo por padre a un fraile alemán del siglo XVI, renunció a la magnífica genealogía que hace remontar al católico, por una serie de santos y grandes hombres,

hasta Jesucristo, y de allí hasta los patriarcas, hasta la cuna del universo. El siglo protestante, desde sus primeros momentos, rehusó todo parentesco con el siglo de aquel León protector del mundo civilizado contra Atila; y con el siglo de ese otro León que, poniendo fin al mundo bárbaro, embelleció la sociedad, cuando ya no era necesario defenderla.»

Entre los estragos causados por la Reforma protestante, monstruo insaciable que tanta sangre y tantas lágrimas hizo derramar sobre la Europa, hubiera de contarse la ruina completa de las bellas artes, si las bellas artes fueran humanamente arruinables. Y sin embargo, ¡cosa digna de admiración! aquella misma época de perturbaciones, de guerras, de odios y de crímenes; aquella época que, para Inglaterra y Alemania y otras naciones europeas agitadas por el mismo vértigo, será marcada con piedra negra en el camino de la historia; aquella época triste en que parece que el genio de la destrucción dominaba por todas partes y se hacía guerra a toda verdad, y a toda belleza, y se incendiaban los templos, y se destruían los altares, y se predicaba el exterminio de todo lo existente, aquella época es una de las más esplendorosas para las artes españolas. No parece sino que las bellas artes, tímidas e inocentes, huyendo del fragor de las guerras y de la injusticia de los hombres, vinieron a refugiarse a esta nación donde el cisma no puede penetrar, donde la paz extendía sus alas bienhechoras, protegiendo el culto tranquilo y fecundo de la verdad y de la belleza.

A contar desde el siglo XVII hasta nuestros días, las bellas artes han seguido la suerte de la paz de las naciones, de la paz de las conciencias y de la paz de los entendimientos. El reinado de los Felipes en España determina un período glorioso para las letras y las artes; la generación presente saluda con reverencia los monumentos del genio, que, ya en libros, ya en cuadros, ya en moles de piedra le ha legado, el siglo de oro; el engrandecimiento político y social, en que España ponía la ley a Europa e inclinaba tal vez la balanza en los destinos del mundo. Mas ¡ay! cuando han amanecido días de trastorno y de horrores; cuando Dios ha permitido que las naciones de lo justo se subviertan y que la verdad sufra dolores sin cuento en manos de los hombres, al punto la belleza ha palidecido y las artes han caído en desmayo.

Las artes solamente llegan a su mayor grado de lozanía y vigor cuando son fecundadas por aquel río de paz y aquel torrente de gloria que Dios prometió a su pueblo, por boca del profeta Isaías.

CAPITULO XII

Progreso artístico

I

QUEREMOS entrar desde luego en la cuestión: un bosquejo histórico de cada una de las bellas artes, fuera muy agradable tarea, pero inconducente de nuestro propósito:

queremos medir hasta donde sea posible la altura a que las bellas artes llegan en esta edad llamada de progreso.

Cuando los hombres se apartan de la verdad, las ciencias decaen: y como la belleza y la verdad son hermanas que no quieren separarse, cuando los hombres se alejan de la verdad, se alejan también de la belleza: y cuando la idea de la belleza se debilita o se pierde, las artes se desmayan o perecen.

Las generaciones que no creen, no esperan; las generaciones que no creen ni esperan, no aman, y sin amor y sin esperanza y sin fe, no hay concepciones sublimes; no hay vuelos de la imaginación; no hay arte. La atmósfera del materialismo es absolutamente mortífera para el arte en todas sus manifestaciones. El arte reproduce lo que hay de más noble, de más elevado, de más espiritual; cuando lo espiritual, lo elevado y noble yace bajo el peso de los intereses materiales, sometido a ley de ganancia, el arte pasa por un tormento horroroso. En el verdadero artista todo ha de ser abnegación, amor íntimo a la belleza, desprendimiento de la tosca materia: y las corrientes malignas de nuestra época destruyen los sentimientos generosos, secan las fuentes de la belleza, y apartan a la juventud lozana del camino de la gloria, para empujarla al camino de las riquezas, en cuyo término está la prosa de todas las miserias humanas. El artista vive en un constante movimiento de abajo arriba, de lo finito a lo infinito; y nuestro siglo se opone tenazmente a ese movimiento, y hace esfuerzos desesperados por atar a los hombres al carro de la materia triunfante, por apegarlos a la tierra con toda clase de halagos y seducciones.

Son épocas verdaderamente desastrosas para las artes aquellas en que la idea de la gloria es desconocida o tristemente desfigurada; cuando el artista por una necesidad deplorable se convierte en industrial y comerciante, no hay que pedir obras maestras: las obras maestras se han hecho siempre con el pensamiento fijo en las generaciones por venir; han sido siempre fruto espontáneo del genio, fruto sazonado al calor de la esperanza.

II

Fijémonos un momento en las Bellas Letras: ¿qué grado de esplendor alcanzan la poesía y la prosa en nuestros días? Difícilmente registrará la historia de la imprenta una época en que más millares de volúmenes se impriman; pero esos volúmenes ¿declaran el apogeo de las letras?

Hecha la debida excepción de los poetas y escritores que honran la literatura contemporánea, debemos confesar que las Bellas Letras, no más favorecidas por la suerte que las artes sus hermanas, gimen también en la amarga situación de artículo de comercio, y no de los artículos más buscados en el inmenso bazar del siglo XIX.

Es preciso convenir en que los intereses materiales no se desarrollan generalmente sino a expensas de otros intereses de orden más elevado: cada siglo tiene sus caracteres sobresalientes; y aunque el actual parece que se distingue por la falsificación de todos los caracteres, es indudable que su amor a las artes no está tan probado como su amor a la industria: busca los resultados prácticos, tangibles; sujeta a guarismo y a peso y a medida

todas las cosas, y con facilidad desecha aquellas que no pueden traducirse en ventaja positiva, en manantial más o menos poderoso de utilidad para la vida: en vez de poner la materia a servicio de las artes, pone las artes a servicio de la materia; y las artes que son altivas como soberanas, y aristocráticas, como que vienen de lo infinito y a lo infinito aspiran, sacuden el yugo de hierro, y prefieren a la esclavitud ver desde su retiro silencioso, bañado el rostro en lágrimas, la gárrula palabrería usurpando el lugar de las bellas letras; la línea recta reemplazando los gallardos adornos de la arquitectura; el molde anulando al escultor; el aparato fotográfico señoreando en los antiguos estados de la pintura. Las artes son hoy reinas destronadas por la insaciable tiranía de la máquina.

Verdad es que no hay máquina para escribir versos y componer novelas. Pero ¿cuál es la suerte de la novela y de la poesía? No hablemos de poemas a la manera de la *Ilíada* y de la *Eneida*: ni son posibles en las civilizaciones modernas, ni aspira hoy a poseerlos nación alguna de Europa. En épocas de escepticismo y de ganancia material, lo inmaterial, lo maravilloso es rechazado; y adviértase que lo maravilloso cristiano es fuente inagotable de belleza donde han bebido las generaciones de poetas durante diez y nueve siglos, y beberán las de los siglos venideros. La poesía aspira a más modestos triunfos, y sin embargo hasta esos modestos triunfos turba el espíritu prosaico y mercantil que por lo común domina en las sociedades presentes. La multitud de sistemas que se disputan el imperio de las inteligencias, el desconcierto moral que por todas partes se descubre, la supremacía de la fuerza que en todas las esferas se deja sentir, la subversión de todos los principios, el oscurecimiento en que yacen las ideas de amor, honor, hidalguía, la triste zozobra en que se agitan los corazones, son causas que determinan un período infeliz para la poesía, la cual, ora busca los manoseados recursos del mundo antiguo, ora se afana inútilmente por expresar afectos que el alma no atesora, y fingidas emociones que el corazón no experimenta, ya por último se convierte en frío entretenimiento y en ejercicio trivial. Excluyamos siempre de este cuadro desconsolador la noble figura de los poetas verdaderos con que hoy se honra nuestra patria y con que se honran respectivamente otras naciones cultas: son gloriosas excepciones destinadas a proclamar la grandeza del arte, contra el cual es impotente el cálculo; y la inmortalidad del genio, que siempre flota sobre las inundaciones del error.

III

¿Qué diremos de la novela? Pensadores insignes, filósofos profundos han levantado su voz contra el funesto extravío de los ingenios, funesto extravío que no cae sólo bajo la jurisdicción de la ciencia literaria, sino bajo la jurisdicción de las ciencias morales y políticas.

Así como en la infancia de la humanidad toda carne había perdido su camino y el monstruo del pecado cubría al mundo bajo sus alas, y se abrieron los manantiales de la tierra, y se rasgaron las cataratas del cielo, y un diluvio de aguas inundó el espacio; así en la edad presente que llaman edad viril de la humanidad, el buen gusto ha perdido su camino, el genio de la extravagancia y del absurdo gravita sobre la desmayada literatura, y se abren los manantiales del error y se rasgan las cataratas de la fantasía, y un diluvio de novelas inunda y devasta las regiones del pensamiento.

La sociedad actual, contaminada por los dejes materialistas de una revolución que declaró guerra a Dios y a los hombres, que buscó la nivelación de los ciudadanos cortando las cabezas que sobresalían, está enferma, o por lo menos se agita como un desgraciado a quien devora la fiebre; ¿y creéis, novelistas despiadados, que la medicina de que ha menester la sociedad se halla en vuestros libros, más calenturientos todavía que la misma mano del enfermo?

La sociedad se agita, está febril; en su delirio parece que solamente dos deseos oprimen su corazón cada vez más palpitante, y su cabeza cada vez más insegura: hojear libros y acortar distancias, o como si dijéramos, identificarse por el espíritu e identificarse por la materia; para este segundo objeto construye ferrocarriles y enlaza con alambres eléctricos los pueblos, las provincias, los reinos y aun los hemisferios; y en esto acierta; para lograr el primer objeto busca en las actuales novelas y obras de invención el secreto de la humanidad; y se equivoca. El secreto de la humanidad no puede encontrarse en sueños inverosímiles, en maravillas falsificadas, en lecciones de utilitarismo, en ardorosas apoteosis del vicio, en apologías del libertinaje: no; lo que la humanidad ha menester hoy, no son escuelas donde se enseña a vacilar, a dudar y a negar; no son ejemplos de crímenes enaltecidos, y de virtudes menospreciadas por oscuras y modestas; no son escenas en que aparezcan los lazos de familia relajados, el matrimonio descrito como tiranía insoportable, la autoridad paterna menospreciada, justificadas las aberraciones más tristes, y convertido el amor impuro, el amor-sensación, el amor nervioso en una especie de Jordán que lava todas las faltas, en un dios que redime de todas las culpas. Las escuelas enemigas de la autoridad, el filosofismo destructor y el escepticismo audaz se han apoderado de la novela francesa, e inoculan en Europa, por este medio al parecer inocente, el veneno más activo, el veneno que entra en las casas bajo el amparo de los hijos inexpertos, de las hijas cándidas y de las esposas desprevenidas; veneno dulce porque viene envuelto con una historia interesante escrita con seductor colorido, pero veneno terrible cuyos estragos forman gran parte de una estadística espantosa; la estadística de los divorcios, de los suicidios, y de la prostitución.

¡Triste destino el de los genios que se emplean en este servicio de Satanás! Un puñado de oro, un aplauso que se pierde prontamente en la gritería de los dolores humanos: he aquí el precio que reciben ciertos novelistas de este siglo a cambio de tantas lágrimas en las familias, de tanta aflicción en los individuos, de tanto pudor ajado, de tanta inocencia corrompida. La malevolencia ha hecho que las corrientes del buen gusto alteren su dirección; ya no recrean a los espíritus aquellas narraciones sencillas de casos verosímiles en que, hermanándose lo útil con lo agradable, la enseñanza con el deleite, se cumplían los más altos y provechosos fines del arte: ya no satisfacen a la sencilla muchedumbre las descripciones tranquilas, los episodios honestos, las inocentes ficciones en que ora el autor pide a la vida del campo sus más interesantes escenas; ora busca en las costumbres de la presente o de pasadas épocas, tipos de virtud y de honradez para ensalzarlos, tipos del vicio o del extravío para enseñar a que no se los imite; los amores castos que no producen tempestades en el alma, los amores que no pasan por el corazón como una lengua de fuego no son amores a la moda, no son elemento a propósito para novelas de *palpitante* interés y de éxito

«Puesto que el principal intento de semejantes libros, dice el inmortal autor de DON QUIJOTE, sea el deleitar, no sé yo cómo puedan conseguirlo, yendo llenos de tantos y tan desaforados disparates: que el deleite que en el alma se concibe ha de ser de la hermosura y concordancia que se ve, o contempla en las cosas que la vista o la imaginación le ponen delante, y toda cosa que tiene en sí fealdad y descompostura no nos puede causar contento alguno.»

Parecen escritas para hoy estas palabras dirigidas contra los libros de caballerías. La desaforada pasión a estas lecturas fue causa de que en el siglo XVI se malograrán muchos ingenios: la lectura inmoderada de novelas en el siglo XIX es causa de que se perturben muchas inteligencias y de que se dañen muchos corazones. Aquél mal tuvo un CERVANTES; ¿quién será el CERVANTES que corte los estragos del mal presente?

Decimos de la novela lo que antes hemos dicho de la poesía: no negamos en absoluto; no condenamos en absoluto; hay notables excepciones en todos los pueblos; las hay notabilísimas en nuestra patria. Yes incalculable el bien que hacen: porque en épocas de frivolidad como la actual, las obras de entretenimiento alcanzan inmensa boga y ejercen grande influencia; si, pues, esas obras de entretenimiento, vaciadas en molde católico, van llenas de ideas sanas y nobles, de máximas generosas y consoladoras, de enseñanzas útiles y de transcendencia en la vida y en la sociedad, y si a todo esto se añaden los atractivos que presta una imaginación rica y lozana, atractivos que iguallen o superen en el encanto de la forma a las satánicas inspiraciones de los novelistas ateos, la humanidad será deudora a los creyentes de un beneficio inmenso; los considerará como ilustres mensajeros del bien y los coronará con corona inmortal de bendiciones y de amor.

IV

Pasemos de la novela al teatro: el espectáculo que a nuestros ojos aparece, no es en verdad más agradable. Reflejo de las costumbres, compendio vivo y animado de las sociedades, maestro de la multitud pudiera el teatro realizar grandes fines, y los ha realizado en efecto. Pero bien se comprende que las sociedades en que no reciben el debido culto los sentimientos más nobles, las sociedades dominadas por afectos y deseos que tienen su satisfacción y cumplimiento en el mundo de la materia, no pueden inspirar obras dramáticas de incontestable importancia, aquellas obras dramáticas en que partiendo el poeta de un fondo de verdad logra desenvolver una acción con personajes fingidos, pero fingidos a imagen y semejanza de los reales; y por medios no extravagantes, sino naturales y propios de la vida; y para fines, no de perversión y maldad, sino de útil enseñanza y de consolador ejemplo. Quizá no hay nación alguna que pueda competir con la española en la riqueza de los elementos dramáticos, y en las obras maestras fundadas sobre tales elementos. El teatro español ha dado que admirar y que imitar a todos los teatros de Europa: en los inmortales poemas de D. Pedro Calderón meditan los filósofos más profundos y los críticos más perspicaces. Lope, Rojas, Tirso, Moreto y Alarcón han llegado a nosotros, y pasarán a la posteridad como los pintores mágicos de una civilización y del carácter de un pueblo, grande en las hazañas de la guerra, noble y apasionado en las amorosas lides, hidalgo y pundonoroso hasta las fronteras de la exageración. Para gloria y dicha nuestra, la sociedad de estos tiempos

también llegará a los venideros retratada en admirables piezas teatrales, cuyos autores viven y heroicamente se esfuerzan por levantar la escena española de la postración en que yace; ¡inútil empresa! La enfermedad no está en los poetas; está en el pueblo.

Uno de los primeros escritores dramáticos de nuestra patria, pronunciaba no ha mucho en el seno de la Academia Española estas notables palabras.

«¿Qué es lo que ha sucedido en el mundo teatral, que a donde quiera que se aplican la vista y el oído, no se ven más que desastres y lágrimas, no se oyen más que lúgubres quejas y sollozos? Ni un sólo punto se descubre entre tan varias y apartadas regiones a donde el espíritu de la Dramática pueda refugiarse y aspirar, libre del contagio, el delicado aroma del arte y del buen gusto.

»La patria de Eurípides, el semidios de la escena en la edad de oro, cuyos versos tenían, como sabéis, el grato privilegio de endulzar la mala suerte de los prisioneros de Leónidas y Temístocles, yace aletargada en su tradicional lecho de laureles, y enredados los pies entre las algas del Tirreno. El poderoso genio que inspiró *La Tempestad*, *Otelo* y *El Mercader de Venecia*, hoy sólo respira por la tobera de sus locomotoras, y no presenta al mundo otro símbolo de su actividad y sus creencias que el caduceo del mensajero, de las olímpicas deidades. Del fecundo suelo que sembraron de lauros inmarcesibles Alfieri y Goldoni, Metastasio y Guiraud no brotan hoy más que guerreros; no se oye más voz que la que llama a sus hijos al combate, ni existe más entusiasmo que para el sufragio universal. La pensadora nación, cuna de Schiller, consagra sus fuerzas dramáticas a meditar y rastrear el verdadero sentido de los intrincados conceptos de nuestro D. Pedro Calderón. Allí donde la pudorosa ninfa del teatro volaba un tiempo dignamente engalanada con la veste de plumas que le ciñeron Corneille, Racine, Molière, hoy corre desatentada por los bulevares, ebria y deshonesto, derramando chistes inspirados por la fiebre del sensualismo. Y aquí, donde desatadas las fuentes del teatro llevaron hasta los confines más recónditos de Europa la fresca y sonoro murmullo de sus aguas, hoy se han escondido tanto sus veneros, que para calmar nuestra sed, no ya la ajena, sólo poseemos un exiguo raudal que va fluyendo gota a gota. ¡Sombrío y por demás desconsolador es el cuadro en que se hallan representadas las desdichas que agobian al teatro de nuestros días! No hay escena en ningún país que en esta parte sea más que otra venturosa: en todas partes gime el arte recordando sus antiguas y hoy perdidas glorias; y la agitación a que se entrega para renovarlas, más que las palpitaciones de la vida se parecen a los sacudimientos de un cadáver galvanizado. No es un accidente parcial el que aqueja al mundo artístico, es constitucional el padecimiento, aguda la dolencia, común la infección, universales el conflicto y las angustias. Y consiste en que las conquistas que logra la materia sobre el espíritu de los pueblos no se realizan jamás sino a expensas de la virginal pureza, símbolo del arte. Consiste en que la vieja Europa, cansada de la sobriedad del tasajo, del peso de las ferradas armas, del duro lecho de los campamentos, del ordenado trabajo del día, del tranquilo reposo de la noche, hondamente dividida en sus creencias, debilitada su fe en todas, casi en brazos de una nueva idolatría ávida de goces materiales, rinde culto al oro, a la gula, y a la pereza: quiere vivir mucho y bien en pocos días, no escrupuliza los medios con tal de conseguirlo, y como cuerpo caduco necesita de estímulos extraordinarios para animar sus ateridos nervios y desatar el hielo

de su sangre. Este movimiento general, que recuerda el *Urbem Romam* de Tácito, es el que ha producido en Europa el *bajo imperio* del teatro, y con él lo ficticio de su vida, lo visible de su decadencia, lo innegable de su postración.»

La pintura es triste, pero a todas luces exacta. La musa de los bulevares, ebria y deshonesto, ha logrado trasponer los Pirineos; y años hace que deja ver desde la escena española su diabólica sonrisa. El prosaico positivismo llena casi por completo la inteligencia y el corazón de los hombres; el amor puro, el honor sin mancha, manantiales de belleza en la Dramática española, no son hoy resortes preferibles para lograr los efectos ruidosos que se anhelan jóvenes helados por el frío de la vejez, sin ilusiones y sin esperanzas, doncellas que calculan y cuentan en vez de sentir, hombres sin fe, que en materias de honor sólo cuidan del necesario para no verse en la cárcel, monstruos de soberbia que sacrificarían todo lo existente antes que conocer su pequeñez; he aquí los tipos que el teatro ofrece con dolorosa frecuencia, presentándolos como copia fotográfica de la humanidad.

¿Es esto cierto en absoluto? ¿Está la humanidad tan rebajada en el orden moral como pintan algunas producciones del teatro moderno? No, y demos por ello gracias a la Providencia. La mayor parte de los abortos dramáticos que tales ejemplos ofrecen y tan infeliz enseñanza proporcionan, se despegan de la sociedad española son extraños; mas tanto insiste la industria en aclimatarlos, que el mal llegará a tener proporciones verdaderamente espantosas.

Y tan cierto es que el pueblo, aunque enfermo moralmente, no ha perdido del todo el sentimiento de lo bueno y de lo bello, que cuando sale a la escena una obra encaminada a combatir el vicio de frente y con talento, el pueblo la acoge, la aplaude, la admira; como si quisiera protestar con estas demostraciones contra los atentados de que es víctima por parte de los crueles importadores de absurdos filosóficos y morales. Éste es un fenómeno que debe empeñar la fe de los autores honrados, y servir de consuelo a los que lloran por la inminente ruina de todo sentimiento noble y generoso y patriótico.

V

La arquitectura, que puede considerarse como resumen y compendio de las bellas artes, y juntamente como barómetro seguro de la cultura de los pueblos, no alcanza hoy más venturosa suerte que sus ilustres hermanas. Y no es a fe porque no se estudie y no se discuta; los libros están llenos de disertaciones sobre el arte clásico y el arte romántico, sobre los caracteres esenciales y formales, internos y externos que los separan: se describe con admirable prolijidad un templo griego: se habla sin compasión de los estilos dórico y jónico y corintio, y de las construcciones romanas y de los puentes y de los acueductos: se filosofa por extremo acerca del arte cristiano y de las catedrales góticas y del gusto latinobizantino y de la ornamentación y de las columnas y del admirable simbolismo que encierran aquellas gigantescas moles, templos del Dios vivo y depósito de la oración, de los suspiros y de las lágrimas de seis siglos: todo esto se dice, todo esto se escribe; pero ¿qué se hace? Dejar que perezcan, o derribar quizá monumentos gloriosos, para improvisar cuatro paredes que sirvan de estación en un ferrocarril.

Las grandes obras de arquitectura han de considerarse como portentos de la fe y de la esperanza: se sabe quién las comienza y no se sabe quién las concluirá; y los hombres de este siglo, esclavos del presupuesto del tiempo y del presupuesto del dinero, queremos tocar el fin a la misma vez que preparamos los medios.

La arquitectura pasa hoy por un período de prueba; es un arte que no se presta a la especulación; las obras que produce no devuelven en oro abundante los capitales invertidos; los pagan en gloria y en honor. A los atrevidos y caprichosos rasgos del arquitecto han reemplazado los ángulos rectos del ingeniero: a la magnífica solidez de las antiguas obras el continuo «*fa presto*», el anhelo de la pronta explotación. Verdad es que hoy se realizan proyectos de magnitud: se construyen puentes de hierro y se perforan las montañas y se camina por entre sus oscuros senos; pero es probable, es seguro que cuando las generaciones por venir acudan desde la capital de España a la falda del Guadarrama, más que el túnel que han de atravesar, cautivarán su atención la bóveda del templo y los muros del monasterio del Escorial.

En nuestros días, en nuestra patria, en la corte misma se ve un ejemplo elocuente: al cabo de años y de vicisitudes se ha concluido una iglesia pequeña y modestísima para los moradores de Chamberí; y en frente se ha levantado en poco tiempo un magnífico palacio para casa de moneda; he aquí el espíritu de la época; un recinto estrecho para el Dios de los cielos, y un alcázar suntuoso para el dios del siglo. Nadie es culpable de esta coincidencia dolorosa; es simplemente un resultado natural del curso de las ideas y de la indiferencia de los hombres.

Y cuando la indiferencia de los hombres y la perversión de las ideas llegan a tal extremo, no bastan los impulsos más generosos de los reyes ni su más decidida protección. Hoy los reyes pueden hacer poco, y merced a lo que hacen, no es todavía más precario el estado de las bellas artes.

VI

Las bellas artes no progresan: ¿a qué negarlo? Y el no progresar las bellas artes, principalmente en nuestra patria, no ha de atribuirse a falta de elementos artísticos ni a falta de inteligencias elevadas, ni de corazones amantes de la belleza, sino a vicisitudes sociales que más son para lloradas que para repetidas. El genio de los *negocios* preside ahora los destinos de las sociedades; y como las bellas artes no han sido ni pueden ser negocios, cábeles en suerte recibir melancólicas caricias de los ricos viejos, y alguna limosna de los ricos nuevos.

Los gobiernos, por gran protección que quieran dispensar a las artes, tienen siempre que traducirla en artículo del presupuesto. Las clases que antes favorecieron a los artistas con mano pródiga, o no existen o han decaído; los esfuerzos individuales no alcanzan: las corrientes del oro llevan otro rumbo; van a hundirse en el piélago del lujo y de los goces materiales. El suave deleite que proporcionan las bellas artes púdicas, delicadas, espirituales, no es el deleite que anhelan ahora los corazones y satisface a los espíritus. La filosofía moderna por secretos, pero seguros caminos busca la glorificación de la materia;

la novela y el teatro conspiran al mismo fin; los esfuerzos asombrosos de la industria sólo al bien de los sentidos y a las comodidades de la vida se dirigen. Están, pues, ocupados por ídolos de barro los altares de la tierra; para las bellas artes no queda otro altar que el corazón de los jóvenes entusiastas y generosos en quienes la patria tiene fija su mirada, y contra quienes nada valen las seducciones de la ganancia material.

Vive el arte porque el arte es inmortal; pero vive, como la Iglesia en los primeros siglos, retirado y silencioso, reducido a escaso número el número de sus sacerdotes y de sus adoradores. Sin embargo, primero han de venir abajo las obras del orgullo humano y han de apagarse las mil toberas por donde el siglo despide su abrasado aliento de hulla, y han de cerrarse los palacios de la industria, que dejar de lucir la lámpara misteriosa que alumbra el santuario del arte; la llama del genio. Y cuando se hayan derrumbado todas las grandezas humanas que ahora son objeto de adoración; cuando con estrépito vengán al suelo los monumentos de la soberbia que ahora se levantan amasados con lágrimas, las verdaderas obras de arte brillarán todavía en perpetua juventud, sobreviviendo a las mudanzas de los tiempos y a las injurias de los hombres. El espíritu ha de triunfar de la materia; han de brillar en todo su esplendor la verdad y la belleza.

CAPITULO XIII

La caridad.- La justicia.- La sociedad

I

Las sociedades antiguas no llegaron a la noción de amor ordenado y fecundo. Para los griegos y para los romanos no había más que Grecia y Roma; los demás hombres eran indiferentes, extranjeros (bárbaros) quizá enemigos. Aun dentro de la culta Atenas y de la soberbia Roma, murallas de bronce dividían a las clases entre sí, mostrándose la esclavitud en todo el lleno de los horrores y de la miseria. Solo Dios por un prodigio de amor podía levantar la dignidad humana de tanta postración, de tan profundo letargo. Y el prodigio de amor se hizo.

El mundo antiguo era una cárcel inmensa que tenía por alcaide a Satanás; la humanidad era cautiva; pudo venderse, y no pudo redimirse; mas vino el Redentor, y dio con su vida el precio del rescate. La aurora de la libertad irradió entonces en las regiones del Oriente; las cadenas del esclavo se rompieron; reivindicó la mujer su dignidad perdida; y el matrimonio y la familia y la sociedad dejaron de ser los elementos infectos del libertinaje, del despotismo y la anarquía; y el dulce nombre de *hermanos* resonó desde el uno al otro polo.

Consumada la obra de la redención, promulgada y arraigada en los corazones la doctrina civilizadora del Evangelio, los hombres empezaron a tratarse como miembros de una inmensa familia: venidos de lejanas tierras, ausentes unos de otros por espacio de mucho tiempo, diversos en costumbres, y en trajes y en idioma, pero oriundos de un mismo

solar, hijos de un mismo padre, llamados con igual derecho a una misma herencia, comenzaron a darse cuenta de su vida y a comprender su destino. Todos los delirios de la India, todas las cavilosas de la China, y las especulaciones del Egipto y las filosóficas contiendas de la Academia y del Liceo quedaron muy detrás, a inmensa distancia de esta sencilla máxima evangélica: «*amaos*». Los pueblos antiguos concebían el amor a los placeres, el amor a las riquezas, el amor al saber, el amor de padre, el amor de hermanos, quizá el amor a la patria; pero el amor a todos los hombres, aun a los desconocidos, aun a los moradores de lejanas tierras, ¿a qué fin? ¿Qué lazo invisible los unía? ¿Amar el rico al pobre? ¿Amar el noble al plebeyo? ¿Amar el libre al esclavo? Las sociedades antiguas no hubieran entendido este lenguaje. He aquí uno de los puntos capitales que las distinguen de la sociedad animada por el soplo de la vida del cristianismo: fundadas las primeras sobre la base del odio, tuvieron que vacilar y caer: fundada la segunda sobre la base del amor, se alzó robusta y magnífica, y sobrevive a todos los embates de la materia y a todas las tempestades de la iniquidad. Establecido felizmente sobre la tierra el reinado de la verdad, *quoniam Christus est veritas*, como dice San Juan, luego al punto se dejó conocer la belleza que de la verdad es compañera inseparable: y con la verdad y la belleza, con el *verum* y *pulchrum* apareció el bien, el mayor bien de los hombres sobre la tierra, *bona Domini in terra viventium* que creía ver el gran profeta y rey David: apareció la justicia, hermosa como la imaginaba Jeremías cuando llamaba al templo *pulchritudo iustitiae*; la justicia que da a cada uno lo suyo, que regula los deberes, que garantiza los derechos, que construye, en fin, sobre la base del amor todo el edificio social. La justicia en antiguos pueblos paganos no podía pasar de ser una palabra sin sentido; solamente la filosofía estoica, madre del derecho romano, se propuso definirla y explicarla. De entonces acá, tal vez no hay en el diccionario de las naciones un vocablo de que más se haya abusado, un nombre que haya sido objeto de más sangrientas calumnias.

Con amor ordenado y santo, impuesto como un deber, como el más grato de los deberes; con la noción clara y perfecta de la justicia; con los tesoros de la verdad, abiertos y francos; con los manantiales de la belleza descubiertos y abundantes; con la ilustrada experiencia de los siglos, las sociedades actuales tienen todos los elementos apetecibles de reposo y de ventura; ¿por qué, pues, la ventura y el reposo huyen cada vez más de las sociedades actuales?

II

El amor del hombre, hemos dicho en otra ocasión, se agranda en ondulaciones: primero el individuo; luego la familia; después la patria; más allá la humanidad entera; el amor en cada una de estas esferas ha de ser ordenado y racional: si carece de estas condiciones, puede producir perturbación y riesgos de trascendencia. Examinemos. El amor personal, el amor con que a sí propios se aman los hombres en la época presente, ¿es racional y ordenado? No hay que esforzar mucho el ingenio, ni llevar a largos términos la investigación para comprender que el egoísmo es una de las enfermedades crueles que atormentan a la sociedad: el egoísmo es cabalmente una mala dirección del amor; es la reconcentración en el individuo de los afectos que debieran irradiar hacia los demás. El egoísmo llevado a cierto extremo, del cual no dista ya mucho, es el signo más evidente de decadencia moral y de empobrecimiento científico; el egoísmo cierra los caminos a dos

hermosas virtudes por las cuales los individuos son ilustres y las naciones son grandes; a la abnegación y al patriotismo: y aquellas sociedades en que no hay abnegación, y aquellos países en donde no arde la llama del patriotismo, son cementerios de vivos, cuerpos sin calor y sin vida: merecen lástima. El egoísta reduce el mundo a las proporciones de su estatura, y ve hundirse el mundo en la lobreguez de su sepulcro: ¿qué le importa del progreso? ¿Qué le importa de la humanidad? Vivir, medrar, satisfacer sus apetitos y sus vanidades: he aquí todo: un pueblo de egoístas, es lo que más debe parecerse a los operarios de la torre de Babel después de confundidos los idiomas: cada individuo habla su lenguaje, el lenguaje de sus deseos; y todos a la misma vez trabajan y se agitan; y todos en la obra perpetuamente comenzada y perpetuamente arruinada del orgullo humano.

Y no obsta a la exactitud de este símil la eterna gritería del demagogismo, que a nombre de la fraternidad quiere llegar al principio del fin, esto es, al aniquilamiento de todo orden, de toda disciplina y de toda autoridad. La fraternidad demagógica no alcanza más que a los hermanos *desheredados* de las riquezas; puede considerarse como una inmensa conjuración de los que quieren ser tiranos contra los que mandan sin serlo; porque es de notar que cuantas veces se pretende mover las masas a nombre de la fraternidad, hay el deseo de que la fraternidad se ponga en acción para algo parecido a lo de Caín: siempre hay Abeles cuya sangre caiga sobre la tierra. ¿Cómo ha de ser ésta la fraternidad cristiana? Dios quiere a los hombres hermanos entre sí, hermanos todos; quiere que los que mandan manden con amor, y con amor obedezcan los súbditos, y con amor socorra el rico al pobre, y que el pobre sirva con amor al rico.

III

¿Y por qué ha de haber ricos y pobres? Prosigue preguntando el demagogismo nivelador. Por lo mismo que hay plantas altas y bajas en el campo, y a todas alumbraba el mismo sol y riega el mismo rocío: y ¡ay de las plantas bajas si no existieran las altas a cuya sombra viven, y por cuyo influjo reciben las benéficas emanaciones de las nubes! En el admirable y divino plan de la redención del mundo y de la sociedad cristiana, los pobres reciben tan alto honor, que las sociedades antiguas hubieran retrocedido avergonzadas y confusas si hubieran podido escuchar y comprender las profundas palabras *Vae divitibus*, y las máximas relativas a los pobres, de que está lleno el Nuevo Testamento. Los judíos no conocieron al Mesías, por cuanto pobre y abatido; Jesucristo, pobre en su nacimiento, pobre en su vida, pobre en su muerte, rodeado de pobres, instituyó, puede decirse, una Orden gloriosa que a todas sobrepuja en excelencia; la Orden de los pobres de Jesucristo, la augusta milicia de los que vinculan su amor en más alto objeto que los intereses de la tierra.

Bien se comprende que en las épocas en que la materia predomina, en que la riqueza, manantial de los goces mundanos, es ídolo ante el cual se arrodillan las generaciones, los pobres han de ser considerados como excrescencia inmunda, como triste borrón que afee el cuadro de las venturas humanas: y de aquí el inventarse o desenterrarse las más extrañas teorías acerca del pauperismo; de aquí el multiplicarse los sistemas para regular el derecho de propiedad, y atender a las clases que llaman desheredadas: de aquí, por

último, la amenaza constante de los que no poseen, contra los hermanos que poseen. ¿Qué hay de cierto en todas estas declamaciones? Hay de cierto que los enemigos de toda autoridad, víctimas del orgullo que los ciega, se levantan contra el que puede más, y contra el que sabe más, y contra el que tiene más; resulta que para realizar estas revoluciones contra los que tienen más, hay que explotar la desgracia de los que no tienen, halagarlos con frases mentirosas, hablarles de derechos imprescriptibles que no pueden comprender, y de participaciones a que no deben renunciar; armar quizá su brazo para que sirva de instrumento a la ambición impaciente y a la codicia insaciable. «Queremos una sociedad sin pobres», dicen los novadores de nuestros días; y los recogen de las calles y los recluyen donde el mundo no los vea, donde no turben con su desnudez y su miseria las locas alegrías del gran festín social. ¡Inútil empeño! Los pobres de Jesucristo esparcidos en el mundo, llamando a las puertas de la caridad o viviendo bajo la sombra de piadosos institutos, cumplen un destino providencial; son explícita y viva condenación de los extravíos del siglo, y piedra de toque donde se prueban los más nobles afectos y las virtudes más altas. «Cuando hagas un convite, dice el Evangelio, llama a los pobres, a los débiles, a los cojos y a los ciegos, y serás feliz, porque no tienen retribución que darte; se te retribuirá en la resurrección de los justos». El bien sin retribución material; el bien callado y silencioso; la caridad que ve en el pobre a Jesucristo y que aspira a más alta recompensa que el aplauso de las gentes, es fruto que no se conoció en las sociedades paganas, y que sólo se logra en el campo de la sociedad católica regado con lágrimas de amor y de ternura.

«Seréis dioses», dijo a los primeros padres el espíritu tentador; «*seréis ricos*», dicen a los pobres los que sobre el pedestal de los pobres quieren fundar su riqueza: «*seréis ricos*»; y los arman primero de engaños y de ilusiones, luego de odio y a lo último, de hierro y fuego: «haced guerra a una sociedad que se harta mientras tenéis hambre, que se cubre de oro y púrpura mientras perecéis de frío en el invierno y sufrís en el verano los rayos del sol sobre vuestras desnudas carnes: luchad con vuestro destino que es injusto: acometed la conquista de vuestros derechos y de vuestro pan». Esto dicen los genios aviesos de la revolución, explotadores de la miseria: ¿y qué sucede? Que cuando alguna vez las pobres masas se han dejado seducir por tales halagos y se han lanzado contra la sociedad, no han hecho más que destruir los elementos mismos de que antes vivían, enriquecer a los astutos seductores, que no estuvieron a su frente en la hora del combate, y quedar más pobres y más desnudas y más abyectas que antes. Si hay una impiedad mayor que la de arrebatar al rico lo que tiene, es la de arrebatarlo por la mano descarnada de la pobreza, haciendo a la misma vez del rico un pobre, y del pobre un malvado. Solamente los pobres malvados son repugnantes para todo corazón recto. Los pobres dignos y resignados que tienen puesta el alma en otros tesoros, en los tesoros únicos capaces de llenar el alma por completo, merecen nuestra simpatía y aun nuestra veneración: de ellos puede decirse con toda solemnidad: *bienaventurados los pobres*. No los arrojéis de vuestros Estados, legisladores de la tierra: no creáis a los utopistas que consideran a los pobres como una mancha de la civilización, como una deshonra de los pueblos cultos: no los creáis; los pueblos cultos se deshonran haciendo pobres, pero no socorriendo a los pobres y tratándolos como hermanos en Jesucristo: aquellas sociedades en que no se oye absolutamente la voz debilitada que pide *por amor de Dios*, suelen oír con frecuencia la voz aterradora de las tempestades populares que pide por amor de la fuerza. No arrojéis a

los pobres de vuestros Estados; no os neguéis el gozo inexplicable de ver a vuestros hijos alargar la inocente mano con el óbolo de la caridad para el pobre de Jesucristo: las bendiciones que pide para vuestros hijos el pobre cuyas lágrimas enjugáis, son prontamente concedidas en el cielo; porque los pobres cristianos son poderosa influencia para el Padre de las misericordias.

IV

Sobre la base del amor y de la justicia se levantan las sociedades y se cumplen los grandes fines de la humanidad.

Desde el momento en que Dios, creadas todas las cosas y colocado Adán en el Paraíso, dijo: «no es bueno que el hombre esté sólo, y le formó una compañera, y el hombre y la mujer se amaron con amor intenso, la sociedad doméstica comenzó a existir; la familia arraigando en el mundo moral, comenzó a elevarse lozana y vigorosa para cubrir un día con su sombra a todas las generaciones de la tierra: fúndase, pues, la existencia de la familia en el derecho natural que otorga al padre un poder dulce y benéfico regulado por el amor, y merced al cual realiza los fines de bienestar y ulterior progreso en los hijos. Pero, y los grupos de familias llamados naciones, ¿cómo se organizarán para que ningún derecho sea lastimado, para que el amor y la justicia no sufran eclipses pavorosos?

No pretendamos entrar en la cuestión del poder, dilucidada ya en multitud de volúmenes por los teólogos más profundos y por los más insignes profesores de derecho público; ni es ocasión de desenterrar las teorías de Rousseau, combatidas y relegadas ya al olvido por una pléyada ilustre de escritores católicos, ni hay por qué probar, con la autoridad de Santo Tomás y de Soto, Suárez, Bossuet y Fenelón, que las eternas cuestiones sobre autoridad, orden y libertad en que los hombres con tanta frecuencia se empeñan, son en su principio sencillísimas, y solamente logra complicarlas y convertirlas hasta en banderas de colisiones sangrientas el espíritu de soberbia que en mal hora aparta las inteligencias del camino de la verdad y los corazones del camino del bien.

El origen *divino* del poder social, o sea el *derecho divino*, es constante piedra de escándalo de la escuela revolucionaria, que no quiere o no puede tomarse el trabajo de meditar en el valor intrínseco de la idea y hasta en el valor de las palabras.

Entiende el vulgo de los hombres políticos por derecho divino de los reyes y por reyes de derecho divino una especie de delegación del poder hecha por el mismo Dios en la persona de los reyes; y partiendo de este supuesto amontonan errores sobre errores, hasta formar una montaña que el soplo de la verdad derriba fácilmente: *non est potestas nisi a Deo*, toda potestad viene de Dios: *per me reges regnant*, por mí reinan los reyes: ¿qué quiere esto decir? He aquí la respuesta del sabio Belarmino: «La potestad política considerada en general, no descendiendo en particular a la monarquía, aristocracia o democracia, dimana inmediatamente de sólo Dios, pues que estando aneja por necesidad a la naturaleza del hombre, procede de Aquél que hizo la misma naturaleza del hombre. Además, esta potestad es de derecho natural, pues que no depende del consentimiento de los hombres; dado que quieran o no quieran, deben tener un gobierno, a no ser que deseen

que el género humano perezca, lo que es contra la inclinación de la naturaleza. Es así que el derecho de la naturaleza es derecho divino, luego por derecho divino se ha introducido también la gobernación; y esto es, según parece, lo que propiamente quiere significar el Apóstol en la *Carta a los Romanos*, cap. XIII, cuando dice: «Quien resiste a la potestad, resiste a la ordenación de Dios».

No puede concebirse aberración más triste ni injuria mayor a la dignidad humana que la aberración en que incurren y la injuria que hacen los que niegan el del hecho divino, es decir, los que creen que de otro centro, de otro principio que no sea el mismo Dios, puede proceder el derecho, en cuya virtud unos hombres mandan y los demás obedecen: la ley del más fuerte, la ley de una raza privilegiada pudieron en otras sociedades ser fuente del poder, fuente enrojecida a todas horas con sangre humana; pero desde el momento en que la dignidad del hombre se eleva en la escala moral hasta una altura que las sociedades antiguas no pudieron concebir; desde el momento en que la ley de la fuerza y la ley de las razas son proscritas por la ley del amor y de la justicia, los hombres no podían hallar sino en el mismo Dios el origen de la potestad porque son en la tierra gobernados.

Dirán algunos: «No hay que subir tan alto; el poder reside en el pueblo; la suma de las voluntades individuales constituye la voluntad colectiva, universal; la soberanía está en la muchedumbre: el pueblo es esencialmente *autónomo*». Y así de frase en frase y de declamación en declamación, ha llegado a levantarse una gritería que pone espanto en la cabeza y miedo en el corazón. Los astutos aduladores de las masas quieren hacer pueblos de soberanos, mientras combaten sin piedad a los soberanos de los pueblos. ¡Cruelles! Tienen por las calles millares y millares de soberanos a quienes no enseñan a leer, ni a trabajar, de cuya majestad no se acuerdan más que para ponerla a servicio de su ambición en frente de los cañones de la autoridad. ¡Cuántas lágrimas y cuánta sangre ha costado a las sociedades modernas esa soberanía sin corona y sin súbditos, ese abstracto metafísico llamado *Soberanía nacional!* Supongamos por un momento a esa reina con corona, en el ejercicio de su majestad real: demos forma al abstracto metafísico: he aquí la Francia eligiendo un emperador *que es ya depositario del poder*: he aquí algunas provincias italianas votando su anexión a otro reino, *por el cual están ya conquistadas*. ¿Qué hay aquí de soberanía? ¿Qué hay aquí de nacional? ¿Por ventura los hechos no pasan a la vista de Europa? ¿O se pretende aún llegar hasta el ensañamiento en el sarcasmo con que es saludada la majestad del pueblo por los que se llaman sus apóstoles? Más patriótico, más noble, más humanitario que engañar al pueblo, coronándolo con corona e abrojos, cubriéndolo con manto de miseria, es enseñarle a obedecer y a trabajar; a ser grande en su pobreza, siendo grande en sus virtudes y en sus nobles afectos; a respetar a las majestades de la tierra, como reflejo y representación de la Majestad del cielo.

V

Todos los pueblos, todas las razas sin diferencia de edades ni de climas, han visto en el poder de uno, en la monarquía, la sombra y figura del poder divino que rige los destinos de la creación, y da y quita las coronas a los reyes, *regna transfert et constituit*, como dice Daniel, y da y quita la ventura a los pueblos.

El que dio el imperio a Mario, escribe San Agustín en la *Ciudad de Dios*, lo dio también a Cayo César; el que lo dio a Agustín, lo dio a Nerón; el que lo dio a los Vespasianos benignos, lo dio al cruel Domiciano; y para no ir más adelante, el que lo dio a Constantino, cristiano, lo dio a Juliano, apóstata.

Las páginas del Antiguo y Nuevo Testamento están llenas de máximas y de principios que en vano quieren oscurecer la vanidosa ciencia de nuestros días, aquellos principios y aquellas máximas serán siempre, mientras haya sociedades bien organizadas, la base de todo sistema de gobierno, la garantía de toda pública prosperidad. *Sus reyes* llama Dios a los reyes de la tierra, como a David; *sus hijos*, como a Salomón; *sus ungidos* y *sus electos*, como a Saúl; *sus pastores*, como a Cyro; y *sus siervos*, como a Nabucodonosor: toda rebelión contra la potestad constituida, es considerada criminal y punible: «Teme al Rey, hijo mío, y no te mezcles con los rebeldes», dice un Proverbio. Oprimidos los judíos bajo el cautiverio de Babilonia, oían de los Profetas del Señor estas palabras: «Humillad vuestro cuello al yugo del Rey de Babilonia; servid a él y a su pueblo, y viviréis». Las rebeliones contra el poder legítimo son verdaderos insultos de la criatura contra el Criador: cuando el pueblo de Israel, acampado en las faldas del Sinay, comenzó a murmurar contra Moisés y Aarón, dijo el primero: *non sunt adversus nos murmura vestra sed adversus Dominum*; de entonces acá han podido decir lo mismo todos los gobernantes de la tierra, maltratados por el espíritu de insurrección, espíritu funesto, jamás admitido, sea cual fuere su disfraz, en las escuelas católicas. El apóstol San Pedro en su Epístola II escribió este admirable consejo: *servi subditi stote in omni timore, dominis non tantum bovis et modestis sed etiam discolis*. El obedecer por conciencia (*non solum propter iram, sed et propter conscientiam*) es rasgo característico de la doctrina católica, madre y maestra de la civilización, autora única de todo engrandecimiento moral y de todo legítimo progreso.

VI

¿Y cómo se concilia con el principio de la obediencia el principio de la libertad? Llegamos al punto postrero y verdaderamente grave, al *quis vel qui* de los tiempos modernos. La libertad política ha sido y es el gran recurso empleado para conmover a los pueblos; el conjuro mágico en cuya virtud se han operado las revoluciones más violentas, y verificándose los cambios más trascendentales. ¡Cuántas lágrimas y cuánta sangre ha hecho derramar el fanatismo de la libertad! En otras edades, cuando los viajeros se paraban ante un montón de escombros, míseros despojos de algún pueblo quizá floreciente, luego al punto exclamaban: «por aquí ha pasado la tiranía». Ahora, cuando en los campos y en los caminos encontramos ruinas imponentes o cenizas mal apagadas, al punto podemos decir: «por aquí ha pasado la libertad». Pero entiéndase que la libertad que tales huellas deja, no es la santa libertad que del orden y de la justicia se desprende como legítima y amorosa consecuencia; es la libertad falsificada y contrahecha que busca la satisfacción de los odios, y quizá la impunidad de los excesos.

A nombre de la libertad se han provocado las tempestades más recias; a nombre de la libertad se han ganado los pueblos las represiones más crueles; a nombre de la libertad se ha constituido la muchedumbre en esclava, y arrastra la cadena de hierro que le impone la

revolución, el más fiero de todos los despotismos, la más insoportable de todas las tiranías.

Todos cuantos escritores políticos han tratado de la libertad para adular al pueblo, han sido infinitamente menos *liberales* que los teólogos católicos, a contar desde Santo Tomás; los cuales, exponiendo la teoría de la autoridad, el origen y trasmisión del poder, y como ha de entenderse su naturaleza *divina*, y qué derechos incumben a la comunidad, y cómo puede ejercitarlos, lejos de considerar al pueblo como un rebaño, lo han elevado y reconocídole una excelencia que de cierto no le reconocen los que hacen al pueblo instrumento de planes ambiciosos y carne de cañón para la artillería del poder constituido.

Pocas palabras han sido objeto de abusos más crueles que la palabra *libertad*: interpretada como licencia, como negación de toda ley y de toda responsabilidad, ha producido desastres sin cuento: considerada necesariamente como un mal, como una degradación de la humanidad, ha dado también ocasión a peligrosas afirmaciones y negaciones, a sistemas desdichadamente absurdos. ¿Será posible que la razón humana haya de vagar siempre de exageración en exageración, y de delirio en delirio? «O libertad absoluta, o absoluta represión»: esto han dicho algunos pensadores; estos parece que son los términos en que ahora los sistemas políticos presentan su grande y decisiva batalla. Ni libertad absoluta, ni absoluta represión: *ne quid nimis*. Bien se nos alcanza que abogar hoy por doctrinas medias, lleva consigo algo de descrédito; las corrientes del gusto van por otro camino; pero nosotros hemos de buscar siempre el de la justicia, y hemos de conseguirlo con desembarazo y rectitud.

Se dirá que entre la verdad y el error no cabe transacción, no hay término medio: así es lo cierto; pero ni la libertad absoluta ni la represión absoluta son verdad en sí, ni son error en sí; cabalmente la verdad está en la limitación de la primera, y en los buenos términos de la segunda. Dios, primer legislador del tiempo y de la eternidad, formó al hombre de la nada, y lo condujo al Paraíso, y le entregó liberalmente el dominio de lo creado; pero no en absoluto; le limitó la libertad, prohibiéndole tocar en el árbol de la ciencia. Desde entonces hasta nuestros días todas las legislaciones han sido, más bien que tabla de derechos, tabla de limitaciones. Y es inútil que los filósofos se esfuercen en cambiar el curso de las cosas y en inventar teorías que halaguen la vanidad, y que en último resultado atormenten la razón: es inútil hablar de derechos *absolutos*; este lenguaje no es aplicable a las individualidades concretas y *limitadas*: es, por último, inútil hablar de libertad *a priori* para establecer los grados de la libertad de que ha de gozar un pueblo dado, en una situación determinada, ni más ni menos que se forma un presupuesto de gastos o un cálculo de probabilidades: la verdadera libertad, que no consiste en hacer cada uno lo que quiere, sino en hacer todos lo que deben, ha de apreciarse *a posteriori*; ha de ser un resultado en vez de ser un principio. Haced buenas leyes, fomentad buenas costumbres, estableced como base de toda sociedad la justicia en los que mandan y el orden en los que obedecen, y al punto brotará la libertad con todos sus encantos; la libertad, que es el dulce imperio del derecho, que es el equilibrio, el reposo, la vida de los pueblos.

Pero ¿es ésta la noción de la libertad que domina en los que ahora sé llaman *pueblos libres*? No, seguramente. En esos pueblos libres falta libertad a los que mandan, y quieren más libertad los que obedecen; hay un desequilibrio espantoso, un malestar que no se oculta a la vista de los hombres políticos, un insulto constante al derecho público; un riesgo perenne de tempestades sociales, cuya primera consecuencia ha de ser el eclipse de la libertad.

CAPITULO XIV

Progreso social

I

Lo que se dijere del conjunto de los asociados, eso mismo deberá decirse de la Sociedad: cuando en los individuos reinan la duda y el escepticismo, ¿qué carácter han de tener las instituciones sociales? Prescindamos en España del trono, enseña gloriosa de la verdadera libertad y del verdadero progreso de nuestra patria, y nada en el orden político nos quedará fijo y estable. Se han sucedido las constituciones, se han modificado y multiplicado las leyes; se ha disputado por ápices la libertad; y sin embargo, todo es interino, todo está sujeto a cambio y renovación. Los gobernantes han tenido siempre gran impaciencia por escribir y por legislar; y no eran leyes, sino costumbres lo que España necesitaba. La manía de imitar las fórmulas de otros países, llevada a la más deplorable exageración, ha producido una política y una administración en gran parte exóticas, y por tanto, nunca o muy tarde arraigables. Mientras estas plantas extranjeras arraigan en nuestro suelo, las inteligencias más altas se consagran a la estéril tarea de discutir la mayor o menor bizarría en la libertad dentro del sistema representativo; y se proponen reformas, y se agitan los espíritus, y se empeña la lucha; y avanza, avanza con vuelo rápido la sombra del protestantismo político, horrible calamidad que Dios permite sobre las sociedades, para que brillen después con esplendor más puro los principios eternos de justicia y de verdad. ¡Oh! si esa estéril contienda de sistemas, si esa multitud de teorías y ese diluvio de palabras constituyen la política, que nadie le aplique el augusto nombre de ciencia; la ciencia es otra cosa; la ciencia establece principios y deduce consecuencias, raciocina y demuestra. Exponer reglas sin demostración es propio del arte; arte y nada más cultivan los políticos pusilánimes que cuentan por átomos la libertad, y creen sujetos a peso y a medida los derechos individuales y los fueros de los altos poderes del Estado.

Si existe ciencia política, debe ser más elevada su esfera: no es posible que millares de hombres eminentes en todos los tiempos hayan sido víctimas de igual preocupación. La cuestión de formas de gobierno en términos absolutos, y la de latitud o rigidez de principios dentro de una misma forma, nunca han podido ser cuestiones capitales, a no confundir lo accesorio con lo principal, la causa con el efecto.

II

Con hombres buenos no hay instituciones malas; como no hay instituciones buenas con hombres malos. Hacer a los hombres lo más buenos posible, será todo el problema que deban resolver los poderes constituidos, el eje en que constantemente gire la máquina gubernamental. La política y la moral son ciencias hermanas; la primera forma buenos ciudadanos: la segunda buenos cristianos; unidas en estrecha alianza y aceptadas de una manera leal, pueden salvar a la sociedad de la anarquía que despedaza y del despotismo que ahoga.

La triste perturbación que los partidos políticos han introducido, sólo puede curarse atacando de raíz tantas ambiciones ilegítimas, tanto egoísmo y tanta impaciencia de gobernar como se observan en nuestros días; enfermedades son éstas que comprometen la existencia del cuerpo social, y contra las cuales, de poco vale el empirismo de los que vocean, ni el buen deseo de los que en su retiro lloran por la salud de la patria.

La época de las declamaciones debe ya pasar. España infeliz, fatigada por los embates de la revolución, víctima de horribles desengaños, adquiridos en una serie dolorosa de ensayos, ha padecido hambre y sed de gobierno, de reposo y de ventura. No importa que se escriban para ella constituciones más o menos amplias, cien constituciones buenas no equivalen a una costumbre mediana.

Tratándose de las formas de gobierno no hay mejor ni peor; la justicia es una; y se ha dicho con razón que las formas políticas influyen en la esencia de la justicia lo que influyen en los legisladores los trajes con que se visten.

Dignidad y honradez en los que obedecen; y los que mandan, si es que mandaren mal, pronto caerán de las alturas del poder envueltos en una nube de vergüenza, de oprobio y de ridículo. No hay gobierno en el mundo que pueda tiranizar a un pueblo digno y honrado. Los edificios se construyen de abajo arriba, desde la piedra tosca hasta el esbelto chapitel; quien se proponga edificar desde el tejado es un pobre orate que merece compasión.

Mientras en el terreno de la política se entablan ardientes luchas de principios, y se disputa con entusiasmo, digno de mejor causa, una línea, un ápice en la escala imaginaria de la llamada libertad, los hombres de corazón recto y de sentimientos elevados deploran con amargura el extravío de los que, titulándose profesores de la ciencia, no aciertan a guiar a sus alumnos, ni un paso siquiera, por el camino de la verdad y de la justicia.

La política nimia y trivial que no pasa de la esfera de las palabras y de los nombres propios, es la más desdichada ocupación en que los pueblos pueden malgastar su actividad. Si verdaderamente sólo es constitucional en la sociedad lo que es constitucional en la naturaleza, y por tanto son reputadas las costumbres como constituciones tácitas, pongan su esmero todos los hombres políticos y de gobierno en que las costumbres mejoren, y cuídense menos de las Constituciones escritas, que si para algo práctico sirven muchas veces, es para probar el vértigo en que se agitan las sociedades presentes.

El gran argumento que se ha empleado contra los sistemas medios, contra estos sistemas que por arriba limitan la autoridad y por abajo ponen cortapisa a la libertad, es que viviendo en medio de la discusión y para la discusión, engendran el escepticismo: cuando los pueblos se acostumbran a verlo todo sometido a debate, a oír el pro y el contra de todas las cosas, a escuchar defensas acaloradas de todos los absurdos, e impugnaciones horribles de todas las verdades, la fe comienza por entibiarse y acaba por extinguirse. El Parlamento y la prensa son considerados como calamidades en este sentido: veamos lo que hay en ello de razón.

Poco importa que se declame contra la elocuencia política; que se ataque el sistema parlamentario por lo que tiene de expuesto, y se pida, en fin, restricción y reforma y casi aniquilamiento de la tribuna; esto es proceder *a posteriori*; es definir el terremoto, un *temblor de tierra*, y el trueno *una detonación*; es no pasar de la epidermis al pretender curar una enfermedad interna; es romper el nudo en vez de desatarlo. Mejor que entregarse a lamentaciones cuyo eco se pierde en la gritería de los pueblos, mejor que hogar corriente arriba sin resultado y sin gloria, será defender uno y otro día los sanos principios de política y moral, las máximas salvadoras de gobierno, inculcar a los pueblos sus deberes, y explicar sus derechos: hablar a los hombres del poder el lenguaje, de la verdad sin disfraz, y amonestarlos sin altanería: de esta suerte los pueblos aprenderán a elegir representantes que no comprometan en ningún sentido el decoro del régimen representativo, y los gobiernos adquirirán el convencimiento de que no es posible oprimir ni tiranizar a un pueblo digno y honrado; a un pueblo que cumple con exactitud y que exige la correspondencia.

III

A consideraciones análogas se presta el derecho de escribir: que éste ha llegado a los términos de exageración más lamentables, no hay para qué dudar. La opinión pública, en fuerza de tener intérpretes, acaba por hacerse ininteligible, por convertirse en un mito.

La opinión pública en la edad presente, es de casi imposible apreciación. La historia moderna, verdadero fanal donde se encierra, no puede escribirse al resplandor de las llamas que produce la tea del incendiario, ni a la puerta de los grandes asilos que la caridad ha levantado para el pobre. La humanidad vive hoy, y camina al vapor, buscando afanosa los medios de vivir y caminar mañana a la electricidad. No se cuida de su historia política, aunque otra cosa indique la desgraciada multitud de libros que produce y lee, y aplaude y olvida en sólo un día. Esos libros son los apuntes que lega la actual a más tranquilas generaciones para que escriban su historia y juzguen sus grandes hechos: grandes en el camino del bien; grandes en el camino del mal. En el loco placer de discutir; en la hidrópica sed de libre examen que ha turbado la inteligencia de tantos insignes pensadores, se descubren al punto el imperio de la duda y la sanción del más absurdo escepticismo.

Todavía no se han uniformado las opiniones respecto al carácter y tendencias del famoso monarca español que, tres siglos ha, ceñía en su frente la corona de ambos mundos. El

conciso apunte que dejó para su historia está grabado en piedra berroqueña: sus apasionados y sus detractores descifran a su manera el enigma del Escorial.

Otro monarca, célebre también, y de mucho menos remota antigüedad, figura con muy diversos colores en obras histórico-críticas de este mismo siglo; para unos es sólo el enemigo de los jesuitas; para otros el fundador del Museo y del Botánico, el promovedor de los intereses públicos, el principio del progreso en España.

Y si para fallar sobre épocas que ya pasaron, y sobre personajes que ya tocó e igualó la descarnada mano de la muerte, se observa tanta ambigüedad, tanta vacilación, ¿qué no sucederá en la época actual, en medio de la lucha de los intereses y de la inquietud de los ánimos y de la sobreexcitación de los afectos? ¿Quién podrá detenerse a juzgar imparcialmente a sus hombres, de quienes tanto se puede temer, de quienes tanto se puede esperar? Si hubiera un afortunado que elevándose a otra esfera más alta que ésta en que se agitan las pasiones y se chocan los sistemas, y mirando a todos desde igual distancia, pudiera recoger en su vuelo los pensamientos de justicia y de equidad que por dicha se alzan aún desde la tierra, aquél sería el historiador imparcial; y el perfume que aspirase allá en la altura sería la verdadera opinión pública.

Pero desde el suelo que contiene a los combatientes, desde la esfera misma en que resuenan ecos tan diversos como la risa de los festines y los gemidos del dolor, ni la vista puede hallar un punto en que fijarse, tal es la movilidad continua, ni la voz del raciocinio puede dejarse escuchar, tal es la confusa y horrible gritería.

Y, sin embargo, la opinión pública es invocada, y discutida y calumniada; y apenas hay quien reconozca sus legítimos fueros, ni quien le rinda homenaje, a pesar de llamarla reina de los sistemas liberales, y soberana de los pueblos cultos. La opinión pública no es ni debe ser otra cosa que la verdad y la justicia, emanaciones ambas del centro inmortal de toda perfección; en este sentido: *vox populi, vox Dei*. Pero la verdad y la justicia no pueden transigir con las pasiones y con los odios y con las miserias; y como estos son accidentes ordinarios de las épocas de febril agitación, de aquí que en estas épocas sea hallazgo tan difícil el hallazgo de la verdadera opinión pública.

Y cuando los individuos no acaban de ponerse de acuerdo, cuando cada uno se cree depositario único de la verdad, y hay tantas opiniones como hombres, ¿con qué razón se increpa al periodismo por la divergencia de sus principios y por la diversidad de sus doctrinas? ¿Por qué se ha de creer que la sociedad está formada a imagen y semejanza de los periódicos, y no se ha de creer que los periódicos están formados a imagen y semejanza de la sociedad?

De todas las instituciones han abusado los hombres, y no son ciertamente para negados ni para desconocidos los abusos a que se presta la libertad de escribir, la libertad de erigirse en intérpretes de la opinión; pero tampoco han de desconocerse ni negarse los beneficios que a la común ilustración y a la defensa de todas las verdades ha traído el periodismo en una época en que si máximas nocivas se difunden por los periódicos, máximas de justicia se propagan también, y avisos útiles, y enseñanzas saludables. Inicianse en los periódicos

todas las cuestiones, grandes y pequeñas; y una generación que no tiene tiempo para leer libros, y que desea conocer siquiera la superficie de todas las cuestiones, dicho está que ha de incluir el periodismo entre las necesidades de primer orden, lo ha de considerar como alimento diario e inexcusable: en este sentido pierden su tiempo, y van contra la corriente los enemigos del periodismo en absoluto. No ya las sociedades regidas por el sistema representativo, del cual es alma la publicidad, sino todas las sociedades, sea cualquiera su organización, siendo sociedades cultas, han de admitir y estimar el beneficio de la prensa; los abusos que por su medio puedan cometerse, no han de ser parte para que los pueblos aborrezcan, faltando a la justicia, tan poderoso elemento de ilustración. Regúlese en buen hora el derecho de escribir; pero no se anatematice el derecho en principio, ni se calumnie a los escritores en absoluto. Si hay cizaña en el campo del periodismo, cuídese de no arrancar la cizaña: *ne triticum eradicetur*.

IV

Para probar que las leyes son muy poca cosa cuando faltan las costumbres, no hay más que dirigir una mirada por Europa. Las constituciones van por un lado y las costumbres van por otro. Hay un derecho escrito que establece las relaciones entre el poder y los subordinados en cada pueblo, y las relaciones de los pueblos entre sí; pero estos códigos son letra muerta en sus mandatos más notables: en ellos la razón prevalece sobre la fuerza; y en el mundo de la realidad la fuerza prevalece sobre la razón. En esos códigos hay garantías para todos los derechos, y castigos para todas las trasgresiones; y en la vida práctica, los derechos son menospreciados por el más audaz, y las trasgresiones quedan impunes si las comete el más poderoso. En el espíritu de aquellos códigos está el principio de que la fuerza material viva al servicio de la justicia; y la miseria de los tiempos hace que la justicia vaya y vuelva a merced de la fuerza material. Agítanse, pues, las sociedades europeas y buscan tregua a sus inquietudes y alivio a su malestar: las sociedades europeas pasan por un período difícil, por una crisis violenta: la dificultad está en que las costumbres y las leyes no van por el mismo camino; la violencia está en que, no hallándose debidamente armonizados los intereses morales y los materiales, la acción de los Gobiernos va siendo impotente para el bien, y la acción de los pueblos, ineducados y seducidos, va derecha y fatalmente hacia el mal. Hoy parece que domina a las naciones un contagio, un trastorno de funciones que, privándolas de memoria, ofusca su entendimiento y tuerce su voluntad. No parece sino que la ciencia de gobernar está ya al alcance de todos, que la diplomacia se ha trocado en empirismo, y que en el dios-éxito se compendian y terminan todas las fuerzas de la razón, o más bien todas las razones de la fuerza.

V

No preguntemos por el progreso social: los pueblos cultos nos responderían con el espectáculo de un armamento formidable: cada nación asegura sus fronteras y acrecienta sus medios de defensa. ¿Qué es esto? ¿Han retrocedido las sociedades al siglo décimo? ¿Qué barbarie nueva amenaza posarse sobre la clásica Europa? ¿De qué sirve el progreso científico, de qué el progreso artístico, de qué el desarrollo de los intereses materiales, si las sociedades carecen de reposo? La respuesta a estas preguntas es la síntesis de este

libro. El progreso social, que debiera ser término y corona de todos los progresos, es inútilmente buscado por los pensadores de Europa: el imperio de la fuerza, gravitando como una amenaza constante sobre los Gobiernos y sobre los pueblos, determina una deplorable aberración, un malestar social que no se calma con los triunfos de la materia, ni con el engrandecimiento de la industria, ni con la acumulación de la riqueza. Las sociedades corren; pero no por el camino que guía a la felicidad. El progreso es evidente; lo oscuro es el término de ese progreso. El verdadero progreso va hacia la luz; ¿qué progreso es este que va hacia las tinieblas? No se confunda la idea de progreso con la idea de movimiento: las sociedades se mueven, se dilatan y agrandan rompiendo, si es necesario, todos los obstáculos que las limitan; pero no se desarrollan por igual los altos intereses de la verdad, de la belleza y de la bondad; pero las ciencias, las artes y las instituciones, no ofrecen a los ojos del mundo el gran espectáculo de una ascensión pausada, segura y gloriosa. Y en vano se afanan los filósofos y se agitan los políticos, y discurren los hombres de la diplomacia; mientras no se busque en regiones más altas que ésta en que vivimos, la luz que alumbre los caminos de la humanidad, las teorías serán una triste ilusión, los sistemas un elemento de discordia; y la diplomacia vivirá a lo más como una ilustre servidora de la fuerza; y el progreso no pasará de ser una mentira brillante; un soberano falsificado cuyo imperio se extiende tan sólo a la región de los sentidos.